



CITA A

CIEGAS

PATRICIA BONET

Cita a ciegas

Patricia Bonet

Copyright © Julio 2024 Patricia Bonet

© Patricia Bonet
1ª edición, julio de 2024
Imagen de cubierta: Vecteezy

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los lugares que aparecen en esta novela son ficticios y cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

*Este libro es para la señorita Pantiga.
Gracias por aguantarme, amiga, por nuestras
conversaciones de whatsapp, los consejos y las risas.
Me encanta estar tan loca como tú.*

Contents

[Title Page](#)

[Copyright](#)

[Dedication](#)

[Primera Parte](#)

[1. Cita a ciegas](#)

[2. ¿Compatibilidad? Inexistente](#)

[3. Feliz Nochevieja](#)

[4. La inauguración](#)

[5. Un baño, por favor](#)

[Segunda Parte](#)

[6. Necesitas salir de ahí](#)

[7. La boda](#)

[8. La búsqueda ha acabado](#)

[9. ¿Qué coño haces aquí?](#)

[10. ¿De verdad has llamado a la policía?](#)

[11. ¿Puedo darme la vuelta?](#)

[12. Yo no pienso irme, vete tú](#)

[13. Ni a las veinticuatro horas](#)

[14. Pídemelo por favor](#)

[15. La convivencia, nuestra mejor amiga](#)

[16. A la inmadurez sabemos jugar los dos](#)

[17. Te juro que no suelo escupirle a la gente](#)

[18. Así que tu padre no sabe que compartes piso conmigo](#)

[19. ¿Qué haces aquí?](#)

[20. Bonita chaqueta](#)

[21. ¿Hay alguna razón por la que no quieres ir a tu casa?](#)

[22. tocada y hundida](#)

[23. La cagaste, papá](#)

[24. La cucaracha](#)

[25. Odio tener pesadillas](#)

[26. Yo te llevo](#)

[27. ¿Lento o rápido?](#)

[28. No has fastidiado nada](#)

[29. También creo que eres sexi de la hostia](#)

[30. Si juegas con fuego, te quemas](#)

[31. Es enorme](#)

[32. Creo que me gusta](#)

[33. Las veinte preguntas](#)

[34. Puede que entre Violet y yo hayan pasado cosas](#)

[35. ¿Quieres volver de Colombia?](#)

[36. Soy un amigo de Violet](#)

[37. ¿Estás con alguien?](#)

[38. Me has mentido](#)

[39. ¡¡Violet!!](#)

[40. Otra vez no](#)

[41. Quiero irme contigo](#)

[42. Todo el mundo le tiene miedo a algo](#)

[43. Vuelve, por favor](#)

[44. Cuando te vi en esa cama](#)

[Epílogo](#)

[FIN](#)

[Agradecimientos](#)

Primera Parte

Pasado

1. Cita a ciegas

Lander

Octubre 2022

—Repíteme por qué estoy haciendo esto. —Miro de nuevo la hora en el reloj e intento no suspirar, aunque me resulta de lo más complicado.

Mi amigo Edu suelta una carcajada que me hace poner los ojos en blanco. Si lo tuviera delante y no al otro lado del teléfono le borraría esa sonrisa de un puñetazo.

—Ya te avisé. Te dije que no estuvieses allí a las siete si habíais quedado a las siete y media.

—Edu, son las ocho.

—Ya, bueno. También te avisé sobre eso. Suele ser un poco impuntual.

—Deberías sustituir ese «poco» por «muy».

Vuelve a reírse y yo a poner los ojos en blanco.

Odio la impuntualidad.

¿Por qué le cuesta tanto a la gente llegar a los sitios a la hora acordada? No creo que sea tan complicado. Puedo dar cinco minutos de cortesía. Diez, como mucho, lo puedo llegar a entender. Pero ¿media hora? Eso roza la mala educación.

Me bebo de un trago la cerveza que me queda en el botellín y miro la puerta del bar. No se abre.

La maldita puerta no se abre y mi mala leche crece por momentos.

Me levanto, saco la cartera del bolsillo trasero del pantalón y dejo un billete de veinte euros sobre la barra. Con esto pago de sobra las dos cervezas que me he tomado, y también la cara de pocos amigos con la que he mirado a la camarera la última vez que ha venido a preguntarme si tenía pensado acompañar la cerveza con algo de comer.

—No te levantes —dice Edu tras soltar un largo suspiro.

—No me he levantado.

—Sí que lo has hecho. Vuelve a pegar tu bonito culo en esa silla.

A veces odio que me conozca tan bien.

—Que te den. Todo esto es por tu culpa. Lo sabes, ¿verdad?

No tengo ni puñetera idea de por qué, pero le hago caso. Vuelvo a sentarme y gruño. Sobre todo, gruño cuando miro de nuevo la hora y veo que son las ocho y cinco.

—En serio, Edu, repíteme por qué narices estoy haciendo esto.

No lo tengo delante, pero sé que mi socio está contando hasta diez en voz baja. Lo hace siempre. Es un tic. O una manía. Cuenta en voz baja hasta diez siempre que te va a soltar un párrafo de, al menos, cinco minutos.

—Porque es la mejor amiga de mi hermana. Porque la conozco desde que tenía siete años y se presentó en mi casa con dos trenzas tan mal hechas que tuve que pedirle a mi madre que se las hiciese de nuevo. La pobre parecía que acabase de meter los dedos en un enchufe. Pero no las tenía así por su culpa. Es que su madre nunca ha sido muy apañada con el pelo de Violet, aunque a ella eso nunca le ha importado. Siempre ha lucido con orgullo todo lo que su madre le ponía o hacía. Hasta cuando le cortó el flequillo y parecía que tuviese lepra y se le estuviese cayendo la

melena a trozos.

—Eduardo, por favor, abrevia. —Yo suspiro y él se ríe.

—Pues eso. Que es la mejor amiga de Andrea, y tú ya sabes que yo a mi hermana no puedo negarle nada.

—Pues deberías.

—Le dijo la sartén al cazo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada. Escúchame, hace mucho que no tiene una cita y Andrea quería que la ayudase a prepararle una. Por lo visto, está muy estresada con los exámenes y no sabe hacer otra cosa que quedarse en casa estudiando. Mi hermana cree que necesita distraerse un poco —continúa diciendo Edu, pasando por completo de mi apreciación. Una a la que pienso volver en algún momento. Si no es esta noche, lo haré otro día. Porque sí, opino que debería dejar de decirle que sí a todo lo que le pide la loca de su hermana. Creo que no se acuerda de cuando lo arrestaron por su culpa hace solo unas semanas—. Me pidió que le preparase algo con algún amigo mío, y tú ya sabes que son todos unos capullos.

—Yo soy un capullo.

—Ya, bueno, pero eres el menos capullo de todos.

—¿De verdad lo piensas?

—No —contesta riéndose, y esta vez no puedo evitar reír yo también, aunque sigo enfadado. Las ocho y diez—. Podemos dejarlo en que, de todos, eres el mal menor.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Deberías. Y, ya de paso, si me permites un apunte, tú también necesitas una cita con urgencia.

—Tengo citas, gracias.

—Follar no es tener citas.

—Follar rejuvenece la piel y calma los nervios. ¿Qué pasa, cariño? ¿No follas lo suficiente con Adler?

—Capullo.

—Acabas de decir que soy el menos capullo de todos, así que tu insulto no tiene mucha validez.

La puerta del bar se abre y mis ojos se dirigen en esa dirección.

Una chica bajita, morena, con unas gafas rojas y calada de pies a cabeza, acaba de entrar. Y lo sé. Sé que es ella porque solo a Edu se le ocurriría concertarme una cita a ciegas con una chica que lleva la palabra «desastre» escrita a fuego en la frente.

—¿Te importaría describírmela de nuevo?

—De estatura media.

—Bajita.

—Según se mire. A ver, a tu lado sí, pero porque tú eres una torre.

—Vale. Continúa.

La chica se tropieza con sus propios pies y está a punto de besar el suelo cuando dos chicos que están sentados en una mesa justo a su lado se levantan veloces y la sujetan, cada uno por un brazo. La chica alza la cabeza y les sonríe. Y, joder, es la sonrisa más bonita que he visto en mi vida, porque parece sincera. Real. Como si no escondiera nada detrás.

Ya nadie sonríe así si no es por pura educación o porque quiere conseguir algo.

—Tiene el pelo negro a la altura de los hombros, más o menos. —Edu continúa con su descripción—. Con flequillo. Y lleva gafas. No sabría decirte del color que son porque cada día

las lleva de uno distinto. Y lazos en la cabeza. Le encanta ponérselos. Siempre lleva algún toque de color en su ropa. Si viste con pantalones y camiseta negra, por ejemplo, le da el toque con los zapatos, que serán de un amarillo fosforito. Cosas así. Aunque, bueno, ahora que lo pienso, los labios seguro que los lleva pintados de rojo, pues nunca la he visto utilizar otro tono. Eso también podría considerarse un toque de color, ¿no crees?

La chica se ha quedado hablando con sus dos salvadores como si tuviese todo el tiempo del mundo y no hubiese quedado con nadie. Encima, los dos la miran como si fuese una estrella que acaba de aparecer para alegrarles la vida. Me gustaría acercarme a ellos y decirles que esa vida se les haría eterna porque su Cenicienta es impuntual de cojones.

Echo la silla hacia atrás y me levanto.

—¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Violet.

—Te dejo, acaba de llegar.

La risa de Violet llega hasta mí. En otras circunstancias la apreciaría, incluso sonreiría porque tengo que admitir que es dulce y melodiosa. Es de esas que se te contagian. Pero hoy no es uno de esos días. Básicamente, porque acaba de sentarse en la mesa con los dos tipos. ¿De verdad no sabe que ha quedado con alguien? ¿O es que me ha confundido con uno de esos dos ilusionistas?

—Lander.

—¿Qué?

—Sé amable.

—Siempre lo soy. —Resopla.

—Mierda, empiezo a creer que esto no ha sido una buena idea. —Es lo último que escucho antes de colgar el teléfono y guardármelo en el bolsillo trasero del pantalón.

Me acerco hasta la mesa donde están los tres sentados, hablando, y me cruzo de brazos, a la espera, pero nada pasa. Ninguno de los tres se inmuta ante mi presencia, y eso es raro pues, como ha dicho Edu, parezco una torre.

—¿Quieres que te deje mi chaqueta? Pareces empapada —suelta el tipo que tiene a la izquierda y que queda justo enfrente de mí, de espaldas. Solo puedo verle la coronilla, pero estoy seguro de que ha dicho la última palabra como si tuviera un caramelo en la boca y se estuviera relamiendo.

Vale, no han sido imaginaciones mías. Se acaba de recolocar la bragueta. Lo acabo de bautizar como «Gilipollas».

Observo a Violet y veo que le sonríe mientras se aparta un mechón de pelo mojado de la frente. ¿No se ha fijado en el gesto del tipo o es que no le importa? Creo que es lo primero, porque está demasiado ocupada escurriéndose el agua de la ropa y el pelo.

Me fijo en su aspecto. Como ha dicho Edu, lleva los labios pintados de rojo y un lazo de lunares blancos y negros en la cabeza.

—Se me ha olvidado coger un paraguas al salir de casa.

—En Madrid, llevar el paraguas encima en invierno es casi una obligación. Como el móvil o las llaves de casa. —Es el Gilipollas quien vuelve a hablar, porque hay que ser gilipollas para decir esa frase. ¿Qué se cree? ¿Que vive en Londres?

Oh, joder, ¿se ha vuelto a tocar la entrepierna? Debería decirle que se compre alguna crema para el picor de huevos.

Me deslizo un poco hacia la derecha para poder verlo mejor. Ojalá pudiera decir que está mirando a Violet a la cara, pero no. Tiene los ojos fijos en su pecho.

¿Qué le pasa a este tío? Si esa es su forma de ligar, debería advertirle de que es patética.

—¿Estás de visita? —pregunta el otro tipo. Por ahora no puedo referirme a él como «Gilipollas 2» porque no lo he visto interactuar demasiado, solo sonreír, aunque si es amigo del Gilipollas 1 tampoco creo que sea muy lumbreras.

Violet echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada escandalosa. Una que provoca más de una mirada.

—No —contesta una vez ha terminado de reírse, aunque no de sonreír. Al hacerlo, se le acentúa más el rojo de los labios. ¿Decir «¿estás de visita?» es gracioso? Porque creo que no lo pillo—. Vivo en Las Rozas.

—¿Y qué hace una chica tan bonita como tú lejos de casa y en un antro como este?

No puedo evitar poner los ojos en blanco. En serio, la forma de ligar de Gilipollas deja mucho que desear.

Violet se encoge de hombros.

—He quedado con alguien.

—¿Una amiga?

—No. Un amigo. Creo.

—¿Crees?

—No lo conozco. —Mira a los dos tipos y vuelve a encogerse de hombros—. Es una cita a ciegas. Ha sido idea de mi amiga Andrea. Según ella, paso demasiado tiempo con la nariz pegada a los libros y tengo que salir y divertirme.

Mi cabreo aumenta. Sí que sabe que ha quedado con alguien y parece que sabe que no es ninguno de estos dos.

Gilipollas 1 se levanta y acerca su silla a la de Violet. Sus hombros se tocan.

—¿Y no ha llegado aún? —El tipo alarga la mano y la coloca sobre la pierna de Violet, justo por encima de la rodilla. Esta baja la cabeza y frunce el ceño. Por primera vez desde que la he visto entrar no sonrío—. No me parece muy educado por su parte hacerte esperar. Qué suerte que estemos nosotros aquí para hacerte compañía, ¿no te parece?

Por un segundo no sé si me sorprende más su falta de vergüenza o que ninguno de los tres se haya percatado aún de mi presencia, porque me he pegado tanto a la mesa que cualquiera que nos viese desde fuera diría que somos cuatro y no tres. A lo mejor no impongo tanto como Edu cree.

—Eh... —No conozco de nada a esta chica, pero creo que ha llegado la hora de intervenir.

Carraspeo y tres cabezas se giran al unísono para mirarme. Ellos dan un respingo al verme tan cerca. En cuanto tengo sus miradas centradas en mí, sonrío, y lo hago abriendo tanto la boca que me aseguro de enseñar hasta las encías.

—¿Qué tal, chicos? ¿Todo bien? —Dirijo mi mirada hacia la mano del Gilipollas 1 y la señalo con la cabeza—. Será mejor que apartes esa mano de ahí. Ya.

El tipo lo hace sin replicar y acompaña el movimiento con una sacudida en la silla.

Pues no, estaba equivocado, sí que impongo.

Inclino el cuerpo hacia delante y coloco las manos sobre la mesa.

—Creo que vuestro tiempo aquí ha terminado y es hora de que os marchéis. —Aunque les hablo a los dos, solo miro a Gilipollas 1—. ¿No te parece?

Este asiente con la cabeza y se levanta.

—Por supuesto.

—¿Eres su cita? —pregunta a la vez el otro tipo, que no se ha levantado. Lo miro de reojo un segundo antes de mirar a Violet.

—Estatura media, aunque yo diría más bien bajita, morena, con un lazo en la cabeza y los labios pintados de rojo. Si va toda de negro, se dará un toque de color con los zapatos, por

ejemplo. —Echo un vistazo a los pies y, efectivamente, lleva unas botas de color verde lima—. Te pareces bastante a la descripción que me ha dado Edu. Si me confirmas que te llamas Violet, yo diría que sí, que soy Lander, tu cita.

Lo que pasa a continuación no me lo esperaba, he de admitir. Me pilla tan de sorpresa que tardo unos segundos de más en reaccionar.

Porque... ¿cómo iba yo a esperar que esa chica me tirase un vaso de cerveza a la cara?

2. ¿Compatibilidad? Inexistente

Violet

Dejo el vaso otra vez en la mesa con calma y suspiro. No tenía pensado arrojarle nada a la cara, lo juro, pero mi mano se ha movido sola. Ha sido lo que se llama acción-reacción.

Me limpio la palma manchada de cerveza en mis mallas empapadas y me cruzo de brazos. Tengo frío. Necesito quitarme esta ropa cuanto antes y beberme un litro de café para entrar en calor, pero ahora estoy demasiado ocupada fulminando con la mirada al recién llegado.

Confié en Andrea cuando me dijo que era guapísimo. Vale, en eso no ha mentido. Tampoco en que es altísimo. Joder, ¿cuánto medirá? Tengo miedo de ponerme a su lado por si le llego por el sobaco. Porque sí, soy bajita, pero no hace falta que nadie lo vaya diciendo así y menos con ese tonito. También me dijo que era un buen tipo y muy majo y a mí, la verdad, así de primeras, me parece un poco imbécil.

Mi cita da un paso atrás, entre lo que parece ser sorprendido y enfadado, y tira una silla, provocando un gran estruendo. Supongo que el «¡joder!» que suelta también contribuye a que la gente nos mire.

—¿Qué coño haces?! —Pues sí, está enfadado. Coge un puñado de servilletas de encima de la mesa que le pillas más cerca y comienza a limpiarse la cara con ellas—. ¿Acabas de tirarme un vaso de cerveza?!

—Sí.

Supongo que mi respuesta no le gusta, o no se la esperaba, porque se aparta las servilletas del rostro y me mira con los ojos entrecerrados.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—He dicho que sí. A tu pregunta de si te he tirado un vaso de cerveza, mi respuesta es sí.

Su cara empieza a cambiar como si se tratara de un dibujo animado. La sorpresa desaparece de golpe y solo queda la ira. Roja. Brillante. A punto de ebullición.

—¿¿Se puede saber por qué cojones has hecho eso?!!

Echo un vistazo a mi alrededor y, como temía, somos el centro de atención. Sin contar con nuestros dos espectadores de excepción.

Miro a los dos tipos que me han salvado de una caída segura, bautizados en mi mente como: «Medio Decente» y «Gilipollas Sobón». Sonrío.

—Si me disculpáis, creo que debo irme con mi cita. Gracias por no dejar que me comiese el suelo.

Rodeo la mesa, voy hasta el hombre enfadado y lo cojo del brazo. Por suerte, no opone resistencia, porque presiento que debe de ser imposible moverlo si él no pone de su parte, y lo saco del bar.

Ha dejado de llover, aunque hace mucho frío. Que empiecen a castañearme los dientes es solo cuestión de segundos.

Me coloco frente a él y vuelvo a adoptar la posición ofensiva de antes; brazos cruzados y cabeza alta. Muy alta. En serio, es demasiado alto. ¿Cuánto medirá? ¿Un metro ochenta? No. Más. ¿Ochenta y cinco? Con mi metro sesenta parecemos el punto y la i.

—¿Tú eres el amigo de Edu? —El tipo abre la boca, pero luego la cierra de golpe. Abre las piernas, inclina el cuerpo ligeramente hacia delante y, como yo, se cruza de brazos.

—¿Por qué me has tirado la cerveza? ¿Se te ha ido la cabeza?

Asiento, ignorando sus preguntas.

—Me tomaré eso como un «sí, soy el amigo de Edu». —Ladeo la cabeza y entrecierro los ojos —. Andrea me podía haber advertido de ese sentimiento sobreprotector y un tanto machito que te gastas.

Lander abre tanto los ojos que por un segundo tengo miedo a que se le salgan del sitio.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Es la segunda vez que me haces esa pregunta.

—Estoy intentando asimilar las gilipolleces que dices.

—¿Sabes que dices un montón de palabrotas?

—A lo mejor Andrea también debería haberte advertido sobre eso.

Un trueno, seguido de un relámpago, hacen brillar el cielo y que yo dé un respingo. Lander ni se inmuta.

—No has contestado a mi pregunta.

Miro la puerta del bar y después otra vez a él.

—«Será mejor que apartes esa mano de ahí. Ya. Creo que vuestro tiempo aquí ha terminado y es hora de que os marchéis» —digo, intentando imitar su tono, algo difícil porque tiene una voz fuerte y ronca.

Se me queda mirando como si estuviese esperando algo, aunque no sé muy bien el qué. Descruzo los brazos y los levanto al cielo, exasperada. No soy amante de los silencios. Tampoco me gusta que se me queden mirando fijamente sin pestañear. Siempre que he jugado con alguien a lo de las miradas he perdido, pues me lagrimean los ojos enseguida.

—¿De verdad tenías que ser tan neandertal?

Vuelve a abrir los ojos, solo que esta vez acompaña el gesto con una carcajada carente de humor.

—¿Neandertal yo? ¿Acaso no has visto a Gilipollas 1 retocándose el paquete mientras hablaba contigo?

—Claro que lo he visto. Y para mí es «Gilipollas Sobón».

—¿Y no has notado su mano en tu muslo? Porque yo no la he notado, pero sí que he visto tu cara cuando la ha puesto ahí y te puedo asegurar que no te ha hecho ni puta gracia. Añade otra palabrota a la lista.

Otro trueno y el primer castaño de dientes.

Trago saliva y enderezo la espalda.

—Por supuesto que no me ha hecho gracia.

—Pues no has dicho nada.

—¡No me has dado tiempo!

—¡Te has sentado con ellos en la mesa!

—¡Estaba siendo amable! Me han salvado de comerme el suelo, por si no lo sabías.

—¡Lo sé, te he visto! Has hecho una entrada triunfal, de Oscar, pero eso no explica por qué me has tirado una cerveza a la cara.

Se inclina todavía más hacia delante. Como siga así va a terminar teniendo dolores de espalda.

Doy un paso al frente y me pongo de puntillas.

—«Será mejor que apartes esa mano de ahí. Ya. Creo que vuestro tiempo aquí ha terminado y es hora de que os marchéis» —repito. Lander bufa.

—¡Sé lo que he dicho, no hace falta que lo repitas!

—¡Y tú no hace falta que aparezcas así, de la nada, como un salvador! Sé cuidarme solita.

—¿Como un salvador? —Vuelve a bufar y eso me enerva—. Pero ¿te estás escuchando? ¡No he hecho nada!

—¡¡Claro que has hecho!! Has pensado que era una pobre damisela en apuros y que necesitaba ser rescatada por el gran caballero de la torre de marfil. —Abre la boca, pero levanto el dedo índice en alto y lo mando callar—. Rectifico: has pensado que era una pobre damisela *bajita* en apuros y que necesitaba ser rescatada por el gran caballero de la torre de marfil. Pues, para que lo sepas, no soy bajita. Mido un metro sesenta, estoy en la altura media. Y déjame decirte que el problema aquí eres tú, que eres demasiado alto.

Se ríe sin gracia mientras da un paso atrás. Es minúsculo, porque sigo notando que me absorbe la energía.

—Sigue diciéndome más cosas bonitas, no te cortes.

—Ya he acabado.

—Perfecto, es mi turno. —Entrecierra los ojos y ahora es él quien me apunta con un dedo—. Yo no he pensado nada más allá de que ese tío estaba siendo un poco grosero. Ahora, si a ti no te lo estaba pareciendo, te pido disculpas.

—¡Pues claro que me lo estaba pareciendo! —Cierro las manos hasta que son dos puños y frunzo el ceño—. Pero ¿no se te ha ocurrido pensar que lo tenía controlado? ¿Que yo solita podía decirle que quitara la mano de mi pierna?

—¡Estabas sonriendo!

—¡Porque yo siempre sonrío, pero eso no quiere decir que sea idiota e ingenua!

—¿Ahora también te he llamado idiota e ingenua?

—Hablando por mí sí, lo has hecho.

—Esto es increíble. ¡Que no he hecho nada! —Se pasa una mano por el pelo mientras niega con la cabeza y da un paso atrás—. ¿Sabes qué? Me rindo. Esto es de locos. Tengo cuatro hermanas. Cuatro. Nunca he actuado con ellas como nada más que como un hermano y jamás me han llamado neandertal ni caballero que vive en lo alto de una torre y se cree superior. Solo he hecho lo que hubiera hecho con cualquier chica porque me ha parecido que estabas incómoda y que ese tío se estaba comportando como un cerdo.

Comienza a llover. Es una lluvia ligera, pero ya estoy calada hasta los huesos y conforme van pasando los minutos me voy congelando más y más. Los dientes me castañean tanto que cualquiera diría que se me van a romper.

Lander mira al cielo, después a mí y luego otra vez al cielo. Se quita la chaqueta que lleva, me la coloca sobre los brazos y se aparta.

—Póntela antes de que cojas una pulmonía. Y, por si empiezas a tacharme de lo que sea, déjame señalar que lo hago porque estás chopada y se te van a romper los dientes como te sigan castañeando de esta manera. Y sí, puede que ahora esté siendo un caballero, pero porque me han educado así. Si no te gusta, ya sabes, puedes no ponerte la puñetera chaqueta en cuanto me dé media vuelta y me largue de aquí.

Dicho y hecho. Me da la espalda y comienza a andar. Con su altura, no es de extrañar que sus zancadas sean como diez más. Detiene sus pasos y me mira por encima del hombro.

—Y esto no te lo digo como neandertal, te lo digo como ser humano y persona a la que le gusta la puntualidad. Es de muy mala educación hacer esperar a alguien cuarenta minutos, aunque supongo que eso también es culpa mía.

Reanuda la marcha calle abajo hasta desaparecer. Hasta que pestañeo y no lo veo.

Una gota enorme en la punta de la nariz me hace reaccionar. Me pongo corriendo su chaqueta porque, bueno, estoy helada y la tengo en la mano, y me refugio bajo la cornisa del dichoso bar. El cielo está tan iluminado que cualquiera diría que son las once de la mañana en vez de las ocho y media de la tarde.

Saco el móvil y busco el contacto de mi mejor amiga.

Violet:

Cita acabada. ¿Puedo irme ya a tu casa? Si Lucía aún no se ha marchado, puedo esperar en el patio. Me he traído un libro.

Su respuesta no tarda más de un minuto en aparecer.

Andrea:

¿Cómo que cita acabada?

Violet:

Pues eso, que se ha acabado. *È finita.*

Andrea:

Vale. ¿Qué has hecho?

Violet:

¿Por qué piensas que he hecho algo?

Andrea:

Porque soy tu mejor amiga.

¿Qué has hecho?

Violet:

Nada, ¿vale?

Andrea:

Violet...

Violet:

Solo que yo definiría el encuentro como:
¿Compatibilidad? Inexistente.

Andrea:

¿Pero habéis llegado a hablar?

Violet:

Por supuesto

Andrea:

Demuéstralo.

Violet:

Ha estudiado fisioterapia.

Andrea:

Eso ya lo sabes, te lo he dicho yo. Era el compañero de mi hermano en la universidad, ¿recuerdas?

Violet:

Me has dicho que te cuente algo.

Andrea:

Vale, pues dime algo que yo no te haya dicho.

Violet:

Tiene cuatro hermanas.

Andrea:

¿Cuatro? Eso no lo sabía. Vale, bien. ¿Qué más?

Violet:

Odia la impuntualidad.

Andrea:

Eso también te lo dije yo, por eso insistí en que salieras una hora antes de casa. Has llegado tarde, ¿verdad?

Violet:

Ya sabes que opino que es mejor que alguien conozca tus defectos y tus virtudes desde el principio, así luego te evitas sorpresas desagradables. Como con Toni, ¿te acuerdas? Hubiera sido un detalle por su parte advertirme antes de quedar en persona que está reñido con el agua y el jabón desde hace años.

Andrea:

Por eso te dije que dejaras de usar Tinder. ¡Pero no me cambies de tema! ¿Quiero saber cómo de tarde has llegado? Porque ya sabes que si te retrasas más de quince minutos empieza a considerarse irrespetuoso.

Violet:

Te agradezco tu preocupación, Andrea, pero estoy empapada. Tengo las bragas tan pegadas al culo que se han mimetizado con mi piel. El tiempo se está poniendo cada vez peor y la mandíbula me duele de lo que me castañean los dientes, así que te estaría enormemente agradecida si continuas con el sermón en casa.

Andrea:

No te estoy dando ningún sermón.

Violet:

¿Eso significa que ya puedo ir?

Andrea:

Sí. Lucía hace diez minutos que se ha ido.

Violet:

¿Seguro? Te repito que me he traído un libro.

Andrea:

Dime que es el Kamasutra.

Violet:

Casi. Se titula «Alternativas para la producción porcina a pequeña escala». Podríamos considerarlo Kamasutra si nos interesa mucho el sexo entre cerdos.

Andrea:

Joder, Violet.

Violet:

Me encanta que me digas cochinadas.

3. Feliz Nochevieja

Violet

Diciembre 2022

Hace muchísimo frío. Menos mal que llevo un abrigo que me tapa hasta las orejas, porque tengo los pezones listos para cortar cristal. Encima, se me han olvidado los guantes y el gorro.

Nos paramos en el semáforo y aprovecho para dar saltitos a ver si así puedo entrar en calor. Saco las manos de los bolsillos y soplo sobre ellas. Están rojas y van a terminar por salirme sabañones.

—Repíteme por qué ha sido buena idea salir en vez de quedarnos en casa calentitas mientras vemos *Love Actually*.

No lo veo, pero escucho el suspiro de Andrea.

El semáforo cambia a verde y ella echa a andar, así que no me queda más remedio que seguirla.

—Porque quedarnos con tu madre y Matías no es mi ideal de Nochevieja, porque necesitas socializar con personas y no siempre con animales...

—¡Oye! Yo socializo con personas. —Me mira de reojo y vuelve a suspirar—. Tú eres una persona.

—Yo no cuento, Violet.

—Tengo amigos en la universidad.

—Dime uno.

Me quedo callada, pero no porque no me sepa el nombre de ningún compañero, sino porque tengo tanto frío que creo que mi cerebro se ha congelado.

Vuelvo a meter las manos en los bolsillos y las cierro en un puño.

—¡Diego! —grito, entusiasmada, cuando el nombre de mi compañero de anatomía me viene a la cabeza. Andrea se para en seco y me observa ceñuda.

—Diego no cuenta.

—¿Por qué?

—Porque es el único que tienes en la universidad.

La apunto con un dedo, de forma acusatoria, y sonrío triunfal.

—Has dicho que te dijera uno y eso he hecho. Ahora no vale cambiar las reglas.

Un grupo de chicas pasa por nuestro lado, riéndose, y Andrea las mira unos segundos antes de sacudir la cabeza y echar a andar de nuevo.

Me miro los pies y gimo. ¿Por qué me he puesto tacones? No tendría que haberle hecho caso a Andrea, estaba más cómoda y calentita con mis deportivas blancas. Además, el suelo resbala muchísimo. Es un milagro si no acabo despatarrada en él.

—Edu estará allí —empieza a decir Andrea de nuevo. Supongo que quiere continuar con su lista de por qué ha sido buena idea salir de casa y privarme de ver, por milésima vez, como Andrew Lincoln le declara su amor a Keira Knightley—. Nos ha invitado y a mí me hace ilusión ir. ¿Tanto te cuesta?

La miro un segundo y siento remordimientos. Me acerco a ella y paso mi brazo por el suyo.

Cuando me mira, le sonrío.

—No, no me cuesta. Perdona. Es que ya sabes que a veces soy un poco quejica.

—¿Solo a veces?

Soltamos una pequeña carcajada.

—Supongo que lo he heredado de mi madre.

Doblamos la esquina y la veo. Una cola kilométrica. Hay tantas personas ahí reunidas que cualquiera diría que estamos esperando las campanadas en la Puerta del Sol.

Arrugo la nariz y señalo con la cabeza.

—¿Tenemos que hacer toda esa cola? Porque creo que me estoy haciendo pis.

Andrea niega con la cabeza y saca el móvil del bolso.

—Edu me dijo que lo llamara al llegar.

Doy gracias en silencio porque mi mejor amiga tenga un hermano mayor tan guay. No solo porque vaya a conseguir que nos saltemos la cola, sino porque Edu es de las mejores personas que conozco y la verdad es que estar con él se traduce en diversión asegurada.

—Ya estamos aquí —la escucho decir. Asiente a algo que le dicen y luego cuelga—. Dice que vayamos a la puerta B, que ahora vienen a buscarnos.

Escudriñamos la puerta en la que hay tanta gente esperando y vemos que hay una A. Andamos unos pasos calle abajo y encontramos otra, cerrada, con una B gigante.

Aplaudo emocionada.

—Me siento VIP entrando por la puerta trasera.

Andrea se ríe y saca del bolso un par de collares hawaianos y un gorro de esos que te regalan en las bolsas de cotillones.

—Por cierto, ¿hay alguien más además de tu hermano a quien conozcamos? —Andrea tuerce el gesto a la vez que la puerta se abre.

Me giro y la sonrisa se me congela en el rostro cuando veo quién ha salido a recibirnos.

No puede ser. ¿O sí?

—¿Andrea? Edu me ha dicho que...

Mi cita a ciegas de hace dos meses deja de hablar en cuanto deja de mirar a mi amiga y me mira a mí.

—Tú —suelta en un tono bajo, seco y cortante.

Me cruzo de brazos y alzo la barbilla.

—Y tú.

—¿Qué haces aquí? —Por la expresión de su cara, cualquiera diría que ha visto una rata.

Me pego a mi amiga.

—He venido a celebrar la Nochevieja. ¿Te importa?

—No sé. ¿Hoy también piensas tirarme una cerveza?

—No sé. ¿Hoy también piensas comportarte como un neandertal?

Se ríe, aunque se nota que su risa no tiene nada de gracioso, y dice algo por lo bajito que no atino a escuchar. Mejor.

Andrea carraspea y da un paso al frente, acercándose a él y dándole un abrazo.

—Hola, Lander. Muchas felicidades y gracias por invitarnos.

—¿Nos ha invitado él? —gruño, más que pregunto. Andrea me manda callar con la mirada y Lander suspira y abre del todo la puerta para que pasemos.

Soy la última en hacerlo, y la puerta por poco no me da en la nariz. Lo ha hecho adrede, lo sabemos los dos, pero no pienso darle la satisfacción de quejarme.

Nuestro anfitrión de honor echa a andar por un pasillo oscuro y nosotras lo seguimos. La

música está alta, pero no tanto como para impedirme coger a mi amiga del brazo y estirar hasta que tengo su oreja casi pegada a mi boca.

—¿Cómo que nos ha invitado él?

—Es su cumpleaños.

—¿Su cumpleaños? Creía que veníamos a celebrar la Nochevieja.

—Bueno, también. Él no tiene la culpa de haber nacido en este día.

—De lo que tiene la culpa es de ser idiota. —Andrea vuelve a silenciarme con la mirada mientras señala la espalda de Lander, que anda a unos pasos por delante de nosotras—. Ese chico me odia. ¿Recuerdas nuestra cita?

—No será para tanto.

Llegamos al guardarropa y Lander le dice algo al oído al tipo que está sentado en un taburete antes de volverse de nuevo hacia nosotras y señalarnos una puerta que tenemos a nuestra espalda.

—Podéis dejar aquí vuestros abrigo. Estamos en esa habitación de ahí, os esperamos. — Aunque habla en plural, no me mira ni una sola vez. Es como si no existiera.

—Ahora vamos —dice Andrea.

Mi cita a ciegas desaparece y nos quedamos a solas con el chico, que mira a mi amiga con ojitos melosos. Se levanta del taburete y le tiende la mano a Andrea.

—¿Me das tu abrigo?

Mi amiga se sonroja, se lo quita y se lo da. El chico le guiña un ojo y cuelga el abrigo en una percha.

Mierda, ya he perdido a mi amiga y eso que la noche ni siquiera ha empezado. El chico se vuelve hacia mí.

—¿Quieres que te lo guarde a ti también?

Asiento.

—Sí, gracias.

—Son doce euros. —Lo miro con la boca abierta, sin comprender.

—¿Perdona?

—El guardarropa son doce euros. Lo pone aquí. —Señala un cartelito que hay a su lado y en el que, efectivamente, pone que el guardarropa son doce euros por prenda.

Miro a mi amiga.

—¿A qué sitio de pijos me has traído?

—Calla y vamos a pagar —susurra.

Sacamos las carteras de nuestros bolsos. Le tiendo el dinero al chico y lo coge. Cuando se lo tiende a mi amiga, esta niega con la cabeza.

—El tuyo ya está pagado.

—¿Cómo? —No puedo evitar preguntar en un decibelio un poco más alto de lo normal. El chico se pone rojo y señala la puerta.

—El tipo de antes me ha dicho que el *ticket* de ella ya estaba pagado.

Miro la puerta, al chico, a la puerta otra vez y a mi amiga.

—Me está vacilando.

Andrea me mete su billete de veinte euros en el bolso y le dice adiós al chico con la mano.

—Gracias. ¡Luego nos vemos!

Tira de mí hacia la puerta, pero yo planto los pies y me niego a seguir andando.

—¡Andrea!

—Violet, déjalo.

—¿Que lo deje? ¡Ese tío es idiota!

—Le tiraste una cerveza a la cara.

Me cruzo de brazos, enfadada. Andrea suspira, deja caer los hombros y me coge de los brazos con suavidad.

—Sí, es un idiota. Lo ignoraremos juntas toda la noche y te pagaré la mitad del guardarropa, pero, por favor, vamos a entrar. Quiero pasármelo bien una noche con mi mejor amiga. Para un día que te convenzo para salir... —Me mira como si fuera el gato de Shrek y yo no puedo hacer más que claudicar. Pongo los ojos en blanco y asiento. Andrea me da un beso en la mejilla y agarra el pomo de la puerta—. Solo queda una hora para medianoche y necesito emborracharme, además de encontrar a alguien a quien besar cuando acaben las campanadas.

Echo un último vistazo al chico del guardarropa antes de entrar en la guarida del león.

—Él te besaría encantado.

La carcajada de Andrea se pierde entre las risas de la gente y la música. Miro alrededor y no puedo evitar sorprenderme por la cantidad de personas que hay. ¿Han venido todas por el cumpleaños de Lander? No sabía que fuese un chico tan popular. No le pega nada con esa aura tan seria y borde que tiene.

Unos brazos me rodean por detrás y me alzan al vuelo. No hace falta que me gire para saber que son de Edu. Cuando me deja en el suelo, levanta a su hermana.

—¡Qué bien que hayáis venido por fin! —grita, con una sonrisa que le ilumina toda la cara, una vez nos ha soltado a las dos.

—Hay muchísima gente —dice Andrea por encima del ruido de la música.

—El cumpleaños es un chico con mucha vida social. —No puedo evitar poner los ojos en blanco.

—¿Seguro que podemos estar aquí? No quiero que nadie piense que nos hemos colado en una fiesta privada. —Edu le pasa el brazo a su hermana por el cuello y le revuelve el pelo.

—Pues claro que lo estáis.

Los observo.

Nunca admitiré en voz alta que les tengo un poco de envidia. Soy hija única. Siempre hemos sido mi padre, mi madre y yo, y luego solo mi madre y yo cuando mis padres se separaron. Toda mi vida he echado de menos tener un hermano o una hermana con el que compartir el día a día, y no podía evitar sentir un poco de celos cuando veía a alguna compañera con los suyos, sobre todo cuando se trataba de Andrea y Eduardo. Nunca he visto a dos hermanos que se respeten y se quieran tanto como estos dos.

El novio de Edu, Adler, aparece a su lado con dos copas en cada mano. Nos pasa una a Andrea y otra a mí. El fuerte olor de la ginebra llega hasta mis fosas nasales.

—Está cargado —digo. Adler se encoge de hombros.

—Solo un poco. —Creo que su concepto de poco dista mucho del mío. Le doy un trago y vuelvo a barrer la sala con la mirada. El sitio está genial, y me gusta la música que ponen.

Diviso a Lander a lo lejos. Está hablando con una chica. Esta le toca el brazo de forma coqueta, pero él se limita a beber de su copa y a asentir con la cabeza de vez en cuando. Parece aburrido. Cualquiera diría que lo están torturando.

Me fijo en cómo va vestido y maldigo en mi interior al darme cuenta de que está muy guapo; lleva vaqueros claros, una camiseta negra y una camisa por encima a cuadros negros y rojos. Las tres prendas se le ciñen al cuerpo, definiéndolo, y sacando a relucir unos músculos que cuando lo conocí no me di cuenta de que tenía. Ladeo la cabeza y me fijo en su cara. Tiene una nariz ancha que combina a la perfección con sus labios gruesos. Me gusta cómo lleva el pelo. Corto pero lo suficientemente largo como para poder pasar los dedos por él.

¿La chica con la que habla se lo habrá tocado? Seguro que sí. Parece su tipo. Es alta, rubia, con el pelo hasta la cadera, una cintura de avispa y unas piernas kilométricas.

Los miro juntos y lo primero que pienso es que le pega. No tiene nada que ver conmigo, y no solo porque yo sea morena, sino porque, como él dijo, yo soy bajita. Nunca me ha importado mi altura. Mi madre también es bajita y eso nunca le ha creado ningún complejo. Además, mi padre es altísimo, y eso jamás los condicionó como pareja. Lo que los condicionó fue la infidelidad de mi padre con su compañera de trabajo, pero ese es otro tema. La cuestión es que nunca he tenido problema con mi estatura, pero el día que conocí a Lander y al describirme lo hizo diciendo: «*Estatura media, aunque yo diría más bien bajita*», me escoció. No sé muy bien por qué, porque no lo conocía de nada, pero me tocó la fibra.

Los ojos de Lander dejan de repente de mirar a su acompañante y se fijan en mí, como si supiera exactamente dónde estoy y que lo estoy mirando. Me dedica una sonrisa de medio lado y alza la copa en mi dirección. Mueve los labios. Al principio, creo que está hablando con la rubia, pero no, me está hablando a mí, y a pesar de la distancia, entiendo perfectamente lo que dice: «¿Y el abrigo?». Con la mano que no sujeto la copa me beso el dedo corazón y se lo enseño.

Pondría la mano en el fuego a que puedo escuchar su risa a mi espalda cuando me doy la vuelta. Cojo a mi amiga de la mano y tiro de ella hasta el centro de la pista. Paso de él. He venido a pasármelo bien y no voy a dejar que nadie me fastidie la noche.

Solo me falta dejar de seguirlo toda la noche con la mirada y seguro que lo consigo.

4. La inauguración

Violet

Abril 2023

Me recojo el pelo en una trenza ladeada y me coloco una tiara pequeña, con flores incrustadas, cubriéndome la cabeza. Me pinto los ojos con un tono rosado suave, casi blanco, que combine con la blusa que me he puesto, y me paso el brillo por los labios. Me ajusto la falda y me abrocho las Converse.

No cometeré el mismo fallo que en Nochevieja.

Abro el cajón de mi mesita y saco un cinturón de color amarillo que me abrocho a la cintura. Me miro en el espejo y asiento; me gusta lo que veo. Elegante, pero cómoda.

Salgo de mi habitación y me despido de mi madre y su prometido, que están acurrucados en el sofá viendo una película.

El recuerdo de hace un par de noches, cuando los escuché follando en su habitación, me taladra la cabeza. No se lo he dicho a mi madre porque se moriría de vergüenza, pero este hecho no hace otra cosa que dejar de manifiesto que necesito largarme de aquí cuanto antes. Ya no por ellos, que se casan en unos meses y querrán su intimidad, sino por mí, que no quiero tener traumas.

Si ya es malo pillar a tus padres, pillar a tu madre y a su novio es traumita multiplicado por mil.

Le mando un mensaje a Andrea y le digo que ya voy de camino. No espero su respuesta. ¿Para qué? Ya sé que llego tarde, pero tenía que estudiar. Tengo un examen sobre anatomía dentro de quince días.

Según ella, estoy obsesionada con los estudios. Según yo, me muero por trabajar ya en una clínica veterinaria. Solo me queda año y medio para ver la luz al final del túnel, y no veo el momento.

He hecho prácticas en un centro de un primo de Matías y, si antes creía que mi pasión era ser veterinaria, esos cinco meses en el centro no hicieron otra cosa que reafirmarlo.

Paro un taxi y le doy la dirección que me ha indicado Andrea.

La verdad es que estoy emocionada. Edu ha decidido ser empresario y ha abierto un gimnasio. Sé que era un proyecto en el que llevaba pensando mucho tiempo y me alegra que haya podido cumplirlo. Esto demuestra que, si trabajas, los sueños se hacen realidad. A lo mejor, en unos años, la que inaugura algo soy yo.

Miro la hora en el reloj del móvil y me muerdo el interior de la mejilla. Las diez. Espero que no se haya terminado ya. Si lo ha hecho, Andrea sí que mata.

—¿Podríamos ir un poco más rápido? Verás, es que llego un pelín tarde. —El taxista me mira por el espejo retrovisor.

—Madrid a estas horas un jueves por la noche es atasco asegurado.

—Si ni siquiera es fin de semana.

El tipo gruñe y toca el claxon. Estamos parados en un atasco monumental. Busco la dirección en el mapa del móvil y veo que estoy a quince minutos andando, siete y medio si le meto caña.

—¿Sabes? Me quedo aquí.

—Pero si aún queda un... —No dejo que termine de hablar. Saco del bolso el importe que indica el taxímetro y salgo corriendo calle abajo.

Odio el deporte. Considero que correr es de cobardes y solo pensar en ir a un gimnasio me produce ansiedad —cosa que, por supuesto, no le he dicho nunca a Edu—. Aun así, corro como no lo he hecho en mi vida. Ni cuando estaba en el instituto y la profesora nos obligó a apuntarnos a una maratón.

Esquivo personas, salto correas de perros y hasta me salto un par de semáforos. En serio, ni saltando el potro era tan buena.

Cuando llego a la puerta del gimnasio de Edu, creo que estoy a punto de vomitar. Por si fuera poco, empiezo a ver doble, así que no me queda otra que inclinar el cuerpo hacia delante y apoyar las manos en las rodillas.

Estoy mareada.

—Veo que la impuntualidad sigue siendo una de tus múltiples cualidades.

Me sobresalto al escuchar una voz detrás de mí.

Lander está apoyado en la pared que hay al lado de la puerta principal. No lo he visto al llegar. Probablemente, porque está medio escondido entre las sombras y es difícil verlo.

Una luz anaranjada le ilumina la cara durante un segundo.

—No sabía que fumaras.

—No me dio tiempo a contártelo en nuestra no-cita.

Apaga el cigarro y sale de su escondite. Le obligo a mi cerebro a no babear mientras alzo la cabeza para poder verlo bien. ¿Es necesario que sea tan alto? Le doy un repaso rápido, de los que no se notan, y me trago un suspiro. Es una pena que sea un idiota, porque el chico está demasiado bueno para ser legal. Lleva una americana gris sobre una camisa blanca y un pantalón de pinzas negro.

Con eso lo digo todo.

Carraspeo, no sé si para recuperar algo de aliento o para frenar el pequeño nudo que de repente se me ha formado en la garganta, y señalo la puerta del gimnasio, de la que sale música.

—Veo que tú también has venido.

Se pasa la lengua por el labio inferior y me hace un repaso, tal y como yo he hecho con él, solo que el suyo es descarado y solo consigue que me flaquee un pelín las piernas. Pero culpo a la carrera de ello. Aún me pesan los casi diez minutos corriendo.

—Hubiese estado un poco feo perdérmelo, ¿no crees? —dice en un tono que denota burla.

—¿Siempre tienes que ser tan imbécil?

—Veo que, además de la puntualidad, sigues conservando la simpatía.

—Y a ti veo que el palo que te metieron por el culo cuando nos conocimos no te lo han quitado todavía.

Se ríe.

Suelta una carcajada que retumba en el suelo y consigue que me vibre todo el cuerpo.

Es la primera vez que lo escucho reírse desde que lo conozco, y en lo primero que pienso es en que no debería dejar de hacerlo nunca.

La puerta del gimnasio se abre y salen dos chicas idénticas, con largas melenas rubias, labios finos y piernas kilométricas. Miran de un lado a otro y, cuando divisan a Lander, sonríen como si acabaran de ver al mismísimo Papá Noel.

—María te busca, tiene a Alba en videollamada —dice una de ellas.

Me parece escuchar un suspiro procedente de Lander, pero cuando lo miro parece impasible.

Asiente y pasa por mi lado. Intento no aspirar su aroma, pero lo hago, y me odio por ello, porque huele increíblemente bien.

—Veo que lo tuyo son las rubias. —Aprieto los labios y me maldigo por haber abierto la boca. ¿A santo de qué he dicho algo así?

Lander detiene sus pasos. Cuando se gira, me dedica una mirada divertida.

—¿Has dicho algo?

Me paso un pelo imaginario por detrás de la oreja y niego con la cabeza.

—Que nos vemos dentro.

Los labios se le estiran hacia arriba hasta dibujarle una sonrisa como la del Joker, pero bonita.

—¿Me estabas acusando de alguna cosa?

Me late más rápido ahora el corazón que cuando estaba haciendo *footing*. Echo un rápido vistazo a las gemelas, que nos miran sin perder detalle desde la puerta. Por cierto, son muy jóvenes. Dudo que tengan los dieciocho.

—Solo he dicho que te gustan las rubias. Nada más. —Mira a las dos chicas y luego a mí.

¿Por qué sigue sonriendo? En estos momentos prefiero al tío borde y serio que conocí hace unos meses.

—¿Te supone eso un problema?

Espero que la calle esté poco iluminada y no puedan ver la rojez que, estoy segura, ha empezado a teñir mis mejillas.

—¿Por qué iba a tener yo un problema con que a ti te gusten las rubias? Solo lo he dicho como un dato al azar.

Se encoge de hombros y me señala la cabeza.

—Porque tú eres morena y a lo mejor eso te molesta.

Abro la boca, entre sorprendida y ofendida, y frunzo el ceño.

—¡Eres un creído! A mí me da igual con quién te acuestes.

—¿Ahora estamos hablando de mi vida sexual? No sabía que habíamos cogido ya ese nivel de confianza, pero dime. ¿Cuál es tu postura favorita? —Se acerca tanto a mí que siento su aliento haciéndome cosquillas en el cuello cuando me habla al oído—. La mía es la posición de la Indra. Dicen que en esta postura las mujeres tienen orgasmos más intensos.

Abro los ojos de par en par mientras evito a toda costa juntar las piernas, porque eso que acabo de sentir se llama excitación. No sé qué me ha puesto más, si la voz, el cosquilleo de su aliento en mi piel o imaginármelo en esa posición, que ahora ni siquiera caigo en cuál es. ¿Si saco el móvil y la busco se dará cuenta?

Se me está yendo la cabeza. No necesito mirar ninguna postura, lo que necesito es que se abra a la de ya un agujero bajo mis pies y me escupa en mi habitación. O mejor, que se abra bajo los de Lander y lo escupa en Azkaban.

Roja como un tomate y con la capacidad del habla totalmente perdida, cuadro los hombros y echo a andar hacia la puerta del gimnasio. Lo hago sin mirarlo a la cara, porque no quiero que vea mi expresión, y porque yo no quiero ver la suya.

Las dos chicas se hacen a un lado cuando paso cerca. Son también muy altas. En serio, ¿qué le pasa últimamente a todo el mundo con la altura?

Una de las chicas me sujeta del brazo, deteniéndome. Tiene una sonrisa preciosa. Y sus ojos son marrones con motitas verdes.

—No somos su... —empieza a decir, pero la presencia de Lander justo a mi lado la interrumpe.

—Amanda, no pasa nada. —Por el rabillo del ojo veo que lleva las manos metidas en los

bolsillos del pantalón. Aunque había dicho que no lo iba a mirar a la cara, lo hago, y su no-sonrisa es lo primero que me llama la atención. Después, son sus ojos, que me acabo de dar cuenta de que también son marrones con motitas verdes.

Me fijo en ellos porque juraría que me están mirando con algo parecido a la decepción.

—A Violet le gusta mucho juzgar sin conocer. Que te lo pases bien en la inauguración. —Con estas frases tan cortantes, me dedica un último asentimiento de cabeza y desaparece en el interior del gimnasio.

La gemela que iba a hablar se me queda mirando unos segundos. Por un momento, espero que termine lo que sea que fuera a decirme, pero desaparece detrás de su hermana y de Lander.

Me quedo un minuto entero de pie, quieta, asimilando el hecho de que me siento como una idiota y ni siquiera sé muy bien por qué.

—¡¡Has venido!! —Andrea aparece en mi campo de visión. Me la esperaba malhumorada, pero la verdad es que sonrío igual que en las fotos que tiene en su habitación de cuando se fue a Disneylandia a los seis años con su familia.

—Siento llegar tarde. Se me ha complicado el temario. —Arruga el gesto y me hace aspavientos con las manos. No sé si intenta decirme que no pasa nada o que hay una mosca rondando.

—Lo importante es que ya estás aquí. Ven, que te lo voy a enseñar todo. —Me agarra de la mano y me adentra en el local.

De primeras tengo que decir que no me lo esperaba tan grande. Tiene dos pisos. ¡Dos! Una sala para dar clases guiadas con monitor —de todo lo que ha dicho, solo he entendido zumba y pilates—, otra de *spinning*, musculación, *crossfit* —no me he enterado muy bien qué es, pero ya me he cansado con solo escuchar a Andrea y ver las instrucciones que hay escritas en una pared enorme—, zona de estiramientos, otra cardiovascular, de fuerza, de pesos libres, de habilidades y funcional... Sin contar con los vestuarios y los aseos, que cuentan con unas duchas que son más grande que las de mi casa.

—Tenemos que apuntarnos, Violet. —Me atraganto con el champán que me estoy bebiendo. Las burbujas me hacen cosquillas en la nariz y los ojos me lagrimean.

—¿Por qué hablas en plural?

—Porque tú te vas a apuntar conmigo.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

—Esto es absurdo. —Me termino el poco líquido que me queda en la copa porque discutir con Andrea es como hacerlo con la pared.

Un movimiento a mi izquierda capta mi atención.

Lander, por supuesto. ¿Qué narices me pasa con este tío?

Está con las dos rubias de antes y otra chica más que, por supuesto, también es rubia. Un cliché con patas. Qué tío más básico. ¿Será María? Ni lo sé, ni me importa.

Las tres lo rodean como moscas a la miel. Ellas parlotean sin parar mientras él, simplemente, asiente con la cabeza. También resopla. Eso es bueno, porque demuestra que no soy la única con la que es un antipático.

—¿Qué miras tan fijamente? Parece que estés intentando asesinar a alguien. —La pregunta de Andrea me hace girar la cabeza y apartar la vista del cuarteto.

—¿Y puede tu hermano con este gimnasio él solo? Creía que me habías dicho que tenía un

socio. Por cierto, ¿de dónde has sacado esta copa? Necesito otra.

Me concentro en parlotear y en quitarme pelusas de la falda y la blusa mientras le ordeno a mi cabeza que deje de girarse para mirar a Lander y a las rubias y, sobre todo, para no mirar a Andrea. O, más bien, para que ella no me mire a la cara, pero fallo de forma estrepitosa porque por el rabillo del ojo puedo notar que me mira como si fuera tonta.

Por si fuera poco, la noto colocarse a mi lado y mirar en la dirección en la que yo estaba mirando hace unos segundos. Su carcajada me quema el pecho y me toca los ovarios.

—¿Por qué no te cae bien?

Quiero decirle que no tengo ni idea de qué o, en este caso, de quién me está hablando, pero es absurdo. Ella lo sabe y yo también.

Demasiados años siendo amigas.

Suelto un pequeño suspiro y me encojo de hombros.

—No me cae ni bien ni mal, me es indiferente.

—Para serte indiferente, llevas toda la noche mirándolo. —Adoro a mi amiga, pero tiene una forma de hablar que me crispa, sobre todo cuando lo hace con condescendencia y como si supiera una verdad absoluta que tú desconoces.

Me giro hacia ella ofendida.

—¡No es cierto! —le digo, a lo que ella se ríe, por supuesto. La miro con todo el odio al que puedo recurrir.

—No me mires así. Lander te es de todo menos indiferente.

—No.

—Sí.

—He dicho que no.

—Y yo te estoy diciendo que sí.

Condescendencia.

—¿Sabes? Paso de ti. No sé si te he dicho alguna vez que puedes llegar a ser bastante insoportable. —Andrea no deja de sonreír, y eso solo me crispa más.

Me quita la copa vacía de las manos y me pasa el brazo por los hombros de forma cariñosa.

—¿Te cuento un secreto?

—Algo me dice en la nariz que no me interesa.

—Son sus hermanas —continúa, pasando de mi apreciación. La miro sin comprender. ¿De qué me estaba hablando ahora?

Andrea señala a Lander y yo le doy un manotazo en la mano para que baje el brazo.

—¿Qué haces?

—Decirte que esas tres chicas de ahí son las hermanas de Lander. Me las han presentado al llegar. Las gemelas se llaman Amanda y Tamara, y son las pequeñas. La otra es María, que es la mayor. Falta una que se llama... —Andrea se muerde el labio—. Ahora no me acuerdo.

De repente, se me enciende una bombilla en la cabeza. Una que me gustaría tragarme para que se apagara porque solo hace que me sienta un pelín estúpida.

—¿Alba?

—¡Eso! —Andrea sonríe y tiene la decencia de no preguntarme que cómo lo sé. Mejor.

Esta vez no me corto; los miro a los cuatro y lo sé. O, más bien, lo veo. El parecido. Aunque el tono de piel de Lander es más oscuro que el de las otras tres chicas y de que él es moreno y ellas, por si no había quedado claro, son rubias, se ve. Y no solo en los ojos marrones con motitas verdes que me habían llamado la atención tanto en las gemelas como en Lander; se ve en sus pómulos, en la forma de sus labios o en las posturas de sus cuerpos. Se ve en las sonrisas de ellas

y en la forma en la que él las mira, como si quisiera matarlas y, a la vez, parar una bala por ellas. A mí nunca me ha mirado nadie así, solo mis padres, pero lo he visto en mis amigos. Lo veo en Edu cada vez que mira a Andrea.

Lo veo cuando tengo a dos hermanos delante.

Una de las gemelas pega un grito y se lanza al cuello de Lander, desestabilizándolo. Él la agarra de la cintura mientras se esfuerza por no sonreír, aunque estoy segura de que de un momento a otro las comisuras de sus labios le van a jugar una mala pasada.

«Amanda, no pasa nada. A Violet le gusta mucho juzgar sin conocer. Que te lo pases bien en la inauguración».

¿Dónde está ese agujero? Ahora me vendría bien que se abriera.

La vergüenza me dura, literalmente, veinte segundos, el tiempo que tarda Lander en pillarme mirándolos y suspirar, como si le diera pereza siquiera tener que verme.

Supongo que una persona adulta aprovecharía ese momento para ir y pedirle perdón, pero lo que hago es sonreírle, saludarlo con la mano e ignorarlo.

Total, tampoco creo que vaya a cruzarme muchas más veces con él. No es una persona que necesite especialmente en mi vida.

5. Un baño, por favor

Lander

Junio 2023

Estoy sudando y jadeando. El corazón me va a mil por hora y tengo la vista desenfocada. Noto el sudor resbalándome por la frente y también por la espalda. Me sobra la ropa, pero estoy tan agotado que ni siquiera soy capaz de quitármela.

Noto un retortijón en la tripa. Ya viene.

Me incorporo, sin soltar el váter, al que llevo abrazado una hora de reloj, y dejo salir lo poco que me queda en el cuerpo, que es nada, porque después de vomitar siete veces seguidas lo único que te queda en el cuerpo son las ganas de morir.

La puerta del baño se abre con la última arcada y una de mis hermanas entra como un torbellino. No tengo fuerzas para ver quién es, aunque puedo hacerme una idea.

—Nos vamos al hospital. Ya. —Alba me coge del brazo e intenta levantarme, pero le doy un manotazo con la poca fuerza que me queda y me suelto, aunque eso no es impedimento para que mi hermana vuelva a agarrarme y a tirar de mí hasta ponerme en pie.

—Estoy bien. No necesito ir al médico —digo, o eso creo. Tengo la boca tan pastosa que no sé si he conseguido unir dos letras seguidas.

—Cállate, Lander. ¡Mandy! ¡Tammy! —Cierro los ojos con fuerza al escuchar su grito.

—Me has dejado sordo.

—Mejor. —Y esta se supone que es la hermana dulce.

Siento más manos rodeándome el cuerpo, y es que supongo que Amanda y Tamara han llegado al grito de nuestra hermana.

Alguien me pone los zapatos mientras otra me coloca una chaqueta. ¿Por qué? Si yo lo que quiero es desnudarme.

Y morirme. No sé si ya había dicho esa parte.

—Mandy, mi móvil se ha muerto. ¿Puedes traerme el cargador de Lander? Y Tammy, llama a Cristina y dile que no puedo ir porque tengo que llevar a mi hermano al hospital.

—Es la tercera vez que cancelas una cita con esa chica. Va a terminar pasando de ti.

—¿Qué queréis que haga? Alguien tiene que llevar a Lander al médico.

Están a punto de abrirse las compuertas de nuevo, y no las de arriba. Me agarro la barriga y cuento hasta no sé qué número de forma lenta mientras intento controlar la respiración. Tengo el pelo de punta y siento cómo el sudor me resbala por la espalda.

—Podemos llevarlo nosotras.

—Tú tienes un examen mañana y tú tienes que ir a recoger a los hijos de María a fútbol, ¿te acuerdas?

—¡Mierda! Se me había olvidado. —Alguien me palmea la mejilla. No sé quién es porque tengo los ojos cerrados, mi capacidad auditiva ha pasado a mejor vida y, encima, sigo intentando no cagarme encima—. Cuídate, hermanito. Tienes un aspecto horrible.

Soltaría un «gracias», pero mi boca pastosa me lo impide.

—Llámala. —Ahora mismo no tengo claro que sea la hermana dulce. Lo que sí que queda

claro es que es la sargento.

No sé muy bien cómo, pero llegamos a la calle.

Alba me monta en un coche y yo aprovecho para cerrar los ojos y pegar la frente y la mejilla a la ventanilla. No sé cómo lo he hecho, pero las ganas de cagar se me han pasado. Al menos, de momento. Lo que estoy es a punto de dormirme. La verdad es que si me dejan así un rato les estaría eternamente agradecido.

De repente, mi hermana me zarandea, sobresaltándome.

—Ya hemos llegado —me dice en un tono demasiado elevado para mi salud mental.

Salimos del coche y llegamos a la puerta corredera del hospital. En cuanto estas se abren, el olor a desinfectante me tira para atrás y me hace retroceder a un momento en el que prefiero no pensar. Quiero dar media vuelta y volver al taxi, pero mi hermana me conoce lo suficiente como para sujetarme del brazo y tirar de mí.

Tiene suerte de que me sienta como un muñeco de trapo y no pueda quejarme.

—Siéntate ahí mientras yo doy tus datos. —Me señala una hilera de sillas. Yo, literalmente, me lanzo sobre ellas en plancha.

Quiero que me dejen aquí, por favor.

—Esto no puede ser cierto —dice alguien de repente a mi alrededor. De primeras, no presto atención, pues no creo que vaya dirigido a mí, pero algo hace clic en mi cabeza y decido levantar la mirada.

Unos ojos marrones, escondidos tras unas gafas de pasta roja, me están taladrando ahora mismo. Pero eso no es lo que más me llama la atención. Lo hace su tez excesivamente pálida, las ojeras, que son tan moradas que parece que le hayan pegado dos puñetazos, y su frente perlada en sudor.

—¿Violet?

—Esto no puede ser cierto —repite. Habla a cámara lenta, como si ella también sintiese que tiene la lengua pastosa y le costase hablar.

Mi hermana regresa. Me toca los pies para que me mueva y le deje espacio. Al hacerlo, quedo sentado al lado de Violet. Nuestros hombros y rodillas se están tocando.

—¿Cómo te encuentras? Han dicho que hay un virus y que hay mucha gente así. Espero que no tarden en llamarnos.

No le hago caso a Alba, pues estoy concentrado mirando a Violet. Ahora que la tengo tan cerca, puedo confirmar que tiene una pinta horrible. El pelo negro lo lleva pegado a la cara y está tan pálida que hasta podría confundirla con una muñeca de cera.

—¿Te encuentras bien? Tienes una pinta bastante horrible. —Es lo que pasa cuando te sientes como una mierda, que el filtro boca-cerebro está apagado o fuera de cobertura.

Violet pega un grito y me taladra con la mirada después de echarme un vistazo de arriba abajo.

—¿Tú te has visto? ¡Das pena! —Vaya, ahora ya no parece que tenga la boca tan pastosa.

En otro momento le sonreiría y, probablemente, le soltaría algo gracioso e ingenioso, pero estoy a punto de sufrir otra arcada.

—¿Qué pasa? —le pregunta a Violet la persona que está sentada a su lado. Me lleva unos segundos reconocer a Andrea—. ¿Lander?

—Hola. —Las fuerzas solo me dan para decir esa palabra.

Entrecierra los ojos y ladea la cabeza.

—¿Tú también tienes gastroenteritis? —me pregunta.

—Eso o lo ha poseído un ser que no es de este planeta —contesta Alba por mí. Me da un codazo—. ¿No me presentas? —dice susurrando.

Para presentaciones estoy yo. La miro y entrecierro los ojos. Mi hermana se limita a mirarme enseñando los dientes.

¿Ya se ha olvidado de que me encuentro entre mal y un despojo humano?

Suspiro y me vuelvo hacia las otras dos chicas que tengo al otro lado. Andrea también sonríe. Violet tiene cara de haberse comido un limón en mal estado.

—Esta es Alba. —Mi cabeza, no sé por qué, decide retroceder al día de la inauguración del gimnasio, cuando Violet me acusó aún no sé de qué cuando me vio con mis hermanas, así que mis ojos deciden concentrarse solo en ella—. Mi hermana, y no es rubia, es morena. Lo siento.

Violet gruñe y aparta la vista. Podría jurar que veo un pequeño rubor en esas mejillas tan pálidas.

—Lander Aguirre y Violet Cooper. —Los dos nos levantamos a la vez al escuchar nuestros nombres. Nos miramos y después miramos a la mujer vestida con bata blanca que nos ha llamado.

—Soy yo —decidimos al unísono.

La mujer asiente y nos hace un movimiento con la cabeza.

—Acompañadme.

Me giro hacia mi hermana. Me sorprendo al ver que no es que no se ha levantado para acompañarme, sino que ha ocupado el sitio en el que Violet estaba sentada.

—¿Vienes? —le pregunto. Arruga la nariz y me hace aspavientos con la mano.

—Mejor te espero aquí. Te quiero.

¿Que me quiere? ¿Para esto me quería traer al hospital, para dejarme solo y a mi suerte?

Se lo preguntaría, pero la verdad es que la enfermera ya ha desaparecido y yo necesito que me chuten algo en vena que consiga acabar con mi sufrimiento.

Violet ha desaparecido. A ella no parece importarle que Andrea tampoco la acompañe.

Arrastrando los pies, atravieso la puerta por la que creo que ha desaparecido la enfermera y llego a un pasillo lleno de más puertas. Comienzo a ojearlas, una a una, y suspiro aliviado cuando la veo.

—Señor Aguirre, pase y tumbese en la camilla.

Hay dos camillas en esta habitación. Una está vacía, y en la otra está tumbada Violet.

Me mira al entrar y juraría que puedo escuchar, de nuevo, un: «No me lo puedo creer».

La ignoro. Me tumbo en la cama y cierro los ojos para que la luz del techo no me moleste demasiado.

Siento a la enfermera colocarse a mi lado.

—Mientras llega la doctora, les pondremos una vía por la cual les suministraremos Motilium para la angustia y les daremos un probiótico para controlar las ganas de ir al baño.

—Gracias —dice Violet en un tono de voz dulce y cariñoso que no le había oído hasta ahora.

—Señor Aguirre, quítese la chaqueta y súbase la manga de la camisa.

Abro los ojos y me incorporo para hacer lo que me ha pedido, pero me pongo aún más pálido de lo que ya estoy cuando veo en la mano de la enfermera la jeringuilla con la que pretende pincharme.

—No irá a pincharme con eso, ¿verdad?

Noto la gota de sudor resbalándome por la espalda.

—Señor Aguirre, necesito ponerle la vía para cortar la gastroenteritis.

—Yo lo entiendo, pero es que odio las agujas.

La mujer fuerza una sonrisa que me recuerda a la de Joaquín Phoenix en *Joker*.

—Y yo odio el atún y a mi marido le encanta. ¿Puede, por favor, quitarse la chaqueta y

dejarme hacer esto?

¿Eso ha sido una gracia? Porque me gustaría decirle que menos mal que es enfermera, porque como humorista ya hace tiempo que la hubiesen despedido.

—Pero...

—Lander, por favor, ¿puedes tumbarte en la camilla de una maldita vez y dejar que esta mujer haga su trabajo?

Estaba tan concentrado en la aguja que hasta me había olvidado de Violet y su simpatía. La miro molesto.

—Odio las agujas.

—Y yo odio vomitar —gruñe—. Así que, te lo repito, tumbate.

A pesar de su palidez, de sus ojeras y de que me mira como si quisiera pisar mi cabeza con esas Converse que lleva, no puedo evitar pensar que está guapa y que le quedan bien esas gafas, aunque me gustan más las que llevaba el día que la conocí.

Me quito la chaqueta, me remango la camisa y me vuelvo a tumbar. Aprieto los ojos con fuerza cuando me ponen la típica goma en el brazo para buscarme las venas y me muerdo la lengua cuando siento la aguja clavándose en mi piel.

—Si me desmayo, será por tu culpa. —No sé si se lo digo a Violet o a la enfermera. Supongo que será a quien quiera oírme.

—Sobreviviré —me responde Violet—. Solo te pido que, cuando lo hagas, no olvides golpearte la cabeza.

Abro un ojo cuando ya han terminado de toquetearme el brazo y miro a la enfermera.

—¿No pueden drogarme en otro sitio? Siento cierta aura negativa en esta habitación que me va a impedir recuperarme como debo.

—A mí tampoco me hace especial ilusión compartir este espacio contigo, pero es lo que hay —gruñe Violet. No puedo verla, porque la enfermera nos sirve de paraban, pero me la imagino con ese ceño fruncido y esos ojos de odio y me entran ganas de reírme. Acaban de ponerme la cosa esta, pero ya empiezo a notar su efecto.

La doctora aprovecha ese momento para entrar y examinarnos a los dos. Primero a Violet y después a mí. Es rubia, y joven, y estoy enfermo, no ciego, por lo que no me pasa por alto lo guapa que es.

—Hola, señor Aguirre...

—Llámame Lander, por favor. Solo tengo veintisiete años. —La mujer sonrío y asiente con la cabeza.

—De acuerdo, Lander. ¿Cómo te encuentras? —Como una mierda. Como un despojo de la humanidad. Como si alguien me hubiese metido una mano por la boca, hubiese llegado hasta el estómago y hubiese decidido moverla como un torbellino.

—No muy bien. Llevo todo el día vomitando y, bueno, haciendo otras cosas.

—Con diarrea. Lleva todo el día con diarrea —dice Violet por mí. La miro y ella me sonrío, pero su sonrisa no tiene nada que ver con la de la doctora.

La de la morena se parece a la de la novia de Chucky.

—Gracias, Violet. Creo que la doctora me había entendido.

Chaquea la lengua contra el paladar sin dejar de sonreír.

—Solo quería ayudar.

Sé de alguien a la que las drogas le están surtiendo efecto muy rápido.

La doctora me coloca las manos sobre el vientre y me pide que me la levante. No me pasa desapercibido que le gusta lo que ve.

Comienza a palparme y arrugo la nariz cuando me toca la barriga y me duele. Me pide que levante una pierna, luego la otra y sigue palpando. Le pregunta a la enfermera si me ha puesto Motilium y esta se lo confirma. También me han dado un Nolotil.

—Tú también tienes gastroenteritis. —Se vuelve hacia la enfermera—. Tráenos un par de sueros. Os los empezareis a tomar dentro de media hora a sorbos pequeños para ver cómo os sientan. Con eso, y lo que lleváis en vena, deberíais empezar a encontraros mejor dentro de nada.

—Gracias, doctora —le digo. Escucho un bufido.

Violet está tumbada con el brazo sobre los ojos.

La doctora y la enfermera se despiden de nosotros y se van, aunque juraría que la última, antes de salir, ha murmurado algo así como: «no os matéis».

En cuanto nos quedamos solos, me vuelvo hacia mi compañera de camilla. Sigue en la misma posición.

—¿Puedo saber por qué resoplas cada vez que hago un comentario? —le espeto.

—No resoplo.

—Cierto. Bufas, como los caballos.

Se aparta el brazo de la cara. Sigue pálida, aunque tiene mejor aspecto que antes. Necesito llevarme a casa la mierda esta que nos ponen en los hospitales.

—¿Por qué te crees tan importante?

—¿Por qué te caigo tan mal? No nos conocemos.

—Exacto, no nos conocemos. No eres lo suficientemente interesante en mi vida como para saber si me caes bien o mal.

—Pero sí para no parar de juzgarme.

—No te juzgo.

—Me tiraste una cerveza a la cara por intentar ser amable.

—Sigo sin ver esa amabilidad de la que hablas.

—Porque solo haces que tirarme dardos envenenados.

—Eres un inmaduro.

—Y tú una estirada.

—Y bajita, ¿no?

—¿Qué?

—Nada.

Creo que acabo de perderme una parte de la conversación. Se tumba de nuevo con el brazo sobre los ojos. Yo debería hacer lo mismo, pero no puedo. Ni quiero, ya que estamos.

—¿Puedes explicarme a qué ha venido eso?

—No.

—¿Qué?

—Que no puedo explicártelo. Y, ahora, ¿podrías cerrar el pico que me encuentro mal?

—Yo te veo mucho mejor aspecto.

—Pues siento no poder decir lo mismo sobre ti.

Me río, no lo puedo evitar. El humor, o la sátira, de esta chica me hace reír mucho y muy fuerte. Y el líquido que está corriendo por mis venas aumenta esa diversión.

—Desde que te conozco estás enfadada. Deberías ser más feliz y aprender a sonreír. He leído en alguna parte que sonreír rejuvenece. Sería una pena que una chica con una piel tan perfecta como la tuya se estropeará antes de llegar a los treinta.

—Eres idiota.

—Habla con mis hermanas, seguro que están de acuerdo contigo.

No dice nada, pero bufa, y yo lo escucho, y me vuelvo a reír, y me callo, porque la estoy sacando de quicio, aunque no sé muy bien por qué eso me divierte y consigue que las ganas de morirme que he tenido durante todo el día desaparezcan.

Nos pasamos el resto del tiempo en silencio. Solo se interrumpe cuando bebemos el suero que nos han traído o cuando entra alguien a ver cómo estamos.

Violet es a la primera a la que le dan el alta. Cuando recoge la receta médica con lo que tiene que tomarse, se marcha, dejándome solo y, por supuesto, sin despedirse. Aunque débil, ya no me encuentro tan mal como cuando he llegado. Eso sí, necesito dormir veinticuatro horas seguidas, pues me duele hasta pensar en pestañear. A lo mejor le pido a la doctora si me deja quedarme aquí. Seguro que descanso más que en una casa en la que conviven tres mujeres ruidosas que por el mero hecho de ser mis hermanas se creen con derecho a darme por saco sin respetar mi intimidad.

—¿Ya ha abandonado el alien tu cuerpo? —me pregunta Alba nada más verme aparecer en la sala de espera. Se levanta de la silla y se acerca a ayudarme a ponerme la chaqueta.

Está sola. No hay ni rastro de Andrea ni de Violet.

—Eso espero, aunque estoy como si me hubiese arrollado un autobús. —Me quita el informe médico de las manos y salimos del hospital. Qué bueno respirar aire fresco. No sé si había dicho ya que odio el olor de los hospitales.

—Te habrá arrollado un autobús, pero tu *sex-appeal* está claro que no lo has perdido. —La miro alzando una ceja. Levanta un brazo para parar al taxi que se está acercando. Una vez estamos acomodados en la parte trasera, me pasa el informe.

Arriba, en el encabezado, hay un número de teléfono escrito con boli.

Mi hermana se ríe y me lo señala.

—¿Cagando, vomitando y con cara de pedo, y aún te da tiempo a ligar? Dime tu truco.

—No hace falta ser tan descriptiva.

—¿Quién es Natalia?

Me encojo de hombros.

—Intuyo que la doctora, que es la que ha firmado este informe.

La carcajada de mi hermana consigue que el asiento vibre.

Tanto a Alba, como a María, Amanda y Tamara les gusta mucho reírse a mi costa.

Apoyo la cabeza en el respaldo y cierro los ojos, a ver si así el trayecto es más corto y mi hermana pillla la indirecta de que quiero que me deje en paz. Pero no parece el caso, porque me zarandea en un hombro.

—¿Vas a llamarla?

—No creo.

—¿Por qué?

—No me interesa.

En cuanto lo digo, me doy cuenta de que es verdad. No quiero llamar a Natalia. No porque sea fea, solo hay que verla para darse cuenta de que es muy sexi, sino porque no me interesa.

—¿Tiene algo que ver cierta morena con la que has compartido centro de reciclaje?

Ladeo la cabeza y la miro con una ceja alzada.

—¿Centro de reciclaje?

—Tú ya me entiendes.

Niego con la cabeza y vuelvo a mi posición inicial.

—No estoy interesado en Natalia ni tampoco en Violet, si es la morena a la que te refieres. Además, me odia. ¿Te acuerdas de la chica que me tiró una cerveza a la cara?

—¿Era ella?

—Era ella.

Mi hermana vuelve a reír. Si es que me encanta hacer reír a la gente (nótese la ironía).

—Además, no tenemos nada en común —continúo—. Ni siquiera somos amigos. Y tampoco creo que nos veamos mucho. Solo tenemos a Edu como punto de unión.

—Pues es una pena. Me gusta cómo te odia. Es gracioso.

—Yo no puedo parar de reírme.

Segunda Parte

Actualidad

6. Necesitas salir de ahí

Lander

Estoy agotado, además de mojado por culpa de la lluvia que está cayendo, y que pueda escuchar la música desde la calle solo hace que aumentar el agotamiento acumulado de la semana y el entumecimiento que siento en todo mi cuerpo por culpa del agua. Sin contar con que estoy a punto de sufrir un fuerte dolor de cabeza.

Me gusta mi trabajo, el hecho de ser mi propio jefe, pero también lo odio, porque no tengo ni un minuto de descanso.

Levanto la vista y observo con apatía la ventana del cuarto piso solo para comprobar que sí, que ese sonido ensordecedor que llevo escuchando desde que doblé la esquina proviene de mi piso. Encima, están todas las putas luces encendidas. Mi TOC está empezando a florecer.

Me pinzo el puente de la nariz y respiro hondo mientras cuento hasta diez. En otras circunstancias, me daría media vuelta y me iría a matar las horas a algún sitio como un bar, un parque o el sofá del gimnasio, donde he dormido más noches de las que puedo contar desde que inauguramos hace unos meses, pero hoy estoy demasiado cansado, enfadado y dolorido como para desaparecer tras el fajo de papeles que hay que revisar y firmar. Necesito un colchón decente en el que dejarme llevar durante veinticuatro horas seguidas como mínimo.

Saco las llaves del bolsillo y abro la puerta del portal. No me molesto en esperar a que llegue el ascensor, sino que subo las escaleras de dos en dos. Vuelvo a coger aire cuando llego a mi rellano y entro en mi casa.

Enter Sandman, de Metallica, está a punto de terminar con mi estado de ánimo.

Busco con la mirada a las culpables de este escándalo, aunque solo encuentro a una. La otra no debe andar muy lejos. Carraspeo, pero es imposible que mi voz suene por encima de la de James Hetfield, por lo que opto por dar un portazo.

Tampoco.

No me queda otra opción que apagar la luz. El grito de protesta no tarda en llegar.

Viendo el desorden que hay en mi comedor, cualquiera diría que mis hermanas han montado una fiesta en nuestro piso un viernes por la noche. Y, a sus veinte años, hasta lo vería normal. Pero no, no hay ninguna fiesta; no hay nadie comiéndose mis galletas ni gente vomitando en el balcón o en mi cuarto de baño. Solo están ellas, porque Amanda y Tamara no necesitan a nadie para armar el caos. Se apañan bastante bien las dos solas.

—¡¡Lander!! —grita sorprendida Amanda por encima del sonido de la música en cuanto enciendo de nuevo la luz y se baja del sofá de casi tres mil euros en el que estaba saltando, guitarra en mano.

Su gemela, que estaba en la cocina, sale tras el grito de su hermana. Ella también lleva una guitarra en la mano.

Miro la pantalla del televisor.

Un karaoke.

—Solo estábamos cantando un poco —se justifica Amanda. Lo hace gritando, claro, porque *Enter Sandman* sigue sonando a todo volumen. Me acerco hasta la mesita de centro, que ya no está en el centro, sino en una esquina contra la pared, y cojo el mando a distancia. En cuanto la

música cesa, podría jurar que hasta puedo escuchar los latidos de mi corazón.

Me giro de nuevo hacia mis hermanas. Las dos se han ido acercando la una a la otra hasta quedar pegadas.

Son tan idénticas que es muy difícil diferenciarlas. Algunos gemelos tienen un lunar, una cicatriz, una marca de nacimiento... algo con lo que poder distinguirlos. Amanda y Tamara no. Además, llevan el mismo corte de pelo y les encanta vestir iguales, lo que solo hace que aumentar la problemática de saber quién es quién, algo que a ellas les encanta y que han utilizado en infinidad de ocasiones para librarse de castigos o exámenes, entre otras cosas.

El problema es que eso les ha funcionado siempre con todo el mundo, menos conmigo. Yo las diferencio hasta con los ojos cerrados, y eso a veces no sé si es bueno o malo.

Me quito las deportivas, que están tan mojadas que no sé si va a ser posible recuperarlas — otro *toc* del que me ocuparé más tarde— y las dejo en la entrada, justo en el mueble que compré para dejar los zapatos cuando llegas a casa y así no manchar todo el suelo y que solo utilizo yo.

—¿Ha subido algún vecino a quejarse? —pregunto despacio y aparentando serenidad. Las escucho reírse, aunque fingen entre tosidos cuando las miro de reojo con la ceja arqueada.

—No —contestan al unísono. Eso también lo hacen mucho.

Me enderezo con toda mi envergadura y espero con los brazos cruzados. Es cuestión de segundos que alguna de las dos confiese, y esa suele ser Amanda.

—¡Vale, sí! El señor Trinkley. ¡Pero porque ese hombre es un cascarrabias y está amargado! —Bingo.

—¡Mandy! —Tammy mira a su hermana enfadada por haber hablado, pero tiene la prudencia de no abrir la boca cuando me escucha carraspear. De todas formas, me habría acabado enterando. Y sospecho que el señor Trinkley no ha sido el único que ha subido a quejarse, pero ahora no tengo ganas de discutir con mis hermanas. No sé si es porque necesito una ducha con urgencia y un paracetamol, o porque sigo enfadado por el inútil al que he tenido que despedir esta tarde.

Miro el desorden que hay en el comedor y señalo la mesa de centro con el dedo.

—Lo quiero todo recogido en cinco minutos.

—Vamos, Lander, no seas así. ¡No estamos haciendo nada malo! —se queja Amanda.

—Da gracias de que estamos en casa y no en alguna fiesta drogándonos o subiéndonos al coche de algún desconocido —rebate Tamara.

Queda claro cuál de las dos es más manipuladora.

Reprimo el impulso de sonreír, porque, a pesar de todo, me hacen gracia sus justificaciones y sus caras de no haber roto un plato en su vida cuando me miran, y les doy la espalda para dirigirme a mi habitación.

—No hace falta molestar a todo el vecindario con vuestra música. Y antes de que repliquéis, Tamara, se escuchaba desde la esquina, así que ni se te ocurra decirme que no estaba tan alta —murmuro entre dientes. Las miro por encima del hombro, pillando a Tamara con la boca abierta lista para contradecirme.

Suelto un suspiro.

Las adoro.

Me sacan de quicio la mayor parte del tiempo, por no decir todo. Son alocadas, un tanto desequilibradas (en el buen sentido), y viven la vida sin filtros ni frenos. Supongo que es lo que tiene el hecho de tener veinte años. Solo quieren divertirse, y tienen todo el derecho. Que yo hace tiempo que haya olvidado qué es eso no significa que ellas también.

Me paro en seco, justo antes de desaparecer por el pasillo, y me doy la vuelta. Las dos me

miran entre suspicaces y divertidas, aunque esto último lo intenten disimular. Ya saben que voy a claudicar. Me tienen comiendo de la palma de su mano, y eso es así desde el día que nacieron.

Joder, mis cuatro hermanas me tienen comiendo de la palma de sus manos. Lo saben y lo utilizan siempre que pueden. Porque son mi debilidad. Porque sin ellas, el mundo sería una mierda.

Pero antes me depilo las ingles y las axilas con cera que confesarles algo de esto. ¿Más munición? No, gracias.

Encima, tengo que dar gracias de que Alba se haya marchado de viaje a Colombia con la ONG con la que colabora. Prefiero no pensar en cómo sería esta discusión si estuviesen las tres juntas.

Siento un escalofrío y nada tiene que ver con el frío.

Y, bueno, que Tamara tiene razón; por lo menos no están drogándose por ahí ni subiéndose en coches de desconocidos. Tengo que reconocer que son las dos chicas más inteligentes y responsables que conozco. Joder, que Tamara estudia psicología y Amanda ingeniería informática con una beca cada una. Se pasan el día estudiando y tienen todo el derecho del mundo a divertirse, pero con cabeza, ¿no?

Cuando hable de esto con María se va a reír en mi cara y con razón.

Apunto a las gemelas con el dedo de forma amenazante y me pongo todo lo serio que puedo. ¿Truco? No mirarlas a los ojos.

—Podéis seguir cantando esa música ruidosa, pero hacedlo en un tono que no moleste a nadie, por favor. No me apetece tener que disculparme otra vez con todos los vecinos. Que el señor Trinkley está sordo y os escucha.

—Lander, el señor Trinkley está sordo para lo que da la gana.

Amanda tiene toda la razón, pero no se la voy a dar. Sería demasiado peligroso. Las señalo a las dos, primero a una y después a la otra.

—Amanda, Tamara, os estoy vigilando.

—Sí, papá. —Ponen los ojos en blanco y suspiran a la vez. Y yo siento un pellizco en el estómago, y no es ni por una cosa ni por la otra. Es por esa palabra: «papá».

Me encierro en mi habitación mientras Metallica vuelve a convertirse en la banda sonora de nuestra casa, aunque por lo menos me han hecho caso y la han puesto a un volumen aceptable.

Cojo ropa cómoda para cambiarme y me dirijo al cuarto de baño. Lo hago con la mente en blanco y los ojos medio cerrados, porque no le recomiendo a nadie la experiencia de vivir en una casa minúscula con dos adolescentes. Si el comedor presentaba el aspecto de un campo de batalla, mejor no hablo del baño.

Me doy una ducha rápida, porque las largas me parecen una pérdida de tiempo, de agua, y de energía, y me vuelvo a encerrar en mi habitación. No he comido nada desde este mediodía, cuando Edu se presentó en el gimnasio con un café y una empanadilla.

—Me juego mi brazo derecho a que llevas todo el día sin probar bocado. —Menos mal que llevaba razón. Ahora mismo necesito el brazo de Edu más que el mío propio. Yo puedo llevar la administración del negocio con los pies, pero Edu no puede ser entrenador físico sin sus extremidades.

Apago la luz y bajo la persiana hasta dejar la habitación casi a oscuras. Estoy a punto de sacar los tapones para los oídos del cajón cuando noto el móvil vibrando sobre la mesilla de noche. Por unos segundos, estoy tentado a fingir que no me he dado cuenta, pero esa responsabilidad que me autoimpuse hace años me obliga a descolgar cuando veo que se trata de otra de mis hermanas. En cuanto descuelgo la videollamada no escucho Metallica, pero la cosa anda cerca, y los culpables de este ruido son otros dos gemelos, solo que estos de tres años.

—¡Nicolás, Gael, que os estéis quietos! ¡Recórcholis! —Suelto una carcajada al escuchar la «palabrota» de mi hermana. Tengo que decir que María, antes de ser madre, de cada cinco palabras, siete eran un joder.

Enciendo la luz de la mesita porque algo me dice que esta conversación será de las intensas.

—Se nota tu enfado. Yo estoy temblando. —La cara de mi hermana aparece al otro lado de la pantalla. Tiene los ojos brillantes y las mejillas rojas. Me saca el dedo corazón y yo vuelvo a reírme. Adoro a todas mis hermanas por igual. Si me encontrara como Meryl Streep en *La decisión de Sophie* y tuviera que dar a una, las daría a las cuatro. Pero porque no puedo quedarme con solo una.

Aun así, es cierto que la relación entre María y yo es más estrecha. Supongo que porque somos los mayores. Ella más. De hecho, nos llevamos justo trescientos sesenta y cinco días.

Los gritos de mis sobrinos desaparecen en cuanto escucho una puerta cerrarse. Por lo que parece, mi hermana ha ido a refugiarse a su estudio. Puedo ver sus kits de bisutería esparcidos por todas partes.

—Lander, estoy preocupada por ti —suelta en cuanto la veo tirarse en el sillón reclinable que tiene en la habitación. Frunzo el ceño, y ella suelta un suspiro ante mi gesto—. Santi me ha dicho que hoy no tenías buena cara.

—Dile a tu marido que se ocupe de sus asuntos.

—Está preocupado por ti, y yo también. Ya te lo he dicho. —Se acerca la pantalla a la cara—. ¿Estás ya en la cama? Son solo las ocho de la tarde de un viernes. Necesitas socializar.

—Estoy cansado, María. ¿Querías algo en especial? —Los gritos de mis sobrinos aumentan. O mi hermana se ha vuelto sorda de repente o le importan una mierda—. Tus hijos están gritando un poco.

—Mientras no griten «fuego» o «sangre», está todo controlado. Y no me cambies de tema. Estoy preocupada por ti.

—Pues estoy bien. Se lo puedes decir también al lameculos de tu marido.

—A mi marido déjalo en paz. Y no estás bien porque tienes ojeras.

—Días complicados en el trabajo.

—¿Has vuelto a dormir en tu despacho?

—No.

—Vale. Entonces, si ahora llamo a Edu y le pregunto, no me dirá otra cosa, ¿no?

Nunca debería haber mezclado familia y negocios. Jamás tendría que haberles presentado a Edu a mis hermanas.

—Ahora estoy en mi cama, ¿verdad? Pues ya puedes apagar el interruptor de madre conmigo y preocuparte por los dos monstros que, por lo poco que escucho, creo que acaban de romperte la televisión.

—Ya se apañará su padre con ellos cuando llegue. A partir de las ocho son solo suyos, y ya son las ocho y un minuto.

Me encanta la relación de María y Santi. Se parece mucho a la de mis padres.

Bostezo, lo que hace que recuerde el sueño que tengo, y me froto los ojos. Sería capaz de quedarme dormido mientras mi hermana me suelta un podcast de veinte minutos, pero el karaoke de mis hermanas está subiendo de intensidad, así que necesito cortar la llamada, ponerme los tapones de los oídos y taparme la cabeza con la almohada.

En ese orden.

Parece que no soy la única que escucha la música, porque el ceño de María se frunce tanto que se acaba de convertir en uniceja.

Escucho cómo chasquea la lengua contra el paladar.

—Necesitas salir de ahí, Lander. No es sano, ni para ellas ni para ti.

—María, para.

—No me da la gana, joder. —Eso está mejor que «recórcholis». Me tapo la cara con el antebrazo y cierro los ojos. El dolor de cabeza de hace unos segundos parece que está volviendo. Tendría que haberme tomado algo—. Dijiste que en cuanto las gemelas cumplieran los dieciocho te irías de casa.

—Me necesitan.

—No como tú crees que lo hacen. Ninguna de las tres.

No sé por qué narices estamos teniendo otra vez esta conversación. Saldría a la cocina a por un paracetamol, pero mis piernas cansadas me lo impiden, al igual que la voz seria y monocorde de mi hermana.

—Lander. —Me aparto el brazo de la cara y la miro. Se parece mucho a Amanda y a Tamara. Las tres son rubias, solo que las gemelas tienen mis ojos y los de María son azules. Tienen una tez blanca y los labios igual de finos. Alba y yo somos los raros; pelo negro, tez oscura y labios gruesos. A veces, de pequeños, cuando nos veían juntos, la gente no se creía que los cinco éramos hermanos. O, lo que era más común, que Alba y yo éramos adoptados. Pero en cuanto veían a nuestros padres, se callaban—. No puedes estar siempre encima de ellas. No eres su padre.

Está claro que no lo soy, pero llevo unos años actuando como tal. Mi hermana es consciente de que sus palabras me han dolido, porque suaviza el semblante y me mira con cariño. Juraría que los ojos se le han aguado. Esto tampoco es fácil para ella, porque si yo he sido el padre, ella ha sido la madre.

—No quería que sonara tan mal.

—Lo sé.

—Quiero que sepas que lo siento, pero tengo que hablarte así para que reacciones y me hagas caso.

—Yo no pedí que nuestros padres se muriesen, María. —Veo la barbilla de mi hermana temblar. No tendría que haber dicho eso. Me siento como una mierda.

Coge aire y suspira.

—Nadie lo hicimos, pero pasó, y tú te encargaste de cuatro niñas perdidas que no se daban cuenta de que su hermano de dieciocho años era el que más perdido estaba de todos. Y te puedo asegurar que te estamos todas muy agradecidas, porque tú eres el pegamento de esta familia. Sin ti, no seríamos nada. Lo has hecho bien. Con todas. Con Tammy, Mandy y Alba también, por eso necesitas salir de esa casa. —Entrecierra los ojos—. ¿Me consideras mala hermana? ¿Mala persona?

Abro los ojos sorprendido y a la vez horrorizado.

—¿Por supuesto que no! ¿Cómo puedes siquiera pensar eso?

—Porque yo me fui de esa casa. En realidad, yo soy la mayor. Yo tendría que haber cuidado de vosotros cuatro, no tú.

—Eso no es cierto. Nos cuidamos los cinco.

—Pero tú eres el que cogiste más responsabilidad. —No hay tono de reproche en su voz, al contrario. Suspira y noto como se obliga a sonreír—. Lander, ¿te crees que no fue duro para mí irme de ahí y formar mi propia familia? Joder, si hasta le insinué a Santi de irnos a vivir todos juntos en plan comuna. Pero eso no puede ser. Llega un momento en el que toca madurar y tomar decisiones. Y, sobre todo, llega un momento en el que toca abandonar el nido y empezar a pensar

en uno mismo.

Tengo un nudo en la garganta del tamaño de un balón de rugby.

—¿Y si...?

—Y si nada, Lander. —Ni siquiera me deja terminar de hablar. Probablemente, porque me he pasado ya demasiados años soltándole todos esos «y si» y ya se los sabe de memoria—. Déjalas. Tienen que equivocarse. Tienen que ser ellas las que aprendan a lidiar con el señor Trinkley, no tú. Tú ya has lidiado bastante con ese viejo cascarrabias.

Trago saliva. ¿Tiene razón mi hermana? ¿Debería irme de esta casa? Solo de pensarlo siento que se me cierran los pulmones y que va a ser imposible que vuelva a encontrar el oxígeno suficiente para poder respirar. Tal vez porque en el fondo sé que tiene razón. Tamara y Amanda tienen veinte años. Alba veintitrés. ¿Por qué me cuesta tanto separarme de ellas? Alba se pasa más tiempo viajando con la ONG que conviviendo con nosotras. Y las gemelas... Las gemelas suspiran cada vez que me ven entrar por la puerta. ¿Las estaré asfixiando?

No tengo ni idea de por qué, pero de repente me acuerdo de Violet, la amiga de la hermana de Edu. La cita más corta de la historia de las citas. Me acuerdo de cuando me llamó neandertal y salvador.

¿Tendría razón? ¿Lo soy?

¿Lo estoy siendo con mis hermanas?

Aunque no lo digan, estoy seguro de que están deseando deshacerse de su hermano mayor. Alguna vez las he escuchado decir, a modo de broma, que les encantaría que su amiga Lucinda viviera con ellas. En realidad, casi lo hace. Es decir, cuando me encierro en el despacho del gimnasio y les dejo la casa libre.

Me paso una mano por el pelo. María sonríe. No lo he dicho, pero ella sabe que ha ganado. Supongo que cuando te sueltan el mismo discurso trescientas veces, en algún momento tienes que claudicar.

—¿Estás bien? —me pregunta con cautela.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Dispara.

—¿Tú me catalogarías como neandertal?

Lo primero que hace es reírse, pero al ver que se lo estoy preguntando de verdad, se pone seria, aunque sigo viendo un poco de diversión en sus ojos azules.

—No. Ya te lo he dicho, eres protector.

—¿Y no es lo mismo?

—No tiene nada que ver. —No lo entiendo. La observo ponerse cómoda en el sillón. Así, en plan directora de instituto. Le encanta dar lecciones y soltar discursos. Yo creo que ha quedado demostrado. Yo también me siento recto en la cama, con la espalda apoyada en la cabecera de la cama y listo para la acción. O para el sermón—. Neandertal es una persona que se cree superior a otra. Que no avanza. Que se cree que las mujeres, en este caso, somos inferiores por el simple hecho de tener un coño. Son hombres brutos, cabezotas en extremo y sin corazón. —Coge aire—. Protector es una persona que cuida de los suyos, que los protege. Que los ayuda y acompaña en los malos y en los buenos momentos. Que está ahí para impedir que esa persona a la que quiere se haga daño. El problema de los protectores es que a veces se olvidan de proteger a la persona más importante de todas, que es él mismo.

No tendría que haberle cogido la videollamada. O sí. Yo qué sé.

Nos quedamos un rato en silencio. Yo intentando asimilar estos últimos veinte minutos y ella dejando que lo haga. Ahora que lo pienso, llevo dieciocho minutos sin escuchar a Nicolás y a

Gael. O Santi ha llegado a casa o los gemelos están tan agotados de haber avasallado con todo que han caído rendidos en el sofá. Espero que sea lo primero. Aunque, bueno, si a mi hermana no le preocupa no voy a preocuparme yo. O sí, pero mañana.

Bostezo. No tengo ni idea de por qué, pero de repente me siento más ligero. Tanto, que siento cómo los párpados me vencen y los ojos se me cierran.

—Te voy a colgar, María.

—Vale. —Apago la luz de la mesita antes de que pueda verme resoplar—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —miento, y ambos lo sabemos, pero no dice nada, y se lo agradezco. Ya ha tenido una victoria, dejemos la siguiente para otro día.

—De acuerdo. El lunes, después de dejar a los demonios de tus sobrinos en casa de sus abuelos, me paso por el gimnasio, te recojo, me invitas a desayunar y nos vamos a ver pisos. Tengo algunos seleccionados, ¿quieres que te pase el *link*? —Gruño—. Oh, vamos, ahora no te me hagas el ofendido. ¿De verdad pensabas que íbamos a tener esta conversación sin que yo estuviera mínimamente preparada?

—A veces no sé ni por qué me molesto en intentar dialogar contigo. Eres una manipuladora.

—¡Gracias! —exclama, orgullosa, porque para ella es de verdad un elogio. Retiro lo de que su marido Santi es un lameculos. Es un santo al que habría que hacerle un monumento—. Por cierto, tengo una cliente que me ha pedido tu teléfono. Dice que estás como un tren y varias cosas más que no pienso reproducir porque me dan arcadas.

Me pellizco el puente de la nariz con fuerza.

—¿Por qué una cliente sabe cómo soy?

—Porque tengo fotos de mi familia en la tienda.

—María...

Pone los ojos en blanco.

—Y porque puede que le dijera que estabas soltero.

—¿Por qué no podéis las cuatro dejar de buscarme citas?

Quiero a mis hermanas, ya lo he dicho, pero esto de que sean cuatro contra uno a veces no es tan divertido.

—No te buscamos citas —dice María en tono pausado—. Solo creemos que te vendría bien salir con alguien.

—No quiero salir con alguien. —Si no estuviera tan cansado, me reiría de la última cita a ciegas que tuve gracias a Edu. Ahora que lo pienso, Violet nunca me llegó a devolver la chaqueta.

—Entonces, ¿le digo que no?

—Lo que podrías es decirle a Alba que me llame. Llevo cinco días sin saber nada de ella. —Hablar con ella cuando viaja con la ONG es más complicado que intentar contactar con el Pentágono. Al principio, me preocupaba. Incluso una vez llamé a la Embajada española.

Mierda, a lo mejor sí que soy un pelín protector.

Pero estoy seguro de que cualquiera hubiese hecho lo mismo que yo. Si tu hermana pequeña se va con un grupo de gente a Acapulco y, buscando en internet, te enteras de que es una de las ciudades más peligrosas del mundo, pues también te preocupas si pasan tres días y ni siquiera sabes si su avión ha aterrizado.

Llámame loco.

Pero, bueno, he aprendido a preocuparme en silencio.

No veo a María porque, además de tener ya la luz apagada, me he tumbado y he cerrado los

ojos del todo, pero la conozco lo suficiente como para saber que va a replicar mi último comentario, por lo que me apresuro a hablar yo primero.

—Buenas noches, María.

—¡Pero, en serio, es una chica muy...! —Cuelgo, sin ningún tipo de remordimientos, y dejo el teléfono en silencio sobre la mesita. Cojo los tapones, me los pongo, y me sumerjo en un sueño reparador, aunque una pequeña neblina por tener que dejar a mis hermanas me acompaña toda la noche y también el resto del fin de semana.

7. La boda

Violet

Me he ligado al camarero con un único propósito; que no dejase de aparecer por donde yo estaba con la bandeja de canapés en la mano. ¿Eso me convierte en mala persona? Según cómo se mire. Para una obsesionada con la comida como yo y que necesita los rollitos de cangrejo como el respirar, no. Para el pobre chico que ahora me mira desde detrás de la barra como si yo fuera un dulce al que ha estado esperando toda la noche, probablemente sí. Pero en mi defensa tengo que decir que lo he hecho por una necesidad básica y fundamental: poder comer algo en la boda de mi madre.

Y es que hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué si la que se casa es ella me tienen que hacer fotos a mí? Ha habido un momento que me he sentido como Angelina Jolie en la alfombra roja de los Oscar con tanto *flash* apuntándome en la cara y dejándome ciega. La diferencia es que yo no tenía a Brad Pitt colgado del brazo, sino a mi padre. Que ojo, mi padre es guapísimo, pero es mi padre. No puedo hacer con él las guarrerías que seguro hicieron esa noche Brad y Angelina (aunque ahora se lleven peor que Drake y yo, el tío con el que perdí la virginidad a los quince años en la parte de atrás del coche de su padre y que me dejó al día siguiente por ser fría. Gilipollas).

Le doy un trago a la copa de champán que llevo en la mano para reprimir la angustia que me ha entrado al unir en una misma frase la palabra «guarrada» y «mi padre» y aparto la vista de la barra. Ya hablaré con el chico cuando llegue el momento de las despedidas. Ahora tengo que asegurarme de que ningún invitado se lleva el centro de flores cuando se marche.

Es otra de las ventajas de ser la hija barra dama de honor barra pringada de la novia. Nótese la ironía.

Por lo menos, no lo hago sola. Mi padre ha decidido ayudarme. Según él, cuatro ojos ven mejor que dos.

—Debemos tener vigilada a la del vestido rojo, no me fío de ella. Antes la he visto merodeando sobre el centro de flores de la mesa de los novios —me dice mi progenitor en un tono que pretende ser un susurro, pero que es todo menos eso. Por lo menos, lo dice en inglés.

Le doy un último trago a la copa y la dejo sobre la mesa que tengo más cerca.

—¿Tú crees? Es la jefa de mamá. No creo que tenga muchos problemas de dinero.

—Cariño, nunca te fíes del que más tiene, porque siempre querrá más, y a veces no es fácil saber cómo lo ha conseguido. —Quiero replicarle. No porque piense que está equivocado, que tampoco sé si lo está, pues esa afirmación se puede coger con tantos matices que daría para día y medio de debate, sino porque me encanta discutir con mi padre de cualquier tema.

Mi obsesión por el conocimiento es por su culpa. De los recuerdos más bonitos que tengo de los dos de cuando vivía en casa es sentarnos frente al televisor a ver documentales, ya fuesen sobre animales o del espacio, así como leer cualquier libro que cayese en nuestras manos.

Aún recuerdo el verano que nos dio por la carpintería porque habíamos visto en El Corte Inglés un libro que se titulaba «Carpintería para inútiles». Nos lo compramos porque nos gustó el título, la cubierta y, por qué no decirlo, porque nos sentimos identificados.

La música cambia a un tono más lento y por los altavoces comienza a sonar Adele, la cantante

favorita de mi madre. Sonríó al hombre que me ha dado la vida y le tiendo la mano.

—¿Bailas conmigo, papá?

Me sonrío, con esa sonrisa que sé que derrite corazones, y me la coge sin dudarlo.

—Si alguna vez te digo que no a algo es que empiezo a estar senil.

—¿Qué tal si me regalas tu coche?

—No te pases. —Su risa nos acompaña al centro de la pista. Me coloca una mano en la espalda y yo apoyo la mejilla en su pecho. Aspiro. Me encanta su olor, y ha sido así siempre. Huele a hogar.

Damos una vuelta por la pista justo cuando Adele canta el estribillo de *Woman Like Me* y, por casualidad, nos situamos al lado de los novios. Al hacerlo, no puedo evitar mirar a mi madre, a su nuevo marido y a mi padre. No me sorprende al ver que este último también los está mirando. Me encantaría decir que sé interpretar la expresión que tiene ahora mismo en la cara. Que sé leer lo que dicen sus ojos, pero la verdad es que no tengo ni idea. Mi padre es la persona que mejor sabe guardar sus sentimientos y aparentar. Yo me parezco un poco a él en eso.

—¿Estás bien? —le pregunto al oírlo suspirar. Aparta la vista de mi madre y agacha la cabeza para mirarme.

En altura he salido a mi madre.

Sonríe y me da un beso en la frente.

—Muy bien.

—¿Te alegras por ellos? —Señalo con la cabeza a mi madre y a Matías, por si no sabe por quién pregunto. Se ríe. Claro que sabe sobre quién pregunto—. Y dime la verdad, no lo que quiero oír.

Vuelvo a escucharlo suspirar.

—La hace feliz.

—Eso no es lo que te he preguntado.

—Lo sé, pequeña. —El tono con el que dice estas tres palabras me hace rodearle la cintura con los brazos y pegarme más a él.

Mis padres se separaron hace más de diez años. «Nos queremos más como amigos que como pareja», me dijeron. Lo que no sabían en ese momento es que los había escuchado discutir la semana de antes en su habitación, después de que mi madre descubriese que mi padre se había acostado con su compañera de trabajo en el instituto.

Quise odiarlo, y sé que mi madre también, pero ninguna de las dos lo conseguimos. Ella, porque estaba yo y sabía que, de una forma u otra, siempre acabaría formando parte de su vida. Pero también porque mi padre no era una mala persona.

Lo que hizo fue equivocarse, y lo pagó caro.

Yo quise odiarlo porque era la persona a la que más admiraba en el mundo entero y me sentí engañada. Pero ¿cómo iba a odiarlo si lo que quería era parecerme a él?

Por supuesto, se marchó de casa. Durante un tiempo, llegué a pensar que mis padres nunca volverían a estar juntos en la misma habitación, pero me equivoqué. No solo consiguieron eso, llegaron a convertirse en amigos y confidentes. De hecho, Matías es el director de su instituto, y fue él quien los presentó porque estaba convencido de que harían buena pareja.

No se equivocaba.

Aunque eso no evita que la tristeza siempre sea una parte importante en la vida de mi padre cuando se trata de mi madre.

Como si supiera qué estoy pensando, me mira y me sonrío con mucho cariño. Me atrae más a él y me llena la cara de besos.

—Cariño, tu madre es el gran amor de mi vida y siempre estaré enamorado de ella —dice al terminar. Suspira. No le veo la cara, pues he cerrado los ojos mientras me dejo mecer por él y por la música—. Y por eso quiero que sea feliz. ¿Me hubiese gustado que fuese a mi lado? Habría que ser un idiota para decir que no. Pero la cagué, y toda acción, positiva o negativa, tiene unas consecuencias, y yo nunca dejaré de pagar las mías.

Trago con fuerza el nudo que ha empezado a oprimirme la garganta y asiento, como si entendiera lo que dice. Y lo hago, pero no me gusta. Da igual que tenga diez años o veintitrés y que Matías me caiga bien, seguiré soñando con que mis padres vuelven a estar juntos.

Nos quedamos un rato más en la pista, en silencio, bailando, hasta que el cansancio nos vence, y volvemos a las sillas. Me quito los tacones con un gruñido y muevo los dedos de los pies hacia delante y hacia atrás para darles movilidad.

Una sombra se cierne sobre nosotros. Una que huele de maravilla. Como mi padre, huele a hogar.

—Aquí están mis dos personas favoritas. —La alegría es tan patente en la voz de mi madre que es inevitable no contagiarse. Mi padre se levanta de su silla y la abraza, elevándola del suelo y dando una vuelta completa con ella, consiguiendo que la falda de mi madre vuele con ella, junto con las carcajadas de los dos.

Cuando la deja en el suelo, no la suelta; su mano sigue en su cintura. No sé si es para que mi madre no trastabillo o porque, de algún modo, puede que necesite tocarla.

—Estás preciosa, Cara. Ha sido una boda muy bonita. —Las mejillas de mi madre se tiñen de rojo.

—Yo... Gracias por venir, Patrick. Significa mucho para mí. —Este asiento con un pequeño golpe de cabeza y aparta la mano de la cintura de mi madre, no sin antes subirla hasta su frente y apartarle un pequeño mechón de pelo que se le ha soltado del recogido. Se la guarda en el bolsillo y da un paso hacia atrás. Es minúsculo, casi imperceptible, pero lo da. No sé si mi madre se ha dado cuenta. Si lo ha hecho, su cara no refleja nada.

—Estuve en la primera, ¿recuerdas? No podía perderme la segunda.

No lo dice con mala intención. Tampoco hay reproche ni ningún otro tipo de sentimiento similar por su parte. Aun así, es inevitable el pequeño silencio que los envuelve a los dos de repente, que se miran con tanta intensidad a los ojos que por un momento siento que sobro.

Me pongo en pie al tiempo que me aliso la falda y me acerco a ellos.

—Quería deciros que me voy de casa —suelto de pronto. Mis padres pestañean a la vez y, como si estuvieran sincronizados, dejan de mirarse entre ellos para mirarme a mí, trasladando así esa intensidad que he sentido antes hacia mi persona.

—¿Qué? —preguntan al unísono.

No tenía pensado soltar la bomba así, pero suelo actuar de manera un poco brusca ante los momentos incómodos o raros, y este me ha parecido que encajaba muy bien en los segundos.

Junto las manos por delante del cuerpo y sonrío.

—Pues eso, que ya va siendo hora de que me independice.

—¿Por qué? —Mi madre se gira hacia mi padre—. ¿Tú sabías algo?

—No. ¿Y tú?

—Es evidente que no. —Vuelven a mirarme—. ¿Por qué?

Miro a mi madre y señalo el salón en el que estamos.

—Te acabas de casar, querrás tu intimidad, y estoy segura de que Matías también. Que una pareja de recién casados comparta piso con la hija adulta de uno de ellos no es muy normal. —No sé bien por qué, pero no miro a mi padre a la cara mientras hablo. A lo mejor, porque no dejo

de darle vueltas a algo que he visto en sus ojos cuando ha visto aparecer a mi madre. O en las palabras de antes. Sacudo la cabeza y me centro en la conversación que estoy teniendo con los dos—. Además, he conseguido un trabajo en Madrid y necesito comodidad. Ir y venir de Las Rozas todos los días es un poco tostón.

—Yo llevo haciéndolo quince años y no me he muerto. —Suspiro, ignorando la pulla de mi madre y me centro en mi padre. Se supone que, de los dos, él es el que mejor me comprende. El que más me apoya siempre, aunque ahora me mira muy raro.

Me contengo mucho para no poner los ojos en blanco.

—¿No os dais cuenta de que estáis sacando esto muy de quicio?

—¿Cómo que has conseguido un trabajo? ¿Desde cuándo buscabas uno? —pregunta mi padre, ignorándome. Desvía la mirada hacia mi madre—. ¿Tú sabías algo?

—¿Del trabajo? Ni idea. —Otra vez a mirarme los dos. Mi madre se cruza de brazos. Esto no es bueno—. Creía que te ibas a centrar en los estudios mientras estuvieras en la universidad y luego ya te ocuparías de trabajar. Quedamos en eso después de tus dos años sabáticos, ¿recuerdas?

—Y no os he dicho que no seguiré estudiando. —También quiero decirles que no fueron exactamente dos años sabáticos. Me marché a Dublín con mi familia paterna para perfeccionar mi inglés y para pensar con claridad qué quería hacer en el futuro mientras trabajaba en la granja de mis abuelos, lo que me permitió ahorrar lo suficiente. De ahí, por cierto, salió mi amor por la veterinaria, pero no digo nada. Me limito a sonreír asegurándome de enseñar todos los dientes—. Estoy en mi último año de carrera y ya tengo las prácticas apalabradas con una clínica veterinaria.

—El trabajo, Violet —me corta mi padre, y se supone que él es el comprensivo. Esta conversación me parece absurda.

—Andrea va a trabajar como relaciones públicas en un local que sirven copas y que proyectan obras de teatro alternativas. Conozco a los dueños. He ido varias veces y son gente muy agradable. Me dijeron que necesitaban camarera para algunos fines de semana y... No sé. Me apetece. Creo que puedo compaginar ambas cosas. Y, sobre el dinero, no voy a ganar una barbaridad, pero entre el trabajo y lo que tengo ahorrado, puedo sobrevivir.

—Pero, Violet, los estudios son importantes, y nosotros nunca nos hemos negado a pagarte nada.

—Y vivir experiencias también es importante, mamá. Vamos, en serio, esto es bueno, y es algo que quiero. Y sé que no me habéis dicho nunca nada sobre el dinero, y os estoy muy agradecida, pero ¿no creéis que con veinticuatro años ya es hora de que empiece a pensar en él? Con mi edad vosotros ya erais padres. —Cojo aire y lo suelto despacio—. Además, si programan buenas obras os podré colar.

Intento soltar una gracia, pero ni mi madre ni mi padre están muy receptivos.

—¿Y dónde vas a vivir? Porque habrá que mirar casas. —Ahora es el turno de mi padre de cruzarse de brazos. Alza una ceja y me mira desconfiado—. Ya has encontrado una.

No pregunta. Afirma.

Yo asiento.

—Sí. —Siento la necesidad de tragar saliva. ¿Por qué me está costando tanto mantener esta conversación con mis padres?—. Los padres de Andrea tienen un apartamento en el barrio de Salamanca. Se han quedado sin inquilinos y les he dicho que yo se lo alquilaría. El alquiler que me cobran es casi ridículo...

Los dos se quedan en silencio. Mirándome. Siento como si acabase de decirles que he

decidido unirme a una secta satánica o algo así.

Busco a Matías de reajo por la sala, pero no lo encuentro. También al camarero con el que he ligado. Aunque hace media hora he dicho que no tengo intención de irme con él a ningún sitio, ahora mismo aceptaría un ofrecimiento por su parte encantada, y es que una de las cosas que mis padres tienen en común es que son un poco melodramáticos a veces. Andrea dice que yo soy igual, pero mi amiga no siempre tiene razón.

El silencio se hace un poco insoportable, y eso que Aitana y Ana Guerra con su *Lo Malo* están amenizando la velada que da gusto.

Pongo los ojos en blanco y suspiro.

—Solo quería informaros. Ya he firmado el contrato con el microteatro y también con los padres de Andrea. Papá, estarías orgulloso de mí. He leído hasta la letra pequeña.

En realidad, no he leído nada, porque aún ni he hecho contrato. Vamos, que ni lo he hablado con los padres de Andrea, solo lo he hablado con mi amiga, pero cuando me lo comentó, de pasada, la idea me vino a la cabeza y, cuanto más pensaba en ella, más me gustaba.

No he mentido al decir que mi madre y Matías necesitan intimidad, pero yo también. Cumpló veinticinco años en unos meses, ¿es que no pueden darse cuenta de ese pequeño detalle? ¿Les tengo que volver a recordar que ellos con mi edad ya me tenían a mí?

Mi padre me apunta con el dedo, y está a punto de soltar otro sermón cuando *An Irish Pub Song*, de The Rumjacks, comienza a sonar tan fuerte que va a ser imposible seguir hablando.

Giro la cabeza y miro a mi madre sorprendida mientras siento un pellizco de nostalgia en la base del estómago. No es una canción conocida. Vamos, que no es Harry Styles ni Los Beatles. Es una canción típica irlandesa. Es ruidosa, chillona y un tanto escandalosa, pero es mi favorita, porque es la canción por la que se conocieron mis padres y se enamoraron. Esa que empezó a sonar en un pub de Dublín cuando mi madre se marchó allí de viaje de final de carrera y mi padre, que estaba en ese mismo pub con sus compañeros de trabajo, decidió empezar a bailar en medio de una pista improvisada de baile por culpa de una apuesta y que, por supuesto, perdió.

—Cara...

Es imposible no fijarse en mi padre. Ha dejado de apuntarme con el dedo porque tiene toda la atención en mi madre, pero lo más sorprendente de todo es que la mira con transparencia. En sus ojos ha desaparecido esa coraza que siempre lo acompaña y por la que es imposible saber con exactitud qué quiere o qué piensa. La misma que llevaba cuando le he preguntado si se alegraba por mi madre y Matías.

En esos ojos que tanto se parecen a los míos se aprecia la misma sorpresa que yo tengo, pero también algo más. Un más al que es mejor no hacerle caso.

¿Por qué mi madre ha decidido poner justamente esta canción en el día de su boda con Matías? No tengo ni idea.

El novio hace acto de presencia justo en este momento. Llega sin que ninguno de los tres se percate, por eso no me extraña que peguemos un brinco cuando sorprende a mi madre agarrándola de la cintura por detrás y elevándola del suelo.

Mi madre chilla de la impresión, mi padre carraspea y mira al techo y yo... Yo no dejo de mirarlos a los dos.

—¿Qué tal, Patrick? —dice Matías. Estira el brazo para estrecharle la mano a mi padre, pero este está demasiado pendiente de los frescos del techo como para prestarle atención, por lo que le doy un pequeño codazo en las costillas. Cuando me mira, señalo la mano de Matías. Vuelve a carraspear y se la estrecha por fin.

—Hola, Matías. Perdona, me he quedado un poco embozado mirando el techo. —Mira a mi

madre de reojo—. Es precioso.

Mi madre está muda. Bien, ya somos dos.

—Sí que lo es. Gracias por venir. —Matías, ajeno por completo a lo que sea que está pasando entre mis padres, se inclina hacia su mujer y le da un beso en la comisura de la boca—. ¿Vienes a bailar, cariño? He puesto esta canción por ti.

Mi madre por fin parpadea, y yo también. Ni siquiera me había dado cuenta de que había dejado de hacerlo. Pero está claro que lo he hecho, porque me escuecen los ojos.

—¿Por...? ¿Por mí?

—Como para no hacerlo. —Se dirige hacia mi padre sonriente—. ¿Tú la conoces? Porque Cara se pasa el día escuchándola. Es como si estuviera obsesionada con esta canción.

Mi padre traga saliva. Lo veo en su nuez que sube y baja. También lo escuchó. Juro que, a pesar del alto volumen de la música, lo escucho tragar.

Creo que ha llegado el momento de dejar mi mudez a un lado e intervenir.

Doy un paso al frente y me sitúo en medio de las dos personas que me han dado la vida. Le paso un brazo a mi madre por los hombros, separándola de Matías, y con el otro cojo a mi padre del brazo, pues es demasiado alto como para llegar a otra parte de su cuerpo, y avanzo con ellos casi a rastras hasta el centro de la pista.

Nací en Dublín y vivimos algunos años allí, además de ir con frecuencia a ver a la familia de mi padre, por lo que no es de extrañar que mi madre conserve amistades de allí, y son esas mismas amistades las que están bailando al ritmo de *An Irish Pub Song*. Sin pensármelo dos veces, y a pesar de que voy descalza, me uno a ellos. Taconeo, muevo las caderas y sonrío. Elevo los brazos al aire y doy vueltas. Y sonrío aún más cuando, tras unos segundos sin moverse en los que parecía una estatua, mi padre se une a su amigo Cullen y baila. Y ya sonrío como una idiota cuando me fijo en mi madre y veo que los está mirando a los dos mientras ríe a carcajadas.

Suspiro, me paso la mano por la frente y me quito el sudor.

Porque estamos en la boda de mi madre con Matías y no tengo ni idea de qué narices acaba de pasar.

Por lo menos, el drama sobreirme a vivir sola ha pasado. Tengo que llamar a Andrea en cuanto salga de aquí.

8. La búsqueda ha acabado

Lander

Mi hermana debe de ver el cabreo reflejado en mi rostro, porque esta vez, cuando salimos del portal y volvemos a las sofocantes calles de Madrid, opta por mantener la boca cerrada. Yo sé que le cuesta, porque María debió de nacer con pilas de esas que no se agotan nunca, pero me conoce lo suficiente como para saber que, si ahora mismo me dice algo, muerdo.

Ni siquiera me espero a que el dueño del piso que acabamos de ver salga para despedirme. Enfilo hacia el gimnasio a grandes zancadas, con las manos metidas en los bolsillos del vaquero y reprimiendo las ganas de buscar la comisaría más próxima y poner una denuncia.

—¡Lander! —Los gritos de María a mi espalda me obligan a reducir el paso, aunque no a detenerlo del todo. Necesito seguir caminando—. Lander, joder, ¿puedes ir más despacio? Prueba a correr con tacones de treinta centímetros.

Suerte tiene de que acabe de pillar el semáforo en rojo.

María por fin se coloca a mi lado.

—¿Tienes que ser tan capullo? —La miro de reajo. Está jadeando. Tiene el flequillo pegado a la frente y las mejillas sonrosadas.

—Necesitaba salir de ahí —gruño cuando el semáforo vuelve a ponerse en verde y comienzo a caminar de nuevo. Esta vez voy a un paso normal, aunque me cuesta.

—Lo entiendo, pero no tenías por qué dejarme atrás.

—Si me quedaba más tiempo con ese tipo acabaría por partirle la cara.

—No le has pegado nunca a nadie, no vas a empezar ahora.

—Para todo hay una primera vez.

Cojo a María del brazo con suavidad y la acerco a mí cuando veo que está a punto de tropezarse con una chica que está agachada abrochándose los cordones de las deportivas.

—Espero que le hayas dicho que es un ladrón.

—Lander...

—Ni Lander ni hostias, María. Quería alquilarme por mil quinientos euros al mes un armario.

—Cada vez que lo pienso me hierve más la sangre—. ¿Cómo puede alguien tener la poca vergüenza de llamar a eso piso? ¡Si se caga en el mismo sitio en el que tengo que prepararme las tostadas!

—Así serías más productivo por las mañanas. —Miro a mi hermana de reajo y esta acaba estallando en una carcajada. Detengo mis pasos y la miro con una ceja arqueada. Intento mirarla enfadado, pero termino uniéndome a ella porque todo es tan surrealista que no te queda otra que reírte. María se acerca a mí y se agarra de mi abrazo para emprender de nuevo la marcha.

—Vale, sí, nos ha querido timar. ¿Quieres que lo denunciemos? Puedo hablar con Santi. —Su marido es policía, y juro que no me faltan ganas de llamar a mi cuñado y ponerle al tipo del «armario» un paquete de los grandes por ladrón, pero también sé que no iba a conseguir nada.

Lo que pienso de la política de este país es algo que me reservo, porque si empiezo no acabo y soy capaz de encenderme como el árbol de Navidad que ponen en la Plaza España todos los años.

Niego con la cabeza.

—No serviría de nada, pero sí que podríamos poner una reseña de mierda en el portal de alquileres.

María sonríe feliz. Se parece a la sonrisa de sus hijos cuando han hecho algo mal y no quieren que los castigues.

Paramos en otro semáforo.

—¿Qué me dices del segundo que hemos visto? —Arrugo la nariz.

—Olía a moho.

—Ha dicho que iba a pintar.

—No.

—Vale.

Se muerde el labio inferior.

—¿Y el de al lado del metro Antón Martín?

—La chica ha matado dos cucarachas mientras estábamos allí.

—Mejor, sería como tener a Mandy y Tammy contigo. ¿A que ya no te daría tanta morriña?

—Sonríe y niega con la cabeza—. Vale, descartamos ese también.

—Esto es un desastre.

—¿Qué tal el de al lado del Teatro Reina Victoria? Tenía muchísima luz. ¡Y una terraza con potencial!

—No voy a pagar dos mil euros. ¿Estamos locos?

—¿No has oído lo de la terraza?

—Como si el váter es de oro y me limpia el culo solo. Que no.

Hemos llegado al gimnasio. Saludo con un asentimiento de cabeza a Raquel, una de las monitoras, que está dando pilates, y también a algunos de nuestros clientes. Estoy orgulloso del negocio que Edu y yo hemos montado. Cuando estudié fisioterapia no se me pasó por la cabeza que acabaría llevando las riendas de un gimnasio como este, y menos uno tan grande, pero cuando Edu me lo propuso la idea me atrajo tanto que no lo dudé. Llevamos solo unos meses y no me arrepiento. Edu lleva la parte técnica, las clases dirigidas y la formación del resto del personal. Yo llevo la parte administrativa y lesiones, pues tenemos también un adyacente como clínica fisioterapéutica.

Cruzo la sala de máquinas y llego hasta las escaleras que conducen a la segunda planta, donde tenemos nuestro despacho con un sofá que es maravilloso y una puerta que da a un cuarto de baño con sauna incluida, idea de Edu.

Me siento en él y echo la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el respaldo. Diría que siento un peso ligero caer a mi lado, pero es todo lo contrario, porque mi hermana no se sienta, se lanza en plancha.

—Te noto estresado, hermanito. —No me molesto ni en mirarla. Me quedo con la vista fija en el techo—. ¿Puedo conectarme a tu ordenador? Es más fácil mirar pisos desde ahí que desde el móvil.

—Mi ordenador ni lo toques.

—¿Ves? Estresado. —La cojo del brazo y la vuelvo a sentar cuando noto que se levanta.

—No te molestes, María.

No la veo, pero siento cómo se pone de lado y me fulmina con la mirada.

—Lander Aguirre, no me digas que no vas a mudarte. Ya lo hemos hablado. Mandy, Tammy y Alba necesitan intimidad y tú también. ¿Cuándo fue la última vez que quedaste con una chica? ¿Qué echaste un polvo?

—Él, no lo sé. Yo, hace dos semanas. —Giro la cabeza hacia la puerta y ahí está mi socio. Los

rizos rubios se le pegan a la frente y sonrío como si acabaran de decirle que ha ganado la lotería. María se levanta, se acerca a Edu y le da un abrazo

—Qué bueno estás, Eduardo —dice palpándole los bíceps—. Mira que es una pena que estés prometido.

—Sí, menos mal que esa es la única pega. ¿Cómo has dicho que estaba Santi, tu marido? —Ambos me ignoran.

—Le preguntaré a Adler si le parece bien que eche una cana al aire antes de la boda. Aunque, ahora que lo pienso, nunca hemos probado un trío. ¿Te apuntas?

—¡Por favor! —Me levanto del sofá y miro a mi amigo—. ¿Podrías no ligar con mi hermana conmigo delante?

María se da la vuelta y se cruza de brazos.

—¿No puedo hacer un trío?

—Puedes hacer lo que te dé la gana. Mientras tú y tu marido estéis de acuerdo, como si montáis una orgía en casa. Solo pido no tener estas conversaciones delante de mí.

—A ver si sí que vas a ser un poco neandertal.

—Lo que me faltaba por oír... —Entro en el cuarto de baño y abro el grifo de la pila. Me lavo la cara con agua fría y también la nuca. Cuando vuelvo a salir, están los dos sentados en el sofá y me miran sonrientes.

—Es tan fácil cabrearte... —dice mi hermana, a lo que mi amigo le choca los cinco. Les doy la espalda y voy hasta mi silla. Cojo la botella de agua que siempre tengo en el despacho y le doy un trago.

—¿Por qué está tan enfadado? —le pregunta Edu a María en voz baja.

—No encuentra un piso que se adapte a sus exquisitas necesidades.

Me aparto la botella de la boca y me quedo mirándola fijamente con una ceja levantada.

—¿Exquisitas? Solo pido que tenga paredes y que estas no estén a punto de caerse, que no tenga como compañeras de piso a unas cucarachas y, por supuesto, que no tenga que darle al dueño cada mes todo mi sueldo por el alquiler. Básicamente, porque me quedaría sin dinero para poder vivir.

María se cruza de piernas.

—Te he dicho que cojas algo del dinero que hay guardado y que...

—No —digo, tajante, sin ni siquiera dejar que termine de hablar. María se cruza de brazos y pone esa cara de «me tienes harta».

Vale. Ella a mí también.

—Lo devolverás. ¿Cuál es el problema?

—He dicho que no.

—Pero...

—Pero nada. Ese dinero está guardado para Tamara y Amanda, para cuando terminen sus estudios.

—¡Si han sido ellas las que han insistido en que lo uses! —suelta un grito en cuanto termina de hablar. Como cuando dices algo que no debes.

La miro entrecerrando los ojos. Cuando les dije a mis hermanas este fin de semana que me mudaba, lo primero que me dijeron fue que cogiese el dinero que hay ahorrado. Les dije que no, por supuesto. Ellas insistieron. Mucho. Hay que decir que somos una familia bastante cabezota, pero les dije que no iba a hacerlo bajo ningún concepto y que era un tema del que no pensaba volver a hablar.

Muy en la mierda me tendría que ver para tocar ese dinero que solo les pertenece a ellas.

Ladeo la cabeza y me aseguro de centrar toda mi atención en mi hermana mayor.

—¿Cómo sabes tú eso?

María no dice nada. Tiene los labios tan pegados que acaban formado una línea muy fina. Cuando éramos pequeños, jugábamos al pulso de miradas. Alba siempre ganaba. Era capaz de hacer que al otro le lagrimearan los ojos. Pero Alba no está y María siempre ha sido la más débil de los cinco, por lo que termina claudicando.

Eleva los brazos al techo, derrotada.

—Porque he hablado con ellas, ¿vale?

—¿Cuándo?

—Antes.

—Antes, ¿cuándo?

—¿Me estás interrogando? —Se cruza de brazos, indignada.

Echo la silla hacia atrás y también me cruzo de brazos.

A la indignación podemos jugar los dos.

—¿Cuándo has hablado con ellas, María?

Resopla, exasperada. Al hacerlo, la nariz se le arruga y los labios se le fruncen. Siempre que hace ese gesto me recuerda a mi madre. De los cinco, María es la que más se le parece.

—El viernes, ¿vale? Cuando me dijiste que aceptabas mudarte, las llamé. —Suspira—. Estaban esperando mi llamada porque...

—Ya habías hablado con ellas lo de irme de casa —termino de decir por ella. María se muerde el labio inferior y se encoge de hombros.

Esa es toda la confirmación que necesito.

Mi cabeza me dice que debería estar sorprendido, pero la verdad es que no lo estoy lo más mínimo. No solo porque cuando hablé con las gemelas este fin de semana y les dije que me iba a mudar pude ver en sus ojos la contención que estaban haciendo por no mostrarse entusiasmadas, sino porque no es la primera vez que mis cuatro hermanas confabulan contra mí a mis espaldas. Tampoco es la primera vez que sale a colación el tema de quedarse Amanda, Tamara y Alba en el piso y yo buscarme otro. Aunque, en realidad, esto no debería determinarse como confabular; ellas quieren su espacio, no sabían cómo decírmelo y decidieron ir directamente al mando superior. Seguro que Alba, aunque esté salvando vidas en Colombia y pase más tiempo viajando que en casa, también está enterada de todo.

Me levanto y doy la vuelta al escritorio. Apoyo el culo en el borde y señalo a Edu.

—No sabes la suerte que tienes de tener solo una hermana.

—No me seas melodramático —resopla María—. Bueno, volviendo a lo del dinero. Hay suficiente para...

—María, que pares, por favor. —No quiero elevar la voz, pero parece que mi hermana no me va a dejar otra opción.

—¿Puedes explicarme por qué tú sí que puedes pagar los gastos de nuestras hermanas, pero ellas no pueden ayudarte a ti cuando lo necesitas?

La miro a los ojos serio, y sé el momento exacto en el que entiende que ese sí que es un tema en el que no pienso ceder ni un poco.

Mi padre era hijo único, y mis abuelos tenían varios pisos alquilados por Madrid que mi padre se encargaba de administrar. Cuando estos murieron, mi padre heredó todos esos pisos y, cuando lo hizo mi padre... Bueno, pasamos a heredarlos nosotros a partes iguales. También heredamos la tienda de joyas de mi madre, que se quedó María. Entre todos, decidimos vender la casa familiar e irnos a uno de esos pisos más modesto y que no fuera tan grande. No necesitábamos

tantas habitaciones y, además, no soportábamos ver la de nuestros padres vacía. Con los años, decidimos vender el resto de los pisos y repartirnos el dinero para que cada uno pudiese tener un fondo al que recurrir cuandouviésemos que empezar la vida adulta, por decirlo de alguna manera. Parte del mío, por no decir casi todo, lo utilicé para montar este gimnasio; Alba lo usa en sus viajes y en todos los másteres y cursos que hace. He perdido la cuenta; María lo gastó para ampliar la tienda, y Amanda y Tamara... Ellas aún no han tocado su parte. O no la que reservan para cuando acaben sus carreras.

Y no es que no quiera ayuda de mis hermanas, lo que no quiero es que, llegado el momento, no puedan cumplir su sueño como nosotros tres cumplimos el nuestro.

No pienso tocar ese dinero, y no tengo nada más que decir.

Dejo la botella vacía, que todavía llevo en la mano, en la mesa y me paso la mano por el pelo. Estoy agotado. En el trabajo hemos tenido problemas porque dos de los monitores se han marchado, uno porque se ha ido de Erasmus y el otro porque no sabe tener la bragueta cerrada en su puesto de trabajo. Si a eso le sumamos la mierda de pisos que he visto hoy, es entendible que solo tenga ganas de tumbarme en ese sofá en el que están sentados los otros dos y dormir. No me queda energía para discutir con mi hermana.

—¿Estás buscando piso? —pregunta Edu tras unos minutos de silencio. Me había olvidado de que estaba, y eso es raro, porque mi socio se hace notar allá por donde va. Supongo que estaba entretenido con el drama familia, porque no ha abierto la boca hasta ahora.

Asiento con la cabeza.

—Se supone que esa es la idea.

—Pues yo tengo la solución. —Ya estoy negando con la cabeza y eso que ni siquiera ha terminado la frase.

—¿En serio?! —exclama a su vez María, emocionada.

Pongo los ojos en blanco.

—No puedo irme a vivir contigo y con Adler. —No es la primera vez que me comenta algo al respecto. Lo hizo al principio de conocernos y también en las últimas semanas, cuando al llegar al trabajo me veía saliendo de la ducha que compartimos en el despacho y doblando una manta y dejándola sobre el sofá. Le estoy muy agradecido, pero no puedo irme a vivir con él y su novio.

No me entusiasma la idea de dejar a mis hermanas. No porque no confíe en ellas o porque no crea que tanto ellas como yo necesitamos intimidad. Llevamos veinte años viviendo bajo el mismo techo y ya es hora de hacerlo por separado.

Y esa es la misma razón por la que no quiero irme de casa. Porque llevamos veinte años viviendo juntos y no sé si voy a ser capaz de dejar de hacerlo. Yo no creo mucho en el destino, pero a lo mejor sí que existe e intenta decirme algo.

Me saca de quicio que mis hermanas sean incapaces de quitarse los zapatos al llegar a casa para no manchar el suelo, que al poner la lavadora nunca separen la ropa blanca de la de color o que, para estudiar, necesiten que su cuarto parezca una escuela de rock. Pero llevo cuidando de ellas desde que tenían once años y dejar de hacerlo me produce un agujero en el pecho que no sé si voy a ser capaz de cerrar con cajas, cinta aislante y unas llaves nuevas.

Escucho un resoplido que me hace volver de golpe a la realidad. No he visto si procedía de Edu o de mi hermana, pero juraría que es de la segunda.

—No te iba a decir eso, capullo. —Edu inclina el cuerpo hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y las piernas ligeramente abiertas—. Mis padres tienen un piso en el barrio de Salamanca. Lo tenían alquilado, pero se les ha ido el inquilino hace unos días y buscan gente nueva.

Me aparto del escritorio y sonrío.

El barrio de Salamanca está cerca de mi casa y no muy lejos de aquí.

—¿Lo dices en serio? —preguntamos mi hermana y yo al unísono. Edu nos mira a los dos.

—¿Sí?

—¿Qué altura es?

—¿Cuántas habitaciones tiene? Por si se tiene que quedar algún día a cuidar de Nico y Gael.

—María se ríe—. En realidad, me da igual. Que se apañen los tres cuando llegue el momento.

—Cállate, María.

—Cállate, Lander.

Edu se ríe.

—Tiene dos habitaciones y un baño con ducha. La cocina no es muy grande, pero el comedor está muy bien. Tiene un pequeño balcón que da a la calle Velázquez y lo único malo es que es un quinto sin ascensor.

Me he ido acercando a mi socio conforme hablaba. Es la primera vez que veo un rayito de luz al final del túnel. María también se ha acercado a él. Edu, por el contrario, va a terminar mimetizándose con el sofá como siga tirándose más hacia atrás.

—Me lo quedo —confirmo, convencido. No necesito escuchar el resto. Edu frunce el ceño.

—Ni siquiera lo has visto.

—¿Huele a moho? —Edu me mira como si fuese idiota.

—Pues no.

—¿Cucarachas, ratas o algún otro animal con el que compartir piso?

—Que yo sepa no. Lo máximo, el gato del vecino, que según tengo entendido se cuela a veces por la ventana de la cocina.

—Pero no hay que alimentarlo.

—No.

—Vale. ¿Y tengo que darles a tus padres todo mi sueldo para el alquiler? ¿Un riñón? ¿A mi primogénito cuando lo tenga?

Sigue mirándome como si estuviera idiota, aunque también lo hace con una sonrisa de oreja a oreja. Una de las cosas que más me gustan de Edu es su sonrisa. Es tan sincera que contagia. De hecho, es de las primeras cosas que me llamó la atención cuando nos conocimos. Fue gracias a un amigo que tenemos en común; Silvio —que menudo nombre—. Estudiaba fisioterapia conmigo y jugaba al baloncesto con Edu. Recuerdo que la noche que nos conocimos, otro de los amigos de Silvio, del que ni siquiera recuerdo su nombre, contó un chiste. Era malo de cojones. De esos que, aunque te esfuerces, no puedes reírte, pero Edu lo hizo. Empezó a partirse de risa, con lágrimas en los ojos incluidas. Al principio, me quedé mirándolo como él me está mirando a mí en estos momentos. Pero, de repente, sin saber muy bien cómo, acabé partiéndome también de risa y pidiéndole al tipo otro chiste más.

Lo dicho. Me gusta la sonrisa de Edu.

—¿Puedo preguntar qué mierdas has visto?

—Eso mismo, mierdas. —Edu se hace a un lado cuando me siento yo también en el sofá—. ¿Seguro que puedo alquilarles el piso a tus padres?

—Los inquilinos se marchan a finales de esta semana. Dudo mucho que ya hayan encontrado a alguien.

No soy muy dado a las muestras de afecto, pero no puedo evitar alargar el brazo y apretarle el hombro a mi amigo con cariño.

—Lo dicho. Me lo quedo.

9. ¿Qué coño haces aquí?

Violet

Dejo la última caja en el suelo del que he decidido que será mi cuarto y me giro hacia Matías, que está terminando de pegarme un espejo de cuerpo entero a la parte de atrás de la puerta.

Doy una pequeña vuelta sobre mí misma y sonrío emocionada. La habitación está hecha un desastre; no tengo todavía colchón porque el que había era de muelles y yo lo necesito de látex. No lo digo yo, lo dice mi fisio. Al armario se le ha caído una puerta y tengo que montarla, sin contar con que hay cajas y bolsas hasta encima del escritorio. Y eso solo en la habitación. La cocina está igual, llena de cajas y bolsas todavía por guardar, y en el comedor solo cuento con un sofá de dos plazas, una mesa y solo una silla, pero nada de eso me preocupa porque estoy feliz, y es que voy a vivir sola.

¡Sola!

De verdad, no es que no me guste estar con mi madre, pero ella necesita su intimidad con su nuevo marido y, qué coño, yo quiero tener la mía. Comer lo que me dé la gana, ir descalza si quiero, o desnuda. Quiero hacer como Rachel Green y quitarme el albornoz mientras me paseo por el comedor de mi casa, como mi madre me trajo al mundo, y con espátula en mano mientras creo que es un micrófono. O poder tirarme un pedo si estoy en el sofá y no me apetece levantarme para ir hasta el baño y eso, con Matías delante, pues no puedo hacerlo.

También quiero invitar a Andrea cuando quiera o, y esto es muy importante, poder echar un polvo en una cama en condiciones, olvidándome, a mis veinticuatro años, de no clavarme la palanca de cambios en la rabadilla del culo.

—¿Estás segura de esto? A nosotros no nos importa que sigas viviendo con nosotros. ¿Verdad, Matías?

Mi madre acaba de aparecer en mi cuarto. Me giro hacia ella tranquila y sin dejar de sonreír porque juro que, como me vuelva a mirar con lástima, me pongo a cantar eso de: *«Mambrú se fue a la guerra, qué dolor, qué dolor, qué pena; Mambrú se fue a la guerra, no sé cuándo vendrá»*.

Matías guarda el destornillador en el maletín de las herramientas y se vuelve hacia mí.

—Claro, Violet. Nos encanta que estés con nosotros. —Pobre hombre, qué va a decir. Adoro a mi madre, pero nunca me ha gustado llevarle demasiado la contraria. Se vuelve como la niña del exorcista.

Le sonrío con cariño y me acerco a la mujer que me dio la vida mientras me voy sacudiendo el polvo de las manos en los pantalones. Reprimo las ganas de poner los ojos en blanco y de resoplar, y es que viendo la cara de mustia que tiene, cualquiera diría que me he ido a vivir a otro continente y no solo a cuarenta minutos en coche.

—Mamá, estaré bien. Tengo edad suficiente como para tener ya marido, hipoteca y una casa con vallas blancas. Tú a mi edad ya tenías todo eso.

—Eran otros tiempos.

Quiero reírme. Cualquiera que la oiga pensaría que esta mujer nació en el mil novecientos treinta.

—Este piso es perfecto. ¿No te parece?

Tiene los ojos llenos de lágrimas, aunque le agradezco que reprima las ganas de dejarlas salir. Me anoto mentalmente hablar con ella dentro de unos días de esa intensidad suya y predisposición para el drama.

—De acuerdo, cariño. Pero prométeme que cualquier cosa me llamarás. —Me estrecha entre sus brazos y no puedo evitar aspirar. Siempre me ha gustado cómo huele mi madre.

—Sabes que sí, mamá.

Me suelta y se vuelve hacia su marido, que lo ha guardado todo y ya está listo para marcharse.

—¿Quieres que Matías te cuelgue algo más?

—No. Quiero tomarme mi tiempo para ver dónde pongo y guardo cada cosa. No te preocupes, ya me iré organizando. Así me mantengo ocupada.

Veo en su rostro que quiere decir o hacer algo más, pero agradezco que opte por asentir y por volver a abrazarme.

Siento a Matías cómo se mueve a mi espalda y se une al abrazo. Se aparta y me da un suave apretón en el hombro.

—Suerte con el piso, Violet. Cara, te espero en el coche.

Se marcha y nos deja a mi madre y a mí solas en mi nueva habitación. No negaré que siento un pequeño nudo en el estómago ahora que el momento de la verdad está tan cerca. Aunque me saque de quicio a veces, mi madre es mi mejor amiga y siempre la he tenido ahí cuando la he necesitado. Y supongo que me pone un poco nerviosa vivir sola.

Excitada, pero nerviosa.

Cojo a mi madre de la mano y camino con ella hacia la puerta. Durante todo el trayecto, que son escasamente diez pasos, lo mira todo con atención, tal y como hace cualquier madre cuando quiere asegurarse de que su hija vivirá en un sitio cómodo y seguro.

Supongo que eso siempre será así, sin importar si esa hija tiene cinco años, veinticuatro o cincuenta.

—¿Has probado que funcione la calefacción?

—No, porque hace calor y me suda hasta la rabadilla del culo, pero en invierno, si no funciona, se lo diré a Andrea, te lo juro.

Me mira con la desaprobación reflejada en sus ojos y yo sonrío como cuando tenía diez años y rompí el jarrón que acababa de comprar en un mercadillo de segunda mano.

—Deberías cuidar ese lenguaje, Violet.

—Ya lo sé, me lo dices siempre.

—Y nunca me haces caso.

—Hombre, nunca nunca tampoco. Digamos que soy un espíritu libre.

Sonríe mientras niega con la cabeza y me da un poco por perdida.

Matías se ha dejado la puerta abierta y yo sonrío al ver el rellano. Es mi rellano. Mío y de nadie más. Qué sensación más rara y placentera.

—Lo dicho. Llámame.

Pongo los ojos en blanco.

—Mamá, hablas como si no fuera a volver a verte, pero que sepas que pienso llevarte la ropa muy a menudo. Nadie plancha como tú.

Me da un pellizco juguetón en el brazo y nos reímos.

—Solo quiero que me llames.

—Lo haré, te lo prometo.

Nos damos un último abrazo y suspiro feliz cuando la veo salir del piso. Está bajando las escaleras, cuando se detiene y me mira por encima del hombro. Se está mordiendo el labio

inferior y por el tic que hace con las manos siento que está inquieta.

—Oye, ¿sabes algo de tu padre?

Me apoyo en el quicio de la puerta y asiento.

—Hablé con él ayer. Volverá de Dublín la semana que viene, ¿por?

Fuerza una sonrisa y niega con la cabeza.

—Nada, cosas mías. Disfruta de tu primer fin de semana en tu nueva casa. —Cierro la puerta cuando la veo desaparecer escaleras abajo y apoyo la espalda en ella.

Sonrío. Lo hago con tantas ganas que me duelen las mejillas.

Lo primero que hago, después de sonreír y pegar un pequeño grito de alegría alzando los brazos al aire y dando una pequeña vuelta a lo Michael Jackson, es buscar mi móvil y conectarlo al altavoz portátil que me compró mi padre por mi último cumpleaños mientras suena Taylor Swift a todo volumen. ¿Hay alguien en este mundo que no adore a esta mujer? Creo que no.

Salto en el sofá, de ahí a la mesa de centro y luego corro por el mini pasillo hasta mi habitación para dejarme caer en la cama en forma de ángel. Levanto los brazos y pataleo en el aire al ritmo de *Delicate*.

Bailo, canto y río durante horas mientras voy guardando sin descansos las cosas donde a mí me da la gana. ¿Quiero dejar las zapatillas de estar por casa tiradas en el comedor? Lo hago. ¿Quiero poner en la cocina una hilera de luces blancas para que la pared no se vea tan sosa? Lo hago también. Todo mientras la rubia de moda me va deleitando con sus canciones.

Espero a que mi tripa se queje de hambre para meter una bolsa de fideos chinos precocinados en el microondas y tomarme un descanso. Tengo el pelo hecho un desastre, la ropa con manchas de todos los colores y las gafas están llenas de polvo, así que decido que, mientras termina de hacerse la comida, voy a darme una ducha. Aunque hace nada que empezamos el otoño y sigue haciendo calor, me pongo el agua caliente y cierro los ojos, relajada, cuando esta hace contacto con mi piel y me la enrojece. Cuando siento los dedos entumecidos y que las yemas están lo suficientemente arrugadas, me envuelvo el cuerpo con una toalla y así, mojada y con las gotas de agua salpicando a mi paso, voy hasta la cocina y me como los fideos, que ya están listos, en mi nuevo taburete. Le escribo un mensaje a Andrea para informarle de que ya estoy felizmente instalada y quedamos para vernos al día siguiente en mi nuevo trabajo.

Estoy buscando en el mapa del móvil cómo llegar cuando escucho a alguien intentando manipular la cerradura. Me sobresalto y el móvil se me cae al suelo por culpa del susto. Me bajo del taburete, me agacho para recuperar el móvil y me escondo tras la puerta de la cocina. El corazón comienza a latirme a una velocidad alarmante y maldigo el momento en el que pensé que salir a cenar envuelta solo en una toalla era buena idea.

No quiero morir así, joder.

—Por fin. —Se me eriza hasta el vello de la nuca cuando escucho una voz de hombre, ronca y varonil, colarse en el apartamento.

Me llevo una mano a la boca y me trago un sofoco.

Mierda. Mierda. Mierda.

Con manos temblorosas, miro la pantalla del móvil y veo el chat con Andrea abierto. No lo pienso. La llamo y rezo para que el tío que acaba de entrar no escuche el tono de llamada.

—¿Cómo está mi inquilina favorita?

—Me van a matar —susurro. No se me ocurre otra cosa que decir, pero es así como me siento en estos momentos. Escucho las pisadas alejándose de la puerta de la cocina.

—¿Qué dices? —Estoy tan histérica que no sé si lo pregunta en tono serio o de «estás loca».

—Ha entrado alguien en casa. Joder, joder, joder. —He intentado mirar por la rendija de la

puerta y no veo a nadie, pero lo huelo.

Y lo siento.

Intento recordar cuántos pasos de distancia hay desde donde estoy a la puerta principal, pero no sé si son tres o tres mil.

—Violet, tranquilízate, por favor. ¿Cómo que ha entrado alguien en casa? —Andrea también susurra. Supongo que está empezando a tomarme en serio. A lo mejor es porque me ha escuchado sollozar.

¡Es que no quiero morir!

Escucho al hombre refunfuñar y cómo las pisadas vuelven a acercarse hacia donde yo estoy. Por cómo suenan, yo diría que acaba de entrar un elefante.

—Va a matarme. Como me encuentre me mata. Y voy desnuda. ¿Cómo voy a morir desnuda? Dirán que yo lo seduje y que me lo merecía.

—¡Deja de decir tonterías!

El corazón me late tan rápido que lo noto tronar en los oídos.

—Hay alguien aquí —escucho decir al tipo, y a mí el corazón se me paraliza.

—Sabe que estoy aquí, Andrea. Me va a matar. —Espero que mi amiga me haya escuchado, porque estoy hablando tan bajito que sería casi un milagro.

—Te estoy diciendo que hay alguien. Además de que hay trastos por todas partes, el suelo está mojado. Me dijiste que no había nadie.

Ocupas. ¿Qué hago?

Cierro los ojos, no sé por qué, y comienzo a contar desde cien hacia atrás. Tampoco sé por qué.

—Violet, voy a llamar a la policía —susurra Andrea, y yo asiento—. Te tengo que colgar. Coge algo para defenderte.

Abro los ojos. ¿Algo para defenderme? ¿No me ha escuchado cuando le he dicho que encima solo llevo una toalla?

Estoy a punto de preguntarle qué puedo coger cuando dejo de escucharla.

Mierda. Mierda. Mierda.

El tipo sigue discutiendo con alguien, supongo que por teléfono, mientras escucho sus pisadas de elefante dando vueltas por el piso. El zumbido de los oídos se ha intensificado tanto que estoy segura de que él también lo puede escuchar.

Echo un vistazo rápido alrededor; hay una sartén colgada de un gancho en una pared. Me levanto del suelo con muchísimo cuidado de no hacer ruido y la cojo con una mano. He tenido que dejar el móvil en el suelo porque con la mano que me queda libre tengo que agarrar con fuerza la toalla para que no se me escurra.

Seguro que cuando mi madre me ha dicho: «*Disfruta de tu primer fin de semana en tu nueva casa*», no se esperaba esto.

Salgo de la cocina y me relajo un poco cuando veo que no hay nadie en el comedor. Camino de puntillas por el estrecho pasillo mientras me acerco a mi habitación. Tengo ganas de vomitar y también de echarme a llorar y a gritar. Me asomo a la puerta y me muerdo la lengua cuando veo a un tipo vestido con ropa deportiva de cuclillas en el suelo mientras rebusca en una de mis cajas y sigue hablando por teléfono. Levanto la sartén en alto y cuento mentalmente hasta tres.

Si no estuviera a punto de sufrir un infarto, me reiría. Me parezco a Rapunzel.

—¡Ahhhh! —grito, cual Rambo, mientras le doy un golpe al tipo con todas mis fuerzas en la cabeza. La vibración al hacerlo la siento hasta en el dedo gordo del pie.

—¡Joder! —grita este con energía, al tiempo que se vence hacia delante y se golpea la frente

con la cama. Se lleva una mano a la coronilla y se voltea.

En apenas cinco segundos pasan cinco cosas a la vez:

1. Sigo gritando hasta quedarme afónica.
2. Le lanzo la sartén como acto reflejo, dándole justo en un lateral del cuerpo.
3. El tipo, a su vez, me lanza su móvil, aunque ni me roza y se estrella contra la pared.
Supongo que porque la visión la tiene borrosa.
4. Se quita la mano de la cabeza y puedo ver rojo.
5. Lo reconozco. Él a mí creo que no, porque se desmaya.

10. ¿De verdad has llamado a la policía?

Lander

Una película de los hermanos Marx se queda en nada si lo comparamos con lo que es mi vida en estos momentos.

No sé con exactitud cuántas personas hay ahora mismo frente a mí porque sigo viendo doble. Por lo menos, las ganas de vomitar han desaparecido. Cierro los ojos y aprieto la bolsa de hielo contra la herida de la cabeza. Ha dejado de sangrar, o eso me han dicho. Soy bastante aprensivo. Ha sido ver la sangre en mi mano y desmayarme, por lo que he optado por no volver a mirar y fiarme de lo que Edu y mi hermana María me han dicho.

Porque claro, mi hermana María está aquí. ¿Qué cómo se ha enterado de que me han dado con una sartén en la cabeza en mi primer día de mi nueva casa? Ni idea. Probablemente, porque mi hermana se entera de todo.

Siento una pequeña punzada en la sien y cierro los ojos; me han dado con una sartén en la cabeza. Esto es de locos.

Abro los ojos y busco a la culpable de todo este embrollo.

Violet.

Está parada en medio de la habitación, vestida solo con una toalla blanca, hablando con un policía, con Edu, su hermana Andrea y otro señor que no tengo ni idea de quién narices es. A lo mejor es un vecino que ha oído jaleo y ha venido a saludar.

Siento un brazo rodeándome el hombro.

—¿Te duele? —me pregunta mi hermana.

—No.

Aprieto el hielo y me muerdo un jadeo. Pues claro que me duele. ¡Que me acaban de dar un sartenazo!

—Deberíamos ir al médico.

—No.

—Lander, te has desmayado.

—Porque había sangre y ya sabes cómo me pongo cuando la veo.

—Pues por eso mismo deberíamos ir, puedes tener una contusión.

—Estoy bien.

—Me quedaría más tranquila si te acercaras.

Ladeo la cabeza y la miro. Está preocupada. No hace falta que me lo diga, pues el rictus de su cara y su cuerpo me lo están chivando. Además, si yo estuviera en su situación también lo estaría, pero odio los hospitales. La última vez que fui fue cuando tuve gastroenteritis y Alba me arrastró. Lo hizo sin mi permiso, pero entonces estaba demasiado débil para protestar.

Me río. Ahí también me encontré con mi querida amiga Violet. ¿Qué le he hecho yo al mundo para que me dé tanto por saco con esta mujer?

—Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno son los planetas del sistema solar. Siete por cuatro veintiocho y nueve por seis son cincuenta y cuatro. Estamos en el año dos mil veintitrés y Felipe VI es el Rey de España. Más de mil aves mueren al año por estrellarse contra ventanas y *A dos metros bajo tierra* es la mejor serie que se ha creado jamás.

Mi hermana se me queda mirando durante unos segundos en silencio. No la he impresionado. Aun así, sé que he ganado cuando escucho cómo chasquea la lengua contra el paladar y se levanta. Se acerca hasta el desconocido y me señala. Este asiente y se acerca a mí.

—¿Me dejas mirarte la herida?

Miro a mi hermana en busca de respuestas. Asiente.

—Es un vecino y es médico.

Lo sabía. Un vecino que ha venido a cotillear.

Como no me opongo, el hombre se inclina sobre mí y me quita el hielo de la cabeza. Me toca y yo tengo que tragar con fuerza para que no me escuche quejarme.

Unas botas aparecen en mi campo de visión y levanto la vista.

El policía me está mirando.

—Señor. Entonces, ¿no denuncia?

—¿Denunciar?! ¡Ha sido él el que ha invadido mi casa! —Miro a Violet. Está de coña, ¿verdad?

—Señorita, cálmese —le dice el policía despacio. Yo solo puedo fijarme en lo roja que tiene la cara y en la puñetera toalla minúscula que le cubre el cuerpo. Y en sus piernas. ¿Eran tan largas cuando nos conocimos? También me fijo en su pelo negro, suelto, cayéndole por la espalda desnuda. Y en sus labios. Esta vez no los lleva pintados de rojo.

Andrea la coge del brazo e intenta moverla.

—Violet, ¿por qué no nos vestimos?

Esta se suelta del agarre de su amiga y vuelve a encararse al policía.

—No puede denunciarme, yo no he hecho nada. Esta es mi casa.

Yo miro la escena sin parpadear. El vecino sigue escrutándome, mi hermana revolotea a mi alrededor cuál mamá gallina, el policía suspira, cansado, Violet habla cada vez más alto, Andrea intenta calmarla, sin éxito y Edu... Edu, como yo, mira la escena sin parpadear. La diferencia, que a él le faltan unas palomitas y a mí una caja entera de analgésicos.

—Señorita, le ha dado con una sartén en la cabeza.

—¿Me ha asustado! Creía que iba a matarme. ¿Qué quería que hiciese? ¿Invitarle a comerse un sobre de fideos chinos conmigo?

—No me hable en ese tono o tendré que denunciarla.

—No me hable usted como si yo fuese tonta.

Aunque lo he estado viendo todo el rato, de repente soy consciente de verdad de que hay un policía justo enfrente de mí y de que acaba de preguntarme si quiero poner una denuncia.

—¿De verdad has llamado a la policía? —pregunto en voz alta, atrayendo la atención de todos los presentes y consiguiendo que se callen de golpe.

Violet se sujeta con tanta fuerza la toalla que tiene los nudillos blancos.

—Yo no he llamado a nadie, ha sido Andrea.

—¿Porque me has dicho que te iban a matar y estabas llorando!

—¿Pues claro que estaba llorando! ¡Había entrado alguien!

—Te veo bien, no creo que tengas una contusión, pero deberías ir al hospital y que te hagan un tac.

—Lo sabía. Lander, levanta. Nos vamos.

—¿Cómo le das las llaves del piso a nadie sin consultarme?

—¿Cómo se las das tú?

—¿Porque es mi mejor amiga!

—Y él mi mejor amigo. Y socio. Eso es un dos por uno.

—¿Alguien va a denunciar? Porque si nadie va a hacer nada, creo que mi trabajo aquí ha terminado.

De esto a llamar a la Paramount solo hay un paso.

Me llevo el dedo índice y anular a la boca y silbo. Al hacerlo, siento una pequeña presión en el cerebro, pero nada comparado con lo que estas seis personas me están provocando.

Como ha pasado antes, todas se callan *ipso facto*.

Al primero que miro es al policía.

—Puede marcharse y perdone las molestias. No voy a presentar ninguna denuncia.

—Por supuesto que no —sisea Violet. Andrea la manda callar y yo paso de mirarla. Me centro en el vecino.

—Muchas gracias por su atención. ¿En qué piso vive?

—Segundo.

—Perfecto. Si el dolor de cabeza empeora, pierdo el equilibrio, vomito o vuelvo a sangrar —solo de pensar en esta posibilidad me entran ganas de vomitar, pero disimulo—, le avisaré, pero prefiero quedarme en casa. Los hospitales no me traen muy buenos recuerdos, por lo que intento evitarlos lo máximo posible.

Todos escuchamos a mi hermana resoplar.

El vecino me mira no muy convencido, pero los dos sabemos que no puede hacer nada si yo no quiero ir, así que asiente y se levanta.

—Tómate un paracetamol cada ocho horas. Si el dolor de cabeza no disminuye, puedes alternar con ibuprofeno. Veo que te sabes los síntomas de un golpe en la cabeza. Aun así, necesitas que alguien te vigile esta noche. —De repente, veo como Andrea, Edu y María miran a Violet. Esta tarda un rato en reaccionar. Cuando lo hace, abre los ojos.

—¿Por qué me miráis a mí?

Edu suspira y le pone una mano al vecino en el hombro.

—Alguien lo hará. Gracias.

El policía y el médico se marchan. El primero aliviado. El segundo, como si fuésemos un cuadro extraño que acaban de colgar en la pared de su dormitorio y no sabe bien cómo interpretarlo.

Cuando nos quedamos los cinco solos, me permito el lujo de tomarme un momento para mí. El suficiente para intentar ordenar las ideas y entender qué ha pasado.

Pero, por supuesto, nadie me deja.

Edu y Andrea empiezan a discutir. María se saca el teléfono del bolso y llama a alguien. Pronto descubro que se trata de Alba. Violet, por su parte, sigue de brazos cruzados, cubierta solo con la estúpida toalla y mirando a todo el mundo con odio, así que me levanto y voy directo a la única habitación que tiene una cama. No me molesto en encender la luz. Me tumbo en ella y me coloco la almohada en la cara para sofocar así el grito que sale desde lo más profundo de mi garganta.

—No puedes quedarte aquí —dice una voz, irrumpiendo mi grito. Diría que se trata de una voz angelical, pero esa chica es el demonio hecho mujer.

Me aparto la almohada de la cara y miro a Violet. Sigue con la puñetera toalla, y yo juraría que es más corta que antes. El pelo ya se le ha secado y le cae en ondas sobre los hombros. No lleva las gafas puestas, y las echo de menos. Me encanta Violet con gafas.

Me incorporo, lo justo para que mi espalda toque el cabezal, y suelto un suspiro.

—¿No puedo quedarme dónde?

Violet me mira como si fuera idiota y señala la cama con la cabeza.

—Pues en esta cama. En esta habitación. De hecho, en la casa entera.

Me pinzo el puente de la nariz. Está empezando a dolerme un poco la cabeza.

—Me has dado con una sartén en la cabeza.

—¿Qué querías que hiciera? Me has dado un susto de muerte. No se entra así en las casas ajenas.

—No era una casa ajena, era mi casa. He entrado con unas llaves, ¿o se te ha olvidado ese pequeño detalle?

Suelta un suspiro, haciendo que su pecho suba y baje.

Tengo que esforzarme mucho por seguir mirándola a la cara, pero me lo está poniendo muy difícil. No porque sea un perverso, sino porque Violet es un pecado vestido solo con una toalla.

—No era, ni es, tu casa. Es la mía. Se la he alquilado a Andrea.

—Y yo a Edu.

Se cruza de brazos y sus tetas se elevan por encima del borde de la toalla. Y no es lo único que se eleva.

Cruzo una pierna por encima de la otra y me coloco la almohada con la que me había tapado la cara en la entrepierna. Solo falta que esta chica vea la tienda de montaña que está creciendo en su cama.

—Está claro que ha habido un malentendido.

—No lo creo. Mis cosas están en este cuarto, ¿las ves? Largo.

Aún recuerdo cuando Edu me convenció para la cita a ciegas. Me dijo que se trataba de la mejor amiga de su hermana, que era una chica muy dulce y que seguro que conectábamos. ¿Dónde narices está esa chica? Porque la que tengo delante me recuerda al demonio de Tasmania; una mordedura suya y es mortal.

Yo ya he sufrido dos; un vaso de cerveza y un sartenazo.

Aun así, hay algo en su actitud, o en mi cabeza, no lo sé, que me alienta a ser borde con ella y a no dejar que se salga con la suya.

Lo achaco al golpe.

Sonrío y ladeo la cabeza.

—¿Estás insinuando que este piso es tuyo y que yo tengo que marcharme?

—Veo que lo has pillado.

Chasqueo la lengua contra el paladar y niego con la cabeza.

—Una lástima, de verdad, pero eso no va a ser posible.

—¿Qué quieres decir?

—Que me da que vamos a ser compañeros de piso, por lo menos por esta noche, porque no pienso moverme de aquí.

Arruga la nariz y da un paso atrás, horrorizada.

—Estás de coña.

—Yo nunca bromeo.

—¡No podemos compartir piso! Nos odiamos.

Tiene razón en las dos cosas. Y sé que lo más sensato es que vuelva con mis hermanas mientras me busco otro sitio en el que vivir, pero no me da la gana. No solo porque paso de volver a pasar por la experiencia del pasado lunes, sino porque esta chica me ha dado con una sartén en la cabeza, me ha hecho una brecha y ni siquiera me ha pedido perdón.

Me deslizo por el colchón hasta quedar tumbado. Me coloco la almohada bajo la cabeza y cierro los ojos.

—Creo que ya es hora de que te vistas. Aunque estemos en septiembre y el nudismo esté

permitido en algunos sitios, no creo que te sientas cómoda al saber que te he visto un pezón. — Es mentira, por desgracia, pero solo por escuchar el grito que da ha merecido la pena soltar esta pequeña mentirijilla. Abro un ojo—. ¿Podrías decirle al gallinero del comedor que se largue? Ya has oído al médico, necesito descansar. Y no te olvides de venir a verme de vez en cuando. Imagínate que la palmo, caería sobre tu conciencia el resto de tu vida.

11. ¿Puedo darme la vuelta?

Violet

Necio, inepto, estúpido, pavitonto, zamuro y zopilote. Me río al leer la última palabra. No la había escuchado en mi vida, pero me gusta. Me la apunto porque intuyo que la voy a necesitar mucho en el futuro.

Cierro la pantalla con los sinónimos de cretino y paso a los de idiota. Suspiro ofuscada cuando veo que son los mismos. Apago el móvil y me subo la sábana hasta la barbilla.

Mi primer día en mi nueva casa no podría haber ido peor. Ha sido como presenciar una película de los hermanos Marx a cámara lenta y sin gracia ninguna, porque a mí no me la ha hecho.

Me llevo una mano al corazón. Todavía recuerdo el susto que me he dado al escuchar la llave en la cerradura. Juro que creía que iba a morir. No he pasado tanto miedo en mi vida, y me da coraje que eso nadie lo entienda, empezando por el policía que ha venido a la llamada de Andrea y terminando por el zopilote que ahora mismo duerme en mi nueva habitación a pierna suelta.

Porque duerme a pierna suelta, ¿verdad? Es decir, no se ha muerto.

«Y no te olvides de venir a verme de vez en cuando. Imagínate que la palmo, caerá sobre tu conciencia el resto de tu vida».

Cierro los ojos y me aprieto con fuerza la frente con las palmas de las manos. Casi lo mato, eso es un hecho, me guste o no. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Me ha dado un susto de muerte, tenía que defenderme. Tendría que darme las gracias por no haber cogido un cuchillo.

—Pero te podrías haber disculpado, Violet. Le has hecho una brecha en la cabeza. —Las palabras de mi amiga se repiten en mi cabeza, pero las ignoro, porque esto es por su culpa.

Estoy en este lío por su mala gestión. La suya y la de su hermano.

Se supone que se llevan bien, que se comunican. Pues está claro que no. Si fuera así, no estaría metida en este sinsentido.

El móvil pita, indicándome que me ha entrado un mensaje nuevo. Lo ignoraría si no fuera porque es el sonido que tiene asignado mi madre.

Lo abro y suelto un suspiro.

Mamá:

¿Todo bien en tu primer día sola?

Quiero reírme, pero de forma histérica. Llamarla y decirle que no, que todo está yendo como el culo, pero no lo hago. Me limito a contestarle con un simple sí y a dejar el móvil en la mesita de centro.

Necesito dormir. Descansar y despejar la mente porque mañana debo tenerla lo suficientemente clara para resolver todo este embrollo, ya que hay una cosa clara: no pienso compartir piso con Lander Aguirre. ¿En qué mundo alternativo he ido a parar? Ese chico y yo somos incompatibles. Como la luna y el sol. El agua y el aceite. Dos especímenes incapaces de convivir sin matarse durante tres minutos seguidos. ¿Cómo sería hacerlo bajo el mismo techo?

Siento un escalofrío solo de pensarlo. Nada, imposible.

Y si le he dejado quedarse aquí esta noche ha sido porque me daba pena y porque no soy mala persona, aunque él crea que sí.

«A lo mejor es porque hasta ahora no le has dado motivos para pensar lo contrario», me grita mi conciencia, a la que callo de un resoplido.

Se ha quedado porque no estaba en condiciones de irse a ningún sitio. Bueno, sí, al hospital, pero está claro que es cabezota. Otra cualidad que añadir a la lista.

Me coloco de lado en el sofá e intento dormir, pero cuando han pasado quince minutos me doy cuenta de que eso es imposible. ¿Por qué? Pues porque mi conciencia también me grita que vaya a ver si sigue respirando y a esto sí que tengo que hacerle caso.

Me levanto sin hacer ruido y salgo del comedor de puntillas. Agudizo el oído y el corazón se me para cuando no escucho nada. ¿No ronca? ¿O respira fuerte? ¿Algo?

Espero unos segundos más y nada, por lo que no me queda más remedio que ir hasta la habitación. Lo hago palpando las paredes, pues está todo demasiado oscuro y mis ojos todavía no se han adaptado, y tardarán aún más en hacerlo sin las gafas, pero me las he dejado en la habitación donde duerme el zopilote.

Nota mental; mañana tengo que buscar exactamente qué significa esa palabra.

La puerta no está cerrada, pero sí entornada. Echo un vistazo por la rendija, pero solo atino a ver un cuerpo inerte sobre la cama. Sigue vestido. Lo único que se ha quitado son las deportivas. Intento ver si su pecho sube y baja. Con esa comprobación, será suficiente, pero no veo una mierda, así que abro la puerta con mucho cuidado y entro.

Como ya había visto, Lander está tumbado sobre mis sábanas de Minnie. Soy una gran fan de esa ratoncita y no me escondo. Tiene un brazo sobre la cabeza y otro sobre la tripa. La boca ligeramente abierta y los ojos completamente cerrados.

Ladeo la cabeza y me muerdo el labio inferior para no sonreír. Lander no pega nada entre esas sábanas y, a la vez, está muy gracioso. Si me hubiese traído el móvil le haría una foto y se la mandaría a Edu para que la pusiera en la puerta del gimnasio.

«Céntrate en averiguar si respira», me vuelve a gritar mi conciencia. Asiento, como si alguien me estuviera viendo, y de puntillas me acerco a él. Me fijo en su pecho, contengo la respiración y suspiro feliz cuando lo veo subir y bajar. Es muy lento, suave, pero sube, y eso significa que no está muerto. Aun así, desvío mis ojos hasta sus labios y me centro en escuchar un resoplido, por pequeño que sea. Desde donde estoy no se oye nada, así que me inclino muy muy despacio hasta poner la oreja lo suficientemente cerca de su boca y poder así escucharlo.

Tarda cinco segundos en llegar, pero lo hace, y las ganas de gritar victoria son enormes.

No lo he matado, está bien y respira. Mis padres no van a tener que venir a verme a la cárcel y voy a poder licenciarme en veterinaria. Ya puedo volver al sofá y conciliar por fin ese sueño que mi cuerpo tanto necesita, pero mis piernas no quieren moverse, y mis caderas tampoco.

Mi cerebro lo ordena, pero ellas lo ignoran. Por el contrario, se quedan mirando a Lander como si fuera un cuadro recién pintado. No puedo negar que es guapísimo. Ni que tiene unos ojos preciosos, cuando están abiertos, y unas pestañas larguísimas. Me gusta su pelo negro, y que siempre lo lleve despeinado. No lo diré en voz alta nunca, antes la muerte, pero lo que más me gusta son sus labios. Siempre he sido fan de los finos, de esos que casi desaparecen cuando sonríes, pero los de Lander son gorditos, tanto el superior como el inferior, e invitan al pecado.

El único problema es que es idiota, por mucho que mi amiga se empeñe en explicarme que es muy simpático. Conmigo no lo ha sido nunca.

Suelto un suspiro.

Esto es lo que pasa con las apariencias, que nunca puedes fiarte de ellas, porque la mayoría de las veces engañan.

Intento mirarle la coronilla, pero desde donde estoy no puedo, aunque me la imagino, y la culpa me carcome por dentro. Me siento mal por haberle pegado porque, además, lo he hecho con ganas. Sí, estaba asustada, y a mi modo de ver está justificado, pero, aun así, le he dado fuerte y le he hecho daño. Joder, que hasta ha sangrado, y tengo que reconocer que no se ha quejado ni una vez. De mí, quiero decir. Del golpe sí, obviamente.

Pero no se ha quejado de mí, ni tampoco me ha sacado los colores o me ha puesto esa denuncia con la que el agente tanto insistía. Aquí Andrea sí que tiene razón, debería pedirle perdón. Ahora no porque está dormido, pero mañana por la mañana será lo primero que haga. A lo mejor, puedo preparar unas tortitas en señal de tregua.

—¿Puedo darme ya la vuelta o vas a seguir mirándome mucho más tiempo? No me molesta, solo quiero saberlo porque empieza a dolerme el hombro —dice Lander de repente, sobresaltándose.

No sé cómo lo hago, pero acabo trastabillando y cayendo sobre él en la cama. Me levanto igual de rápido que si me acabaran de decir que hay un incendio.

—Cuidado, que te caes.

Parpadeo y me encuentro con sus ojos, esos que acabo de insinuar que son preciosos, mirándome divertidos.

—Entonces, ¿qué? ¿Puedo darme la vuelta?

Doy las gracias porque la única luz que entra sea la de las farolas de la calle, porque ahora mismo debo tener rojo hasta el pelo.

—Eres... Eres... —No me salen las palabras, y eso solo le provoca más diversión. Se despereza, levantando los brazos y haciendo que la camiseta se le suba.

—En esta cama hay sitio para los dos, ¿quieres? —Se desliza hacia atrás y palmea la cama—. El sofá no tiene pinta de cómodo.

Tenía yo razón y Andrea estaba equivocada, este tío es idiota y esto solo hace que demostrármelo.

Le saco el dedo corazón, todo muy maduro, lo sé, y me doy la vuelta para largarme mientras su risa rebota por las cuatro paredes de la habitación.

—No te enfades. Es muy dulce por tu parte que hayas venido a ver si estoy bien. Me duele un poco la cabeza, pero sobreviviré.

—Que te den.

Salgo de la habitación y me esfuerzo por no escuchar su risa mientras enfilo directa al comedor. Que le den. No pienso pedirle perdón, y mucho menos hacerle tortitas. Mañana haré una montaña y me las comeré yo sola. ¿En qué estaba pensando?

—¡No puedes enfadarte con un inválido, Violet!

Vuelvo a sacarle el dedo corazón, solo que esta vez no me ve.

—¡Mañana te largas, Aguirre!

—¡Te sabes mi apellido! ¡Esta relación está prosperando! ¿Cuál es el tuyo?

—¡Gilipollas!

—¿Violet Gilipollas? Original, me gusta.

Cojo el cojín, me lo llevo a la cara y grito. ¿Por qué me sacará tanto de quicio este chico? Si yo normalmente soy un alma libre y buena. Es muy difícil alterarme.

Busco el móvil y le mando un mensaje a Andrea. Sé que es tarde, pero también sé que mi amiga está despierta a estas horas. A veces, me pregunto si duerme.

Violet:

Arréglalo, pero mañana quiero a Lander fuera.

Andrea:

Lo estoy hablando con Edu.

Violet:

Pues háblalo más rápido, pero mañana lo quiero fuera.

Andrea:

De todas formas, ya te lo he dicho. Tiene tanto derecho como tú a estar ahí. Es decir, Edu se lo dijo a él y yo a ti.

Violet:

Pero yo he llegado primero, eso debería de contar.

Andrea:

Mañana habla con él.

Violet:

No se puede hablar con ese ser, Andrea. Es... es... un zopilote.

Andrea:

¿Qué coño es eso?

Violet:

Por favor, arréglalo.

Andrea:

Vale, mañana te digo algo. Pero intentad llevaros bien.

—¡Violet! Entonces, no te vienes a dormir, ¿no? Es por dejarte el hueco o no.

—¡¡Gilipollas!! —Lanzo el móvil a la mesita y me tapo las orejas con el cojín para dejar de oír su risa.

¿Por qué es tan... tan...? Uff.

Llevarnos bien, dice Andrea. Eso es imposible. Cuatro veces que nos hemos visto, cuatro veces que hemos discutido. Eso debe de ser una señal. Hay gente que es incompatible y punto.

Cierro los ojos y comienzo a contar ovejitas. Parece una chorrada, pero a mí siempre me ha funcionado, aunque esta vez cambio la cara de las ovejas por la de Lander y, en vez de contarlas, les atizo con una sartén.

Funciona.

Eso, y la seguridad de saber que mañana Andrea lo arreglará, y que por fin podré disfrutar de mi apartamento.

12. Yo no pienso irme, vete tú

Lander

—Tenemos una noticia buena y otra mala. ¿Cuál queréis oír primero?

—La buena.

—La mala.

Miro a Violet y suspiro. Hasta en esto tiene que llevarme la contraria. Me lanza dardos venenosos con los ojos y se encoge de hombros.

—Siempre hay que saber las noticias malas primero —me replica en un tono que demuestra el cariño que me tiene.

Apoyo la espalda en el respaldo de la silla y me cruzo de brazos.

—¿Y eso quién lo dices? Seguro que el Cosmopolitan.

—Eres un machista.

—En serio, Violet, algún día deberías probar a decirme algo bonito. Y a sonreír. Estar todo el día con ese ceño fruncido no debe de ser bueno, seguro que te provoca migrañas.

—Lo único que me provoca migrañas eres tú.

Me inclino hacia ella y sonrío.

—Pues ayer por la noche, mientras me mirabas embobada, no parecía provocarte mucha.

El grito que pega se ha tenido que escuchar en todo el edificio. Se pone roja, como el muñeco que interpreta a Furia en *Del revés*, y aprieta los dientes hasta que rechinan.

—¡No te estaba mirando embobada! ¡Solo comprobaba si respirabas! ¡Estaba siguiendo las indicaciones del médico!

—Te quedaste embobada mirándome, admítelo, pero no me importa. Yo también sería capaz de quedarme embobado mirándote.

Las mejillas se le encienden más, si es que eso es posible, y juraría que puedo escuchar una risita por lo bajo, no sé si viene de Andrea o de Edu, pero quién se esté riendo tiene a bien de no hacerlo a carcajadas, porque creo seriamente que Violet, en estos momentos, sería capaz de arrancar cabezas con un bocado.

—No intentes ligar conmigo.

—No lo hago, solo digo verdades como puños.

No tengo ni idea de por qué estoy coqueteando con ella, pero lo estoy haciendo, y me gusta. Consigue hasta que me olvide de que ayer me intentó matar a lo Rapunzel.

Violet abre y cierra la boca varias veces. No sabe qué decirme, y eso también me gusta. ¿La he dejado sin palabras? Bien. Ahora ya sé que, cuando quiera ganar una discusión, solo tengo que ponerla nerviosa diciéndole cosas bonitas. Tampoco es que sea algo muy difícil, porque lo que he dicho es verdad; sería capaz de quedarme embobado mirándola, porque es preciosa.

Andrea carraspea intentando captar nuestra atención.

Edu y su hermana se han presentado en casa esta mañana para ver si podemos solucionar este pequeño embrollo. Por la cara con la que nos miran, no sé si de verdad existe esa buena noticia de la que hablan.

Voy a necesitar energía.

Alargo la mano para coger una tortita que hay en un plato en el centro de la mesa, pero una

mano más rápida que la mía me lo impide. Por supuesto, es la de Violet, que se ha llevado el plato con ella.

—¿Qué haces?

—Son mis tortitas. Yo decido quién come y quién no.

—Tienes que estar de coña.

Me mira seria, sin pestañear. Ella sí que sería una buena contrincante para Alba. Levanto las manos y sacudo la cabeza.

—Lo que usted diga, *my lady*. —Vuelvo a mirar a mi amigo y a su hermana—. Decidnos esa buena noticia. Me muero por escucharla.

Edu y Andrea se miran de reojo.

—La buena noticia es que hemos encontrado una solución a este pequeño malentendido, y que se puede gestionar ahora mismo.

—¿Y? —Violet está igual de impaciente que yo.

—La mala, es que tenéis que gestionarlo vosotros.

Enarco una ceja. Creo que no termino de entenderles.

—Creo que no termino de entenderos. —Pues parece que sí, que Violet y yo estamos más sincronizados de lo que imaginábamos.

Edu pellizca un trozo de tortita y se la lleva a la boca. Violet no le dice nada.

—Cuando te dije que mis padres tenían un piso en el barrio de Salamanca que alquilaban — comienza a decir mi amigo, mirándome—, lo decía de verdad. No sabía que Andrea se lo había ofrecido también a Violet.

—Y a mí me pasó lo mismo —continúa Andrea, mirando a su amiga—, por eso, os queremos pedir perdón. Pero, tras mucho hablarlo, no podemos hacer otra cosa que deciros que lo decidáis vosotros. Es decir, en teoría, ambos tenéis el mismo derecho a estar aquí.

—No es verdad, yo llegué primero —apostilla Violet—. Y, dejadme que os diga algo, pero menuda mierda de buena noticia que nos habéis dado.

Le aplaudiría, pero prefiero no hacerlo. Me tengo en muy alta estima.

Carraspeo, y los miro, esta vez a los tres.

—Violet y yo no podemos vivir juntos. Es decir, miradnos. Nos llevamos fatal. ¿En serio creéis que podemos compartir casa?

—No —dice Edu—. Por eso, tenéis que decidir vosotros quién se va y quién se queda.

—Yo lo tengo claro. Él. Como ya he dicho, mis cosas estaban ya aquí cuando él llegó.

—Esa es una justificación de mierda.

—Pero es válida.

—No lo es. Es bastante pueril.

—Vuelve con tus hermanas.

—¡No!

—¿Por qué?

—¡Pues porque no!

No tengo que darle explicaciones a nadie y menos a una tía que me mira como si fuese una cucaracha a la que hay que exterminar.

Suspiro. Tiene razón. Podría irme con mis hermanas, pero no quiero. Ya he salido, ya he tomado una decisión, no quiero volver atrás. Por ellas y por mí. Además, somos personas adultas, tenemos que poder encontrar una solución.

—Te ayudaré a buscar piso —le digo a Violet en tono conciliador, pero se ríe en mi cara.

—Te ayudaré yo a ti —me replica.

—Yo ya estuve toda una mañana viendo apartamentos, o armarios que fingían ser apartamentos. No pienso volver a ese sufrimiento.

—Tienes cuatro hermanas, ¿no? Vete con alguna de ellas

No quiero volver con las gemelas y Alba, pero tampoco irme a vivir con María, Santi y los gemelos. Y tampoco hay espacio.

Me coloco de lado en la silla.

—Me quedo aquí, no pienso irme. Me gusta esta casa, el barrio. Está cerca del trabajo, no tiene paredes rotas ni tampoco cucarachas.

Violet se coloca igual que yo.

—No sé qué has visto, pero no todos los pisos de Madrid tienen cucarachas.

—Pues búscate uno.

—No.

—Sí.

—Yo no pienso irme, vete tú.

—Chicos, por favor. —Interviene Andrea, justo antes de que Violet pudiera volver a soltar un «no» y acabáramos en un laberinto sin retorno.

No quiero mirar a Edu. Algo me dice que está divirtiéndose como en su vida. Y lo entiendo, porque esta situación es de locos y esta conversación es absurda. Pero soy el primero que se niega a irse. ¿Por qué? No lo sé bien. Esta noche, cuando esté ya tumbado en la cama, le daré vueltas, a ver si consigo sacar algo en claro.

—¿Qué os parece si os quedáis los dos? —Violet y yo miramos a Andrea como si se hubiese vuelto loca—. No me miréis así, lo digo en serio. Venga, seguro que termináis entendiéndoos y, mientras tanto, podéis ir mirando otras casas. Vamos, solo probad. Tenéis horarios bastante diferentes y vais a coincidir tan poco que ni os vais a dar cuenta de que estáis compartiendo piso.

La miro. Se le nota en la cara que tiene las mismas ganas de vivir bajo mi mismo techo como de comerse un melocotón en mal estado.

—De acuerdo, lo haré.

Gira la cabeza tan rápido que me da miedo que se haya dislocado el cuello. Frunce el ceño.

—¿Lo dices en serio?

—¿Quieres irte de aquí?

—No.

Me encojo de hombros.

—Yo tampoco, así que no veo qué otra cosa podemos hacer. Y Andrea tiene razón, me paso casi todo el día en el gimnasio.

Se lleva el dedo índice a la barbilla, pensativa.

—Tenemos que establecer unas normas. —suspira. Miedo me da, pero lo veo lógico.

—Dispara.

—Yo me quedo el cuarto grande. —Abro la boca para protestar, pero levanta un dedo frente a mis ojos, silenciándome—. Ya tengo todas mis cosas ahí y, bueno, aunque te moleste, te tengo que recordar que yo llegué primero.

Asiento con la cabeza.

—De acuerdo. —Me vuelvo hacia Edu—. ¿La cama?

—Hoy mismo la pedimos.

—No hace falta —lo corta Violet. La miro—. Me he comprado un colchón de látex porque el de muelles no me gusta. Te lo puedes quedar cuando me traigan la cama nueva. Supuestamente, llega esta semana.

En otro momento me metería con ella llamándola «princesita» o algún apelativo cariñoso similar, pero está siendo cordial y yo tengo que ser igual. Asiento y le sonrío.

—Gracias. Mientras tanto...

—Dormirás en el sofá —termina de decir Violet por mí—. La nevera tiene cuatro baldas, las dos de arriba tuyas y las dos de abajo mías.

—¿En serio? Podemos poner un fondo común e ir comprando las cosas de ahí.

Se encoge de hombros.

—Prefiero no compartir.

Miro a Edu. Me las va a pagar. Me puso el caramelo de la independencia en la boca para luego darme gato por liebre.

Me parece bien que ella ponga sus normas, pero yo también tengo derecho a poner las mías.

—No irás por casa con zapatillas de la calle. Nada más entrar, te las quitarás y las dejarás en un mueble de la entrada. Si tú ensucias, tú limpias. Es decir, la taza de café del desayuno en el fregadero, no. Y pelos en el desagüe de la ducha tampoco, gracias. Déjame decirte que es bastante asqueroso. —Veo que se está aguantando una sonrisa, por lo que la miro mal—. Hablo en serio. Soy bastante maniático con la limpieza.

Si estuvieran aquí mis hermanas, dirían que «maniático» es quedarse corto, pero me da igual. ¿Qué hay de malo en vivir en una casa limpia y ordenada?

A Violet le cuesta cada vez más contener la sonrisa. A pesar de llevar las gafas, veo como las comisuras de sus ojos se arrugan y estos se le hacen un pelín más grandes. Pero lo que más me llama la atención son sus labios. Son muy diferentes a los míos. Los de Violet son tan finos que parece que solo tenga uno.

Me gustan.

Carraspeo y extendiendo la mano.

—¿Trato hecho? —Violet baja la mirada y se fija en mi mano durante tantos segundos seguidos que resulta hasta un pelín insultante. Estoy a punto de suspirar y retirarla cuando extiende también la suya y me la aprieta. Tiene la piel fría, a pesar del calor que hace, y suave. Mucho. Tanto, que tengo que reprimir las ganas de acariciarle la palma con el pulgar.

—Trato hecho. —Creo que es la primera vez desde que conozco a esta chica que la he oído hablarme con un tono de voz dulce y no de enfado.

La suelto y oculto mi mano bajo el muslo. Me hormiguea, y no sé muy bien por qué.

Edu da una palmada y se pone de pie.

—Qué orgulloso estoy de vosotros. Si es que, en el fondo, sabía que terminaríais por llevaros bien y entenderos. —Se gira hacia su hermana—. ¿Ves, hermanita? Te dije que todo este lío había valido la pena.

Andrea suelta un «ja» enorme que solo hace que me entren ganas de reír, pero me contengo. Las cosas están saliendo bien y no hay que tentar a la suerte.

Mi amigo coge otra tortita y se la lleva a la boca. yo estoy salivando. Tienen una pinta increíble.

—Si no hay que tratar nada más, yo me marcho —masculla Edu con la boca llena de comida. Su hermana le da un pellizco en el brazo.

—No seas guarro. Y espérame, que me voy contigo. —Se acerca a Violet y le da un abrazo. Puedo oírlas susurrar, pero no sé qué se dicen. Solo veo a Violet que se ríe y que asiente con la cabeza.

Tras un apretón de manos entre Edu y yo, y un abrazo entre Edu y Violet, los dos hermanos se van, llevándose consigo la comodidad, porque en cuanto se hace el silencio y los dos somos

conscientes de que estamos solos y de que hemos aceptado vivir juntos, todo se vuelve raro de cojones.

En ciertos momentos, como este, tengo que recordarme que tengo veintisiete años y que se supone que soy una persona adulta.

—Me marchó a mi habitación —dice de pronto Violet. Cuando la miro, ya está prácticamente saliendo del comedor.

—Eh —la llamo, deteniendo sus pasos. Vuelve la cabeza para mirarme—. Espero que podamos llevarnos bien a partir de ahora.

Lo digo en serio. Espero que esta animadversión que hay entre nosotros cese. Si no es así, es bastante difícil que podamos convivir ni veinticuatro horas juntos.

—Yo también. —No sonrío, sigue con el mismo rictus serio con el que se ha levantado, pero, por lo menos, no me está escupiendo. Algo es algo—. Por cierto, siento mucho lo de ayer. De verdad. Te di con la sartén porque me asusté y no te reconocí cuando te vi en mi habitación. Siento mucho haberte provocado una contusión.

No la conozco mucho, pero sé que su expresión es sincera. ¿Qué debería haberme pedido perdón ayer? Pues sí. Pero a veces te subes al carro del orgullo sin saber luego cómo bajar. A mí me pasa alguna que otra vez, aunque no lo voy a admitir en voz alta.

Sonrío.

—Disculpas aceptadas.

Ella también sonrío. No es una sonrisa enorme, de esas con las que eres capaz de iluminar todo Nueva York en Navidad, pero es una sonrisa.

—¿Te encuentras mejor?

—No tengo dolor de cabeza, ni mareos, ni vómitos. No veo doble y me sé los signos del zodiaco en orden y del revés.

—No te tenía por un astrólogo.

—Más bien por un fan de los niños estrella. —Me mira atenta, como si estuviera esperando alguna explicación más. Abro los ojos, sorprendido—. ¿No sabes quiénes son los niños estrella?

—¿Debería? —Acabo de sufrir un colapso.

—Ari, Toro... ¿Gemo y Gimi? —Suelta una carcajada, una que no me esperaba en absoluto, y por un segundo me quedo más prendido del sonido que emite que del hecho de que no sepa cuál es la serie *Aventuras en las Estrellas*. De repente, sin que me dé tiempo a procesarlo, porque mis labios han empezado a moverse solos, me pongo a tararear la *intro* de la serie.

Violet deja de reír, me mira de forma intensa y esta vez, cuando ríe, la carcajada se apropia del comedor y llega hasta el centro de mi pecho. Se está riendo de verdad. No hay burla, ni tampoco guasa. Solo mucha risa.

Y, no sé por qué, pero no puedo dejar de mirarla. Ni de cantar. Ni de decir todos los nombres de los personajes de *Aventuras de las estrellas*. Y, entonces, pienso que, a lo mejor, no ha sido tan mala idea esta de irnos a vivir juntos.

13. Ni a las veinticuatro horas

Violet

Hace un calor de mil demonios y ya no puedo más. Ni aun quedándome desnuda sería capaz de volver a dormirme, y todo es por culpa de este tiempo tan loco y cambiante que tenemos. Para que luego haya gente afirmando que no existe el cambio climático.

Si en mi habitación estoy que me quema el aire y me cuesta respirar, no me quiero ni imaginar cuando salga a la calle. Espero que mañana la cosa mejore, porque odio la universidad cuando hace calor. Es como el infierno de Hades.

Suspiro.

Tendría que haberme cogido la modalidad «a distancia», así podría estudiar producción animal metida en la bañera.

Me destapo, porque sí, soy de esas personas que se tapan incluso cuando estamos a cuarenta grados, y me levanto de la cama empapada en sudor. Necesito una ducha fría porque tengo frito hasta el cerebro.

Miro la hora en el teléfono móvil y me entran ganas de llorar. ¿Qué hago despierta un domingo a las seis de la mañana? ¡Si es día de fiesta!

Además, esta noche empiezo en mi nuevo trabajo y quería estar radiante, y para estar radiante hay que estar descansada, y yo estoy más cansada ahora que cuando me acosté anoche.

Me levanto de la cama y suelto un suspiro de alivio cuando mis pies tocan el suelo, que está frío. Supongo que en invierno echaré de menos el suelo de parqué de casa de mi madre, porque podía ir siempre descalza, pero ahora mismo agradezco que sea azulejo porque tengo tanto calor que sería capaz de tirarme una jarra de agua helada por encima.

Me quito el flequillo sudado que tengo pegado a la frente y me hago una coleta con un coletero que llevo siempre en la muñeca. Me recojo el pelo asegurándome de dejarme la nuca bien despejada.

Abro la puerta con cuidado y saco la cabeza para echar un vistazo al pasillo. Más concretamente, hacia el comedor, donde entiendo que duerme mi extraño y nuevo compañero de piso. Vamos, creo que duerme porque no se escucha nada, está todo demasiado silencioso, y no creo que haya salido a estas horas a ningún sitio, ¿no?

Sacudo la cabeza. La verdad es que no tengo ni idea de quién es Lander en realidad. Hasta ahora, lo único que sé es que tiene cuatro hermanas, que las cuatro son guapísimas, tres rubias y otra morena, como él, y que es el mejor amigo de Edu, al que conoció en la universidad, además de su socio en el gimnasio. Que tiene una sonrisa muy bonita cuando la saca a pasear, que delante de mí es prácticamente nunca, que le encanta lanzarme pullas, el orden, y que es un capullo.

También he averiguado que le gusta leer porque ayer, entre las cajas que trajo, había por lo menos tres en las que ponía: «libros de Lander». Echo un vistazo por encima del hombro hacia el interior de mi habitación y me muerdo el labio para no reírme. No he deshecho aún ni una caja y él se pasó ayer toda la tarde encerrado en su habitación ordenándola. Me muero por ver cómo la ha dejado, no voy a mentir. Quiero ver lo minucioso que es.

¿Otra cosa que no sé? Si tiene novia. ¿La tiene? Seguro que sí. Es demasiado guapo como para

estar soltero. Aunque lo de ser un capullo le resta puntos, o a lo mejor solo lo es conmigo, porque Andrea sigue insistiendo en que es un tío muy majo ¡y divertido! A mí me parece que tiene la misma gracia que un mono araña.

De todas formas, no lo veo como un tío al que le guste el compromiso. Seguro que lo que tiene es un listín telefónico con el nombre de todas las tías con las que se puede acostar o ya se ha acostado y quieren repetir. Si es así, deberíamos establecer unas reglas. No me apetece estar estudiando y tener de fondo sus gemidos. O que les dé por fornicar en el sofá y encontrármelos en plena faena al llegar a casa.

Me paso una mano por la frente.

«A Violet le gusta mucho juzgar sin conocer». Las palabras que me dijo Lander el día de la inauguración del gimnasio de Edu me golpean justo en la frente. Ese día tuvo razón, y ahora lo estoy haciendo otra vez. Si quiero saber si tiene novia voy y pregunto. Y, por supuesto, no lo conozco lo suficiente como para saber si es un tío de compromisos o de los que van de cama en cama.

Sacudo la cabeza y me centro en ir al cuarto de baño y darme esa ducha. Vuelvo a la cama, cojo el móvil, porque odio ducharme en silencio, y voy directa hasta el baño. Conecto la lista de reproducciones de Spotify y selecciono la que se llama «De todo». Como su propio nombre indica, hay música para todos los gustos. Desde bandas sonoras y películas Disney, hasta baladas, hip hop o jazz. No tengo un gusto definido. Cuando escucho algo que me gusta, me lo guardo.

Me quito el pijama, enciendo el grifo y entro sin dudarlo. Está helada, congelada, y me encanta. Me deshago de la coleta mientras suena *No se habla de Bruno*, de la película Disney *Encanto*. No me la sé, aunque me gusta fingir que sí, porque la verdad es que canto muy mal y soy incapaz de retener una sola canción, pero eso no evita que lo dé todo y que me sienta como Shakira cuando está sobre un escenario.

Echo la cabeza hacia atrás y dejo que el agua se lleve todo el sudor. Me paso las manos por el pelo y me masajeo el cuero cabelludo. Solo me falta ronronear.

Estoy tan metida en mi pequeño mundo de fantasía, Disney y champú, que no escucho la puerta de entrada abrirse ni cerrarse. Tampoco las pisadas acercándose. Solo sé que alguien acaba de entrar en el cuarto de baño porque la puerta se abre y a mí casi me da un infarto del susto, primero, y una vergüenza que me muero después.

—¡Joder! —grita Lander en cuanto levanta la cabeza y sus ojos se encuentran con los míos.

Yo también grito, pero mucho y más fuerte, mientras me tapo con las manos mis partes íntimas, porque no sé si había dicho que la mampara es totalmente transparente.

Lo que lleva en la mano se le cae al suelo, pero no parece que se dé cuenta, porque está demasiado hipnotizado mirándome o yo qué narices sé, pues solo atina a parpadear a cámara lenta. Yo, mientras tanto, sigo cubriéndome mis partes con las manos mientras intento no resbalarme, cosa bastante difícil porque el suelo resbala muchísimo.

—No sabía que te estabas duchando —dice tras carraspear y sin dejar de mirarme. Y, de repente, lo veo; sus ojos moviéndose. Pasando de mi cara al resto de mi cuerpo. Lo hace rápido, pero lo he visto, y da igual que el agua esté congelada, porque noto un calor abrasador recorriéndome el cuerpo.

Siento más calor que cuando me he despertado.

—¡Cierra la puerta! —chillo, porque a lo mío no se le puede llamar gritar, y entonces por fin reacciona. Cierra la puerta y desaparece, pero no mi cabreo ni mi vergüenza.

Estoy a punto de salir de la ducha cuando la puerta vuelve a abrirse.

—Perdón, se me ha caído el móvil. —Entra agachado, tapándose los ojos con una mano y palpando el suelo con la otra, pero eso no evita que vuelva a gritar.

—¡Que estoy desnuda!

Se marcha, aunque puedo jurar que escucho un «lo sé» antes de que se cierre la puerta.

Estoy tan enfadada que no me molesto en lavarme el pelo. Salgo de la ducha y cojo la primera toalla que pillo. Es una de mano, así que me tapa más bien poco, pero ahora no puedo pararme a buscar una decente.

Probablemente, porque ahora mismo ni siquiera sé qué es pensar.

Salgo del baño hecha una furia y voy directa a la cocina.

—Tú —digo, señalándolo en cuanto lo veo.

Las ganas de gritar regresan, pero no por la vergüenza, que un poco sí, sino porque no es justo para mí y mi cabreo ver lo que tengo delante.

Lander está de pie en medio de la cocina, mirándome, con los ojos abiertos de par en par, vestido con pantalón corto y... nada más, porque el pecho lo lleva al aire y, como el mundo me odia, está perlado en sudor. ¿Y el pelo? Joder, el pelo también lo tiene sudado y pegado a la frente y a la cara. Y debería quedarle como el culo, como a cualquier mortal, pues no. Le queda maravillosamente bien. Hasta los auriculares rosas que lleva colgados del cuello le quedan bien.

Lo odio.

—Perdona, de verdad, no sabía que estabas en el baño —comienza a decir, haciéndome reaccionar y apartando los ojos de una gotita que he visto que le estaba rozando el pezón y que se estaba deslizando peligrosamente hacia abajo.

Me sujeto la toalla contra el pecho y me aseguro de fulminarlo bien con la mirada.

—¿No se te ha ocurrido que podría haber alguien al ver la luz encendida?

—No me he dado cuenta.

—¿Cómo no te vas a dar cuenta? ¿Estás ciego?

Le veo un tic en la ceja derecha. Minúsculo. Respira hondo y me enseña el móvil, que lleva en la mano.

—Iba mirando un correo, con los auriculares y la música puesta, y no la he visto. Te he dicho que lo siento.

—Te me has quedado mirando. —Se cruza de brazos y ladea la cabeza. Y eso es malo. No lo segundo, sino lo primero, porque eso hace que me fije en sus brazos y, mierda, menudos brazos. ¿Son normales esos bíceps? Puedo afirmar que no. Aunque tampoco es normal su pecho.

Creía que nunca iba a llegar a ver unos abdominales en los que se pudiera rallar queso. Que eso era un mito, como Papá Noel, pero no lo es. Lander tiene un pecho que invita a hacer demasiados pecados.

Carraspea, captando mi atención.

Me pongo roja, lo noto, y eso lo divierte, me lo dicen sus ojos, que brillan como dos farolas a la una de la mañana.

—¿En serio me estás acusando de mirar?

Pataleo contra el suelo. Lo sé, es infantil, pero me sale solo. Lo que en realidad me gustaría es cruzarme de brazos, como él, pero si lo hago estoy segura de que la toalla se me caería y es lo último que necesito en estos momentos.

—¿Sabes lo que creo? Que querías vengarte. —No sé muy bien por qué he dicho eso, pero me ha salido así, sin más. Y sé que me ha oído, porque ahora el tic ya no es minúsculo.

—¿Y de qué, exactamente?

Cambio el peso de un pie a otro.

Estoy nerviosa. Es como cuando ves el peligro acercarse y no puedes hacer otra cosa que recibirlo con los brazos abiertos.

—Como el viernes te di con la sartén, has decidido vengarte espiándome desnuda.

Suelta una carcajada, una que lo hace descruzar los brazos, y no sé qué es peor, porque así se le ve mejor el pecho y eso es malo, joder.

—Tienes razón. Mientras volvía de correr, he pensado: Espero que Violet se esté duchando, así puedo abrir la puerta de par en par y espiarla.

Su tono sarcástico me crispa los nervios.

—Te me has quedado mirando —repito. Sacude la cabeza y se ríe.

—Y tú te me has quedado mirando a mí. Empate.

Aprieto con tanta fuerza la toalla contra mi pecho que debo de tener los nudillos blancos.

—Así que lo admites.

—¿Qué te he mirado? Sí. Y te diría que lo siento, pero aquí sí que te estaría mintiendo, y yo nunca miento.

Sus palabras me producen tal calor que, si no supiera que se reiría de mí, cerraría las piernas.

—No me has respondido.

Suspira y pone los ojos en blanco.

—¿A qué?

—A si te estabas vengando.

Vuelve a reírse, pero su risa no tiene nada de gracioso.

Se pasa una mano por el pelo y sacude la cabeza. Parece cansado.

Cuando me mira de nuevo, hay tanta determinación en sus ojos que me deja un tanto paralizada.

—No, Violet, no me estaba vengando. No soy tan retorcido. Te lo repito, he entrado sin querer y te he pedido perdón. Puedes creerme o no. —Lo dicho, hay tanta determinación en sus ojos y en su voz que solo puedo aceptar sus disculpas y dejarlo pasar. Decirle que deberíamos poner un pestillo en el cuarto de baño y listo. Pero, entonces, me mira de nuevo; primero el pelo y después el resto del cuerpo. Y habla, y la caga—. Y no hacía falta que salieras chorreando de la ducha para gritarme y con el pelo lleno de jabón. Lo estás poniendo todo perdido.

No sé si me molesta más el tono paternalista que emplea o cómo arruga la nariz al decir la última frase. Lo único que sé es que, de repente, parece que me he olvidado lo que significa ser racional, porque me sujeto bien la toalla alrededor del cuerpo, me recojo el pelo y me aseguro de escurrirlo bien y de que el agua caiga al suelo. De que suene un *ploff* y de que se haga un pequeño charco a mi espalda.

Los ojos de Lander me dicen que lo he conseguido.

Este pasea la mirada del suelo a mí varias veces. El silencio es tan denso que se podría cortar con cuchillo y tenedor. No tengo ni idea de qué va a hacer o decir. Yo, si fuera él, le chillaría. Pero él no me chilla. De hecho, no me dice nada. Se limita a mirarme durante un minuto que se me antoja como diez. Después, pasa por mi lado, esquivando el charco, y va directo al cuarto de baño, donde se cierra dando un portazo.

El sentimiento de culpa me invade como un tsunami y hace que me sienta como una idiota.

Suspiro, voy a mi habitación y me siento en el suelo a esperar.

La espera se convierte en casi una hora. Cuando salgo y regreso al cuarto de baño, Lander no está. Se ha ido de casa y la verdad es que tampoco puedo culparlo. Saca lo peor de mí, y ni siquiera sé bien por qué.

Suspiro.

Qué poco nos ha durado la tregua de ayer. No hemos llegado ni a las veinticuatro horas.

Cuando a las cinco de la tarde llego a mi nuevo trabajo, me siento de muchas maneras diferentes; irritada, cansada, avergonzada e, incluso, excitada, porque no he podido quitarme la visión del pecho de Lander de la cabeza en todo el día y eso no está bien, porque estoy enfadada con él. Ese es el sentimiento que prevalece ante los demás.

—¿Pregunto qué ha pasado o lo dejo estar? —me pregunta Andrea tras encontrarnos en la puerta del microteatro. Va guapísima con un mono rosa y una diadema naranja con perlas blancas. Se lo diría, pero estoy demasiado intrigada porque la persiana está bajada.

—¿Por qué está cerrado? —Miro la hora en el móvil, que llevo colgado del cuello por una correa—. Me dijiste que estuviera aquí a las cinco y media.

—Exacto, y son las seis y cinco. —Aunque esté cerrado, hay mesas y sillas en la calle. Andrea me coge de la mano y nos sienta en una—. Este sitio no abre hasta las seis y media.

Abro la boca, molesta.

—¡Me has mentido!

Mi amiga se recoloca la diadema y me sonríe como si no hubiera roto un plato en su vida.

—No, te he hecho venir puntual, que es distinto. ¿No estás orgullosa? Imagínate lo mal que hubieses quedado si llegas a aparecer treinta y cinco minutos tarde en tu primer día.

Quiero rebatirla, pero mi moral no me deja, porque tiene razón, y lo odio. Bufo, porque es lo único que puedo hacer, y me cruzo de brazos.

Andrea me da un empujón juguetón.

—¿Y esa cara de acelga? No te favorece nada. —Vuelvo a bufar y mi amiga se ríe.

—Lander me ha visto desnuda —digo, sin mirarla. Podría haber optado por no decir nada, pero hay que tener dos cosas en cuenta; una, que soy impuntual, cosa que ha quedado demostrada. Y dos, que Andrea no habría parado de preguntar hasta que se lo hubiese contado.

La carcajada que suelta hace que ponga los ojos en blanco y que la mire muy mal.

—¿Tan pronto? Yo creía que esperarías hasta la tercera cita.

—Eres muy graciosa.

—Oh, vamos, Violet, no te enfades. Está claro que ibais a terminar follando. Entre vosotros hay tensión sexual no resuelta. Lo que no me imaginaba es que te enfadarías cuando lo hicierais.

Abro la boca y también los ojos.

—¡No hemos follado! —Creo que lo ha dicho muy alto, porque dos chicas que pasaban por delante de nosotras nos han mirado y han empezado a reírse.

Andrea arruga el entrecejo.

—¿Entonces?

—Me estaba duchando y ha entrado. —Suspira emocionada.

—Eso es más romántico.

—¿Qué tiene eso de romántico?

—Pues que se ha quedado prendado de tu cuerpo y ahora no se lo podrá quitar de la cabeza.

A veces creo que mi amiga ve demasiadas comedias románticas.

—No voy ni a contestarte a eso.

—No hace falta. Tus mejillas hablan por ti. —Me llevo las manos a la cara. Andrea vuelve a reírse—. Venga, Violet, seguro que no es tan malo. Además, ¿sabes lo bueno de esto?

La miro de reojo, escéptica. A veces creo que Andrea, en vez de estudiar relaciones públicas, tendría que haber estudiado arte dramático.

—Sorpréndeme.

—Que ahora podrás verlo desnudo tú a él. Es como el capítulo en el que Chandler vio a

Rachel, esta a Joey, este a Mónica y a esta el padre de Joey. —Por primera vez desde esta mañana me río, pero porque lo de mi amiga con esa serie no es ni medio normal.

—Andrea, te repito que deberías ir a terapia. Lo tuyo con *Friends* es de estudio.

Suspira de forma melodramática y se lleva una mano a la altura del corazón.

—Es la mejor serie del mundo y eso no me lo puedes discutir.

Opto por darle una palmadita en la mano y sonreír. En serio, lo de mi amiga con esa serie es para estudiarlo en la universidad de Harvard.

Por fin llegan los dueños del microteatro. Nos levantamos y entramos con ellos. Son un matrimonio joven a los que se les nota que les apasiona su trabajo por la forma en la que hablan de él o me enseñan el local. Ya lo conocía, pero porque he venido más de una vez como espectadora. Ahora estoy viendo todo lo que se cuece en la parte de atrás.

La mujer lleva la parte administrativa y del teatro y él la cocina, porque además de ofrecer distintas obras, ofrecen también bebidas y un surtido bastante amplio de comidas, como pizzas y nachos. Les digo que no se me da nada mal cocinar, porque es verdad, y eso les gusta, porque dicen que hay veces que van tan a tope que Pascual, el marido, no puede con todo.

No han pasado ni quince minutos y esto ya empieza a llenarse.

Como Andrea será la que lleve las redes sociales del local, entre sus funciones está la de ver todas las obras. Sube encantada de una que se llama *Por favor no me plantes*.

—La sinopsis de la obra reza: «No me quieras tanto y quíereme mejor». No me digas que no es una puta pasada. —Andrea está tan emocionada que solo puedo pedirles a mis nuevos jefes si me dejan bajar de extranjis al siguiente pase para verla.

—Me he reído muchísimo. —Mi amiga se acerca a mí y me habla bajito, como si quisiera contarme un secreto—. Los dos actores son geniales, sobre todo ella. Con solo una mirada consigue transmitir todo el enfado que siente hacia su pareja por elegir las plantas antes que a ella.

—¡Pero no me cuentes nada! —Andrea pone los ojos en blanco y hace aspavientos con las manos.

—Aunque te la cuente te va a gustar igual. Bajas ahora, ¿no?

—Sí. Al pase de las ocho y cinco.

—Perfecto, voy contigo.

Andrea no mentía, me ha encantado. Y tenía razón con la chica.

Cuando termina, estoy a punto de ir y darles la enhorabuena por la obra y las gracias por conseguir que, durante quince minutos, me haya olvidado de Lander y su pecho, pero no lo hago. Primero, porque tengo que volver a la parte de arriba y, segundo, porque los ojos de Lander cuando me miraban mientras admitía que sí, que se me había quedado mirando, vuelven para atormentarme. Y eso debería enfadarme, pero consigue el efecto contrario. Lo bueno es que aquí sí que puedo apretar los muslos y acompañar la excitación con un pequeño trago de licor de manzana.

14. Pídemelo por favor

Violet

¿Quién narices escucha música clásica en este siglo? Y más a ese volumen tan alto. Me tapo los oídos con los pulgares y me centro en la tabla que tengo delante, pero no veo nada y mucho menos entiendo lo que pone, porque mi cabeza está centrada en la melodía que se cuele por debajo de la puerta y que me está poniendo de los nervios.

Tengo que preparar un trabajo y ni siquiera lo he empezado.

Me aparto las manos de los oídos, me levanto y salgo de la habitación echa un basilisco.

Busco a Lander en su habitación, pero no está, así que voy directa al comedor. Bingo. Ahí está, subido a una escalera, con un plumero en la mano. En otro momento la imagen me parecería graciosa y dulce, hasta me haría sonreír. Ahora solo quiero pegarle una patada a la escalera para desestabilizarlo.

—¿Qué haces?! —grito en un tono elevado para que me escuche por encima del sonido de la música. En serio, que es música clásica. Se supone que uno se la pone para relajarse, pues mi compañero de piso está visto que no.

Lander detiene el movimiento de la mano y gira el cuerpo para mirarme. Enarca una ceja.

Odio que me mire con condescendencia.

—Quito el polvo. —Además de mirarme con condescendencia, usa el tonito—. Ya sabes, esas partículas que se adhieren a las superficies y que pueden provocar irritación de garganta y problemas en las vías respiratorias, además de flemas, tos y serias dificultades, como asma.

Levanto las manos y lo señalo todo.

—¿Sé lo que es el polvo!

—Cómo me has preguntado qué haces... —Juro que tengo que controlarme mucho para no darle esa patada a la escalera—. ¿Querías algo más?

¿En serio?

Levanto las manos y lo señalo todo.

—Baja el volumen —le exijo. Lander se coloca de lado en la escalera y se cruza de brazos. Tengo que reconocer que tiene habilidad. Yo ya me habría caído.

—Es Mozart —dice, serio, como si eso lo justificara todo.

Bufo.

—Sé quién es Mozart.

—¿Sí? —Cómo odio a este tío.

—Estoy estudiando, baja la música —le exijo de nuevo. Lander sonríe de forma engreída. ¿Y qué es lo que más me saca de quicio cuando sonríe? Que le quedan bien las sonrisas, hasta las engreídas.

—Pídemelo por favor.

Abro los ojos y lo miro muy fijamente.

—¿Qué?

La sonrisa se le hace más amplia.

—Que me lo pidas por favor. Dime: «Lander, ¿podrías bajar la música? Estoy estudiando y me molesta». Si lo dices en ese tono en vez de: «*Estoy estudiando, baja la música*» —usa un

tono de voz chillón y repelente al imitarme, lo que me saca de quicio—, seguro que lo hago. Venga, prueba.

¿Que lo pruebe? Pero ¿quién se cree que es?

Aprieto los puños a los lados y lo fulmino con la mirada. No sé qué me molesta más, que sea tan engreído, su sonrisa o lo bien que le quedan esos pantalones vaqueros en los que, por cierto, no tengo ni idea de por qué me estoy fijando.

«*Es un buen tío, seguro que os lleváis bien. Dale una oportunidad*». Esas fueron las palabras de mi amiga justo antes de marcharse de aquí el sábado, cuando ella y Edu nos dijeron que la mejor solución era que viviésemos juntos. Si la tuviera delante le haría tragarse sus palabras.

Tal y como he hecho antes, levanto la mano y le enseño el dedo corazón. Y tal y como ha hecho él antes, suelta una carcajada.

Qué bonita la convivencia. Me encanta.

15. La convivencia, nuestra mejor amiga

Lander

Durante algunos años, la cama de María fue el sofá de nuestra casa. Dormía ahí todas las noches porque decía que le gustaba. De hecho, te gruñía y era capaz de darte un bocado si se quedaba dormida y osabas molestarla. La marca que tengo en la mano es prueba de ello; la cogí una vez en brazos para llevarla a su cama y me dio un bocado. No volví a hacerlo.

Pero, que le guste a mi hermana dormir en el sofá no significa que tenga que gustarme a mí, y yo estoy molido. Lo odio. Además, es malísimo por muchos motivos, entre ellos dolores musculares, de espalda, articulares, mala calidad del sueño... Sin contar con la mala hostia que te deja.

Violet dijo que esta semana le traían la cama nueva. Espero que sea esta semana de este siglo y no del siguiente.

Me incorporo, sentándome, y tengo que hacer estiramientos porque tengo los músculos entumecidos. Necesito una ducha caliente y la necesito con urgencia.

Por la ventana, puedo ver que aún es de noche. Ni siquiera ha salido el sol. Cada día me levanto antes, aunque, durmiendo en ese sofá, no sé de qué me extraño.

A trompicones, como si no supiera andar en línea recta, llego hasta el cuarto de baño. Me llevo la primera sorpresa cuando, al intentar abrir la puerta, veo que está cerrada. Intento girar el pomo de nuevo, pero nada. Pero la oreja a la madera y la escucho, el agua.

No soy el único despierto a horas intempestivas.

Llamo con los nudillos de forma sueva una vez. Dos. A la tercera, aporreo con el puño.

—¡Está ocupado! —grita mi dulce, amable y simpática compañera de piso. Vuelvo a llamar.

—¡Necesito entrar!

—¡Pues te esperas!

No sé cuánto tiempo lleva ahí dentro, así que no le puedo reprochar lentitud, pero mi vejiga sí, que de repente siente que está a puntito de explotar.

—¡Me estoy meando!

—¡Pues te esperas! —repite. Gruño y maldigo, pero no puedo hacer otra cosa que esperar.

Apoyo la espalda en la pared de al lado, me cruzo de brazos y eso hago, esperar. Pero los minutos pasan, mi vejiga va pidiendo cada vez más permiso, al igual que los músculos de mi espalda, y el agua no deja de correr.

Esta vez, cuando llamo, utilizo el puño directamente.

—¡No estás sola!

—¡Que me estoy duchando!

—¡¡Que me meo, joder!! —Esta vez chillo más fuerte. Dejo de oír el agua correr y sonrío, aunque la sonrisa me dura menos que un caramelo en la puerta de un colegio, porque a los pocos segundos vuelvo a escuchar el agua.

Ya no utilizo el puño para llamar a la puerta, voy directamente a la palma de la mano.

—¡¡Violet, hostia!!

—¡Que te esperes a que termine! ¡Además, que tu vejiga hable con tus oídos la próxima vez que tengas ganas de escuchar música!

¿En serio ha dicho lo que he oído? ¡Será vengativa!

Mi cabeza va por libre, como mis piernas, que han decidido abandonar su lugar junto a la puerta e ir a la cocina. Más concretamente, al calentador del agua caliente. Dudo, un segundo. Dos. Pero acabo dándole al botón y lo apago. En tres, dos, uno...

—¡¡¡Ahhhhhhhh!!! —Juro que el grito de Violet han tenido que escucharlo en todo el edificio.

Sonrío, doy media vuelta y regreso junto a la puerta del cuarto de baño. Esta vez, cuando apoyo la oreja en la madera, ya no escucho el agua correr.

Esta se abre de un tirón y, por fin, aparece mi encantadora compañera de piso. Creía que aparecería con el pelo lleno de champú, pero no, está limpio, reluciente y con su característico olor a coco impregnándolo todo. Si no estuviera tan cansado y molesto, perdería unos segundos en apreciarlo. Como también apreciaría su nariz respingona, sus labios finos y el marrón de sus ojos, que me recuerdan al color de la tierra.

Casi esperaba verla cubierta solo con una toalla, pero no, va vestida con un pantalón negro y una camiseta blanca de manga larga con el logo de *The walking dead* impreso en ella.

—¿Qué cojones crees que estás haciendo?! —grita—. ¡Te he dicho que me estaba duchando!

—¡Llevabas más de media hora ahí dentro y te he dicho que me estaba meando!

—¡Pues te esperas! ¿No sabes lo que es respetar los turnos?

—¿Y tú no sabes lo que es convivir con más gente? Me estoy meando, me duele la espalda y necesito darme una ducha con urgencia.

Me clava un dedo en el pecho.

—¡Y yo necesitaba relajarme que llevo ocho horas seguidas estudiando! —¿Ocho horas? ¿Pero qué hora es? Yo creía que era el único que dormía mal y poco. De repente, se cruza de brazos y enarca una ceja. La sonrisa burlona que me dedica no me gusta nada—. ¿O es que querías verme desnuda otra vez?

Esta sí que es buena.

Paso por su lado y me cuelo en el baño. Agarro la puerta con decisión.

—Tienes un problema gordo de egocentrismo al que deberías echarle un vistazo.

Cierro de un portazo y pongo el pestillo. Esta es capaz de entrar mientras estoy meando solo para tocarme los cojones.

La convivencia, nuestra mejor amiga.

16. A la inmadurez sabemos jugar los dos

Lander

Se supone que soy un tío maduro. Ya no solo porque tenga veintisiete años, sea autónomo, con lo que toda esa mierda significa, y dirija mi propio negocio que, todo sea dicho de paso, parece que funciona muy bien, sino porque me considero un tío metódico, comprensivo y bastante tolerante que acepta las consecuencias de sus actos, lo que me convierte también en una persona responsable.

Así que, si me considero todo eso, ¿por qué estoy cambiando el azúcar por la sal a escondidas como si fuera un burdo ladrón? Probablemente, porque no soy tan maduro como pensaba. O porque Violet ha decidido cambiarme todos los libros de sitio y eso me ha tocado los cojones.

El timbre suena, guardo los dos tarros en su sitio, sin poder ocultar una sonrisa y maldiciendo que no voy a ver su cara cuando se prepare el café mañana por la mañana, y voy a abrir. He descubierto que es adicta a él, y también que no sabe irse a la universidad sin su termo, así que...

Gael y Nico tienen más cabeza y sentido común que yo, y eso que solo tienen tres años.

Cuando abro la puerta de casa, me encuentro con mi hermana Alba al otro lado. Tiene cara de dormida, pelos de loca y juraría que lo que lleva puesto es el pijama.

La miro ceñudo y le señalo la camiseta de Hello Kitty raída que lleva puesta y que debería estar en la basura y no cubriéndole el cuerpo.

—¿Eres pobre? Puedo prestarte dinero para ropa. —Me enseña el dedo corazón, entra, me da un beso en la mejilla y se va directa al sofá, donde se deja caer como una muñeca de trapo.

—Día de colada. Ayer llegué de Colombia, ¿recuerdas?

Cierro y me acerco a ella.

—Podrías haberle cogido algo a las gemelas.

—La ropa de Tammy y Mandy solo me sirve para cubrirme una nalga.

Mi hermana Alba me pone de los nervios cada vez que habla de su culo. O de su pecho. Sí, son dos cosas que tiene generosas, ¿y qué? Su cuerpo me recuerda al de Jennifer López y por todos es sabido que esa mujer es la lujuria echa persona.

Podría repetírselo, pero ¿para qué? En el fondo está contenta y feliz con su cuerpo, creo que solo lo dice porque le gusta verme perder la paciencia por su culpa y le gustan mis sermones de dos horas y media recordándole lo guapa y maravillosa que es.

Le cojo las piernas, me las coloco sobre el regazo y le quito las zapatillas para masajearle los pies (y también porque no soporto que la gente vaya con las zapatillas de la calle por casa. ¿No entienden que suben toda la mierda?)

Mi hermana ronronea como un gato y cierra los ojos.

—No deberías haberte ido de casa. ¿Quién me va a hacer ahora los masajes?

Le aprieto el dedo gordo y se ríe.

—Solo me quieres por mis manos.

—Pues claro. ¿Para qué estudiaste fisioterapia sino?

—Toda la razón. Los cuatro años han sido, única y exclusivamente, para darle masajes a mi hermana.

—Exacto.

Dejo las plantas de los pies y paso a los tobillos.

—¿Qué tal la convivencia? —Pienso en todos los acontecimientos acaecidos estos días, incluido el intercambio de esta mañana, y me río, aunque también quiero bufar.

Mi hermana me mira con una ceja levantada.

—Se podría decir que necesita mejorar. —Si no nos terminamos matando será todo un milagro.

—Me cayó muy bien cuando la conocí en el hospital.

—Alba, no intercambiaste más de dos palabras con ella. No puedes saber si una persona te cae bien o no si ni siquiera habéis hablado.

—¿Cómo que no? Jamás he hablado con Shia Labeouf, pero sé que no nos llevaríamos bien. Además de que tiene pinta de chulo, un tío que no se ducha para así mimetizarse con el personaje, no es de ser un profesional, es de ser un guarro.

Arrugo la nariz y ambos nos reímos.

—No es lo mismo —apunto, y Alba pone los ojos en blanco.

—Tecnicismo. De todas formas, su amiga me cayó muy bien.

Dejo de masajearla y la miro. Ella a su vez me mira de forma inocente, pero nos conocemos demasiado bien como para saber leernos sin necesidad de hablar. Sonrío de forma pícara y le hago cosquillas en la planta de los pies.

—¡Ni se te ocurra!

Alba intenta darme una patada, pero se lo impido agarrándola de los tobillos.

—¿Te gusta Andrea, Alba?

—No me gusta nadie. ¡Solo he dicho que me pareció simpática! ¡¡Suéltame!! —La torturo un pelín más y luego la suelto. Tiene las mejillas sonrojadas, y no es por las cosquillas.

Aunque no lo parezca, y menos a primera vista, Alba es la más tímida de los cinco en cuanto a relacionarse de forma íntima con otra persona se refiere. Algunos dirán que el tímido soy yo, pero no es verdad. Yo me relaciono con la gente que me apetece y que me hace falta. Los demás, me sobran, pero Alba no es así. Mi hermana pequeña tiene infinidad de amigos. Nunca tiene bastantes, de hecho, pero ¿parejas? No sé si es porque tiene miedo a ser rechazada o a la pérdida.

Así que no puedo evitar sonreír cuando la veo sonrojarse al hablar de Andrea. Me gusta Andrea. No somos íntimos, pero la conozco lo suficiente como para poder afirmar que me gusta y que es buena para Alba.

—¿Le has hecho ya un masaje a Violet? Fliparía y dejaríais de llevaros mal —dice de pronto Alba en un burdo intento por cambiar de tema.

Le sigo la corriente. No porque quiere dejar pasar el tema de Andrea, sino porque no sé muy bien por qué, pero no es en los pies de Violet en lo que pienso cuando mi hermana ha dicho eso. O, más bien, no es solo en sus pies. También es en sus piernas, en sus brazos, en esas manos cubriéndose el cuerpo tras la mampara... En que no llevamos ni una semana viviendo juntos y ya es la segunda vez que la veo vistiendo solo con una toalla y esa es una visión que, siento decir, es difícil conseguir borrar de cualquier mente.

Me centro en las piernas de mi hermana e intento olvidarme de mi compañera de piso, aunque es difícil, porque Violet tiene un poder del que creo que ni siquiera es consciente.

Aparte del poder de tocar los huevos solo con la mente, del que creo que ese sí que es consciente.

—No nos llevamos mal. Simplemente, no nos llevamos.

—Lleváis poco viviendo juntos, daos tiempo.

Me acuerdo del intercambio que acabo de hacer y me río yo solo. ¿Se lo cuento? No, porque

me llamará inmaduro y con razón.

—Por cierto, ¿qué haces aquí? Creía que habíamos quedado en el gimnasio para comer — digo, cambiando de tema. Abre un ojo y me observa.

—Quería ver el piso. El vídeo que me pasó María es una auténtica mierda.

—Nunca se le ha dado bien la tecnología.

—Eso es un eufemismo. Está más rato enfocando el suelo que cualquier otra cosa. Y a sus pies. Me sé los pies de María de memoria. Tiene juanetes, debería ir al podólogo.

Me rio tanto que me duele la barriga.

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti.

—Bueno, no me has dicho si todo bien por Colombia.

—Como siempre —suspira—. Quiero irme a vivir allí.

Se me forma un nudo en la garganta, no lo puedo evitar. Y sé que no lo dice en plan afirmación, como si lo fuera a hacer mañana o el mes que viene, sino que lo dice como el que pasa por el escaparate de Chanel, ve un vestido de cinco mil euros y piensa: «no llevo suficiente calderilla en el bolso, una lástima». Pero en el fondo, muy en el fondo, sé que lo dice en serio y que algún día se irá, porque Alba nació para ayudar a los demás.

Toso, tragándome ese nudo, y me levanto.

—Deberíamos ponernos en marcha. Antes de irnos a comer tengo que pasar por el gimnasio. Hoy empezaba una chica nueva y quiero ver cómo lo hace. Las últimas experiencias han sido nefastas.

Alba sonríe y me guiña un ojo.

—Mirad a mi hermanito, hecho todo un hombre de negocios. Te queda bien la corbata, por cierto. Te hace parecer un tío interesante.

—Soy un tío interesante.

Cojo un cojín, se lo lanzo entre risas y me dirijo a mi habitación para cambiarme.

Aún no he pasado por el gimnasio porque tenía que hacer unas gestiones en el banco y en la asesoría, de ahí que vista tan formal y no con la ropa deportiva a la que estoy acostumbrado.

—Explora la casa y vámonos. No quiero llegar tarde.

Me quito el traje y lo guardo en el armario. Miro el hueco en el que debería ir la cama y gruño. Tengo que preguntarle a Violet cuando vuelva de la universidad qué narices pasa con su nuevo colchón. Estoy hasta las narices de dormir en el sofá; una noche no hay problema; dos, me puedo adaptar; cuatro ya es abusar. ¿No es ella la que quiere un colchón nuevo? Pues que duerma en el sofá hasta que se lo traigan. Yo con eso no tengo problemas.

—¿Dónde está el azúcar? —me pregunta mi hermana. Me paso la camiseta por la cabeza y cojo unos vaqueros negros del armario.

—Sobre el fregadero, segundo armario a la derecha. —No es hasta que me estoy abrochando el botón, que recuerdo mi pequeño acto de inmadurez. Y que mi hermana adora el dulce. Que lo suyo no es café con azúcar, sino azúcar con un chorrito de café—. ¡Alba, no toques ese tarro!

Demasiado tarde. Es justo cuando entro en la cocina a la carrera cuando veo el chorro salir disparado de su boca como un géiser.

Voy hasta ella, le quito la taza de la mano, que está prácticamente vacía, y le preparo un vaso de agua.

—¿Qué has hecho? —Me entraría la risa si no fuera porque se está medio ahogando y le ha dado un ataque de tos. Se bebe el agua y cuando acaba le relleno otro.

—No he hecho nada. Bebe. —Guardo el no-azúcar en su sitio y lavo la taza. Alba se limpia la

boca con el dorso de la mano y me da un pellizco en el brazo.

—¿Le has cambiado el azúcar por la sal? —lo dice en tono de pregunta, pero ambos sabemos la respuesta. Enjuago también el vaso de agua y lo dejo escurrir junto a la taza.

—Vamos a llegar tarde. —Alba va pisándome los talones cuando me acerco a la puerta y me calzo las deportivas.

—Lander Aguirre, contéstame. ¿Has cambiado el azúcar por sal? —Cojo las llaves de la moto, dos cascos, uno para ella y otro para mí, y le guiño un ojo.

—He pensado que podemos ir en moto. ¿Qué te parece? Hoy no me apetece mucho coger el metro. —En realidad, lo hago porque sé que a Alba le encanta ir en mi moto.

Sale detrás de mí y me apunta con un dedo después de quitarme las llaves de la mano.

—¿Qué haces? ¿Tan mal te cae esa chica? Y, aunque así fuera, lo que acabas de hacer es infantil. —Tras cerrar la puerta de casa, con un movimiento de la mano le indico que empiece a bajar las escaleras. Echo de menos tener un ascensor—. María me había dicho que habíais firmado una especie de tregua.

—Yo también lo creía.

—¿Y qué ha pasado?

—Cosas, no sé, como que la viese desnuda.

Se para de golpe y se gira a mirarme.

—¿La has visto desnuda?!

—No. —Eleva una ceja y yo suspiro—. Bueno, sí, pero fue sin querer.

—¿Cómo se ve a alguien desnudo sin querer?

—¿Puedes seguir andando? Tengo hambre.

—Cuando me contestes.

Resoplo y dejo caer los hombros.

—Entré en el baño sin llamar, ella se estaba duchando y la vi. Le pedí disculpas y ella me acusó de querer vengarme por golpearla en la cabeza con una sartén.

—Y tú decides vengarte cambiando el azúcar por la sal.

—No es una venganza.

—¿Y qué es? —Alba ladea la cabeza y me mira expectante. Le puedo ver la sonrisa asomando por la comisura de su boca.

—Es un juego de compañeros de piso.

—Nosotros hemos compartido piso durante veinticinco años y nunca me has cambiado la sal por el azúcar. De hecho, las gemelas y yo intentamos hacerte un par de trastadas, como la de llenarte la cara de nata montada mientras dormías, y te enfadaste.

—Porque eso fue muy infantil.

—Oh, cierto, perdone usted, señor adulto y responsable de veintisiete años. —Lo del sarcasmo viene de familia.

Paso por su lado y sigo bajando las escaleras.

—Se llama broma, nada más. Tampoco creo que le afecte mucho. Y ahora, por favor, ¿podemos irnos ya?

17. Te juro que no suelo escupirle a la gente

Violet

Las clases del profesor de cirugía especial son un espectáculo en sí mismas. Primero, por las pintas del hombre: me hace mucha gracia ver a alguien tan recto en pleno siglo veintiuno, con sus pantalones caquis, su chaqueta con codilleras en cualquier época del año y su pajarita. Segundo, porque habla tan bajito que parece que le hable a su hombro, lo que hace difícil seguir el ritmo de la explicación. Y tercero, porque estoy convencida de que tiene narcolepsia.

Saco de la mochila el termo que me preparo todas las mañanas para poder soportar las primeras horas de clase y le doy un trago.

Largo, para que el café me espabile.

El resultado no es para nada el que esperaba. Tampoco para el chico que se sienta justo delante de mí, porque el escupitajo que le lanzo le impacta de lleno en la cabeza, la nuca y hasta en las orejas.

La chica que tenía sentada al lado también da un salto. No sé si por el susto o porque el escupitajo también le ha llegado a ella.

—Perdón, perdón, perdón —le digo sin parar al chico de delante, que se ha girado con cara de muy pocos amigos. Mi escupitajo le gotea de las orejas. Qué asco. Tengo que reprimir las ganas de vomitar.

—¿Qué cojones haces? —Si tenía dudas de si estaba o no enfadado, su tono me lo confirma. Por lo menos, tengo que agradecerle que no lo diga gritando, porque parece que el profesor no se ha dado cuenta de nuestra pequeña interrupción.

Miro en derredor, muerta de vergüenza, por si alguien más nos está mirando, pero por suerte nadie lo hace, ya que la mayoría de la gente está durmiendo o demasiado centrada en sus teléfonos móviles como para saber qué pasa a su alrededor. Dejo el termo en el suelo y comienzo a rebuscar en la mochila algo con lo que poder limpiarle el estropicio al pobre chico.

Así no voy a hacer amigos en la vida.

—Lo siento, de verdad —sigo diciendo—. Creo que me he equivocado y le he puesto sal al café en vez de azúcar.

Es la única explicación que encuentro, porque el café sabe a rayos, aunque me extraña, ya que tengo ambas cosas muy bien separadas; la sal junto al aceite en la repisa y el azúcar sobre el fregadero, segundo armario a la derecha. ¿Tan dormida estaba esta mañana?

—¿Y tenías que escupirme? —No tengo servilletas, pero sí la sudadera que he cogido por si el tiempo refrescaba, así que la saco y se la ofrezco. Me mira como si fuera idiota—. ¿Qué quieres que haga con esto? ¿Que me la ponga? Siento decirte que me queda un poco pequeña.

Fuerzo una pequeña sonrisa.

—No, es para que te limpies. Lo siento, de verdad. —Me sigue mirando mal unos segundos, pero al final coge la sudadera y se limpia con ella. Además de vomitar, ahora también tengo ganas de llorar, porque es mi sudadera favorita. En el fondo, creía que no la iba a aceptar.

—Creo que tengo café hasta en el tímpano.

—Lo siento. Te juro que no suelo escupirle a la gente. —La chica que está sentada a mi lado nos mira como si fuéramos la película de las tres de la tarde de Antena 3.

El timbre suena y todo el mundo se levanta, incluido mi nuevo compañero, con mi sudadera en la mano.

—Voy a lavarme —dice en voz alta, y comienza a bajar los escalones.

Cojo el termo, lo cierro, y salgo tras él como alma que lleva el diablo.

El chico es rápido, porque cuando lo alcanzo está metiéndose en el baño de los chicos. Dudo, pero solo un segundo, y entro justo detrás.

Mi compañero está en el lavabo, mojando la manga de mi sudadera y limpiándose con ella.

—¿Qué haces? ¿Ahora me sigues?

—¡Eh! —grita a su vez un chico que está meando.

Me tapo los ojos con la mano y señalo hacia donde creo que está mi pobre sudadera.

—Perdón, solo quiero recuperar mi sudadera.

Escucho la cadena y como el chico que estaba meando farfulla algo en plan: «Menudas formas de ligar más raras tienen ahora».

—Me la has dado para que me limpie —masculla mi supercompañero.

Asiento.

—Lo sé, pero te has ido tan rápido que no me ha dado tiempo a recuperarla.

—¿Y tenías que seguirme hasta aquí dentro?

Tiene razón.

—Tienes razón. —Carraspeo. Por estas cosas es tan necesaria mi dosis de café. ¿En serio he confundido el azúcar con la sal? —. ¿Me la podrías dar y así me marchó y no te molesto más?

—Esto es increíble. —Lo escucho acercarse y cómo deja la prenda de ropa sobre la mano con la que no me estoy tapando los ojos, la cual tengo extendida—. Aquí tienes. Y puedes apartar la mano, solo estamos tú y yo. Al otro pobre chico le has cortado el chorro al entrar.

No quito la mano, pero sí que abro los dedos, lo justo para poder ver su cara a través de ellos. Si no fuera porque me mira mal, diría que es bastante guapo. ¿Hemos ido juntos todos estos años y nunca me había fijado en él? ¿Cómo puede ser? A lo mejor sí que tiene razón Andrea y debería trabajar en mi vida social.

—Lo siento, de verdad —repito, porque siento la necesidad de que tengo que hacerlo una última vez.

Estoy convencida de que me va a soltar una bordería o una pulla, de que va a poner los ojos en blanco, o resoplar... Pero no. Lo que hace es sonreír. ¡Sonreír! Y, jolín, qué sonrisa más bonita. Encima, tiene hoyuelos.

—Llevo tiempo queriendo saludarte. No era así como tenía pensado hacerlo, pero bueno, no voy a desaprovechar la oportunidad. —Da un paso atrás y extiende la mano—. Hola, me llamo Máximo, aunque todos me llaman Max.

Perdón, ¿qué?

Me quedo un rato mirándolo. Creo que no estoy entendiendo nada.

Máximo. Bueno, Max, lejos de sentirse ofendido por mi mutismo, me aparta la mano de la cara y me la coge.

—Encantado de conocerte formalmente, Violet.

Abro la boca sorprendida.

—Te sabes mi nombre.

Ríe, y los hoyuelos se le marcan.

—Te he dicho que llevaba tiempo queriendo saludarte.

Ahora me siento como una idiota. Más idiota de lo que ya me siento, quiero decir.

—Yo... Eh... No sabía que...

Niega con la cabeza.

—Tranquila, sé que no te habías fijado en mí, no pasa nada. Ya me he dado cuenta de que eres una chica un poco solitaria.

Estoy tan bloqueada que no sé si lo dice a buenas o a malas.

—Yo... Siento mucho haberte escupido. —Maravilloso. Creo que eso es lo único coherente que sé decir.

Vuelve a sonreír. No me ha soltado la mano y a mí empieza a sudarme. ¿Se dará cuenta?

—A todos nos pasa alguna vez.

—A mí no. Es decir, que tengo las dos cosas bastante diferenciadas, y en el tarro de la sal pone «sal» y en el del azúcar pone «azúcar». Vamos, que es un sistema para tontos.

Vuelve a reírse y por fin me suelta. Se mete las manos en los bolsillos. Me vuelvo a fijar en su sonrisa, y es que, cuanto más sonrío, más bonita y sincera me parece.

No hay ni rastro del chico que parecía que quería arrancarme la cabeza hace unos segundos.

—A lo mejor te has confundido al llenar los tarros —sugiere.

Me muerdo el labio inferior. Hay algo que no cuadra.

—Sí, sería lo más lógico. Pero es raro —empiezo a decir en voz alta. En teoría, se lo cuento a Máximo, aunque más bien me lo estoy contando a mí misma porque, lo dicho, hay algo que no cuadra—. Verás, yo sin café no sé vivir, literalmente, y ayer cuando me lo preparé estaba bien. Vamos, que no le escupí a nadie en clase, que yo recuerde.

Max suelta una carcajada que termina por contagiarme.

—¿Tienes compañera de piso? —Arrugo el entrecejo.

—Sí. Compañero, más bien. —Uno al que llevo tres días sin ver. Andrea tenía razón, nuestros horarios no coinciden, porque cuando él llega por la noche yo ya estoy encerrada en mi habitación.

A lo mejor sí que vamos a poder convivir en paz y armonía.

—A lo mejor tu compañero ha hecho el cambiazo. Yo también comparto piso y, bueno, digamos que hacernos bromas entre nosotros es algo habitual. ¿Has probado la de cambiar la crema de las Oreo por pasta de dientes? Es asquerosa. —Max sigue hablando, pero a mí la cabeza está empezando a darme vueltas—. Por cierto, siento lo de la sudadera.

Una luz se enciende en mi cabeza, como si alguien acabara de darle a un interruptor.

No puede ser. Es decir, eso sería muy infantil y absurdo, ¿no?

Miro a Max, más concretamente a sus labios, que siguen moviéndose, y doy un paso atrás.

—Lo siento, tengo que irme.

Salgo corriendo del cuarto de baño. Me quedan aún dos asignaturas, pero la necesidad de comprobar si Lander me ha dado el cambiazo es tan grande que ya no puedo pensar en nada más.

En otro momento cogería el autobús y luego el metro, pero las ganas de llegar a casa son tan grandes que me pican las manos, por lo que llamo a un Uber. Como sea verdad lo del cambiazo, le pediré los veinte euros de la carrera.

Subo las escaleras hasta el quinto piso, casi sin aliento. Y Andrea quiere que me apunte al gimnasio de Edu. Está loca. Con el ejercicio que hago subiendo y bajando estas escaleras voy sobrada.

Suelto la mochila en el suelo de la entrada nada más entrar en casa y voy directa a la cocina. Abro al armario donde guardo el azúcar, saco el bote, admirando durante unos segundos la palabra «azúcar», que está impresa en letras negras con el borde plateado en un lateral. Meto el dedo y lo chupo. Acto seguido, escupo.

¡No es azúcar, es sal!

Como si no pudiera terminar de creérmelo, busco también el salero y pruebo su contenido. Es azúcar.

—¡Qué cabrón! Lo mato. ¡Juro que lo mato! —Sé que nadie puede escucharme, pero yo, aun así, chillo. La rabia me supera, ¿y qué pasa cuando estamos enfadados? Que cometemos estupideces.

O travesuras, dependiendo de a quién le preguntes.

Entro en el cuarto de Lander y rebusco entre sus cosas. Sé que es un obseso de la limpieza y del orden. Solo hay que comparar su habitación con la mía, y eso que él aún no tiene ni la cama, pero está todo tan perfectamente recogido y ordenado que me dan ganas de vomitar. O de desordenádoselo, lo que me tienta bastante. Pero no, no vamos a hacer eso. Vamos a hacer algo mucho mejor.

Lander sale a correr todas las mañanas, ¿y qué lleva uno cuando sale a correr? Ropa deportiva.

Abro su armario y no tardo en localizarla. No estoy para elegir, así que la cojo toda. Hago una bola con ella —si la viera toda arrugada le daría un síncope—, me la guardo bajo el brazo y me dirijo a la lavadora. Meto la ropa dentro y le doy al programa de agua hirviendo.

Sonrío como una niña la mañana de Navidad.

Meto un paquete de palomitas en el microondas y vuelvo a la entrada, donde he dejado tirada mi mochila. Regreso a mi habitación, me cambio los vaqueros y las botas por ropa más cómoda, y saco el portátil de la mochila. Cuando regreso, saco las palomitas y las vuelco en el bol más grande que tengo, les echo un chorrito de chocolate y me siento en el suelo con la espalda apoyada en la isla, el bol en el regazo y el portátil a un lado.

A la lavadora le quedan cuarenta y cinco minutos, justo los mismos minutos que dura un episodio de *Mi vida con los chicos Walter*, y es que a mí dame una serie juvenil, una chica encerrada en una granja con ocho chicos, un triángulo amoroso, y me has comprado.

La lavadora termina al mismo tiempo que lo hace el quinto episodio.

Saco la ropa y la meto en la secadora. Le doy al programa de temperaturas altas. Queremos que se seque rápido, ¿verdad?

Esta vez no me da tiempo a poner un nuevo episodio, pero sí a prepararme un café. No me molesto en cambiar la sal por el azúcar. Quiero ver si lo hace él, si me dice algo. No quiero darle el poder de que sepa que me la ha jugado y que me la he comido enterita.

La secadora pita y saco la ropa. Está tal y como yo quería; seca y, por supuesto, encogida. Porque, ¿qué pasa cuando lavas la ropa de algodón en agua hirviendo y después la metes en la secadora a temperaturas muy altas? Que encoge.

Regreso con ella a la habitación de mi compañero de piso y la doblo con esmero, asegurándome de imitar su forma de doblar la ropa para no levantar sospechas. La guardo de nuevo en el cajón, tal y como estaba, y regreso a mi cuarto.

Pues al final sí que va a ser divertido esto de compartir piso.

18. Así que tu padre no sabe que compartes piso conmigo

Lander

Limpio el vaho del espejo con la mano y me miro. Necesito afeitarme y, ya de paso, cortarme el pelo, pero no tengo tiempo ni para lo uno ni para lo otro. Al menos, no hoy. ¿La chica que contratamos el martes? Se ha ido. Que tanta responsabilidad no es para ella.

¡Si solo tenía que dar un par de clases!

Que no hay trabajo, dicen. No. El problema es que la gente no quiere trabajar.

Me paso la mano por el pelo, salpicándolo todo de agua, y abro el grifo para lavarme los dientes. Hoy no puedo permitirme tener enfados. No entiendo por qué, pero los viernes hay muchísimo trabajo, sobre todo por las tardes. La gente viene a desfogarse al gimnasio y, para ello, les gusta que les dirijan. Tener un entrenador al lado que los vaya guiando y aconsejando cuando hacen algo mal, sin contar con las clases dirigidas, que cada vez están más llenas. Aunque eso es mérito de Edu, tengo que reconocerlo. Ese chico lo vive todo con tanta pasión e intensidad que es difícil no enamorarte con él de todo lo que hace, y da igual que esté dando clases de zumba que enseñándote la patada circular.

Me termino de secar y me visto. Hoy lo hago con la ropa de deporte, nada de vaqueros, porque no voy a pisar el despacho, ya que necesito estar con Edu en las salas.

Meto una pierna por la pernera del pantalón y frunzo el ceño. Me cuesta un poco pasarla. Pruebo con la otra y más de lo mismo. Me toca dar saltos mientras tiro del pantalón hacia arriba. Al final, consigo ponérmelo, pero me aprieta tanto en la cintura y la entrepierna que temo me corte la respiración. O algo peor.

Qué raro.

Me pongo la camiseta y me echo un vistazo en el espejo. ¿Soy yo o me viene pequeña?

De todas formas, no tengo tiempo para cambiarme. Llego tarde, y yo nunca llego tarde.

Al salir del baño, me topo con la puerta de Violet, que está entreabierta. Miro por la rendija, pero veo que no está en la cama. ¿Ya se habrá ido a la universidad? Me extraña, porque son solo las seis y media de la mañana.

No nos hemos visto desde el domingo tras el episodio de la ducha, pues cuando yo me levanto por las mañanas ella suele seguir en la cama, y cuando llego por las tardes ya está encerrada en su habitación.

Pienso en lo del martes, en el cambio que hice con la sal y el azúcar, y me pregunto si se dio cuenta. No me dijo nada ayer al llegar a casa, y juro que me esperaba excremento de perro o algo parecido en mi ropa. O gritos, zapatos volando o vete tú a saber qué. Pero no, nada. Al llegar, como siempre, estaba encerrada en su cuarto y lo único que se escuchaba era la música que salía por el resquicio de la puerta, por eso entré corriendo en la cocina y volví a hacer el cambio. Alba tenía razón, yo no soy así. Fue una vena satánica que me salió por la mañana y que me desapareció por la noche.

Voy camino a prepararme un batido de proteínas para desayunar y la escucho antes de llegar; está en la cocina y parece que está hablando con alguien por teléfono. Podría ser un buen

compañero y regresar a mi habitación, pero mis piernas tienen vida propia y, cuando me quiero dar cuenta, estoy parado en el quicio de la puerta, mirándola.

Efectivamente, está hablando por el teléfono, y por los resoplidos no parece una conversación muy animada. Pero no es eso lo que me llama la atención (que ojalá lo fuera porque, encima, no está hablando en castellano, sino en inglés, y no tenía ni idea de que lo hablase tan bien), sino la camiseta que lleva puesta y que le cubre solo hasta la mitad del muslo.

—Voy mañana a cenar con ellos. Si no voy ya sabes que a mamá le daría un infarto. Iré en autobús. Muy bien, me he adaptado fenomenal a esto de vivir sola. —Algo pita. La cafetera. Violet se pone de puntillas para coger una taza y eso hace que, al levantar los brazos, también se le levante la camiseta.

Se estira tanto que solo se sostiene por las puntas del dedo gordo del pie. Me gustan sus pies, son largos y finos. También me gusta la curvatura de su empeine, parece delicado. ¿Habrá sido bailarina?

Definitivamente, tiene pies de bailarina.

—¿Y qué tal por Dublín? Yo también te echo de menos. Mamá preguntó por ti, ¿va todo bien entre vosotros? Noté algo extraño. Papá, si pasara algo me lo dirías, ¿verdad?

Mueve los dedos de la mano intentando alcanzar la taza, pero esta se va cada vez más hacia atrás. Me quedaría mirando muy feliz cómo lo consigue, pero ha levantado la pierna y la ha puesto sobre la encimera con la clara intención de ponerse de pie sobre esta y eso no está bien. Por ella, por supuesto, porque se puede caer, y tampoco por mí, qué narices. Ni para mi entrepierna.

Qué buen día para ponerse pantalones de deporte.

Me coloco a su lado y le cojo la taza.

—Déjame ayudarte —le digo bajito, intentando no asustarla, aunque no lo consigo. Violet pega un bote y se echa hacia atrás. Por suerte, soy más rápido que ella y la cojo al vuelo, evitando así que se caiga de la encimera.

Su pobre móvil no tiene tanta suerte, pues acaba en el suelo con la pantalla hacia abajo.

—¡Qué susto me has dado! —me grita cuando la enderezo. Me fulmina con la mirada y yo evito sonreír. No sé por qué, pero cuando esta chica se enfada a mí me da por sonreír.

—Te he visto apurada y solo quería echar una mano. —Resopla y se agacha para recoger el móvil. Puedo escuchar, al que entiendo que es su padre, llamándola.

Me quita la taza de la mano.

—Lo siento, papá. Se me ha caído el móvil. —Veo que me mira de reojo y como las mejillas se le encienden—. Es Andrea. Se ha quedado a dormir y me ha asustado al entrar en la cocina.

Tengo que toser para no romper a reír. Vuelve a fulminarme con la mirada y se aleja de mí. Yo me acomodo apoyándome en la encimera y cruzándome de brazos.

Vaya, vaya... Esta conversación se está volviendo interesante.

—Sí. Me gusta vivir sola. El barrio está fenomenal y los vecinos son muy simpáticos. ¿Sabes que el del tercero es médico?

—El del segundo —murmuro, bajito, para que solo ella pueda escucharme. Me mira con odio, así que aprovecho para meter un poco de cizaña—. ¿Tu padre no sabe que compartes piso conmigo?

Veo en sus ojos que le gustaría tirarme la taza a la cabeza, pero eso ya sería pasarse. Creo que con la sartén hemos tenido suficiente.

Me da la espalda y yo, bueno, no puedo evitar fijarme en su culo. Es espectacular. Debería estar prohibido que llevase esos shorts tan cortos. Y me gusta cómo la melena morena y rizada le

cae por la espalda. Y ese hombro al descubierto por culpa de la camiseta. Está igual de roída que la que llevaba Alba el otro día, solo que a Violet le da un toque sexi de la hostia.

El pantalón me aprieta tanto que estoy empezando a notar un poco asfixiada a mi entrepierna. Aprovecho que Violet no me mira para recolocármela.

—Yo también te quiero, hasta luego. —Cuelga y se da la vuelta justo un segundo antes de que yo me recoloque la polla. A lo mejor debería ir y cambiarme.

Violet arquea una ceja en mi dirección.

—¿Qué? —me pregunta a la defensiva. Ahora sí que no oculto la sonrisa.

—Así que tu padre no sabe que compartes piso conmigo. —Esta vez no pregunto, solo afirmo. Resopla, haciendo que el flequillo se le mueva, y se acerca a la cafetera.

—Quiero decírselo en persona, por teléfono me parece un poco frío.

—Ya. —Se echa café en la taza y después abre el armario para coger el azúcar. Entrecierro los ojos. Volví a hacer el cambiazo, aun así, no sé si llegó a probar mi pequeña broma.

Le echa el azúcar, tres cucharadas, y se lleva la taza a la boca. Lo hace despacio y sin dejar de mirarme. Ni siquiera cuando se aparta la taza de los labios y se recorre los bordes con la punta de la lengua.

Juro que no puedo apartar los ojos de su movimiento. Y en otro momento me habría quedado embobado, estoy seguro, pero no creo que hoy sea un buen día. No cuando siento que llevo puesta una talla de pantalones tres veces más pequeña que la mía.

Aunque he intentado disimular, veo los ojos de Violet moverse y centrarse en mis partes. ¿Eso que asoma es una sonrisa? No llego a verla bien, porque vuelve a llevarse la taza a los labios.

—¿Qué haces despierta tan pronto? —pregunto en un intento por desviar la atención. Aprovecho también para abrir la nevera y sacar todo lo que necesito para prepararme mi batido de las mañanas. Esta vez le pondré fresas, arándanos, chía y kéfir.

—Vienen a traerme el colchón a primera hora y quería estar despejada. —Me acerco a ella para coger un vaso grande. Inhalo y un olor a coco me inunda las fosas nasales.

Carraspeo.

—Ya era hora. Me duele hasta pensar de dormir en ese sofá.

—Ah, pero ¿tú piensas?

La miro de reajo. Tiene ojeras y está claro que todavía ni se ha peinado, pero está guapísima. Sobre todo, por la sonrisa que me está dedicando ahora mismo, con la que me enseña hasta los dientes.

Cojo el vaso y el medidor y meto la fruta junto con el kéfir. Lo bato todo sin dejar de mirarla. ¿Por qué? Porque puedo y porque ella tampoco deja de mirarme a mí, aunque intente disimularlo tras una taza de café. O, más bien, tras un pozal, porque eso que lleva en la mano es enorme.

Lo vierto todo en el vaso, le pongo las semillas por encima y un par de fresas y me lo llevo a la boca. Violet arruga la nariz.

—¿Por qué tomas eso todos los días para desayunar?

—Es mucho más sano que ese líquido negro que te estás tomando.

Se ríe, como si acabara de decir una estupidez.

—No podría vivir sin café. —Da un último trago y deja el tazón en el fregadero—. Me gusta de todas las maneras posibles —dice la última frase despacio, tranquila. Como si estuviera midiendo cada palabra.

Flexiono las rodillas porque, en serio, este pantalón me está empezando a cortar la respiración, y miro a Violet. Se ha cruzado de brazos, haciendo que el tirante de la camiseta se le deslice aún más por el brazo. Contrasta mucho su tono de piel con la mía. Yo soy el café y ella es la leche.

—Oye, ¿te encuentras bien? Te noto rato. ¿Has echado músculo? Se te ve más fuerte, sobre todo en las piernas. —En otro momento, y viniendo de otra persona, vería su comentario normal. Halagador, incluso, pero tratándose de Violet, dudo. Es como si tuviera a alguien susurrándome al oído que esta chica ha tramado algo. Que ese brillo en los ojos no es normal y que esa sonrisita tampoco.

Miro la hora. No tengo tiempo de hacerme preguntas, pues tengo que abrir el gimnasio en veinte minutos y tengo que irme ya.

—Perfectamente —le contesto. Violet alza el hombro que tiene desnudo y se dirige a la puerta.

—Eso es maravilloso. —Sale, pero luego recula y asoma solo la cabeza—. Qué pases un bonito día, compañero.

Se dirige a su habitación tarareando la canción de Vicco, *Nochentera*.

Me preparo la mochila de trabajo con otra muda para cambiarme allí, porque está claro que esta ropa me viene pequeña, y me marchó.

El viaje en moto hasta el trabajo se me hace eterno.

Cuando llego, el gimnasio ya está abierto y ya hay varias personas dentro, entre ellas, «el gritón». No sé cómo se llama, pues la verdad es que soy realmente malo con los nombres, así que suelo utilizar apodos, y a este tío es el que mejor le va. Cada vez que levanta una pesa, grita. No exagero cuando digo que lo escucho desde el despacho con la puerta cerrada.

Subo las escaleras y entro en mi cubículo. No está vacío. Edu está saliendo en ese momento del cuarto de baño. En cuanto me ve, enarca una ceja y se echa a reír.

—¿Qué llevas puesto? —Resoplo y lanzo la mochila al sofá. El casco lo dejo con cuidado sobre mi escritorio.

—Pues ropa.

—¿De cuando tenías quince años?

Le enseño el dedo corazón y abro la mochila. Le lanzo una barrita energética que he cogido de antes de salir.

—Creo que me viene un poco pequeña.

—¿Un poco? Tío, me apuesto veinte pavos a que tienes las pelotas azules de lo ceñido que llevas ese pantalón. ¿No te ha molestado en la moto?

—Me molesta desde que me los he puesto, y no lo entiendo. Llevé esta ropa hace unos días y me iba bien.

Voy al ordenador y lo enciendo. Abro el cuadrante de las clases y bufo al ver que ahora hay *spinning* y luego pilates. Le doy la vuelta a la pantalla para que la vea Edu.

—Me pido pilates —Como no me contesta, lo miro. Me está mirando ceñudo—. ¿Qué pasa?

—Que también te ha encogido la camiseta.

Pongo los ojos en blanco y salgo de detrás del escritorio.

—Ya lo sé, joder, y estoy incomodísimo. —Abro la mochila y saco la ropa de recambio que me he traído—. Voy a cambiarme, pero luego me tendrás que dejar algo para volver a casa. ¿Qué me dices? ¿Tú *spinning* y yo pilates?

—Te digo que no sabía que tenías un culo tan firme, socio. ¿Por qué nunca te pones cosas ceñidas? Harías feliz a mucha gente. A ver, enséñame la parte de delante. —Le lanzo la camiseta y él se ríe cuando le da en la cara—. Solo estoy haciendo estudio de mercado. Es importante tener contentos a nuestros clientes.

—Vendiendo mi cuerpo.

Se encoge de hombros.

—Eres el soltero de este barco. Yo estaría encantado de vender el mío, pero no creo que a Adler le haga mucha gracia. Le comenté lo del trío con tu hermana y... Bueno, es mejor no reproducir lo que dijo.

Suelto una carcajada y sacudo la cabeza, además de sentir un escalofrío. Llámame retrógrado, pero no me hace especial ilusión imaginarme a María practicando sexo con nadie, ni siquiera con su marido. Es como cuando eres hijo y escuchas a tus padres. Son traumas que se te quedan de por vida.

Me meto en el baño y me cambio. Mierda, esta ropa también me viene pequeña. Levanto los brazos y la camiseta se me sube hasta casi las tetas. Y no hace falta que compruebe mis pelotas, ya puedo asegurar que como siga con estos pantalones puestos se me quedarán azules.

Abro la puerta. Edu está apoyado en el borde de la mesa hablando con alguien por videollamada. Como la vez anterior, suelta una carcajada en cuanto me ve.

—¿Qué ocurre? —suelta la persona de la videollamada. Juraría que es Adler. Mi amigo gira el móvil y, efectivamente, la cara de su prometido me saluda. Como mi amigo, empieza a reírse.

—¿Qué le pasa a tu ropa?

—¡No lo sé! —mascullo, frustrado—. Es como si, de repente, hubiera encogido.

—Gírate y que Adler te vea el culo. Ya verás, cariño, es espectacular.

Vuelvo a sacarle el corazón y los dos se ríen de nuevo.

—No sé qué pasa, pero este pantalón aún me viene más ceñido que el otro.

—Habrás programado mal la lavadora y te habrá encogido.

Me giro y fulmino a Alder a través de la pantalla.

—Yo no programo mal la lavadora. Nunca. Pongo lavadoras desde que tengo quince años.

—Pues está claro que alguien lo ha hecho. —Tardo unos segundos en procesar todas las palabras de mi amigo. En cuanto lo hago, una frase me resuena en la cabeza.

«Me gusta de todas las maneras posibles».

Cuando la he escuchado hace un rato, me ha sonado mal, como si fuera con doble intención. Ahora sé por qué: Violet sí que llegó a probar mi cambio de ingredientes.

—¡Me cago en la leche! —grito, lanzando la ropa contra el sofá.

—¿Qué pasa? —preguntan Edu y Adler a la vez.

Yo me pongo a pasear de un lado a otro del despacho.

—Me ha encogido la ropa.

—¿Quién te ha encogido la ropa?

—¿De qué habla? No lo entiendo bien.

Me paso una mano por el pelo y los señalo a los dos.

—Esa pequeña bruja me ha encogido la ropa.

—Pero ¿de quién está hablando?

—No lo sé, pero se está poniendo azul. Cariño, ¿tú crees que el aplastamiento de huevos le puede subir tan rápido al cerebro?

Me acerco a Edu.

—Me las va a pagar.

—Pero ¿quién? —Mi amigo me mira sin enterarse de nada. Sonrío.

—Como me haya encogido toda la ropa, juro que pienso vengarme a lo grande.

Edu resopla, haciendo que los rizos del flequillo se le muevan.

—Siento sonar repetitivo, pero ¿se puede saber de qué narices estás hablando?

Voy al baño, donde he dejado la ropa que me había quitado, y regreso al despacho.

—Que Violet me ha encogido la ropa. Ha sido ella.

Edu y Adler se quedan en silencio. Después, como si estuvieran asquerosamente sincronizados, estallan en una carcajada que seguro que sería capaz de rivalizar con «el gritón».

De mi amigo, me lo esperaba. De su prometido, el abogado serio y responsable, no.

—¿Por qué Violet iba a encoger tu ropa? —pregunta mi amigo entre hipidos.

Les doy la espalda y comienzo a meter la ropa de cualquier manera en la mochila.

—Porque es una sádica.

—Algo le habrás hecho.

—No. —Cierro la cremallera y me la cuelgo al hombro. Cuando me vuelvo, ambos me miran de forma sospechosa—. ¿Qué?

—Uno, a dónde vas. Y dos, algo le habrás hecho —repite—. Conozco a Violet desde hace años y no creo que ayer se levantara y pensase: «¿Qué puedo hacer hoy? Ah, sí. Voy a encogerle la ropa a Lander».

Miro mi hombro, donde llevo colgado la mochila, y vuelvo a dejarla en el sofá.

Pongo los ojos en blanco. Soy un tío de veintisiete años, no tengo que darle explicaciones a nadie. Aun así, resoplo y lo hago, porque como Edu siga levantando la ceja se le va a juntar con el pelo.

—Puede que le cambiase la sal por el azúcar.

Y vuelta a las risas. Me tenía por un tío simpático, no cómico.

—Sois unos críos —murmuro.

—Dice el tío que le ha cambiado la sal por el azúcar a su compañera de piso.

—Me acusó de mirón.

—Qué escándalo —se burla Edu.

Esta vez ni me molesto en meterme en el cuarto de baño. Necesito terminar con esta conversación cuanto antes, así que me quito la camiseta y después los pantalones. Qué alivio, se me estaban gangrenando las piernas.

Los pezones se me endurecen del frío. Edu silva y Adler se ríe.

—Déjame ropa, que la clase empiece en cinco minutos.

Mi amigo va hasta su mochila y saca un pantalón y una camiseta para mí. Las cojo al vuelo.

Justo cuando estoy a punto de salir por la puerta, el prometido de mi amigo me llama.

—¿Se la vas a devolver?

—No —miento. Pues claro que se la voy a devolver. Aún no sé con qué, pero esto se va a convertir en *La guerra de los Rose*.

19. ¿Qué haces aquí?

Violet

—¿Qué quieres que hagamos con el otro colchón? —me pregunta uno de los chicos de la empresa de mudanzas. Por un segundo... ¡Uno! Estoy tentada a decirles que se lo pueden llevar, pero eso ya sería demasiado cruel y yo no soy así. Con el encogimiento de ropa de hoy ya tengo mi ración de maldad servida.

Aunque también tengo que decir que me ha salido un poco mal la broma, porque él estará sufriendo, pero ¿y yo? Esas piernas deberían ser pecado. ¿Y el culo? Menudo culo.

Debería pasarme por el gimnasio y pedirle a la gente que me dé las gracias, porque hoy estarán disfrutando de unas vistas espectaculares por mi culpa.

—Señorita. ¡Señorita! —Miro al chico que me está hablando, que me mira a su vez entre cansado y aburrido, y le señalo el pasillo.

—Si podéis dejarlo en la otra habitación os lo agradecería.

Los dos asienten. El que habla sigue con cara de mustio. Se nota que le apasiona su trabajo. El otro, por lo menos, me dedica una pequeña sonrisa al pasar por mi lado.

Los acompaño a la habitación de Lander y me quedo ahí parada como la buena compañera de piso que soy para supervisar que dejan el canapé y el colchón perfectamente. En cuanto terminan y se marchan, hago lo que haría cualquier persona en mi lugar: voy corriendo hasta mi habitación, me subo a la cama de un salto y salto.

Salto como una loca porque me encanta mi nuevo colchón y mi nueva independencia. Sí, la comparto con Lander, pero es un mal sin mucha importancia, y mucho más llevadera después de ver ese culo. Ayer solo le encogí la ropa de deporte, a lo mejor debería encogerle también los vaqueros.

Lo hago por el bien a la sociedad.

El timbre de la calle suena. No espero visitas. Echo un vistazo a la habitación, a ver si los chicos del colchón se hubieran dejado algo, pero no veo nada fuera de lugar. El timbre vuelve a sonar, y por la forma de hacerlo deduzco que es alguien que tiene mucha prisa.

Me asomo por la ventana a ver si veo quién es, pero solo veo el contorno de unas piernas. La persona que me está molestando en mi día libre está agazapada bajo la cornisa.

Vuelve a llamar, y yo juro que estoy a punto de arrojarle un cubo de agua con cubitos de hielo, y hoy es uno de esos días de octubre en los que es mejor salir con chaqueta gorda.

—¿Quién es? —pregunto nada más descolgar en un tono entre nada amable y amenazador.

—Vístete que subo. —Frunzo el ceño.

—¿Andrea?

—Sí. Ábreme.

¿Qué hace aquí mi amiga? Se suponía que hoy por la mañana tenía una entrevista de trabajo en una revista de moda.

La espero apoyada en la puerta y tuerzo en morro cuando la veo aparecer con ropa de deporte. No jadea ni parece cansada, todo lo contrario a cómo llego yo cada vez que subo las escaleras, que parece que se me vaya a salir el hígado por la boca. Es lo que peor llevo de vivir en un quinto sin ascensor.

—Te he dicho que te vistieras.

—¿Qué haces aquí?

Andrea entra y va directa a mi habitación. Ni siquiera espera a que cierre la puerta.

—¿Aún tienes la ropa en cajas?

—No me juzgues —le digo al llegar a mi cuarto. Mi amiga está tumbada en mi colchón nuevo y está dando saltos de un lado a otro—. ¿Qué haces?

—Probar el colchón. Es cómodo.

—Lo sé. Oye, ¿qué haces aquí? ¿No tenías una entrevista?

—No me la han hecho. Me han llamado justo cuando iba a salir de casa que ya habían cubierto la vacante, que sentían las molestias, pero que muchas gracias. Y que no hacía falta que fuera, claro.

Su tono al hablar es jovial. Visto desde fuera, cualquiera podría pensar que le da un poco igual, pero yo sé que no es así. Trabajar como relaciones públicas del gimnasio de su hermano o del microteatro es un *hobby*. Una manera «rápida» de ganar dinero y, en el caso de Edu, de ayudar a su hermano, porque creo que le pagan en abrazos y palmadas en la espalda. Trabajar en una revista de moda como *Cosu*, en el departamento de redes sociales y marketing, era un sueño para ella.

Me tumbo junto a su lado en la cama y la cojo de la mano.

—Lo siento. —Andrea deja de saltar y ladea la cabeza para mirarme. No me gusta que los ojos de mi amiga estén tristes—. Ellos se lo pierden. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro. —Ha dicho «claro», pero ha sonado más bien a «las dos sabemos que no».

Le doy un beso en el hombro.

—¿Qué puedo hacer para animarte? Ya sabes que hoy no tengo universidad. —Abro los ojos emocionada y sonrío—. ¿Quieres un desayuno de campeonas en *Zenith*? O podemos desmadrarnos e irnos a por un *açaí* a *Beleeza*.

—Me gusta la idea del *açaí*.

—A mí también. Podemos ir al de la calle Fernando VI y así luego nos vamos de compras. Seguro que muchas tiendas ya han puesto cosas de Navidad. Este año, nos podríamos comprar pijamas a juego.

Andrea se levanta de la cama y se queda sentada con las piernas flexionadas en plan indio.

La sonrisa que me dedica me pone los pelos de punta.

—Me gusta el plan, pero lo haremos justo después de salir del gimnasio.

Tardo un pelín en procesar la última palabra, supongo que porque no estoy familiarizada con ella. Me incorporo y me siento yo también.

—¿Has dicho gimnasio?

Junta las manos emocionada y asiente.

—Tenemos que ir, nos hace falta. —Abro la boca, pero me manda callar—. He hablado con Edu y me ha dicho que ahora a las once tienen pilates. Es bueno para mejorar la postura y los dolores de espalda. Ayuda a controlar la respiración, disminuye el estrés y la ansiedad...

—La única que me produce estrés y ansiedad, ahora mismo, eres tú.

—Venga, Violet, es mi hermano. Tenemos que apoyarle en su negocio. Si su propia hermana y su mejor amiga no se apuntan a su gimnasio, ¿cómo pretendemos que lo hagan las demás? Además, tengo que saber cómo son las clases si quiero hacerles una buena publicidad.

—No soy su mejor amiga, soy la tuya, y ahora mismo me lo estoy pensando.

Me ignora, como hace siempre, y se levanta de la cama. Como si supiera en qué caja he guardado la ropa de deporte, me coge unas mallas y un top y me los lanza a la cara.

—Tienes cinco minutos, yo voy mientras a prepararme un café. Si entro a por ti y no estás, te arrastraré igualmente.

—¡No puedes obligarme!

—Claro que puedo, y sabes que tengo más fuerza que tú. —Se marcha tan feliz de mi habitación—. ¡Cinco minutos, Violet!

Podría salir y rebatirle, o simplemente negarme a seguir sus órdenes. Se supone que hacer lo que quieres forma parte de esa independencia de la que hace cinco minutos estaba disfrutando. Pero sé que sería inútil. Andrea tiene un don natural por el que consigue que la gente haga lo que ella quiere. Y, bueno, no puedo olvidarme del trabajo ni de esa tristeza que me han transmitido sus ojos al mirarme y que ha intentado ocultar tras su característica sonrisa, así que me levanto y me visto con la ropa que me ha dado. Cuando salgo, está con dos termos en la mano, uno para ella y otro espero que para mí, y con la puerta de la calle abierta.

—Te odio —murmuro una vez estamos en el rellano. Se ríe, porque sabe que no es verdad, y comienza a bajar las escaleras trotando.

Yo lo hago despacio, porque hasta bajar me cuesta. A lo mejor sí que necesito ir al gimnasio.

Tras una caminata de diez minutos y una parada de metro después, llegamos a nuestro destino. Me parece más grande que el día de la inauguración. Es cuando cruzo la puerta que caigo en la cuenta de que Lander estará aquí, de que él también es dueño y de que puedo encontrármelo en cualquier momento.

Vacilo, pero Andrea me ve y tira de mi mano.

—Él se encarga del papeleo. Siempre está en el despacho. —La miro y pone los ojos en blanco—. Ni se te ocurra decirme que no sabes de qué te estoy hablando.

Se saca dos tarjetas de la mochila y las pasa por el torno que hay en la entrada. Se enciende una luz verde y pasamos.

—¿Desde cuándo somos socias?

—Te recuerdo que el dueño es mi hermano.

—Y que el otro dueño me odia. Seguro que me pone de patitas en la calle si se entera de que he pasado gratis. Acuérdate del día de su cumpleaños con el guardarropa. —Andrea sigue tirando de mí hacia lo que creo que son los vestuarios. Yo no dejo de mirar a mi alrededor. Por una parte, sí, buscando a Lander, y por la otra, viendo la cantidad de gente tan diferente que hay en el gimnasio. Para ser un viernes por la mañana me sorprende que haya tanta gente.

De mi compañero de piso no hay ni rastro. ¿Tendrá razón Andrea y se pasará la vida en el despacho? Eso espero, porque ahora mismo no es que me apetezca mucho cruzarme con él. Me gusta esa regla no escrita de coincidir poco.

Entramos en el vestuario y Andrea abre una taquilla. Yo imito todos sus movimientos como una autómatas.

—Ya verás qué bien nos lo pasamos. —Está tan emocionada que me da pena decirle que ahora mismo preferiría arrancarme uno a uno los pelos de las piernas que estar aquí. Me pasa una toalla y una botella de agua.

—Seguro. —Veo los váteres y los señalo—. Voy a hacer pis.

Me encierro en uno de los cubículos. No ha sido buena idea venir aquí. A mí no me gusta el ejercicio. ¡Me da urticaria!

Aunque no tenía ganas de mear, lo hago. También rezo para que al salir mi amiga se haya marchado y así poder escabullirme para no ser vista, pero no tengo tanta suerte. Me está esperando apoyada en la pared con la típica sonrisa de no haber roto un plato en su vida.

—Estoy emocionada. ¿Tú no?

Me pica el pelo. ¿Tendré piojos? Lo que me faltaba.

—Me pondría a dar saltos de alegría.

—Mira, ahí está Edu. —Señala al frente y lo veo. Está junto a una chica enseñándole el funcionamiento de una máquina que parece más una nave espacial que otra cosa.

Reconozco a la chica. Es la hermana de Lander, la que lo acompañó al hospital el día de la gastroenteritis. ¿Cómo se llamaba?

—¡Hola! —saluda Andrea a su hermano nada más colocarse a su lado. Este le da un abrazo. Cuando me mira, empieza a partirse de risa.

—¿Amenaza de muerte? —Me encojo de hombros.

—Algo así.

Se acerca y me abraza a mí también.

—Tú eras Alba, ¿verdad? —escucho preguntar a mi amiga.

¡Eso, Alba!

Mi ex mejor amiga y la hermana de Lander se dan un abrazo como si se conocieran de toda la vida. Cuando se separan, Andrea tiene una sonrisa peculiar en la cara.

—¿Te has apuntado?

—Bueno, si no les apoyamos nosotras que somos sus hermanas, ¿quién lo hará?

—Andrea, te he dado pase familiar, no has pagado nada. —Edu se vuelve hacia mí—. Y tú tampoco.

Apunto a Andrea con el dedo.

—A mí me ha obligado ella. Yo estaba feliz en mi casa saltando en la cama.

—Yo tampoco he pagado —le susurra Alba a Andrea como si fuera un secreto, aunque lo escuchamos todos. Mi amiga suelta una risita por lo bajo mientras Edu finge sentirse ofendido—. Me ha comentado mi hermano que les vas a llevar las redes sociales.

Mi amiga suelta otra risita. Me recuerda a Brittany, la ardilla de *Alvin y las Ardillas*. Si no estuviera tan horrorizada por estar aquí, también me reiría.

—Esa es la idea y por eso estamos aquí. Me gustaría familiarizarme con el lugar para hablar con conocimiento de causa.

Escucho un grito. ¿O es un jadeo? No lo tengo muy claro.

Miro a la gente que me rodea. Me llama la atención un chico pelirrojo que está sentado en una de esas máquinas supersónicas que tienen de todo y que no sé cómo se pueden aclarar. Lleva una cinta en la cabeza. Entorno los ojos; está tan musculado que dudo si se podrá limpiar el culo él solo. Es una pregunta que siempre me hago cuando veo tanto músculo junto.

Otra vez el jadeo. Porque sí, esta vez lo reconozco y es un jadeo mezclado con un gemido. Me recuerda a alguien cuando se está corriendo.

—Es ese de ahí —me dice Edu al oído, señalándome de forma disimulada a un chico que está sentado haciendo pesas—. Lo llamamos «el gritón», porque grita cada vez que hace levanta una pesa.

—¿Y es necesario?

—No. De hecho, con el grito se va mucha fuerza, pero a muchos les gusta hacerlo, como si así demostraran todo el ejercicio que están haciendo. —«El gritón» pone cara de concentración y vuelve a gritar. Me río—. ¿Lo ves? Tenemos por aquí a unos cuantos así. También tenemos «el acaparamáquinas», «el encantado de conocerse», «la *influencer*», «la mafia mañanera» ...

—No os aburrís.

—Ni un solo día.

—Hemos venido a pilates a probar, ¿te apuntas? —escucho decir a Andrea, aunque yo sigo

con la mirada fija en «el musculitos». Es hipnótico.

—¡Claro! —Oigo que llama a Edu—. Hoy la da mi hermano, ¿no?

¿Hermano? ¿Cómo que su hermano?

Esto sí que me hace quitar la mirada de cualquier otra persona del gimnasio que no sean Alba, Edu y Andrea, la que, por cierto, está evitando mi contacto visual.

Alba coge la toalla, la cual había dejado apoyada en la máquina del infierno, y asiente emocionada.

Me paso un mechón de pelo que se ha salido de la coleta por detrás de la oreja. De repente, han empezado a sudarme las manos y no sé qué hacer con ellas.

—Oye, Andrea, ¿no me habías dicho que Lander se encargaba del papeleo y Edu de las clases? —intento preguntarlo de forma casual, aunque un remolino de inquietud está empezando a invadir mi estómago.

Mi amiga sigue con la vista fija al suelo.

—Estamos faltos de personal y nos hemos dividido las clases. Normalmente, soy yo el que da pilates, pero acabo de salir de una clase de *spinning* y, además, dentro de quince minutos tengo un entrenamiento personalizado —me contesta Edu. Señala a un punto de mi espalda—. Mira, por ahí viene.

Lo sé, lo huelo. Es como si mi olfato tuviera vida propia y supiera detectarlo en la distancia. Debería presentarme a las pruebas para detectar droga.

Cierro los ojos. No quiero girarme, pero lo hago, y enseguida sé que no ha sido buena idea; ni la de girarme ni la de venir aquí. Si tenía alguna duda, la mueca de Lander me lo confirma.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta nada más reunirse con nosotros.

—Comerme un helado. ¿Tú qué crees? Vengo al gimnasio.

Doy un par de pasos hacia atrás, alejándome de él.

Me fijo en que no lleva la ropa con la que ha salido esta mañana de casa. Esta no se le ciñe al cuerpo de igual manera, y es una pena. Por lo menos, podría haberme alegrado un poco la vista.

Lo veo mirarme de arriba abajo.

—No parece que te guste el deporte.

—¿Qué insinúas con eso?

—No insinúo nada, solo he hecho un comentario.

Mira a Andrea y le dedica una sonrisa que haría sonrojar hasta a un bebé recién nacido.

—Gracias por ayudarnos con las redes sociales. Nos salvas el culo.

Bufo y pongo los ojos en blanco.

Me ignora. Bien.

Un grupo de tres chicas se acercan a Edu y Lander. Los dos son tan agradables que dan repelús, sobre todo el segundo. ¿Por qué con todo el mundo es tan simpático menos conmigo?

Una de las chicas le pone una mano a Lander en el brazo. Lo hace de forma casual, pero la policía no es tonta y se nota que quiere tocar. No parece que a Lander le moleste. Al contrario, le sigue tanto el rollo a la pobre chica que esta está a punto de ponerse a salivar.

¿Cómo le sentaría si le dijera que vivo con él? ¿Que lo escucho roncar por las noches y el agua correr cuando se ducha? También podría decirle que lo he visto sin camiseta y sudado, seguro que se desmaya.

—¿Crees que ya has dejado de babear y que podemos entrar? —Cada vez estoy más segura de que Andrea se ha convertido en mi amiga.

Le saco la lengua y la sigo hasta la clase. Cojo una esterilla, como hace todo el mundo, y me coloco al final, lo más lejos posible de la tarima a la que se acaba de subir Lander. Le falta la

corona de laurel y ya sería como Apolo.

Alba y Andrea se colocan delante de mí y las tres mujeres que le hacían ojitos a Lander lo hacen en primera fila.

—Hola a todas —comienza a decir mi queridísimo compañero de piso—. Mi nombre es Lander. Algunas ya nos conocemos, aunque también veo caras nuevas. Hoy vamos a hacer pilates y es muy importante que me digáis si tenéis algún problema que deba de tener en cuenta, como dolores, operaciones...

Se escucha un «no» general. Lander asiente complacido y después se gira a mirarme.

—¿Violet? —Siete pares de ojos se vuelven hacia mí—. ¿Algo que deba de tener en cuenta?

Lo miro extrañada y niego con la cabeza.

—No.

—¿Seguro? —¿Qué le pasa a este tío? Pues claro que estoy segura.

—Sí. —Odio que mi tono sea de indecisión.

Lander sonrío satisfecho.

—Perfecto. Como siempre vas un poco encorvada, quería saber si es que tenías algún problema de espalda o era, simplemente, tu forma de andar.

Todo el mundo se ríe. Lo intentan disimular con toses y murmullos, pero las escucho, incluidas a Andrea y a Alba, a las que fulmino con la mirada y eso solo provoca que se rían aún más. Abro la boca para replicar, pero me ha dejado totalmente fuera de juego, y por la sonrisa pedante que me dedica sé que lo sabe.

Da una palmada y enchufa el aparato de música.

Se coloca sobre la esterilla y empieza a dar instrucciones. Todas lo siguen sin rechistar, y yo también, aunque me es difícil. Soy más ortopédica de lo que pensaba y, encima, Lander no me quita ojo de encima. ¿Por qué lo sé? Porque yo tampoco le quito ojo a él. A ver, lo mío tiene lógica. A fin de cuentas, es el instructor y si quiero saber cómo estirar bien la columna tengo que mirarlo. Pero lo suyo no, ¿no? Encima, estoy segura de que solo lo hace para atormentarme y porque sabe que soy nula y se quiere reír de mí, aunque la verdad es que no se ríe. De hecho, me mira de una forma que... Bueno, que menos mal que el estiramiento de columna es sentada.

Nos incorporamos, con los pies a la altura de las caderas, las rodillas ligeramente flexionadas y la espalda recta. Estiramos los brazos en forma de cruz y, al recogerlos, curvamos la columna hacia delante y agachamos la cabeza, quedando esta resguardada entre los brazos.

Lander se baja de la tarima y se pasea corrigiendo posturas mientras nosotras seguimos abriendo y cerrando los brazos. Juro que empiezo a sudar cuando lo noto cerca de mí. Por una parte, estoy convencida de que va a pasar de mí, y casi lo prefiero, porque para que me suelte alguna de sus pullitas elijo que me ignore. Pero, por otra, quiero que me toque. Mi cuerpo quiere que lo toquen, y eso solo hace que ya no sepa si tengo que levantar los brazos, sentarme en la esterilla o hacer el pino puente.

—¿Puedo? —su pregunta me llega tan bajita y lejana que por un segundo dudo de si me la ha hecho a mí, pero cuando miro al frente, al espejo que decora toda la pared de lado a lado, y lo veo detrás de mí, tan alto, serio e imponente, no sé hacer otra cosa que asentir con la cabeza.

No sé qué me llega antes, si su olor o el calor de su mano cuando me pasa un brazo por la cintura y me coloca la palma abierta sobre el vientre. Sea como fuere, creo que estoy a punto de sufrir una especie de cortocircuito.

—Cuando te estires, tienes que ponerte tan recta que mi mano desaparezca justo aquí —susurra, bajito, haciéndome cosquillas en el cuello. Coloca la mano que tiene libre en el centro de mi espalda, y es fantástico, porque ahora ya no siento calor solo en el vientre, también en la

espalda.

Sin apartar mis ojos de los suyos a través del espejo, hago lo que me pide, y la verdad es que no tengo ni puñetera idea de cómo lo consigo, porque solo puedo pensar en sus dedos tocándome, en su aliento rozándome el pelo cada vez que suelta el aire y en mi culo rozándolo cada vez que me muevo.

Como sigamos así, juro que voy a ponerme a gritar.

Lander no se aparta y yo tampoco le pido que lo haga. No sé si ha sido él que ha dado un paso al frente o he sido yo que he dado uno hacia atrás, pero estamos tan pegados que estoy convencida de que ni una mota de polvo sería capaz de pasar entre nosotros.

Cierro los brazos y los vuelvo a abrir y, cada vez que hago esto último, levanto la cabeza y lo veo, mirándome, analizándome.

De repente, sin venir a cuento y sin saber muy bien por qué, parpadea, carraspea y me suelta. Lo hace tan rápido que pierdo el equilibrio. Cuando consigo estabilizarme, Lander ya no está detrás de mí, sino en la otra punta de la sala, corrigiendo la postura de otra chica. A ella no la está tocando, se limita a darle instrucciones con los brazos cerrados y sin apenas mover los labios.

Busco de nuevo sus ojos a través del espejo, pero no los encuentro, pues ya no me mira.

En realidad, deja de hacerlo en lo que queda de hora.

20. Bonita chaqueta

Lander

Me abrocho el casco y arranco. Ni siquiera le he dicho a Edu que me iba. Ha sido terminar la puñetera clase y salir del gimnasio como si acabaran de declarar un fuego y tuviéramos que evacuar. Y sé que está mal, pero me la suda. Lo único que necesito ahora mismo es conducir sin rumbo fijo, solo por el placer de recorrer las calles, de que el frío me hiele la cara y de que se me baje la puta erección.

Me encanta el cambio climático. Hemos pasado de un calor de la hostia a un frío invernal en tres días.

Me paro en un semáforo y aprovecho para cerrar los ojos. No sé qué ha pasado. No sé por qué cojones la he tenido que tocar. No nos habíamos tocado nunca, ni así, ni de ninguna otra manera, y tendríamos que haber seguido igual. En serio, no tengo ni idea de por qué he tenido que tocarla.

Me río.

Claro que lo sé.

Porque mis manos me han pedido que lo hiciera y yo no he sabido decirles que no. Pero la culpa es suya; por esa boca que tiene, por esa condescendencia con la que me habla y por esos puñeteros movimientos que hace con el cuerpo cada vez que se mueve. Y lo peor es que se mueve como el culo.

Pitan, haciéndome abrir los ojos. Le hago un corte de mangas al de atrás, por impaciente, y arranco de nuevo la moto. Falta un poco más de un mes para Navidad, pero algunas calles ya están decoradas con luces y también algunos escaparates.

Odio estas fechas, y eso que mi cumpleaños es el último día del año, pero da igual. Me ponen de muy mala hostia, aunque disimulo delante de mis hermanas, porque las adoran. O, al menos, intento disimular.

Me concentro en las luces a medio poner y en todo lo que esos días significan para ver si la puñetera erección baja, pero no hay manera. A lo mejor el problema es que no puedo quitármela de la cabeza. No dejo de pensar en ese espejo que tengo ganas de romper, en sus ojos marrones mirándome a través de él, en sus labios ligeramente abiertos. Menos aún puedo dejar de pensar en cómo se le ha cortado la respiración cuando ha sentido la palma de mi mano sobre su vientre. Eso quiere decir que no soy el único que se ha excitado, ¿no?

Joder, lo que más me gustaría es colar la mano en esas mallas tan ceñidas que llevaba y que mis dedos lo comprobasen. Ni siquiera me acuerdo de por qué me he cabreado esta mañana con ella ni de que hace solo unas horas le decía a mi hermana Alba que nuestra convivencia era complicada. De repente, solo quiero acariciarla. Tocarla. Probarla.

Es como si estuviéramos viviendo en una realidad alternativa y Violet no fuera... Violet. O sí que fuera ella... Pero diferente.

Freno en seco, ganándome más de un insulto, y me hago a un lado de la carretera antes de provocar un accidente. Aprieto los manillares con tanta fuerza que estoy seguro de que debajo de los guantes tengo los nudillos blancos.

La respiración me va tan rápida que tengo que obligarme a controlarla. Nunca me había

pasado esto y, si me había pasado, no me acuerdo.

No sé muy bien qué hacer, así que opto por quedarme mirando el chasis de la moto un buen rato. Cuando decidido que ya he estado fuera lo suficiente y que es hora de regresar, no sé muy bien si han pasado minutos u horas. Solo sé que me paso todo el camino de vuelta rezando para que Violet haya decidido marcharse, y eso que soy ateo.

Cuando llego a la puerta y aparco, canto mi primera victoria; no está en la puerta. Pasito a pasito. Entro y el olor a colonia mezclado con sudor me da la bienvenida. Veo a Edu y al otro monitor por la zona de musculación dando instrucciones. Ahora no hay clase dirigida, por lo que la sala está vacía y con la luz apagada.

Segunda victoria.

Edu me ve al pasar. No dice nada porque está ocupado con un cliente, pero me sonrío, y solo puedo pensar en que me gustaría borrarle esa sonrisa de una hostia.

Diría que paso por el resto de las salas despacio, pero es mentira. Lo hago más lento que lo haría una tortuga caminando hacia atrás. Cuando llego a las escaleras que conducen a mi despacho, no sé muy bien si lo hago contento o con una decepción más grande que el estado de Alaska.

En vez de ir directo a mi despacho, me dirijo al baño, donde me desnudo para meterme en la ducha y darme un poco con agua fría. Apoyo las palmas en el azulejo y dejo que el agua me caiga en la nuca y de ahí se desliza hasta llegar a la espalda.

La imagen de Violet me arrolla como un tsunami en cuanto cierro los ojos. De cómo le he puesto la mano en la espalda para que sus músculos me tragaran al moverse. De cómo sentía su corazón latiendo bajo mi tacto. De cómo ha asentido sin dejar de mirarme cuando le he preguntado si podía acercarme.

—A tomar por culo —mascullo, porque la erección ha vuelto y sé que no se va a ir si no hago algo al respecto.

Y vaya lo hago.

Me agarro con fuerza la polla y ya solo eso me roba un jadeo. Está húmeda por culpa del agua, por lo que comienzo a moverla de arriba abajo sin problemas. Me paso el pulgar por la punta y suspiro. Y todo lo hago pensando en ella.

Pienso en la primera vez que la vi con ese pelo mojado que se le pegaba a la frente y en cómo tiritaba por culpa del frío. En sus ojos mirándome cabreada. En mi fiesta de cumpleaños y en cómo se enfadó cuando se dio cuenta de que tenía que pagar el guardarropa. En ella envuelta con una minúscula toalla que apenas le tapaba el muslo. Dos veces. En ella de puntillas cogiendo una taza de café o en ella poniendo los ojos en blanco cada vez que abro la boca. En esos labios que tiene que no sé si me gustan más pintados de rojo o cuando los lleva sin nada. En esa variedad de gafas que la hacen sexi de la hostia y que seguro que no tiene ni idea. En su olor a coco que se ha convertido en mi fruta favorita.

Me corro entre espasmos y jadeos. Me muerdo la lengua porque soy capaz de ponerme a gritar su nombre sin importarme si alguien me escucha.

Me corro pensando en Violet y en que acabo de cometer una estupidez, porque estoy encerrado entre cuatro paredes con ella y no sé qué cojones voy a hacer cuando llegue a casa y la vea. Masturbarme en la ducha no evita el problema. Al contrario, lo hace más grande.

Termino de ducharme, salgo y me vuelvo a poner la ropa de Edu, solo que sin calzoncillos. Sé que hoy debería estar abajo y no aquí, pero no va a poder ser. Los planes cambian, y yo ahora necesito quedarme aquí a que se me baje el calentón y me relaje lo suficiente para poder llegar a casa y no tirarme a los pies de Violet suplicando algo, cualquier cosa. Lo que, por supuesto, sería

un tremendo error, porque esa chica y yo no nos tragamos. Somos como la noche y el día. El agua y el aceite. Harry de Inglaterra y toda su familia.

Me siento tras el escritorio y hago lo que mejor se me da; tocarle los huevos a los demás. Llamo a mi gestora y hablo con ella más de media hora sobre unas facturas que me ha pasado y que no me cuadran, y tres cuartas partes de lo mismo con los del banco. Llamo a la empresa de mantenimiento y les digo de todo menos guapos porque los llevo esperando cinco días para que arreglen la calefacción del vestuario masculino. Ignoro el chat con mis hermanas de forma deliberada porque no quiero saber nada de Alba. Hoy no. Ella ha estado en esa clase, sé que se ha dado cuenta de cosas, porque Alba es la hostia de intuitiva, y yo he dicho que iba a relajarme. También reviso currículums y llamo a todos aquellos que creo que pueden encajar para concertar una entrevista.

La puerta se abre cuando estoy terminando de cuadrar las actividades del próximo mes. Por el rabillo del ojo veo que se trata de Edu. Se acerca a mí y deja algo sobre el teclado. Es un burrito. Me había olvidado de comer.

Le quito el papel de aluminio y le doy un bocado.

—Gracias —mascullo con la boca llena de frijoles y carne picada.

Edu se apoya en el quicio de la puerta, con las piernas y los brazos cruzados. Yo finjo que no lo veo, concentrado en la hoja Excel que tengo delante y en el burrito.

Carraspea, pero lo ignoro, así que vuelve a carraspear.

A la cuarta, sé que no se va a marchar hasta que no le preste atención.

Le doy a la tecla *intro*, guardo la hoja y me vuelvo hacia él.

—Si tienes que decir algo que sea rápido. —Edu me mira con una ceja levantada y la cabeza ladeada.

—Me marchó. Son más de las ocho y media.

Miro el reloj. Es verdad. Pues al final se me ha pasado el día volando.

—Yo me quedaré a terminar unas cosas y me marchó también.

Asiento.

—Cierra Toni, así que no hace falta que te quedes hasta las once como otras veces.

—Lo sé, es solo que quiero terminar unas cosas antes de poder irme, que, si no, mañana se me acumula. —En realidad, no tengo nada urgente que hacer, pero no sé si quiero llegar a casa.

Mi amigo suelta una risita y sé que ha llegado el momento.

—Seguirá ahí cuando llegues, y mañana, y al otro, y al otro... Retrasar lo inevitable solo lo hace más duro —dice la última palabra despacio, letra a letra. Si no tuviera tanta hambre le tirarí a lo que me queda de burrito a la cabeza.

Resoplo. Juro que puedo escuchar la carcajada de Edu hasta que desaparece del gimnasio.

Me termino el burrito y me centro de nuevo en la pantalla del ordenador, pero es inútil, porque solo veo letras mezclarse con los números y que nada tiene sentido.

Miro el reloj. Las nueve y media.

Con suerte, cuando llegue, estará encerrada en su habitación y no tendremos necesidad de interactuar.

Me despido de Toni y vuelvo a subirme en la moto.

Llego a casa más rápido de lo que me imaginaba. Aparco y entro en el portal. Aunque estoy acostumbrado al deporte, tengo que reconocer que subir y bajar cinco pisos todos los días es agotador. Aun así, no sé si estoy jadeando por el esfuerzo o por lo que pueda encontrar al abrir la puerta. Me relajo, cuento hasta tres y entro.

El silencio es lo primero que me recibe y después la oscuridad. Por un momento, creo que no

está en casa, pero entonces avanzo por el pasillo y veo un rayito de luz salir por la rendija de su puerta.

Estoy a punto de soltar el aire que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba reteniendo, cuando esta se abre y a mí se me desencaja la mandíbula.

—¡Qué susto me has dado! —dice Violet con una mano en el pecho—. ¿Podrías no ser tan silencio? Hoy es el segundo que me das.

No lleva el pijama, como pensé que llevaría. Lleva unas medias negras con dibujos, un pantalón corto vaquero oscuro, unas botas también negras y un suéter verde lima de cuello alto. Pero eso no es lo que llama mi atención. Tampoco sus labios pintados de rojo ni las gafas blancas que lleva.

Lo que me llama la atención es la chaqueta que lleva puesta, que es la mía. Esa que le dejé el día que nos conocimos y que jamás me devolvió.

Esa que le está enorme y, por lo tanto, debería quedarle fatal, pero que es todo lo contrario, le queda bien. Muy bien.

Demasiado.

Violet apaga la luz de su habitación y pasa por mi lado camino al comedor. Debería seguir mi camino, pues sería lo más sensato. Está claro que va a salir y no debería importarme con quién ni por qué. Pero no me voy a mi habitación. Lo que hago es dar media vuelta y seguirla hasta el comedor. Está metiendo sus libros de la universidad en una mochila y recogiendo el desorden que hay sobre la mesa. En otro momento, diría algo al respecto. ¿Ahora? Ahora solo puedo mirarle las piernas enfundadas en esas medias tan finas que son casi transparentes y en mi puñetera chaqueta.

—Bonita chaqueta —mascullo. Violet se tensa durante un segundo. Uno. Es tan breve que podría haber pasado desapercibido para cualquiera, menos para mí, claro. ¿Por qué? Porque ni siquiera pestañeo.

Levanta la cabeza y me sonrío.

—Gracias, a mí también me gusta. —¿En serio? ¿No va a decir nada?

Esta chica los tiene cuadrados. Y me gusta, joder.

Me gusta que me saque de quicio.

—¿Dónde te la has comprado? Estoy por pillarme una igual.

Violet cierra la mochila y se la carga al hombro.

—Me la regalaron hace unos meses, así que no sabría decirte muy bien de dónde es.

Me rio mientras sacudo la cabeza.

—Así que te la regalaron.

—Sí, ya ves.

Estoy a punto de contestarle cuando suena el timbre de calle. Violet vuelve a pasar por mi lado y esta vez roza su brazo con el mío.

—¿Sí? —pregunta tras pulsar el interfono.

—Hola, preciosa. ¿Bajas?

Aunque su interlocutor no la puede ver, la sonrisa que Violet le regala podría iluminar el cielo.

—¡Voy!

Se vuelve hacia mí, con una mano en la cadera y la cabeza ladeada, y yo solo puedo preguntarme quién narices es el tipo que está abajo esperándola.

¿Tiene una cita? ¿Me he inventado lo del escalofrío, o lo que sea que me ha parecido sentir, en la clase de pilates?

—No me esperes despierto. Llegaré tarde. —Me guiña un ojo y se larga. ¡Se larga! Y yo me

quedo quieto mirando la puerta por la que se acaba de ir mientras me pregunto si he estado todo el día en un estado de idiotez por algo que solo pasa en mi cabeza.

21. ¿Hay alguna razón por la que no quieres ir a tu casa?

Violet

Me meto otro Cheto en la boca y me chupo los cinco dedos. Me encanta mi cena de esta noche; nachos con guacamole, ganchitos, Chetos y aceitunas. ¡Ah! Y de postre galletas Oreo.

Me lo merezco por la clase de pilates a la que me he tenido que enfrentar hoy. Uff. Cada vez que pienso en ella noto hormigueo en el estómago, por no hablar de que se me erizan hasta los pelos de la coronilla.

—Violet. ¡Violet! —Me vuelvo hacia Diego, mi amigo y compañero de estudios, que me mira con los ojos entornados y el morro torcido—. ¿Estás bien? Llevas toda la noche muy rara.

Dejo la bolsa sobre la cama y ataco los gusanitos.

—Perfectamente, dispara. —Tenemos un examen de medicina interna de pequeños animales la semana que viene y me he venido a casa de Diego a estudiar. Ha tenido la amabilidad de venir a buscarme cuando ha salido de casa de sus padres.

Así que aquí estamos, haciendo fichas de estudios mientras comemos gorrinadas. O, mejor dicho, él hace fichas mientras yo como gorrinadas y pienso en mi compañero de piso, en cómo me ha mirado a través de ese espejo y en cómo me ha mirado cuando me ha visto con su chaqueta puesta.

Algo me golpea en la frente. Agacho la cabeza y veo que es un nacho pringado de guacamole. Me llevo la mano a la frente y, efectivamente, la tengo manchada de verde. Me la limpio con un dedo y después me lo meto en la boca. Diego chasquea la lengua contra el paladar y sacude la cabeza divertido.

—¿Vas a dejarme a mí todo el trabajo sucio?

—Te estoy dictando.

—¡No estás haciendo una mierda! —Se ríe, haciendo que la cama vibre. Muevo los dedos de los pies y arrugo la nariz.

—¿Me dejarías unos calcetines de esos gorditos que tienes? Tengo los pies helados.

Diego los mira y resopla.

—¿Cómo se te ocurre ponerte medias con el frío que hace? Y para venir a mi casa. —Me mira de arriba abajo—. Ahora que lo pienso, te has puesto demasiado guapa. ¿Dónde creías que íbamos a estudiar, en un pub?

La verdad, amigo mío, es que me he puesto así de guapa adrede porque esperaba encontrarme con mi compañero de piso antes de salir de casa, cosa que ha sucedido y de la que me alegro enormemente, sobre todo cuando lo he pillado mirándome las piernas y la sonrisita que le ha salido al ver que llevaba puesta su chaqueta. Porque no ha sido una sonrisa en plan: «devuélveme mi chaqueta, zorra». Ha sido una en plan: «llevas mi chaqueta, me gusta cómo te queda y lo que quiero ahora es arrancártela con los dientes».

Bueno, puede que la última parte me la haya inventado un poco, pero la primera no, y eso me gusta. Me gusta tanto que me daría de hostias hasta el amanecer, porque eso es malo. Muy malo.

Porque también me ha gustado cómo se me ha quedado mirando cuando Diego ha llamado al

teléfono y le he dicho que no me esperase despierto. ¡Yo no tonto! Es decir, tonto, pero no con él. A él le encojo la ropa en la secadora porque me pone de los nervios.

Miro la cama, llena de papeles y libros, así como mi ropa, incomodísima para una sesión de estudios, y me levanto. Me acerco a Diego, que está agachado rebuscando en el último cajón de su cómoda.

—¿Me dejarías también un pijama? —Diego ladea la cabeza y suspira.

—Coge el de siempre, lo tienes en tu cajón.

—¿Tengo un cajón en tu casa? Qué pasada.

—Creía que eso se terminaría cuando te mudaras, pero está claro que no voy a tener esa suerte.

—No te quejes, sé que te gusta tenerme aquí.

—¿Sabes? Coincido con Andrea en eso de que deberías ampliar tu círculo de amistades. Tenernos solo a ella y a mí como amigos es un poco triste.

—No solo os tengo a vosotros. —Pongo morritos, aunque la verdad es que solo los tengo a ellos, pero a mí me da igual. ¿Para qué quiero más? Los demás son compañeros, no amigos.

Me acerco a la mesita que hay junto a la cama y abro el primer cajón. Suelto una carcajada al ver mi pijama, perfectamente doblado, junto a una caja de preservativos.

—¿Insinúas algo? —Le enseño la caja y él me lanza los calcetines.

—Que deberías follar más.

—Y tú menos.

—Jamás.

Cojo toda la ropa y me voy al cuarto de baño. Me quito las medias y suspiro al ponerme los calcetines. No sabía que tenía tanto frío.

Me quito el suéter y paso los brazos por el pijama de Harry Potter que Diego me lleva dejando ya cuatro años. Nos conocimos el primer año de carrera y la verdad es que conectamos enseguida. Supongo que porque él es un desastre en los estudios y a mí se me dan muy bien; él necesitaba que alguien le dejara unos apuntes que se entendieran y yo a alguien con el que poder conversar entre clase y clase para no parecer una solitaria.

Cuando regreso a la habitación, Diego ha quitado las bolsas de guarrerías de la cama, dejando solo las Oreos, y ha esparcido los apuntes por el edredón. También ha colocado perfectamente alineados todos los bolígrafos de colores. Tiene un pequeño *toc* con el orden, como alguien que yo me sé.

Mi cabeza vuelve a Lander. ¿Se la habrá sudado que haya salido esta noche? Es decir, ¿se habrá ido a la cama o estará esperando a que llegue? Aunque, ¿para qué tendría que esperar a que llegase? En realidad, si fuera así, eso me parecería retrógrado. En plan; eso lo hacían mis padres cuando iba al instituto, tú no tienes ningún derecho a esperarme despierto. Aun así, espero que me esté esperando despierto. Eso significaría que le importo, ¿no? O, más bien, que le importa con quién he salido.

Sonrío. ¿Qué pasaría si no fuera a casa a dormir? ¿Me llamaría o escribiría? ¿Le daría completamente igual?

—Diego. —Mi amigo ha vuelto a sus apuntes y está concentrado en un tema que ahora mismo no sé ni cuál es.

—Mmm.

—¿Puedo quedarme a dormir?

Me mira de reojo.

—Claro que sí.

—Gracias.

Cojo el boli, le quito la tapa y me lo llevo a la boca. Otra de mis manías, morder la tapa de los bolígrafos.

—Andrea.

—Dime.

—¿Hay alguna razón por la que no quieres ir a tu casa?

Se llama Lander, mide más de un metro ochenta, es moreno y con la piel color crema tostada que dan ganas de chupar, por no hablar de sus abdominales, los cuales me muero por tocar, o de sus ojos, que cuando me miran me tiembla hasta el alma. Y, si me concentro, todavía puedo sentir las yemas de sus dedos sobre mi vientre, y eso que ha sido por encima de la camiseta. ¿Qué hubiera pasado si llega a tocarme la piel desnuda? Mejor no saberlo. Por eso me escondo aquí, para no averiguarlo (y porque quiero saber si se pone nervioso por no verme esta noche. ¿Una tontería? Probablemente, pero el mundo está lleno de idiotas y yo no quiero quedarme atrás).

—Ninguna, es que es tarde y lo hago por comodidad, nada más.

Diego se me queda mirando unos segundos antes de volver a su ficha.

Yo me centro el resto de la noche en seguir estudiando. O, al menos, en intentarlo.

22. tocada y hundida

Violet

Mi plan ha salido realmente mal. Me falta apenas una hora para irme a trabajar y no he tenido noticias de Lander, y eso me cabrea. Es decir, compartimos piso. ¿En serio no aparezco en toda la noche y no le preocupa? Que son las cuatro de la tarde del sábado. ¿Y si me ha pasado algo, como romperme una pierna o secuestrarme?

Me podrían estar torturando en estos momentos y él tan feliz tocándose los huevos, tumbado en la cama mientras lee una de las mil novelas que tiene.

Pero no se me tiene que notar. Mi misión es entrar en esa casa con la sonrisa por delante, feliz y relajada. Como si acabase de pasarme la noche de fiesta, de pub en pub, y no comiendo galletas oreo mojadas en leche mientras Diego me preguntaba sobre las enfermedades hepáticas de los gatos o los perros.

Me ajusto las medias, me recoloco la chaqueta, y abro la puerta.

Juro que me esperaba ver cualquier cosa menos una montaña de chaquetas y zapatos apilados en la entrada.

—¿Qué demonios...? —Cierro la puerta, salto las prendas de ropa y voy en busca de las voces y de las risas que salen del comedor. Por un segundo, temo encontrarme con una escena porno, pero nada más lejos de la realidad.

Con lo que me encuentro es con un grupo de ocho personas alrededor de una mesa, bebiendo cervezas y jugando a lo que creo que es póker. Por supuesto, una de esas personas es mi compañero de piso.

Y, por supuesto, lo que yo pensaba era cierto; le ha dado completamente igual que me fuera con alguien ayer y, mucho menos, que pasara la noche fuera.

Aunque, en realidad, ¿por qué debería importarle?

Todo el mundo tiene calentones a diario. Lo que fuese lo de la clase de pilates desapareció tan rápido como llegó.

Ahora me siento como una estúpida.

—Trío —dice uno de los chicos mientras pone sus cartas bocarriba. Sonríe tanto que puedo verle las encías.

Los demás van lanzando sus cartas cabreados al centro de la mesa, hasta que llega el turno de Lander. Lo veo en sus ojos, tiene una mano mejor, y va a regodearse en ello como el cabrón que es.

—*Full*, Mario. Dame tu pasta.

El chico de las encías se incorpora sobre la mesa cuando Lander enseña sus cartas. Da un golpe en la madera cuando ve que no le han metido y los demás se ríen.

Mis ojos se dirigen por instinto a la única chica que hay en la sala. Por supuesto, está sentada al lado de Lander y, por supuesto, es rubia.

Ella también me ve, porque ladea la cabeza y le da un codazo a Lander en el brazo.

—Hay una chica mirándonos.

Mi compañero suelta el montón de monedas y se gira. Sus ojos se encuentran con los míos. No debería de ser así, pero me queman. Sobre todo, cuando me hace un chequeo rápido de arriba

abajo, despacio. Como si estuviera comprobando que estoy bien y de una sola pieza.

Cuando termina, carraspea y aparta la mirada.

—Gente, ella es Violet, la chica con la que vivo. Violet, ellos son los chicos. —La otra chica de la sala tose de forma disimulada (o es lo que ella se cree) y Lander la mira—. Y ella es Inés.

—Encantada —dice la rubia en un tono que parece de todo menos encantada.

El resto de los chicos también me saludan, y lo hacen en un tono mucho más simpático y distendido que el de la tal Inés.

—Me toca repartir —indica alguien, pero no sé muy bien quién, porque solo tengo ojos para Lander, que acaba de levantarse de la mesa y viene directo hacia mí.

—Yo no juego esta —dice en voz alta.

No debería de estar impresionante con esos vaqueros y esa camisa blanca arremangada hasta los codos. Leí en algún sitio que los tíos se arremangaban la camisa para presumir de bíceps y músculos. También leí que era para darle a una prenda formal un aspecto más casual.

No tengo ni puñetera idea de por qué se la arremangan o, en este caso, de por qué se la ha arremangado Lander. Solo sé que está impresionante y que no es justo, sobre todo porque yo llevo la misma ropa que ayer y parece que venga de un botellón. Tendría que haberle pedido algo prestado a Diego antes de irme de su casa. O haber pasado por la de Andrea.

Lander se para tan cerca de mí que mis botas tocan sus pies desnudos. Odio los pies de la gente. Tienen los empeines llenos de pelos y los dedos, o son largos o parecen una garra. Pero Lander los tiene bonitos.

Mierda.

—Hola de nuevo, compañera. ¿Te lo has pasado bien en tu cita? —Intento detectar algún atisbo de algo en su pregunta, pero no hay nada.

Vuelvo a sentirme estúpida. Aun así, disimulo. Sonrío como si me fuera la vida en ello y me encojo de hombros de manera casual.

—Bastante, gracias por preguntar. ¿Y tú? Ya veo que has montado el *PokerStars* en el comedor de nuestra casa.

Echa un vistazo por encima del hombro. Todos están jugando una nueva mano, menos la chica, que también ha debido de pasar de la partida, porque no está prestando atención a lo que sucede en la mesa, sino en nosotros y, por su expresión, yo diría que no le gusta mucho lo que ve.

—Hoy no trabajo y me apetecía hacer algo divertido. —Abre la boca y me mira como si estuviera compungido—. No te molesta, ¿verdad? No tengo muy claras las bases de nuestra... convivencia.

Capullo.

Me agarro del asa de la mochila y aprieto.

—Para nada, faltaría más. Eso sí. —Doy un paso al frente y levanto la cabeza. Hablo bajito, mirándolo a los labios—. Si jugáis al *Strip Poker*, avísame, que a lo mejor a ese sí que me apunto.

No tengo ni idea de dónde ha salido eso. Primero, porque ni muerta me desnudo delante de nadie que no sea mi ginecólogo para la revisión anual y, segundo, porque no he jugado al póker en mi vida y tampoco tengo intención de aprender.

Los ojos de Lander se abren de par en par y comienza a toser. Se da golpes en el pecho para intentar recuperarse mientras se pone rojo como un tomate. Me coloco a su lado y le doy un par de golpes en la espalda mientras anoto un punto imaginario en el contador.

—¿Estás bien? —le pregunto. Intenta hablar, pero sigue sin poder, por lo que se limita a

asentir.

Le doy un par de golpecitos más y después vuelvo a mi posición inicial. Me paso el pelo por detrás de la oreja y me ajusto las gafas sobre la nariz.

—Si no os importa, voy a darme una ducha. Tengo que irme a trabajar.

No espero respuesta. Doy media vuelta y me marcho a mi habitación. Tengo que controlarme mucho para no hacerlo corriendo. Cuando llego, cierro la puerta y apoyo la espalda en ella. Se me escapa una risita.

No tenía pensado decirle nada. De hecho, me había bloqueado al ver a toda esa gente en el comedor de mi casa, pero la pulla me ha salido sin querer, natural. Y me ha encantado. Sobre todo, porque he dejado a Lander boqueando y con los ojos abiertos de par en par. No sé muy bien eso qué significa, y por ahora tampoco quiero averiguarlo. Me conformo con haberlo dejado durante unos segundos fuera de juego.

Hago lo que he dicho; me cojo ropa de cambio y me encierro en el baño para darme esa ducha que mi cuerpo tanto necesita. Seguimos sin pestillo, por lo que solo me queda rezar para que nadie entre.

Como hace frío, me seco el pelo y esta vez me lo recojo en dos trenzas, las anudo con dos lazos y me pinto los labios de ese color rojo que tanto me gusta. Esta vez no me pongo las gafas, sino las lentillas. El fin de semana pasado sudé mucho trabajando y me pasé más rato subiéndome las gafas por el puente de la nariz que sirviendo copas.

Me visto con unos jeans bicolor de tallaje alto y una americana de satén, de corte *cropped* y pedrería de color azul marino. Los remato con unos botines planos también en azul para poder aguantar toda la noche.

Cuando salgo, lo hago decidida, aunque por dentro parezco un flan.

Podría pasar de largo e irme directamente al recibidor, coger el abrigo y marcharme, sin despedidas ni sin explicaciones, pero mis piernas me llevan al comedor.

Todos están en el mismo sitio.

Todos menos Lander.

¿Dónde se ha metido?

Estoy a punto de interrumpir la partida y preguntarlo cuando lo noto, justo a mi espalda. Como en la sesión de pilates, su aliento me hace cosquillas en el pelo.

Aguanto la respiración. Es eso o girarme, y mi instinto me grita que ni se me ocurra.

—Estás impresionante, compañera. Aunque, ¿sabes qué? Estabas mejor con mi chaqueta. — No lo veo, pero sé que ha dado un paso al frente porque la piel se me ha puesto de gallina. Menos mal que la americana es de manga larga—. Por cierto, no me la devuelvas. Me gusta demasiado cómo te queda.

Tocada y hundida.

Pasa por mi lado, rozándome los dedos con los suyos al hacerlo, y vuelve al sitio en el que lo he encontrado al llegar. No vuelve a mirarme. De hecho, se centra en la rubia, que está encantada con su atención. Le susurra algo al oído y esta se ríe tan fuerte que es un sonido insoportable.

Yo aprovecho para huir. Me voy corriendo a por el abrigo y bajo las escaleras más rápido de lo que lo he hecho jamás.

¿Qué acaba de pasar? Había anotado un tanto en el marcador. ¿Por qué tengo la sensación de que me han adelantado por la derecha y me han hecho un *home run*?

Me abrocho la cremallera hasta la barbilla, meto las manos en los bolsillos y me dirijo a paso rápido hasta la parada de metro de Goya. Se me han olvidado los cascos, pero esta vez no importa. Con el runrún de mi cabeza tengo suficiente melodía.

Cuando llego al microteatro, la persiana está bajada, así que me siento en una de las sillas de fuera y espero. Me encantaría fumar, así tendría algo con lo que distraerme en estos momentos.

—¿Violet? —Levanto la cabeza para encontrarme con Andrea, que me mira como si fuera un espejismo—. ¿Qué haces ya aquí?

—Trabajo aquí, ¿recuerdas?

—Sí, pero aún no son las seis.

—Llego pronto. —Se acerca a mí y me pone la mano en la frente. Se la aparto de un manotazo.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga?

Le saco el dedo corazón, ella me lo coge y le da un beso en la punta.

—Soy puntual cuando la ocasión es importante. —O cuando intentas huir de tu compañero de piso.

Mi amiga me mira ofendida.

—¿Me estás diciendo que yo no soy importante?

—Saca tus propias conclusiones. —Intenta darme un pellizco en el brazo, pero como llevo un abrigo tan gordo no puedo, por lo que acaba dándomelo en la mano.

Me toca una de las trenzas, se la enrolla en un dedo y le da un pequeño tirón.

—¿Sabes qué? —La miro con sospecha. Está nerviosa. Andrea Alcalá está nerviosa. Espero a que termine de hablar para sonreír, porque esto es tan poco frecuente como que España gane el Mundial de Fútbol—. Hoy va a venir Alba.

Me enderezo en la silla.

—¿Alba, la hermana de Lander?

Andrea asiente y yo suelto mi primera sonrisa.

—No sonrías —me recrimina.

—No lo hago. —Es mentira, por supuesto.

Andrea suspira y pone los ojos en blanco.

—No es nada. El otro día en el gimnasio, cuando te fuiste corriendo, nos quedamos un rato hablando y le hablé de esto. Le dije que servían los mejores burritos de la zona, que hoy estaríamos aquí, que tenía que ver unas cuantas obras, algunas con muy buena pinta, y me dijo que a lo mejor se pasaba.

—A lo mejor...

—Bueno, me lo ha confirmado antes.

—Te lo ha confirmado.

—Sí, me ha enviado un WhatsApp y me lo ha confirmado.

—Así que tiene tu número de teléfono. Interesante.

Andrea resopla y se repantiga en el respaldo con las piernas estiradas.

—¿Puedes dejar el tonito?

—No estoy usando ningún tonito.

—Sí lo haces.

—No.

—Sí.

Levanto los brazos con las palmas hacia arriba en son de paz, porque si nos ponemos así nos pueden dar las uvas, y finjo cerrarme la boca con cremallera.

Nos quedamos un rato en silencio. Sesenta segundos, más o menos, porque hay una pregunta que necesito saber y tengo que hacerla antes de que llegue Alba.

—¿Quieres que la invite a tu fiesta sorpresa de cumpleaños? Esa que finges que no sabes que

te estoy montando para dentro de dos fines de semana.

Mi amiga suelta una carcajada y se encoge de hombros, aunque termina asintiendo.

—Me gustaría mucho.

—Hecho.

Volvemos a quedarnos en silencio y yo aprovecho para mirar a mi mejor amiga. Le gusta Alba. Le gusta la hermana de Satanás, y me parece genial. No es que la conozca mucho ni tampoco hemos mantenido una conversación profunda y trascendental, pero sí que hemos hablado lo suficiente para poder darle mi visto bueno. Para afirmar que a mí también me gusta. A simple vista, parece una chica cordial, simpática y alegre. El resto de las cosas se van descubriendo sobre la marcha. Aunque lo más importante es que le gusta a Andrea, y si la aprueba, ¿por qué yo no voy a hacerlo?

Por fin llega Pascual. Lo hace cargado con bolsas de comida, por lo que rápidamente nos levantamos Andrea y yo para ayudarlo. Su mujer llegará más tarde porque ha tenido que acompañar a su madre a un sitio, tampoco le presto mucha atención.

Una vez lo tenemos todo guardado, me quedo yo al frente de la cocina y la barra para que él pueda irse a atender en la taquilla. Hay otras dos chicas y un chico trabajando en el microteatro, además de todos los actores de todas las obras que se representan, pero estos entran media hora más tarde que Andrea y que yo.

Ahora que lo pienso, tengo que preguntarle a Antonio si mi horario en verdad es a las seis o a las seis y media, pero no me fío de Andrea.

Como si me hubiese escuchado, mi amiga aparece en la barra con móvil y libreta en mano lista para ver su primera obra.

—¿Me das una botella de agua? —me pide. Abro la nevera y le tiendo una. La sonrisa lobuna que me dedica me pone el vello de punta—. También quiero que invites a Lander a mi cumpleaños. En realidad, él nos invitó al suyo, ¿te acuerdas? Quedaría muy feo que yo no le devolviera la invitación. Además, Lander ya es uno más de la familia. Es decir, es el socio de Edu, el hermano de Alba y, por supuesto, tu compañero de piso. Ese chico es un tres por uno.

Me guiña un ojo antes de darse la vuelta y dirigirse a las escaleras. No puedo llamarla ni cagarme en ella porque hay gente en el local y quedaría algo así como feo, pero juro que en cuanto estemos a solas la cogeré del pescuezo y se lo retorceré.

23. La cagaste, papá

Violet

Me bajo del autobús y echo a andar hacia mi casa, que está solo a cinco minutos andando.

Al llegar, saco las llaves del bolso y abro la verja. Hay un montón de hojas secas acumuladas en la puerta y en la rampa del garaje. Pongo los ojos en blanco. Siempre era yo la encargada de quitarlas. Ni a mi madre ni a Matías les gustaba hacerlo, y a mí no me importaba, por lo que en cuanto llegaba el otoño y las hojas empezaban a invadir nuestro porche, cogía mi rastrillo, me ponía mi música y recogía hojas hasta quejarlo todo tan limpio que podía comerse en el suelo. Antes de irme, hice mi trabajo y les dejé la entrada a la casa impoluta.

Estoy segura de que ni siquiera saben dónde se guarda el rastrillo. También estoy segura de que tengo una tarea pendiente antes de marcharme.

Aun así, no puedo evitar sonreír cuando veo a mi madre a través de la ventana de la cocina con ese delantal tan horrible que tiene que mi padre le regaló de un viaje a Italia y que se pone cuando cocina; lleva estampada la foto de la escultura del David. Solo la parte de cintura para abajo. Y pixelada. No digo más.

Como si supiera que está siendo observada, levanta la cabeza de la pila donde está lavando la lechuga y chilla cuando sus ojos me ven. No escucho el chillido, pero sí que la veo abrir la boca emocionada y levantar los brazos al aire, haciendo que la lechuga vuele. Cualquiera diría que estamos protagonizando uno de esos anuncios de soldados que vuelven a casa después de meses de servicio que tan famosos se han hecho en *TikTok* y a los que estoy enganchada (una de mis pasiones es llorar con vídeos protagonizados por otras personas).

La puerta de entrada a la casa se abre y ahora sí que la escucho.

—¡Patrick, Violet ya está aquí!

¿Ha dicho Patrick? ¿Mi padre está aquí?

Su cuerpo menudo se pega al mío en un abrazo de oso.

Suelto una carcajada.

—Mamá, solo hace una semana que vivo fuera y hablamos todos los días. —Se aparta, me coge la cara y comienza a inspeccionarme—. ¿Estás comiendo bien?

—Muy bien. —Me aplasta los morros y casi no puedo hablar.

—¿Y el trabajo?

—Ya te he dicho que me gusta mucho. —Frunce el ceño, pero no dice nada.

—¿Estudios?

—A ver... —Me muerdo el interior de la mejilla y me doy golpecitos en la barbilla con el dedo—. Ayer, cuando me preguntaste, te dije que tenía un examen la semana que viene y que lo llevaba bastante bien. Después de eso... No, creo que no hay más novedades.

Pone los ojos en blanco y resopla, fingiendo estar ofendida, aunque en el fondo sabe que es una exagerada.

Mi padre sale en ese momento de la cocina. Me dedica una sonrisa de oreja a oreja en cuanto me ve y se acerca a nosotras. Mi madre me suelta al tiempo que mi padre me envuelve en un abrazo calentito.

—Te he echado de menos, cariño. —Qué exagerados son los dos, aunque me guardo esa

apreciación para mí.

Nos soltamos y empezamos a andar hacia el interior de la casa.

—¿Qué haces aquí, papá? —Mi padre y mi madre se llevan bien, ya quedó demostrado cuando él acudió a la boda de ella. Y también es normal que coma o cene con nosotros cuando hay algún evento importante, como mi cumpleaños, Nochebuena o la noche de mi graduación. Pero hoy no es nada de eso, ¿no?

Me paro en seco, deteniéndonos a los tres, cuando la luz verde se enciende en mi cabeza y caigo en la cuenta de que hoy es el cumpleaños de Matías.

Mi padre me pasa un brazo por los hombros y me pega a él.

—Le he comprado algo de parte de los dos.

Lo miro sonriente.

—¿En serio?

—Es un pijama de cuerpo entero de un reno. Lleva hasta la nariz roja.

Mi padre y yo nos carcajamos mientras mi madre nos reprende como si fuéramos niños a la vez que nos prohíbe hablar en inglés el resto de la mañana. Y es que no le gusta que hablemos en la lengua materna de mi padre cuando hay más gente delante porque le parece una falta de respeto.

Estoy a punto de preguntarle a quién han invitado al cumpleaños, cuando salimos a la terraza de la parte trasera y los veo. Hay más de veinte personas reunidas alrededor de una fuente de chocolate. ¿Cómo no las he escuchado al llegar? ¿Y eso que hay en una esquina es un karaoke?

Abro y cierro la boca por lo menos tres veces. Termino frunciendo el ceño y mirando a mis progenitores. Mi padre está igual que yo, serio y con el ceño fruncido. La expresión de mi madre parece resignación, aunque la disimula con una sonrisa.

—Cumple cuarenta y cinco y quería montar una pequeña fiesta.

—Hace un mes que montó una gran fiesta por vuestra boda.

—Cierra el pico y a disfrutar. —Nos echa un último vistazo y se marcha para reunirse con Matías. Este, al verla, le dedica una sonrisa de oreja a oreja y le da un beso en la punta de la nariz tras manchársela de chocolate. Mi madre se la limpia con el horroroso delantal y le da un beso en la mejilla.

Juro que escucho un suspiro salir de entre los labios de mi padre.

Lo miro. Está mirando la escena sin perder detalle.

Le paso un brazo por la cintura y apoyo la cabeza en su pecho.

—¿Todo bien? —le pregunto. Me da un beso en la cabeza y me acaricia el brazo.

—Todo bien. —Me da otro beso y me aparta de su cuerpo para mirarme a la cara—. ¿Cómo te va la vida como mujer independiente?

Abro la boca y la cierro. Fuerzo una sonrisa.

—Fenomenal.

—Tu madre me ha dicho que la casa está muy bien. Me gustaría verla, ¿vamos cuando acabe todo esto?

La imagen de Lander en el comedor de mi casa, o en la cocina, o en el pasillo, me hace tragar saliva con tanta fuerza que temo que mi padre me escuche.

Vacilo. Ahora sería el momento perfecto para contarle el pequeño detalle de que no vivo realmente sola. Quería hacerlo en persona y no por teléfono, ¿no? Pues ya tengo mi oportunidad. Sin embargo, no puedo, porque mi padre me está mirando a mí, pero no me ve. Lo sé porque ya lo he pillado dos veces mirando a mi madre de reojo.

Camino hasta una esquina donde hay una mesa con dos sillas y me siento. Mi padre me imita.

Si cree que no me he dado cuenta de que ha movido la suya para tener un ángulo recto hacia mi madre y Matías, es que se cree que soy tonta.

—Oye, papá, ¿ocurre algo? —No es que quiera retrasar la conversión sobre mi compañero, aunque puede que un poco sí, pero realmente quiero saber si pasa algo.

Primero, el momento ese que no sé qué fue en la boda de mi madre entre los dos. Después, cuando mi madre me preguntó si sabía algo de mi padre, algo que me extrañó porque nunca me han necesitado de mediadora para tener noticias el uno del otro, y ahora esta actitud tan extraña de mi progenitor.

Mi padre se pasa una mano por el pelo, despeinándose, y sacude la cabeza.

—No pasa nada. Creo que estoy cansado, y que tus abuelos me han agotado. —Aunque nunca lo ha dicho abiertamente, creo que mi padre se marchó de Dublín porque se enamoró de mi madre y porque necesitaba poner distancia entre mis abuelos y él.

—¿Siguen sin querer vender la granja?

Sus ojos están un poco tristes cuando me mira.

—Ya sabes lo cabezota que puede llegar a ser mi padre cuando quiere. Según él, todavía le quedan muchos años para retirarse.

Lo de cabezota me suena.

—¿Y según tú?

—Ya lo han operado dos veces de la rodilla. —Coge aire y lo suelta, despacio—. Y sigue esperando que yo deje la enseñanza y me ocupe de la granja.

Ahí está el quid de la cuestión. Mi padre y mi abuelo no se llevan mal. Se quieren y se respetan mucho. Pero eso no quiere decir que mi abuelo lo haya machacado toda su vida con seguir sus pasos. Unos pasos que a mi padre no le gustaban nada porque lo que él quería era recorrer el mundo, aprender muchas cosas y enseñar a los demás todo lo que había aprendido. Es difícil no verlo con un libro en las manos.

¿Será Lander igual? No hemos coincidido lo suficiente como para saber si en sus tiempos libres lee, pero debe de hacerlo, porque me sigue flipando la cantidad de libros que tiene colocados en la estantería de su habitación, y sé que aún conserva algunos en cajas.

Me río internamente al recordar la satisfacción que sentí al cambiarle todos los libros de sitios. Fue una chiquillada, pero que me sentó fenomenal. Una pena perderme su cara.

Mi padre vuelve a mirar a mi madre y esta vez no lo hace de reojo. Se la queda mirando como se mira algo que quieres coger y no puedes. Mi madre está hablando con algunos de sus invitados y tiene a Matías a su lado abrazándola por la cintura.

—Creo que me voy a marchar a Dublín. —No sé muy bien si me lo está diciendo a mí o se lo está diciendo a él mismo, pero lo escucho, y a mí el corazón deja de latirme.

—¿De visita? —pregunto con cautela. Mi padre niega con la cabeza. Sigue con la vista al frente.

—Ya te he dicho que los abuelos no pueden seguir encargándose de la granja, y esa granja lleva demasiados años en la familia como para perderla.

Quiero decirle que no la vamos a perder, que yo me la voy a quedar. Ese ha sido el plan desde el principio. A mi padre no le gusta, pero a mí me apasiona. Por eso regresé a España y estudié veterinaria, porque el día de mañana quiero volver a Dublín y ocuparme de todos esos animales.

Quiero decirle todo eso, pero opto por morderme la lengua. Mi padre es un hombre parco en palabras, cuando a sentimientos se refiere, y no es fácil leer las expresiones de su cara, pero hoy me parecen más cristalino que nunca. No sé si porque le es difícil seguir ocultando cosas o porque se ha cansado de hacerlo.

—La cagaste, papá. —Probablemente no sea lo que quiere escuchar, pero es lo único que se me ocurre decir.

Suelta un suspiro mezclado con una risa.

—Lo sé, créeme.

Me inclino hacia delante.

—No puedes irte a Dublín por eso. Por ellos.

Quiero pedirle que deje de mirarlos, pero no sé cómo. Es como si los ojos se le hubieran quedado fijos en esa dirección.

—No lo hago por ellos. —Se ríe, y no hay ni pizca de diversión en su risa—. O no solo por ellos.

Estoy a punto de pedirle que no se vaya por mí, pero entonces Matías empieza a llamarnos a gritos y caigo en la cuenta de que es su cumpleaños y ni siquiera he ido a saludarlo. Mi padre por fin aparta la mirada de los dos y se centra en mí.

Pienso que la cagó y que hay cagadas que no tienen solución, pero también creo que hay otras que sí que la tienen. No quiero que se marche. Si lo hace, estaría siendo un cobarde.

«Peor es pedirle que se quede para que tú no te sientas sola. Eso es de egoístas».

Me da una palmadita cariñosa en la mano y se pone de pie.

—Vamos a relacionarnos con los demás, que luego dicen que somos unos lobos solitarios. — Y lo somos.

Me levanto yo también y comenzamos a andar hacia la multitud.

—No me dejes solo esta noche —murmura.

—Ni tú a mí.

Terminamos de bajar las escaleras y nos reunimos con el resto de los invitados. A algunos los conozco porque son compañeros de trabajo de mi padre y, por ende, de Matías, pero hay tres o cuatro que no tengo ni idea de quiénes son.

Cuando mi padre se reúne con su exmujer y su nuevo marido, es una persona totalmente diferente a la de hace unos minutos. Miro a la mujer que me dio la vida y me pregunto si sabe que mi padre se quiere marchar a Dublín y, sobre todo, qué pensará al respecto.

Pienso en cómo ha empezado la conversación y decido que no es momento de contarles lo de Lander. Tampoco hay mucho que contar; comparto piso con un chico con el que creía que me llevaba mal y que ahora solo quiero ver desnudo. Sé que, en el fondo, tampoco tendría que dar explicaciones, pues esa era una de las razones por las que me independicé; porque quería mi propia libertad. Aun así, entiendo que quieran saber si su hija vive sola o con el Papa.

De todas formas, no, no es un buen momento. Hay más días que longanizas y ya encontraré el ideal.

Me mezclo con la multitud y al final termino hasta pasándomelo bien. Matías prepara una barbacoa y hay más comida de la que sirvieron en su boda. Cuando llega el momento de los regalos, sonrío con fingida inocencia cuando nos da un abrazo a mi padre y a mí por el regalo porque le encanta. Por supuesto, entra dentro de casa para cambiarse de ropa y ponérselo.

Matías es un buen hombre. Quiere a mi madre y la hace feliz. Me quiere a mí, y eso creo que es lo que está terminando de matar a mi padre.

Aunque le he prometido a mi padre que no lo iba a dejar solo, necesito escabullirme un momento y desaparecer. Me encierro en la que ha sido mi habitación desde que nací y me tumbo en la cama con la vista clavada en el techo. El día de hoy no está saliendo como pensaba. Para empezar, creía que solo iba a comer con mi madre y Matías. Y, para terminar, no termino de encajar con la idea de que mi padre se marche para siempre a Dublín. Que sí, que en mi cabeza

no está terminar mis días en España, sino en esa granja, pero para eso aún quedan años y, llegado el momento, pues ya se verá. ¿Para qué preocuparme por algo de lo que todavía falta mucho?

Me quedo un buen rato aquí encerrada, intentando dejar la mente en blanco. Tendría que haberme traído los cascos, con ellos sí que consigo evadirme del todo.

Unos murmullos terminan con mi pequeña relajación. Frunzo el ceño. Parece que hay alguien que está discutiendo.

Me asomo a la ventana y miro la terraza. Matías está abajo y también muchos de sus invitados, pero no hay ni rastro de mis padres.

Me muerdo el labio, indecisa, y abro la puerta. Lo hago tan despacio que parece que vaya a cámara lenta. Los murmullos son más nítidos, pero no lo suficiente como para entender ni una palabra de lo que están diciendo. Mi Pepito Grillo me diría que volviera abajo y fingiera que no he oído nada. Mi parte de hija me dice que siga avanzando.

Lo hago pegada a la pared y de puntillas. Están justo al girar la esquina, porque puedo verles las sombras.

—Tienes que estar de broma, Patrick. —Sí, son mis padres, y esa que acaba de hablar es mi madre.

El corazón me va a mil por hora.

—No hay nada seguro, ¿vale? Pero...

—Pero te lo estás pensando en serio.

Escucho a mi padre suspirar.

—Sí.

Silencio, y entonces, un sollozo.

—No lo hagas...

—Cara...

—No lo hagas —repite mi madre. Esta vez lo dice sin hipidos, aunque la voz la sigue teniendo rota—. Te marchaste de allí porque no te gustaba esa vida.

—Me marché porque me enamoré de ti.

—¿Y ya no lo estás?

—No puedes preguntarme eso.

—Lo sé, ¿vale? Pero ¿ya no lo estás?

Me tapo la boca con la mano, no sé si para evitar que el corazón me salga disparado o para evitar decir algo.

No sé si quiero que mi padre conteste.

Cierro los ojos.

—Eres el amor de mi vida. ¿Cómo no voy a seguir enamorado de ti?

Me doy cuenta de que estoy llorando cuando al morderme el labio me noto algo salado y húmedo en ellos.

Tengo que salir de aquí.

Doy media vuelta y bajo corriendo las escaleras. Estoy a punto de irme de casa cuando caigo en que Matías está aquí, en que puede subir en cualquier momento y pillar a mis padres haciendo quién sabe qué. Y tendría motivos para enfadarse con ellos, y no se lo podríamos reprochar. Y, aunque no pasara absolutamente nada entre ellos, aunque mi madre haya dado media vuelta y se haya marchado tras escuchar la confesión de mi padre, la conversación que acabo de escuchar no está bien. Porque mi padre la cagó, porque mi madre decidió no volver con él, porque mi padre se hizo a un lado y siempre fue amigo, porque mi madre se acaba de casar con otro.

Aun así, son mis padres, y protegerlos es lo único que quiero hacer.

Me limpio la cara con las manos, asegurándome de borrar cualquier lágrima que pudiera quedar, y salgo a la terraza. Me uno a las conversaciones como si de verdad me importara lo que están contando.

Tras diez minutos, aparece mi padre. Lo hace impasible, con paso ligero. Se acerca donde estoy, me sonríe, y se une a la conversación. Mi madre aparece apenas cinco minutos después. Lo hace con una tarta en la mano y cantando el cumpleaños feliz. Me fijo en sus ojos; se ha maquillado.

Mis padres no se miran ni una sola vez, y yo no les quito ojo a ninguno de los dos en la siguiente media hora. Al final, decido que ya he tenido demasiadas emociones por un día y que necesito irme a casa y seguir estudiando para el examen.

Ojalá tuviera una bañera en la que poder sumergirme durante un rato y olvidarme de todo.

24. La cucaracha

Lander

Meto la mano en la urna y saco uno de los papelitos. Lo desdoble y frunzo el ceño al ver lo que hay escrito: «*Buscando a Nemo*». Vale, no he visto la película, pero sé cuál es.

Miro a mi hermana Alba, mi compañera en este juego adictivo y competitivo de adivinar películas, y levanto el pulgar en señal de que ya estoy listo y de que, por supuesto, vamos a ganar.

Los Aguirre tenemos lo que podría llamarse una vena un pelín competitiva. Los cinco. En estos momentos sí que me apiado de mi cuñado, porque sé que el pobre preferiría estar ejerciendo de guardaespaldas de un capo de la mafia que aquí con nosotros, pero es lo que hay.

Miro a Amanda, que es la que controla el reloj de arena, y asiento.

—¡Listo! —grita esta una vez empieza el polvo blanco a caer.

Miro a Alba y le muestro tres dedos.

—Tres palabras. —Está tan nerviosa que como siga acercándose al borde del sofá cada vez que habla terminará cayéndose al suelo.

Asiento de forma enérgica con la cabeza y continúo.

Acorto los brazos, me pongo las manos a la altura de los brazos, y los agito mientras me muevo por la habitación.

—¡¡*Angry Birds*!! —chilla Alba. Juro que va a quedarse afónica.

Dejo de moverme y la miro mal. Muy mal.

—¿*Angry Birds*? ¡¿En serio?!

—¡Estás volando!

—¡No estoy volando!

—¡¡Que no se puede hablar!! —vociferan María, Tamara y Amanda a la vez. Pongo los ojos en blanco y continúo con mi actuación. Vuelvo a mostrarle tres dedos. Tres, no dos, y de nuevo a moverme por la habitación.

—¡*Los Pájaros*, de Alfred Hitchcock!

Me vuelvo hacia ella cabreado.

—¡Que te he dicho que no estoy volando! ¡Y *Los Pájaros* tiene dos palabras y son tres!

—¡Pues deja de mover los brazos como si lo estuvieras haciendo! ¡Me confundes!

—¡¡Que os calléis!! —Miro a Santi. Se ha cogido el bol de palomitas y se las está comiendo a puñados mientras nos mira. Buen chico.

Me tapo la nariz, me lanzo al mar y finjo que me ahogo. Después, hago ver que no, que me he perdido.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

Echo un vistazo al tiempo; está a punto de acabarse. Vuelvo a mirar a mi hermana muy mal. Esta resopla y pone los ojos en blanco.

Saco tres dedos, muevo las aletas y doy vueltas como si estuviera perdido.

—¿*Sharknado*?

—¡¡Tiempo!! —Amanda está tan emocionada que se le tendría que penalizar. Lanzo el papelito sobre la mesa, cabreado, y me cruzo de brazos. Alba se inclina para cogerla.

—¿*Buscando a Nemo*? —Se levanta del sofá de un salto, como si le hubiesen puesto chinchetas en el culo, y me apunta con el papelito—. ¿Tenías *Buscando a Nemo* y te pones a mover los brazos como si estuvieras volando?

—O dándole un ataquito. No sabría diferenciarlo muy bien. —Miro a Santi. Espero que se atragante con la siguiente palomita. Devuelvo mi atención a Alba.

—Eran aletas, Alba. ¡Aletas! —Se me queda mirando muy fijamente.

—¿De verdad te crees que eso eran aletas?!

—¡Pues claro, porque estoy nadando en el mar!

—¿Cuánto hace que no vas a la playa?

Todos se ríen. Todos menos yo, claro. María se levanta, coge el rotulador con el que estamos anotando los puntos, y dibuja una X bien grande al lado de mi nombre y del de mi hermana.

Esta bufa y se recuesta en el sofá.

—A la próxima me pido ir con una de las gemelas. Yo paso de ir con el hombre que es pez y se cree pájaro.

Tamara y Amanda se ríen, porque van ganando. María le achucha a su marido para que juegue mejor en su próximo turno, que, por cierto, no se ha atragantado con ninguna palomita, y Alba se cruza de brazos y me ignora durante diez minutos seguidos.

Mejor. Yo he hecho una mímica perfecta. Si ella no ha sabido verlo, es su problema, no el mío.

Cuando terminamos de jugar, me siento más cansado que cuando corro una maratón. Las gemelas se han hecho con la victoria, a pesar del enfado de sus dos hermanas mayores.

Miro la hora y compruebo que ya son las ocho y media. Es hora de irme. Llevo con el culo postrado en el sofá de casa de María desde las once de la mañana, creo que mi jornada familiar ha llegado a su fin. Además, mañana a las cinco y media ya estoy en pie para salir a correr y, aunque normalmente no necesito muchas horas de sueño, de vez en cuando es como si le dieran al interruptor, mi energía se agotara y necesitara quince horas seguidas para volver a ser yo.

Mis hermanas siguen discutiendo, por lo que decido recoger los boles y los vasos y llevarlos hasta la cocina. Los enjuago bajo el agua y los meto en el lavavajillas.

—Tienes que reconocer que eso que has hecho era de todo menos un pez. —María se coloca a mi lado y me ayuda a llenar el lavavajillas. Pongo los ojos en blanco por su comentario.

—Yo me he visto muy bien.

—Mira. —Juntas las mejillas hasta hundirlas y saca morritos. Los mueve un par de veces como si los estuviera abriendo y cerrando y después vuelve a su posición natural—. Todo el mundo sabe que esto sí que es un pez.

Enjuago los últimos platos y cierro el lavavajillas. Me lavo las manos con agua y me las seco con el trapo que me pasa María.

Por cómo me mira, sé que quiere decirme algo y que no tiene nada que ver con mi actuación de esta noche. Me cruzo de brazos y me cuelgo el trapo al hombro, listo para el combate.

—Suéltalo ya. La última vez que me hiciste una encerrona acabé mudándome de casa.

—Pero te ha ido bien. ¿O no?

Pienso en Violet. Casi había conseguido no pensar en ella en todo el día. Casi. Aunque es difícil cuando cualquier imagen suya se recrea en tu mente como si le hubieras dado al *play* y hubieras borrado el de *pause* de la faz de la tierra.

Sobre todo, la imagen de ayer por la noche saliendo de casa para irse a trabajar.

—¿Vamos a hablar de Violet? Porque para eso necesito un chupito de absenta. —O dos. María se balancea sobre los talones. A mí se me eriza hasta el vello de la nuca—. María...

—Tú sabes que te quiero, ¿verdad? —Cuando una frase empieza así, nunca puede ser porque lo que viene después sea bueno. Enarco una ceja—. Y que eres el mejor hermano del mundo.

Esa es la frase para rematar.

Reprimo poner los ojos en blanco.

—María, ¿qué quieres?

Echa un vistazo por encima del hombro y vuelve a balancearse sobre los dos pies.

—Verás, el sábado que viene nos ha surgido a Santi y a mí un compromiso y, bueno, nos haría mucha ilusión ir, pero, claro, no podemos dejar a Nico y a Gael solos en casa todo el día, solo tienen tres años. Bueno, casi cuatro, que si me escuchan se enfadan.

—¿A qué hora quieres que pase a por ellos?

Mejor acabar con esto de raíz, porque si dejo hablar a María no me marchó de aquí hasta el año que viene.

Sonríe emocionada mientras da palmas.

—¡Nosotros te los llevamos! Aunque puedes venir aquí con ellos, si quieres.

Sí, podría. Su casa es más grande y tienen sus propios cuartos, pero no me gusta quedarme en casa de mi hermana teniendo la mía.

Niego con la cabeza.

—No hace falta. Además, así ven dónde vivo. Seguro que a ellos les gusta.

—¡Fantástico! Íbamos a dejarlos con los padres de Santi, pero no pueden, así que nos hemos dicho; ¿querrán quedarse con su tío favorito? Y, ¿sabes qué? ¡Qué sí que quieren! ¿No es una pasada?

Lo que es una pasada es lo lianta que es mi hermana.

—¿Cuándo te he dicho yo que no a quedarme con mis sobrinos?

—Nunca, jamás, por eso eres el mejor hermano del mundo y el favorito de esos dos.

Ahora sí que no me reprimo a poner los ojos en blanco. Dejo el trapo sobre la encimera y me encamino hacia la puerta.

—Ya me diréis a qué hora me los traéis.

—Yo creo que sobre las ocho estará bien, cuando salgas de trabajar.

Freno en seco y me doy la vuelta.

—El sábado no trabajo.

—Claro, te los llevaremos el viernes a las ocho de la tarde.

Lianta se queda corto.

—Me has dicho el sábado a pasar el día.

María tuerce el morro.

—Estoy segura de que te he dicho el viernes a dormir.

Abro la boca, pero la cierro. Es inútil.

Salgo de la cocina y me dirijo al comedor.

—¡Tu mujer es una manipuladora! —grito con la esperanza de que mi cuñado me escuche. Su carcajada me confirma que sí lo ha hecho.

—¡Gracias, cuñado!

Le doy un abrazo a mi hermana, un beso en la sien y me marchó de esa casa antes de que me pidan algo más, como acompañar a mis sobrinos a un cumpleaños. Me entra un escalofrío solo de pensarlo. Creo que para eso aún no estoy preparado.

Aunque mi casa de la de María no está lejos, decido que esta vez cogeré el metro, pues ya tengo ganas de llegar. Además, si el viernes voy a quedarme con mis sobrinos, necesito recargar energía estos cinco días porque, seamos sinceros, adoro a esos niños, pero son como Lucifer y su

hermano gemelo.

El metro va hasta los topes para ser un domingo por la tarde. Llevo viviendo en Madrid desde que nací y todavía me sorprende por la cantidad de gente que hay a todas horas en todas partes.

No son muchas paradas, así que cuando entro en el vagón no me alejo mucho de la puerta. Tampoco podría. Moverse aquí es casi misión imposible. Me paso todo el trayecto mirando a la gente. Es curioso la cantidad de personas que hay en el mundo y lo diferentes que somos unos de otros. Ya no solo físicamente, sino también en forma de ser. Incluso Amanda y Tamara o Nicolás y Gael, que son tan iguales y yo los distingo con los ojos cerrados porque me parecen totalmente opuestos.

Llega mi parada y salgo del metro entre empujones, pisotones y resoplidos. Por estas cosas prefiero ir andando o con la moto.

Entro en mi portal y comienzo a subir las escaleras. Cuando voy por el tercer piso, lo escucho. Es un grito. Me paro en seco y agudizo el oído. No viene de ningún piso de los de abajo, sino de los de arriba.

Empiezo a subir un poco más rápido, y lo vuelvo a escuchar. Es un chillido, y es de histeria. El corazón se me para a la vez que la sangre me llega a los oídos y me los taponan.

—Violet...

Creo que en mi vida he subido tan rápido unas escaleras.

Se me caen las llaves al suelo en cuanto las saco del bolsillo del vaquero. Las recojo y me cuesta dos intentos meterla en la cerradura y darle la vuelta. En cuanto abro la puerta, vuelvo a escuchar el chillido. Cierro de un portazo y vuelo hasta la habitación de Violet, porque puedo jurar que mis pies han dejado de tocar el suelo.

Un millón de imágenes se me pasan por la cabeza en un momento, pero en ninguna de ellas estaba la posibilidad de encontrarme a Violet histérica de pie en la cama y dando vueltas mirando el suelo.

—Violet. ¡¡Violet!! —Se gira, me mira, y veo pánico en su mirada—. ¿Qué pasa, Violet? ¡¿Qué pasa?!

Entro en la habitación y me pongo a mirar el suelo como ella, porque no sé qué otra cosa hacer. Casi espero que me salga una mano de debajo de la cama y me agarre el tobillo.

—¡Cucaracha! —la escucho decir.

Dejo de mirar el suelo y la mira a ella.

—¿Qué?

Sigue dando vueltas por la cama y señala el suelo.

—Estaba estudiando tan tranquila y he notado algo rozándome los pies —le da un tembleque y pone cara de asco—, cuando he mirado, he visto una cucaracha junto al dedo meñique.

No sé cómo reaccionar. Tengo el corazón latiéndome con fuerza contra el pecho, la sangre bulléndome, fatiga y un sudor frío recorriéndome la espalda. Todos son síntomas de un ataque al corazón.

Un ataque que casi me lo provoca Violet por una cucaracha.

—Has chillado histérica, Violet. Histérica. —Para lo nervioso que estoy, la voz me sale de lo más calmada y pausada.

Violet deja de moverse, aunque no se baja de la cama.

—¿Has oído lo de la cucaracha haciéndose amiga de mi meñique?

—¿Y tú has oído lo de que has chillado histérica? —Me llevo una mano al pecho. Cojo aire y lo expulso muy lentamente. Es la calma que precede a la tempestad—. Estaba subiendo las escaleras y casi me matas de un susto. ¡Creía que te estaba pasando algo!

No he podido evitar elevar un pelín la voz.

Me mira ofendida.

—¡Odio las cucarachas! ¡Me dan mucho asco!

—¡Y a mí me da miedo morirme de un paro cardíaco! —Resoplo—. Joder, mucha veterinaria, pero te da miedo una pobre cucaracha.

—¿Pobre? ¡Es enorme! Además, las cucarachas son bichos asquerosos. ¡No los puedes acariciar o dar de comer! Sin contar con que transmiten, lepra, disentería, peste bubónica, infecciones varias...

La cucaracha aprovecha ese momento para salir de debajo de la cama y venir hacia mí. ¡Mierda, sí que es enorme!

Hago lo más maduro que podía hacer; doy un salto y me subo a la cama junto a Violet.

—¡Es enorme!

—¡Te lo he dicho! —A esa cucaracha le han dado dos *petit suisses* de fresa para desayunar. Violet se vuelve hacia mí y me da un manotazo en el brazo—. No puedes subirte aquí.

—¿Por qué?

—Tienes que matarla.

—Es como matar a Godzilla, joder. ¡Es muy grande!

La cucaracha se pasea por el cuarto de Violet como si fuera su casa y no hubiese dos adultos histéricos subidos a una cama.

Violet me señala los pies.

—¡Te has subido con zapatillas a mi cama! ¿Dónde está la regla de quitarse los zapatos nada más entrar en casa?

—Se rompe en el momento en el que crees que a tu compañera la está violando una secta satánica.

De repente, una segunda cucaracha sale también de debajo de la cama.

Violet vuelve a chillar.

—¡Me muero! ¡Qué asco, qué asco, qué asco!

Empieza a empujarme para que me baje de la cama, pero a mí me ha entrado un repelús que me muero.

—Tienes que matarlas.

—¿Por qué yo? Es tu habitación.

—Esa no es una razón lógica. —Juro que una de las cucarachas se ha girado y nos está mirando fijamente. Violet comienza a darme manotazos en la mano a la vez que la señala—. Nos está mirando —susurra.

—Porque sabe que queremos acabar con ella.

—No es momento para ponerse gracioso. —La cojo de la mano para que se esté quieta porque me está poniendo muy nervioso. No reniega.

Pienso en un plan, pues quedarnos de por vida en esta cama no lo veo muy factible.

Se me enciende una bombilla.

—Las aspiraremos. —Violet me mira como si se me hubiese ido la olla—. Mientras yo intento darles caza, tú vas a la cocina y traes la aspiradora.

—¿Tenemos aspiradora? —Pongo los ojos en blanco.

—Cuando acabemos con esto, nos sentamos e ideamos un plan de convivencia. El que confeccionamos con Edu y Andrea está claro que hace aguas.

Bufa, cansada.

—Estaba de coña, sé dónde tenemos la aspiradora.

Miramos de nuevo a las cucarachas. Están localizadas, y espero que siga siendo así, porque como se metan bajo el mueble o se escabullan de la habitación, estamos perdidos.

—Entonces, ¿trato hecho?

Hace pucheros. A pesar de la situación, pienso que está guapísima cuando hace pucheros.

Seguimos cogidos de la mano y con la fuerza con la que me aprieta no sé si se me va a gangrenar.

—¿A la de tres?

—Como me persigan, me muero.

—Le diré a tu familia que luchaste como una valiente.

Refunfuña, suelta un montón de improperios por lo bajo y me suelta la mano para colocarse a mi espalda. Sus dedos se ciñen a mi camiseta.

—Vale, estoy lista.

Me quito una de las zapatillas con cuidado y bajo de un salto. La tengo tan pegada a mí que por poco no nos vamos al suelo. Echa a correr fuera de la habitación mientras yo voy a la caza de las cucarachas con la zapatilla en la mano.

Violet no deja de gritar en ningún momento.

Consigo matar a la más pequeña, pero la que rivaliza con Godzilla se me escabulle y sale de la habitación.

—¡Ha salido de la habitación y va hacia el pasillo! —Le advierto a Violet mientras la persigo.

—¡No me jodas, no me jodas, no me jodas!

Violet sale de la cocina con la aspiradora en la mano al tiempo que la cucaracha y yo nos cruzamos en su camino. Esta vez, cuando salta, lo hace sobre mi espalda y se encarama a mí cual koala. Me rodea la cintura con las piernas y el cuello con los brazos.

Aprieta tanto que estoy seguro de que estoy poniendo azul.

—Afloja un poco el agarre, que me empieza a faltar el oxígeno. —Lo hace, aunque sigue apretando con ganas. No sabía que tuviera tanta fuerza.

Persigo a la cucaracha con Violet subida a mí mientras me chilla en el oído y me deja sordo. Tras un par de intentos fallidos, acabo matando al bicho. Parecía la lucha de David contra Goliat.

Cuando acabo, estoy sudando más que cuando coordino una sesión de *crossfit*. Le quito la aspiradora a Violet de la mano y aspiro las dos cucarachas. Al Koala de mi espalda le da un escalofrío que hace que mi cuerpo también vibre.

—Ni se te ocurra tirarlas a la basura.

—¿Y qué quieres que haga con ellas, me las como?

—No lo sé. —Voy camino al cuarto de baño—. ¿Qué haces?

—Las voy a tirar por el váter.

—¡No puedes hacer eso! ¿Y si estoy haciendo pis y se me meten por ahí? —Suelto una carcajada—. No te rías, lo estoy diciendo muy en serio.

—Están muertas y nada se te va a meter por ahí.

Es justo cuando termino de decir la frase que soy consciente de que Violet sigue encaramada a mi espalda. Parece que ella también se da cuenta, porque tensa el cuerpo y siento cómo afloja las piernas.

—¿Te ayudo a bajar?

—No, yo puedo.

Primero se sueltan las piernas y por último sus brazos.

Nos sumimos en un silencio que, por primera vez desde que nos conocemos, no es incómodo. Me doy la vuelta y quedamos cara a cara. Tiene el pelo revuelto y el pecho le sube y baja con

rapidez. Las gafas se le han deslizado un poco por el puente de la nariz, así que alargó la mano y se las subió para colocárselas bien. Después, cojo un mechón de pelo y se lo paso tras la oreja después de enredármelo en el dedo y hacer un tirabuzón con él. Me parece que Violet está aguantando la respiración, o a lo mejor soy yo, porque no sé muy bien si sigo respirando.

Estoy experimentando la misma sensación que el jueves, cuando la toqué en la clase de pilates.

—Estás hecho un desastre —suelta de sopetón, provocándome una carcajada.

Aparto la mano de su oreja y la guardo tras mi espalda.

—No esperaba otro tipo de cumplido viniendo de ti.

Las mejillas se le encienden, tiñéndoseles de rojo, lo que combina con la agitación por el espectáculo vivido con las cucarachas.

Doy un paso atrás y levanto la aspiradora.

—Iré a la calle y la vaciaré en un contenedor. ¿Mejor?

—Sí, muchas gracias.

Silbo, sorprendido.

—¿Acabas de darme las gracias? Y con un «muchas» delante, guau.

Chasquea la lengua contra el paladar.

—No te acostumbres.

—No pensaba hacerlo.

Recojo mi zapatilla y me la pongo. Justo cuando estoy a punto de abrir la puerta de la calle, Violet me llama.

—El sábado de la siguiente semana es el cumpleaños de Andrea y le he preparado una fiesta sorpresa. Me ha pedido que te invite.

—¿Quién te lo ha pedido? ¿Andrea?

—Sí.

Creo que acabo de perderme parte de la conversación.

—¿No has dicho que era sorpresa?

—Sí.

—Pero Andrea te ha dicho que me invites.

—Según ella, ahora somos casi familia, algo a lo que yo no le encuentro sentido, pero no tengo energía suficiente para discutir con ella.

Suelto una pequeña carcajada.

—No sé si entiendes bien el concepto de sorpresa.

Violet resopla.

—Es complicado.

—Explícamelo.

—No tengo tiempo. ¿Vas a venir o no? Necesito saberlo para organizarme. —Los dos sabemos que uno más uno menos es una tontería, pero ninguno dice nada. Me llevo una mano a la cadera y finjo que lo estoy pensando. Ya sabía lo del cumpleaños de Andrea. Edu me lo ha dicho. Aun así, me gusta torturar a Violet, y creo que lo estoy consiguiendo. La paciencia de esta chica está bajo mínimos—. ¿Piensas contestarme?

—¿Tú quieres que vaya?

—No. —Suelto una risotada. Parece que ha desaparecido toda complicidad conseguida con la cucaracha. Violet aparta la mirada y se muerde el labio. ¿Se le han vuelto a teñir las mejillas de rojo?

—Genial, pues entonces cuenta conmigo.

Murmura algo por lo bajo que no llego a escuchar, pero me apuesto el brazo derecho a que no se trata de nada bonito.

Voy hasta la puerta de entrada y la abro. Sin embargo, me giro en el último momento. Sigue plantada en medio del pasillo.

—Sobre lo de antes, si solo querías abrazarme no tenías nada más que decírmelo, no hacía falta que te engancharas a mí como un koala. —Le guiño un ojo—. Yo a este tipo de afectos no me niego nunca.

Su «capullo» es lo último que escucho antes de salir de casa y bajar las escaleras. Está claro que nos gusta meternos el uno con el otro. A lo mejor, la energía que necesito para soportar el viernes con mis sobrinos son más sesiones con Violet, y no curas de sueño.

25. Odio tener pesadillas

Lander

La nieve está cayendo con fuerza y no tiene pinta de que vaya a parar. Me empapa el pelo y la camiseta, que noto pegajosa sobre mi cuerpo. Hace frío y no dejo de tiritar.

Intento andar, pero esta me llega hasta las rodillas y me lo impide. De repente, veo unas luces a lo lejos que me ciegan. Parecen las luces de un coche, pero no estoy seguro hasta que lo tengo prácticamente encima.

Me va a embestir.

Intento moverme, gritar, lo que sea, pero es imposible. Por lo visto, no solo me fallan las piernas, sino también las cuerdas vocales.

Veo al conductor y también al copiloto. Son mis padres.

Agito los brazos, porque parece que es lo único que puedo mover, intentando captar la atención de alguno de los dos, pero no me ven. Seguro que es por culpa de la nieve, que no deja de caer y lo está tiñendo todo de blanco.

De repente, el coche comienza a dar vueltas, perdiendo el control. Intento gritar, pero es inútil, y el coche se va acercando cada vez más y más, hasta que lo tengo tan cerca que solo atino a cerrar los ojos y a esperar el golpe.

Me despierto sobresaltado y empapado en sudor. Me toco el cuerpo, como si estuviera comprobando que no he sido arrollado por ningún vehículo, y miro a mi alrededor porque por un momento no tengo ni idea de dónde estoy, hasta que veo la pared de mi habitación y la televisión encendida de mi cuarto.

Me toco el cuerpo; estoy empapado.

Me incorporo hasta quedar sentado, con las piernas ligeramente abiertas y los codos apoyados en las rodillas. Me llevo una mano al pecho; el corazón me late tan fuerte que estoy seguro de que no puede ser normal. Me paso la mano por el pelo y suspiro. Hacía mucho que no sudaba tanto por la noche, y menos en invierno.

También hacía mucho tiempo que no tenía pesadillas. Casi un año, para ser exactos, pero hoy he tenido una y ha sido de las grandes, porque puedo jurar que he notado el coche aplastándome el pecho y he visto con tanta claridad la cara de mis padres que por un momento parecía que podía hasta tocarlos.

He visto su sufrimiento, su dolor, como si supieran lo que estaba a punto de suceder y no pudieran hacer nada al respecto.

Me levanto y voy a la cocina a por un vaso de agua. Tengo la boca pastosa y me cuesta tragar. Como el corazón siga latiéndome así de fuerte, acabaré por quedarme sordo.

No me doy cuenta de que estoy temblando hasta que abro el armario para coger un vaso y veo que la mano me baila.

Lo odio.

Odio tener pesadillas.

Odio reaccionar así a ellas.

Odio que mis padres ya no estén.

Me apoyo en la encimera y agacho la cabeza, intentando así controlar la respiración. Es una

técnica que nos enseñó la terapeuta a la que fuimos los cinco hace años, cuando todo pasó. En ese momento, recuerdo que pensé que era una tontería y que no le encontraba el sentido. Supongo que era porque estaba enfadado con el mundo y no le encontraba sentido a nada, pero es cierto que he terminado usándola mucho durante todos estos años y me funciona. Me ayuda a que los latidos se ralenticen y a que no sienta que está a punto de parárseme el corazón.

Me ayuda con los ataques de pánico, esos que me daban hace años y que yo creía que habían desaparecido. No tengo ni idea de por qué han vuelto, pero no me gusta.

Vuelvo a intentar coger un vaso y esta vez lo consigo, aunque la mano me sigue temblando. Me lo lleno con agua del grifo y me lo bebo de un trago. Sigo teniendo el pijama sudado y también el pelo, que se me pega a la nuca.

Me lleno dos vasos más de agua, pero la ansiedad no desaparece, y tampoco esta sensación de vacío que tengo en el pecho.

Ni siquiera me doy cuenta de que estoy apretando el vaso de cristal hasta que este se parte y me corta la palma. Abro la mano y veo horrorizado cómo trozos de cristal se mezclan con la sangre, que gotea, manchando la encimera y también el suelo.

—¿Lander? —Levanto la cabeza y me encuentro a Violet en la puerta. Mira el suelo, mi palma de la mano y luego otra vez el suelo—. ¿Qué ha pasado?

Se acerca hasta mí, me coge de la mano y la pone bajo el grifo.

La sangre se mezcla con el agua, volviéndolo todo rosa.

—Lander, pero ¿qué ha pasado? —Me muerdo el labio, porque escuece, y cierro los ojos.

—Se ha roto un vaso.

Noto las yemas de los dedos de Violet trazando líneas sobre mi palma.

—Tienes cristales pegados, tenemos que ir al hospital.

—¡No! —grito, ni siquiera la dejo terminar. Abro los ojos y me encuentro con los suyos—. No quiero ir al hospital.

—Pero...

—No. —Cojo aire y lo suelto—. Por favor.

No sé qué ve en mis ojos, o en mi tono de voz, pero solo asiente y no insiste más. Sigue con mi mano bajo el grifo, dejando que la sangre termine de irse por el desagüe. Por suerte, se corta pronto la hemorragia.

Me fijo en los pies de Violet.

—Estás descalza.

—Llevo calcetines.

—Te puedes cortar igualmente.

—Tú también. —Me miro los pies. Es cierto, también voy descalzo.

Violet cierra el grifo y coge un paño de cocina. Me seca los dedos y la mano envolviendo la herida.

—Hay que quitarte los cristales. ¿Puedo, al menos, avisar a nuestro buen amigo el médico?

Sé que suena infantil, y perjudicial para mí, pero no quiero médicos.

Niego con la cabeza y Violet suspira.

—De acuerdo, pero hay que quitarte los cristales. ¿Sabes si tenemos botiquín?

—En el armario del cuarto de baño.

—¿En serio? —Arruga la nariz y yo sonrío. Por primera vez desde que he tenido la pesadilla, sonrío.

Violet deja el trapo sobre la encimera.

—Voy a por él, espérame en el comedor.

Me suelta la mano y yo siento un ligero vacío, algo así como frío. Hago lo que me pide y me voy a esperarla al comedor. Lo hago saltando los cristales y la sangre que hay en el suelo.

Con la mano que tengo libre me froto la cara. ¿Cómo se ha podido estropear tanto la noche? ¿Por qué he tenido esta pesadilla? Hoy. Ahora. Creía que ya las había superado.

Que...

—¿Listo? —Violet está de pie, justo delante de mí, con un botiquín en una mano y un paquete de toallitas desmaquilladoras en la otra. Al darse cuenta de que las estoy mirando, me las enseña—. No hay algodón, así que usaremos esto. ¿Me dejas?

Señala el sofá y yo asiento. Aunque he encendido la luz principal, Violet se incorpora sobre mí para encender la lamparita de pie que tenemos junto al sofá. Enfoca mi mano con ella y me la vuelve a coger.

—Déjala aquí. —La coloca sobre su regazo. Abre el botiquín y saca alcohol y unas pinzas. Las desinfecta y me mira—. Si te escuece mucho me lo dices, ¿vale? Y tengo que advertirte que, si gritas, gritaré yo también. Es lo que se llama acción reacción.

Las comisuras se me estiran ligeramente hacia arriba.

—Entendido.

Si la mano no me escociera y no estuviera tan bloqueado como estoy, le haría una foto a Violet y la pondría en grande en el comedor. Su cara de concentración es digna de admirar.

Durante unos minutos, no se escucha nada. Está concentrada quitándose los cristales uno a uno despacio, con una calma infinita, mientras yo miro a todas partes menos la palma de mi mano. Soy capaz de desmayarme si lo hago.

—Siento mucho si te he despertado —digo al cabo de unos segundos. Lo que sea con tal de hacer que el tiempo pase más rápido.

Siento su pulgar rozando el mío.

—No me has despertado, estaba estudiando.

—¿A estas horas? Es muy tarde.

—Bueno, tengo un examen pasado mañana. Es lo que tiene la vida de estudiante. —Coge el antiséptico y me lo enseña—. Voy a echarte un poco.

—¿Has acabado con los cristales? —Le quita el tapón.

—Me quedan un par. Lo estás haciendo muy bien, campeón. Luego te buscaré una pegatina como premio.

—Prefiero una piruleta.

—Creía que no comías dulce.

—No he atracado un supermercado como tú, pero me gusta comer dulce de vez en cuando. No soy un bicho raro.

—Si tú lo dices... —Espolvorea el líquido sobre la herida y yo me trago un gruñido. Violet se lleva la palma a los labios y sopla sobre ella—. Del uno al diez, ¿cuál es el nivel de dolor?

—Quince.

Chasquea la lengua contra el paladar.

—Quejica... —Sonrío, y Violet me devuelve la sonrisa.

Volvemos a quedarnos en silencio y me gusta. No es incómodo, es natural. Como si estar Violet y yo en la misma habitación sin querer matarnos el uno al otro fuese lo más natural del mundo. Estoy relajado, y por la expresión de su cuerpo y su rostro, sé que ella también, y eso me gusta. No entiendo muy bien por qué tenemos que llevarnos mal, la verdad. Soy un tío simpático, o eso dicen mis hermanas.

Violet sigue con la cura y yo aprovecho para estudiarla en profundidad. Me gusta. No Violet,

sino mirarla. Tiene una cara dulce y refinada, la nariz respingo y los labios finos, y creo que no me canso de verla con gafas. Nunca pensé que unas gafas pudieran quedarle tan bien a alguien.

—Lander.

—¿Sí?

Me quita el último trocito de cristal —o espero que sea el último, porque me escuece bastante—, y me da golpecitos con una gasa sobre la herida. No lo hace de forma brusca. Lo hace lenta, delicada. Me recuerda a María cuando tiene que curar a alguno de los mellizos.

—¿Por qué has roto un vaso de cristal con la mano? —Contengo el aliento y ella se da cuenta, porque deja de frotarme la herida y me mira.

Lo hace preocupada, y eso hace que mi pecho se contraiga. Siento un escalofrío, como si estuviera reviviendo el accidente de nuevo. sé que Violet lo ha notado, porque sacude la cabeza y vuelve a centrarse en la herida.

—Olvidalo, no tendría que haber preguntado, lo siento. —Agacha la cabeza y oculta el rostro tras el pelo. Quiero estirar la mano y apartárselo. Decirle que no pasa, que está todo bien, pero la verdad es que no lo está, porque sigo teniendo un agujero en el pecho, justo donde el coche iba a impactar, por no contar que sigo teniendo frío, como si la nieve siguiera cayendo sobre mí. Como si no hubiese dejado de empaparme.

—Me tocó madurar muy joven y de golpe —empiezo a decir de golpe, casi sin pensar. Violet vuelve a levantar la cabeza y me observa. No sé si son sus ojos que me miran con cariño, o el roce de sus dedos sobre mi piel. O el silencio. O la presión en el pecho. No tengo ni idea de qué es, pero sé que ahora que he abierto la boca, no voy a ser capaz de cerrarla—. Apenas tenía dieciocho años cuando nos llamaron del hospital para decirnos que nuestros padres habían sufrido un accidente de coche y que estaban en el hospital. Por lo visto, la carretera estaba helada por culpa de la nieve y ellos no llevaban puestas las cadenas. Recuerdo como si fuese ayer cuando llegué al hospital. Lo hice de la mano de María. Nosotros éramos los mayores y los que teníamos que estar allí. Alba, Tamara y Amanda eran demasiado pequeñas para enfrentarse a algo así, sobre todo las gemelas, pues apenas acababan de cumplir los once años, y pensamos que era mejor que se quedaran en casa al cuidado de una vecina.

Cierro los ojos un momento. Si lo hago, a lo mejor olvido el sonido del teléfono sonando.

—Por aquel entonces, ni mi hermana ni yo pensamos que estábamos cometiendo un error, pues, aunque éramos mayores de edad, no dejábamos de ser unos críos que no tenían ni idea de a lo que estaban a punto de enfrentarse. —Abro los ojos. Violet tiene los suyos abiertos de par en par. Me centro en ellos, como si lo de mi alrededor hubiese desaparecido—. Cuando llegamos, nuestra madre estaba dormida. La habían tenido que inducir al coma y solo tocaba esperar a ver si se despertaba. Los médicos intentaron explicarnos lo que había pasado, pero nosotros no queríamos saberlo, pues solo nos preocupaba poder verla.

Si cierro la mano en un puño puedo notar sus dedos fríos alrededor de los míos, inerte, sin vida, aunque no quisiéramos verlo.

—Dejé a María con mi madre y me fui a buscar a mi padre. Él sí que estaba despierto. —Una imagen de mi padre postrado en esa cama me cruza la mente igual de rápido que una estrella fugaz cruza el cielo. Ojalá pudiera pedir un deseo—. Llevaba tantos tubos y tenía la cara tan magullada que era muy difícil reconocerlo. Le habían tapado uno de los ojos con un parche y rapado el pelo, pero seguía siendo él. Era su cuerpo, su ropa. Era su sonrisa. —Sonrío, recordando, y un nudo enorme amenaza con atascarme la garganta—. Porque cuando mi padre me vio entrar en la habitación, sonrió, y yo tuve que tragarme la bilis que me quemaba la garganta.

Tenía tantas ganas de llorar que el pecho me ardía, pero no podía. Al menos, no delante de él. Tenía que tragármelo todo y ser fuerte. Por él, por mi madre y por mis hermanas.

Llevo tanto rato sin parpadear, fijo solo en el marrón de los ojos de Violet, que tengo que apartar la mirada y centrar la vista en otra parte. Paso de la ventana, al sofá, a la televisión, al suelo y, por último, al techo.

—Recuerdo que estiró un dedo y yo fui corriendo a agarrarme a él. Lo hice con tanta fuerza que estoy seguro de que le hice daño, aunque no protesto. Me senté a su lado y me llevé su mano con cuidado a la cara. Necesitaba que me tocara, que me acariciara como siempre hacía. Pero, sobre todo, necesitaba que me dijera que todo iba a salir bien, que mi madre despertaría y que él se levantaría de esa cama.

Dejo de hablar de golpe y trago saliva. O, más bien, lo intento, porque juraría que el nudo de la garganta se ha hecho enorme, porque mi padre no dijo nada de eso. Se limitó a mirarme mientras una lágrima le caía por el rabillo del ojo que no tenía vendado. Me apretó la mano con la poca fuerza que tenía y comenzó a trazar círculos sobre mi palma. Era un juego nuestro de cuando yo era pequeño. «Nosotros dos contra ellas cinco, campeón», me decía siempre, aunque sabíamos que eso era imposible porque mi padre besaba el suelo por el que pisaba mi madre y estaba tan orgulloso de todas mis hermanas que era capaz de ofrecer su cuerpo como alfombra si con eso sabía que podía hacerlas felices. Aun así, siempre me lo decía; por ejemplo, cuando no se escogía nuestra película o cuando nuestro plan del sábado por la tarde era tumbado antes, incluso, de que pudiéramos decir cuál era. Luego, cuando terminábamos aceptando resignados, me cogía de la mano, trazaba un círculo en mi palma, yo en la suya, y me susurraba esas palabras.

—Ese día, en el hospital, me dijo: «Cuídalas, Lander. Haz por mí lo que yo ya no voy a poder hacer». Quise replicarle, gritarle que no dijese tonterías, que él saldría de esta y las cuidaría, a las cinco, porque mi madre también iba a salir, y que también me cuidaría a mí, porque yo lo necesitaba. Lo seguía necesitando, joder, y lo seguiría necesitando el resto de mi vida. Sin embargo, no me dio tiempo a decir nada de eso. Era como si hubiese estado esperando a que yo llegase para poder irse, joder. —Suspiro. Me llevo la mano al costado, donde me tatué esas mismas palabras solo unos días después, y presiono. Aunque no le veo la cara, siento los ojos de Violet siguiendo todos mis movimientos—. Recuerdo que me regaló una última sonrisa y después se marchó. Lo hizo a la vez que mi madre. Sus corazones dejaron de latir al unísono, como si estuvieran sincronizados. Como si no supieran vivir el uno sin el otro, y puede que así fuera.

Sonrío, aunque es una sonrisa vacía. Es de esas que te fuerzas en sacar a relucir porque la alternativa es llorar, y yo no lloro. Ya no. No desde ese día en el hospital abrazado a mi hermana.

Lloré hasta quedarme afónico. Hasta que la garganta me dolió tanto que dudé si me había dañado las cuerdas vocales, y es que escocía tanto...

Escuece tanto...

Me obligué a no llorar cuando llegamos a casa y nos tocó hablar con nuestras hermanas. Tampoco lloré cuando vimos desaparecer sus ataúdes tras la cortina roja antes de incinerarlos. Lo único que me permití hacer fue cumplir las palabras de mi padre. Unas que, hoy en día, sigo cumpliendo.

O eso espero.

Dejó de mirar el techo y busco a Violet. Tiene los ojos tan brillantes que dudo que sea capaz de ver nada tras la neblina. Aun así, se pinza el labio con fuerza y yo sé que es porque está intentando que no salgan. Eso me recuerda por qué no me gusta hablar de mis padres con nadie,

porque odio ver lástima en sus rostros. Compasión. No necesito nada de eso, no soy la única persona que ha perdido a su padre y a su madre.

Voy a quitar la mano de su regazo, pero Violet me la agarra con fuerza, impidiéndomelo.

—Puedo terminar yo —mascullo. Violet se lleva la palma a los labios y sopla sobre ella.

—Lo sé, pero quiero hacerlo yo. —Impregna de nuevo una gasa con suero, me la coloca sobre la herida y después coge una venda y comienza a cubrirme el corte con ella—. Sigo pensando que deberías ir al hospital a que le echaran un vistazo.

—No me gustan los hospitales.

—Lo recuerdo. —Aunque le siguen brillando los ojos, me regala una sonrisa. Es minúscula, pero me encanta—. Por lo menos, te podrías acercar a ver a nuestro vecino.

—Va a terminar cobrándonos.

—Porque eres un *pupas*.

—Dijo la mujer que me dio con una sartén en la cabeza. —Pone los ojos en blanco.

—Eres un rencoroso.

Suelto una carcajada. Juro que no la he visto venir y, aunque me hace daño en la garganta, me ha gustado escucharla.

—He soñado con el accidente. —Supongo que, ya que me he abierto un poco, puedo abrirme del todo. Violet me pega el extremo de la venda con esparadrapo y me mira. No me ha soltado la mano—. He visto sus caras y juro que he podido sentir el impacto aquí, en el pecho. —Me llevo una mano a la zona y la froto—. Al principio, tenía pesadillas, pero hacía mucho que no tenía ninguna.

—¿Por qué crees que la has tenido esta noche?

Me encojo de hombros.

—Supongo que porque en febrero será el aniversario de su muerte y la fecha se acerca. No me gusta. Odio ese mes.

—Todos odiamos febrero, no sirve para nada, y no solo porque es un mes en el que no hay ninguna fiesta importante, sino porque hay menos días que en los demás. ¿Qué pasa, que se cree especial?

Vuelvo a reír, y esta vez el nudo de la garganta es un poco más pequeño. Me obligo a soltarme de su agarre y me miro la mano. No porque no me guste, sino porque en estos momentos creo que sería capaz de pedirle que no me la soltara nunca, y eso no está bien.

El vendaje está perfecto y ya no me escuece, aunque Violet tiene razón y sé que debería verme la herida un médico. Suspiro, resignado. Mañana iré a ver a nuestro vecino. Lo haré con una botella de vino, por las molestias.

Me levanto del sofá y me fijo en sus pies.

—No te habrás cortado, ¿verdad? Antes, en la cocina.

Violet también se levanta. Comienza a recoger todos los utensilios médicos y la ayudo.

—No, tranquilo. —Se guarda el maletín bajo el brazo—. Deberías tomarte algo para el dolor antes de dormir. Un paracetamol, una aspirina...

Dormir, qué palabra tan compleja. No quiero irme a dormir. No quiero que Violet se vaya a dormir. Quiero que se quede aquí conmigo. Puedo ayudarla a estudiar. A ver, no tengo ni idea de veterinaria, pero soy fisio, seguro que algo tendrán en común nuestras carreras. Y, si no, puedo ayudarla a hacer esquemas, resúmenes, o simplemente preguntarle. Soy bueno organizando.

Sacudo la cabeza y me paso la mano buena por el pelo.

—Ahora me tomaré algo, y mañana bajaré a ver a nuestro amigo.

Me regala una sonrisa enorme y a la vez delicada. De las que seguro que iluminan una

habitación en penumbra. Las ganas de pedirle que se quede vuelven con tanta fuerza que tengo que asegurarme de tener bien anclados los pies al suelo para no hacer ningún movimiento inapropiado. Pero no puedo hacerlo, y ya no solo porque tiene que descansar y yo ya le he robado bastante tiempo, sino porque estoy agotado por la pesadilla y por el dolor de pecho y garganta, y porque estoy asustado; hacía muchos años que no me abría así con nadie, y que lo haya hecho de esta manera con Violet... No sé bien qué pensar, sobre todo porque me he sentido cómodo haciéndolo. Como si lo hubiera hecho con alguna de mis hermanas.

Violet da un paso al frente y yo me hago a un lado para dejarle pasar. Aspiro su olor a coco cuando pasa por mi lado.

—Buenas noches, Lander —susurra. Suelto el aire.

—Buenas noches, Violet.

Desaparece del comedor y yo me dejo caer en el sofá. Sé que debería hacer lo que me ha dicho Violet, además de recoger los cristales que hay en la cocina, pero me permito descansar un minuto. Solo uno.

Estoy tan cansado...

—Lander. —Giro la cabeza. Violet está en la puerta, aún no se le ha borrado la sonrisa de antes—. No es malo tener miedo, peor es no tenerlo.

Se retuerce los dedos. ¿Está nerviosa?

—Gracias, y gracias también por esto. —Levanto la mano vendada.

—Ya me devolverás el favor, no temas. Soy un pelín aprensiva. Aún no sé cómo no me he desmayado quitándote los cristales. —Rio, y ella se muerde el labio inferior.

—¿Y tú estás estudiando veterinaria?

—Voy a trabajar con animales, no con personas —lo dice como si fuera el mejor razonamiento del mundo, y no se lo discuto. Está a punto de irse, cuando vuelve a mirarme—. ¿Sabes? Estoy segura de que estarían muy orgullosos de ti.

No hace falta que diga nombres, los dos sabemos a quiénes se refiere.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque he visto cómo te miran tus hermanas, y solo miras así a alguien a quien admiras, y no puedes admirar a quien no te quiere, ¿no crees? —El nudo ese que había disminuido regresa. No tenía ni idea de cuánto necesitaba escuchar algo así. Me llevo una mano al costado y acaricio las letras por encima de la camiseta del pijama—. Además, a lo mejor no eres tan capullo como yo creía.

Suelto una carcajada: liberadora, sana, curativa.

Violet se marcha entre suspiros y yo me quedo en el comedor, en silencio, solo, y en un duermevela reparador. Esta vez ya no tengo pesadillas, pues estoy demasiado ocupado soñando con una morena de ojos marrones.

26. Yo te llevo

Violet

Me duelen los ojos y es por culpa del rayo de sol directo que me da en la cara y que me está dejando ciega. Intento abrirlos, pero no puedo. Siento como si se me hubieran pegado los párpados con cinta aislante. Me toco la cara y noto que llevo las gafas puestas.

Un dolor lacerante me rodea el cuello cuando intento incorporarme. No puedo moverlo, me duele un montón.

Un momento, ¿estoy durmiendo en la silla? ¿Por qué? ¿Por qué no estoy perfectamente tumbada sobre mi colchón y tapada con mi nórdico de plumas? Tengo frío.

Miles de preguntas me rondan la cabeza, hasta que caigo en la cuenta de que anoche estaba estudiando porque hoy tenía un examen. A las ocho de la mañana.

Me levanto de un salto y consigo por fin abrir los ojos. Tiro la silla al suelo, provocando un sonido ensordecedor, pero no me importa. El corazón me late tan rápido que estoy a punto de vomitar.

—No, no, no, no. —repito sin parar mientras doy vueltas sobre mí misma desesperada, buscando algo que me indique la hora. Piso algo duro con el pie. Cuando miro hacia abajo, veo que es mi móvil. Cómo ha llegado ahí es algo que ahora mismo no me preocupa.

Lo cojo con manos temblorosas y el alma se me cae a los pies cuando veo que son las siete y media.

Queda media hora para empezar el examen y no voy a llegar.

Tengo ganas de llorar.

Salgo de la habitación tan atropelladamente que no veo al muro con el que me choco y que me tira las gafas al suelo. Mi cuerpo no corre la misma suerte que las gafas porque el muro parece que tiene brazos y estos me están sujetando.

—¿Violet? ¿Estás bien? —Levanto la cabeza y, por supuesto, me encuentro con los ojos marrones y verdes de mi compañero de piso, que me miran extrañados. Ni siquiera me planteo la pinta que debo de llevar.

Lander acaba de salir de la ducha y lleva el pelo mojado. Y el pecho. Y hay gotas cayéndole por su torso y acabando en...

Cierro los ojos. No puedo deleitarme con el cuerpo de mi compañero. Otra vez. Tengo que centrarme en que no voy a llegar al puñetero examen y que voy a suspender.

Cuando los abro, veo borroso, y es todo por culpa de las lágrimas que inútilmente estoy intentando no derramar.

—¿Violet, estás bien? —vuelve a preguntarme Lander y juro que puedo percibir cierta preocupación en su tono.

Empiezo a negar con la cabeza a la vez que asentir. Estoy a un tris de volverme loca.

—No... No... —balbuceo. Intento soltarme para llegar hasta la puerta de entrada y volar hasta la facultad mientras rezo por el camino para que a la profesora se le haya pinchado una rueda del coche y llegue tarde, pero Lander no me lo permite. Me sujeta con firmeza del brazo y se inclina hasta que su cara queda a la altura de la mía.

Qué bien huele. Mierda.

—Violet, mírame, por favor. ¿No qué? —Ahora ya no me lo parece. Está preocupado. Noto una lágrima resbalándome por la mejilla.

—Tengo... —me callo y cojo aire. Las palabras no me salen y estoy empezando a agobiarme. El tiempo pasa y yo sigo aquí atrapada.

—Violet, joder, estás empezando a asustarme. ¿Es otra cucaracha? Ojalá.

Sus manos, que antes estaban sobre mis hombros, pasan a mis mejillas. Me levanta la cabeza y me inspecciona la cara.

Puedo sentir el raspar de la venda sobre mi piel.

—¿Te has hecho algo?

Niego con la cabeza, ignorando el dolor de cuello que tengo por haber dormido en una silla.

—Tengo... Tengo que irme. No llego... —Estoy tan alterada que no consigo formular frases coherentes. Por si fuera poco, a esa primera lágrima le acompañan dos más. Todo lo que he estudiado para nada. Es el karma, que me está castigando por llegar siempre tarde a todas partes.

La respiración de Lander se vuelve irregular.

—¿No llegas a dónde?

Juro que me duele el pecho.

Cojo aire y lo expulso poco a poco.

—Al examen. Me he quedado dormida. No voy a llegar y lo voy a suspender. —Juro que ni siquiera sé cómo he sido capaz de terminar la frase. Me muerdo el labio porque la barbilla ha empezado a temblarme.

Noto un pequeño cambio en los ojos de Lander. ¿Determinación?

Me pasa los pulgares por las mejillas con delicadeza, secándome las lágrimas. Juro que en otro momento y en otra situación me derretiría por el gesto y también por cómo me mira, pero las fuerzas por evitar vomitar a la vez que llorar están acabando con mi energía.

—¿A qué hora lo tienes?

—A... A las ocho.

Asiente con convicción.

—Yo te llevo. —Abro la boca, dispuesta a preguntarle algo, aunque no sé muy bien el qué, pero sigue hablando—. Dame medio minuto, me visto y nos vamos. Me he hecho un batido, está sobre la mesa de la cocina. Cógelo.

Quiero decirle que lo que necesito es un café y que, si es en vena, aún mejor, pero no digo nada. Mira mi pelo y arruga la nariz. Estoy a punto de preguntarle que a qué viene ese gesto de asco cuando me pasa una mano por el pelo y me enseña un ganchito naranja.

Sonríe y yo me sonrojo.

—Entra primero en el baño, ¿vale? Lo dicho, medio minuto.

Me guiña un ojo y desaparece tras la puerta de su habitación. Yo tardo medio segundo en reaccionar. Cuando lo hago, entro en el cuarto de baño, que sigue conservando el vaho de la ducha de Lander, y sofoco un grito cuando me miro en el espejo.

No tengo más ganchitos en el pelo, pero parece que me haya peleado con alguien esta noche y, por supuesto, haya perdido. Por no hablar de mi ropa. Voy en pijama. ¡Pijama!

Bueno, es más bien la ropa que utilizo para estar por casa, pero está tan raída que si alguien me lanza unas monedas por la calle lo entendería.

—¿Lista? —me sobresalto al oír la voz de Lander. Está perfectamente vestido, incluso lleva ya la chaqueta puesta. Y las botas—. ¿Aún no te has peinado? Ven, déjame.

Se acerca a mí, coge el cepillo y se coloca a mi espalda. Tal y como hacía mi madre cuando

era pequeña, Lander comienza a cepillármelo. No da tirones. Lo hace con delicadeza y destreza, como si fuera algo que hace todos los días.

—He convivido con cuatro hermanas y dos de ellas eran muy pequeñas cuando... —Se calla de golpe y carraspea. No hace falta que continúe, ya sé lo que viene después: «cuando mis padres murieron». «*Tamara y Amanda eran demasiado pequeñas para enfrentarse a algo así, pues apenas acababan de cumplir los once años*». Eso fue lo que me dijo hace dos noches. Una conversación en la que no dejo de pensar. Le miro la mano. ¿Habrás ido al médico? Espero que sí, porque esa no es la venda que yo le puse. ¿O sí? —. Pásame la goma.

Hago lo que me pide. Cuando me quiero dar cuenta, me ha hecho una trenza mejor que cualquiera que yo pudiera hacerme.

—Lista. ¿Te has cogido el batido? —Niego con la cabeza. Suspira, resignado, aunque las comisuras de sus ojos me dicen que está sonriendo—. Tienes que comer algo, no puedes ir con el estómago vacío. Sé que eres aficionada al líquido ese negro que sabe a rayos, pero por ahora tendrás que conformarte con uno de mis mejunjes.

Me coge de la mano y tira de mí. Tengo la mano helada y él caliente, pero no se queja. Al contrario, comienza a frotarme el dorsal con el pulgar en círculos. Al pasar por la cocina coge su termo, en el que supongo que irá el batido, y tras dármelo se dirige a la puerta principal.

—Es de nueces, te gustará. —Lo dudo, porque creo que las nueces es el único fruto seco que me da asco, pero no se lo digo. Me llevo el termo al pecho y lo aprieto fuerte. Creo que en estos momentos sería capaz de bebérmelo sin rechistar.

Descuelga de la percha mi chaqueta y coge mis zapatillas de deporte, que he dejado perfectamente colocadas en el mueble que Lander compró nada más irnos a vivir juntos.

Justo después de terminar con la chaqueta, se agacha, cual príncipe de *La Cenicienta*, y comienza a ponerme las zapatillas. Yo estoy en shock, no sé si por el examen, porque sigo teniendo ganas de vomitar o porque ver a Lander arrodillado frente a mí para abrocharme las zapatillas me parece un gesto tan dulce como atento que me deja sin palabras y hace que mis piernas flanqueen, pero eso es algo en lo que no quiero hacer mucho hincapié.

Se levanta, y juro que tengo que tragar saliva.

Abre el armario que tenemos en la entrada y saca dos cascos, uno grande con visera y otro pequeño que parece más un casco de bici que de moto. Me pide de nuevo la mano y yo no dudo en dársela, pero solo porque como él es tan alto parece que vaya más rápido. No tiene nada que ver con el hecho de que me gusta que me coja de la mano.

Bajamos las escaleras en un silencio solo roto por los latidos que hace mi corazón al golpearme el pecho y las pisadas de nuestros zapatos contra los escalones. No miro la hora. Si lo hago, sí que estoy segura de que me dará un infarto.

La moto de Lander está aparcada justo en la puerta. Se vuelve hacia mí, se coloca el casco de bici y me da a mí el otro.

—¿Has subido alguna vez en moto? —Niego con la cabeza. Se ríe y me quita el casco de las manos. Me lo coloca sobre la cabeza y me lo abrocha—. Me voy a subir yo primero, después tú. Sube por el lado izquierdo, te agarras a mi hombro para no perder el equilibrio y pones el pie en el reposapiés, que es esto de aquí. —Señala algo que sobresale de la moto y yo asiento—. Luego pasas el otro pie con cuidado por encima de la moto y lo apoyas en el otro reposapiés. ¿Entendido?

Ahora sería un buen momento para decirle que nunca he subido a una moto porque me dan pánico. Mi padre tenía una cuando era joven, pero tuvo un accidente y por poco no lo cuenta. Le cogió respeto y, por ende, también mi madre y yo, y eso que yo ni siquiera había nacido.

Pero me callo, porque sé que si no me subo a esa moto sí que no llego al examen. Cojo aire varias veces seguidas y entonces hago lo que me ha dicho Lander. Me subo a la moto y me tambaleo sobre ella antes de poner el culo en el asiento. Estoy indecisa, porque no sé muy bien dónde colocar las manos, pero entonces Lander me las coge y me las pone alrededor de su cintura. Al hacerlo, tengo que echar el cuerpo hacia delante. Tanto, que siento su espalda presionándome el pecho.

—Agárrate fuerte y no te sueltes, ¿vale? Voy a correr un poquito.

Necesito que me defina a qué se refiere con ese poquito, pero no me da tiempo, porque la moto arranca y juro que ahora sí que vuelo.

Lander corre como si estuviera en una carrera de motos, serpenteando coches y acelerando cuando ve que es probable que el semáforo se vaya a poner en rojo. Y a mí debería de darme miedo, pero el cosquilleo que estoy sintiendo en el estómago tiene que ser adrenalina, estoy segura.

Se gira un par de veces a mirarme y en todas me ha sonreído, preguntándome con los ojos si estaba bien, y yo juro que he tenido que dar gracias de estar sentada porque de haber estado de pie dudo que mis piernas hubieran correspondido como tocaba, sobre todo cuando ha tenido que parar en un semáforo para evitar que un autobús nos arrollara, me ha cogido las manos y ha soplado sobre ellas mientras las frotaba con las suyas para entrar en calor. He querido preguntarle si no le hacía daño en la herida, pero me he callado porque, si le doliera, se quejaría, ¿no?

Diviso la facultad de veterinaria a apenas unos metros de distancia y la angustia por llegar tarde regresa, olvidándome del calor que el cuerpo de Lander pegado al mío me produce.

Suspiro, angustiada. Espero que no sea tan tarde como para no poder examinarme.

—Ya hemos llegado. Son menos cinco, vamos —me apremia Lander, que ha parado justo en la puerta. Coloca el caballete y me ayuda a bajar.

El corazón me late tan fuerte que va a dejarme sorda.

—¡Gracias! —grito, y echo a correr. Sé que debería decirle mucho más que eso, pero el tiempo va en mi contra.

Entro en la facultad y busco mi clase desesperada mientras atravieso cuerpos de alumnos y salto mochilas y bancos como si estuviera en una clase de atletismo. Cuando llego y abro la puerta, juro que estoy a punto de arrodillarme en el suelo y besarlo.

No hay ni rastro de la profesora.

—¡Violet! —Diego me hace señas con los brazos levantados y moviéndolos como si de una azafata se tratara. Voy hasta él y me dejo caer exhausta en el asiento que hay vacío a su lado—. Creía que no llegabas.

—Yo también. —Me llevo una mano al pecho y le obligo a mi corazón a que se tranquilice—. Me he quedado dormida.

—Eso explica tu pantalón de pijama, pero lo del casco no termino de pillarlo. —Lo miro extrañada. Se señala la cabeza—. Llevas puesto un casco. Lo sabes, ¿verdad?

Me llevo las manos a la cabeza. Me he ido sin quitarme ni siquiera el casco, y Lander tampoco me ha dicho nada. ¿Se irá al trabajo con ese casco de la bici? Eso no puede ser seguro. Me lo desabrocho y lo dejo sobre mis rodillas.

Una sonrisa taimada me baila en las comisuras de la boca. Diego carraspea y me mira con una ceja arqueada.

—¿Vas a decirme de dónde ha salido o tengo que adivinarlo?

La profesora entra, lo que me impide contestarle a Diego. Nos manda guardar los móviles y

sacar un bolígrafo azul. He salido tan disparada de casa que no me he cogido nada. A excepción del batido, que sigue en mi mano. Se lo ofrezco a Diego.

—¿Quieres? —susurro. Mi amigo, que no le dice nunca que no a nada, lo coge y le da un sorbo.

Se pasa la lengua por el labio superior, que se le ha quedado blanco.

—Es de nueces.

—Lo sé.

—Las odias.

—También lo sé, por eso te lo he dado.

—¿Por qué llevas un batido de nueces si no te gustan?

La profesora nos manda callar. Le robo un bolígrafo azul a Diego de su estuche y cojo el examen que me han pasado. El mío es el modelo A y el de Diego el B.

—Estás muy rara esta mañana —farfulla mi amigo justo antes de ponerse a escribir sobre su examen como un loco.

Yo lo imito. El corazón sigue latiéndome rápido, aunque no tanto como antes. Me paso el dedo índice sobre los labios, perfilándolos, y sonrío. Sí que ha sido una mañana rara, pero buena, muy buena.

No me quito la chaqueta. Primero, porque tengo frío y segundo, porque juraría que la camiseta que llevo tiene un agujero en la teta.

Miro el casco y pienso en Lander. Ahora voy a centrarme en terminar este examen, pero, en cuanto acabe, pienso recrearme en su pecho desnudo, empapado de agua. En sus pulgares limpiándome las lágrimas, en sus ojos, que me miraban preocupados, en lo bien que olía y, por supuesto, en su espalda pegada a mi pecho.

Creo que podría aficionarme a esto de subirme a una moto.

27. ¿Lento o rápido?

Lander

No sé qué hago aquí. Es decir, yo tendría que estar en el gimnasio atendiendo a la persona de riesgos laborales y, sin embargo, estoy apoyado en mi moto, frente a la facultad de veterinaria, esperando a que Violet termine para saber cómo le ha ido el examen.

¿Por qué? Porque juro que me he acojonado cuando la he visto salir de su habitación. Se me han pasado tantas cosas por la cabeza que por un momento he pensado que iba a colapsar, sobre todo cuando la he mirado a la cara y le he visto esos ojos rojos e hinchados y las lágrimas ahí, luchando para salir.

El corazón se me ha encogido en el pecho mientras daba un triple mortal hacia atrás.

Me miro la venda. Según mi nuevo mejor amigo, nuestro vecino barra médico, Violet hizo muy buen trabajo. Me quitó todos los cristales y me limpió muy bien la herida. Aun así, me ha dado una crema antibiótica y me ha mandado aspirinas si me duele.

Pienso en todo lo que le dije a Violet. En cómo me abrí a ella, y eso me crea incertidumbre, porque no tengo muy claro lo que me hace sentir. Aunque creo que fue algo bueno, porque a pesar de toda la mierda que solté y del dolor que acompañan siempre a esas palabras, también me hizo sonreír y me sentí liberador, y si me siento así no puede ser por algo malo.

Soplo sobre las manos y paso el peso de un pie a otro, en una especie de saltitos sincronizados, para ver si así consigo entrar en calor. Hoy hace mucho frío y como Violet no salga pronto voy a terminar congelado. Me acuerdo de sus manos; las tenía heladas. No sé de qué me extraño, ha salido en pijama de casa y no parecía que fuera de los gordos.

Sonrío. Solo a ella se le ocurría salir así de casa, y eso me gusta. Me gusta que sea despreocupada, que no le importe lo que los demás puedan pensar. Eso le da frescura a su carácter. Te hace querer acercarte a ella. Como si estar a su lado te aportara... Paz.

Suelto una carcajada. Jamás pensé que la palabra «paz» podría relacionarla con Violet. ¡Si es el desorden hecho persona! Solo hay que ver su habitación. O la que arma cada vez que se prepara algo en la cocina, aunque sea un simple sándwich. Pero, a pesar de eso, sí. Creo que su forma de ser transmite paz, serenidad. Como si teniéndola cerca todo fuera a salir bien.

La puerta de la facultad se abre una segunda vez y un grupo de estudiantes sale por ella. No veo la cabeza de Violet por ninguna parte. Ya ha pasado una hora. ¿Cuánto dura un examen?

Mi móvil suena y suspiro al sacarlo del bolsillo del abrigo y ver que se trata de Edu. Algo me dice que en menos de tres segundos me van a someter a un interrogatorio que ni la Interpol.

—¿Ya se han ido? —pregunto nada más descolgar. Si me centro en la visita de los de riesgos laborales, puede que la llamada sea corta.

—Sí, los acabo de acompañar a la puerta. Ha venido nuestra amiga Irene. Encantadora como siempre. —Me encanta cuando Edu se pone sarcástico.

—¿Nos ha puesto pegas?

Mi socio suspira con dramatismo.

—Tengo una lista. Está plastificada y ha hecho estrellitas al lado de las cosas que ella considera importantes. ¿Quieres que te la lea? —Me llevo una mano a la nuca, frustrado. Esa mujer es el diablo reencarnado.

—Hemos solucionado todas las cosas que nos dijo el mes pasado.

—Según ella, la de marcar y señalar los obstáculos, desniveles y escalones que no puedan ser eliminados no están claros.

—¿Cómo no lo van a estar? ¡Los limité con ella antes de que se fuera! Me dio su visto bueno. Me dejó caer sobre la moto.

—Sabes lo que pasa aquí, ¿no?

—Que esa mujer y Satanás son primos hermanos.

Edu se ríe. No lo he hecho con esa intención. En serio creo que Irene y Satanás son parientes.

—Que esa mujer está esperando que la empotres contra la puerta de nuestro despacho y le enseñes con tu rabo cuáles son esos obstáculos y desniveles de los que tanto habla.

—No seas bruto.

—Soy sincero.

Edu está obsesionado con que Irene quiere algo conmigo y que por eso viene todos los meses al gimnasio con alguna excusa, y ese algo se traduce en sexo salvaje y guarro. Yo le digo que no es verdad. Esa mujer me detesta. Saca lo peor de mí.

—No vamos a volver a tener esta conversación.

—Deberíamos.

—Te pasas la vida ofreciéndole mi cuerpo a los demás. Es denigrante.

Aunque no le veo la cara, sé que Edu ha puesto los ojos en blanco.

—Cuando las causas son nobles, no existen los actos impuros.

—Intentas ser más gilipollas y no lo consigues.

—Todo es cuestión de dones, amigo.

La puerta vuelve a abrirse y yo me incorporo. Esta vez sale un grupo enorme y Violet tiene que estar entre ellos. Eso, o se va a quedar el resto de la mañana en clase mientras yo estoy aquí haciendo el idiota, una posibilidad con la que hasta ahora no había contado.

La puerta se cierra y a mí solo me queda gritar.

Pues no, Violet no está.

—¿Por qué gruñes? —La pregunta de Edu me recuerda que tengo a mi amigo al teléfono.

—Nada. Por lo demás, ¿todo bien?

—¿Dónde estás?

Me apoyo de nuevo en la moto y cruzo las piernas a la altura de los tobillos por delante del cuerpo.

—Tenía cosas que hacer.

—Tú no te perderías una visita de recursos humanos si no fuera algo de vida o muerte. ¿Le ha pasado algo a alguna de tus hermanas?

—No.

—¿El que se muere eres tú y has decidido pasar tus últimas horas de vida recorriendo la ciudad en tu moto?

—No.

—¿Vuelve a haber una pandemia y has decidido fabricar mascarillas para salvar el mundo?

—Te he dicho que tenía cosas que hacer.

Edu carraspea.

—Vale, pero algo en plan: «tengo a una chica en mi cama y no sé cómo deshacerme de ella», o más bien en plan: «me ha salido un sarpullido muy chungo y he ido al médico a que me lo miren».

La puerta se abre una tercera vez y Violet es la primera en salir. Lo hace sonriendo, lo que es

buena señal. También lo hace acompañada de un chico que la abraza por el cuello y que le susurra cosas en el oído que, por lo que parece, son muy graciosas, porque puedo jurar que he escuchado la carcajada de Violet desde donde estoy.

Achico los ojos y los observo detenidamente, sobre todo a él. Es alto, moreno, y está claro que conoce a Violet muy bien o, por lo menos, que tienen afinidad. No tengo ni idea de quién es. Tampoco es que conozca a todas sus amistades, pero entiendo que, si tuviera novio, lo sabría, ¿no?

—Lander, ¿me estás escuchando?

—¿Sabes si Violet tiene novio? —No tengo ni puñetera idea de por qué he hecho esta pregunta y mucho menos en voz alta y a Edu, pero la carcajada que suelta mi amigo me dice que ya la ha oído y que ya no puedo retirarla.

—¿Estás con Violet?

—No.

—¿Y a qué viene esa pregunta?

—Curiosidad.

Mi compañera de piso aún no se ha percatado de mi presencia, así que sigo observándolos. Tanto el chico moreno como ella se han parado en lo alto de la escalera y siguen hablando entre risas. Parece que no le importa que sigue en pijama y que se va a resfriar. Él se quita la bufanda que lleva alrededor del cuello y se la pone a ella. Al acabar, se acerca y le da un beso. No sé si ha sido en la boca o en la punta de la nariz. Desde donde estoy no se ve bien, y eso me jode un pelín. Sobre todo, cuando ella le sonrío agradecida y le da un abrazo.

—Lander Aguirre, ¿no has venido aún a trabajar porque estás espiando a Violet?

Parpadeo, dejo de mirar a la pareja y me centro en la pantalla del móvil. Me había olvidado de que seguía al teléfono.

—Hoy tenía un examen, se ha quedado dormida, estaba llorando y yo me he ofrecido a traerla a la facultad para que pudiera hacerlo.

—¿A qué hora tenía el examen?

—A las ocho.

—Son casi las nueve y media.

—Lo sé.

—Y aún sigues allí. —No pregunta, afirma.

—Sí.

—Porque...

Ojalá lo supiera con seguridad.

Me paso una mano por el pelo, despeinándomelo.

—Quería asegurarme de que había llegado y de que le había salido bien. —Suelta un carcajeo que me crispa los nervios.

—Porque usar el teléfono en pleno siglo veintiuno es algo así como absurdo.

Tiene toda la razón, aunque no pienso decírselo.

Como tampoco pienso decirle que no tengo el teléfono de Violet.

—Oye, ¿querías algo más? —Violet se mueve y por fin me ve. Lo sé porque sus ojos están fijos en los míos y porque la sonrisa se le borra de los labios de golpe. Ladea la cabeza y frunce el ceño.

Le dice algo a su compañero, porque este deja de hablar y también me mira.

—Tengo que colgar. —No espero a que Edu me conteste. Me guardo el teléfono en el bolsillo de la chaqueta justo en el momento en el que Violet se para delante de mí.

—¿Lander? —Tiene la nariz roja—. ¿Qué haces aquí?

Me remuevo un tanto incómodo. Cuando me lo ha preguntado Edu me ha parecido absurdo, pero ahora que me lo pregunta Violet me parece ridículo.

—Quería asegurarme de que llegabas al examen y saber cómo te había salido. —Violet se me queda mirando, con los ojos abiertos y sin parpadear, lo que me parece una eternidad. Estoy a punto de decirle que tengo que marcharme, cuando las comisuras de la boca se le estiran en una sonrisa que no puedo calificar de otra manera que preciosa.

Algo se me remueve por dentro.

Algo que espero que sean retortijones.

—Ha llegado por los pelos. —Tardo un poco en darme cuenta de que quien ha hablado es el chico moreno. Ni siquiera me había dado cuenta de que la había seguido. Estira la mano para saludarme—. Encantado, me llamo Diego.

Se la estrecho. Su apretón es firme y tarda un rato en soltarme.

—Lander.

—El chico batido de nueces, supongo —Lo miro sin comprender. Me señala el termo que lleva en la mano. Mi termo—. Buenísimo, por cierto. Nuestra chica me ha dicho que eres aficionado a ellos.

«¿Nuestra chica?».

No es que sea mía, pero ¿cuánto es suya? ¿En plan «somos simples compañeros de universidad y nos gusta estar juntos», o el de «me sé la talla de su sujetador»? Se me enciende una bombilla en la cabeza. ¿Será el chico que vino a recogerla el otro día? ¿Con el que pasó la noche?

Me meto las manos en los bolsillos, pues no sé muy bien qué hacer con ellas.

—Desde que iba a la universidad y nos enseñaron que eran buenos para la masa muscular —le digo, en referencia a su comentario anterior. El tal Diego asiente mientras me repasa de arriba abajo.

—Se nota. —No pillo muy bien el tono. Se acerca a mí y señala a Violet con el pulgar, que está a su espalda—. Odia las nueces, por cierto. No te lo quería decir porque le sabía mal, pero la próxima vez prepárale un café. Con eso la tienes en el bote seguro.

—¡¡Diego!! —El grito de Violet hace que algunos transeúntes se giren para ver qué está pasando. Su amigo se ríe y a Violet se le ponen las mejillas del mismo tono que la punta de la nariz.

Le da un pellizco en el brazo y este pega un bote.

—Auch. Me has hecho daño.

—Eso te pasa por idiota.

Aunque se frota el brazo, no deja de mirar a Violet con una sonrisa de oreja a oreja.

Esta lo ignora y vuelve a centrarse en mí.

Está tiritando. Bajo la vista hacia sus pantalones, y es que, aunque lleve esa bufanda alrededor del cuello y las manos metidas dentro del chaquetón, sigue llevando solo el pijama.

Me fijo en mi casco, que tiene colgando del codo. Le queda bien.

—¿Tienes más clases o ya has acabado?

—Tengo otra dentro de una hora, pero no puedo darla así. —Levanta la pierna, señalándose el pijama.

Está guapísima con las mejillas y la nariz rojas, las gafas y el pelo recogido. Le da un aire inocente. Cándido. Como si nunca le hubiese estampado a otro ser humano una sartén en la cabeza.

Me aparto de la moto y le señalo el casco.

—¿Quieres que te lleve? —Se pinza el labio y, aunque intenta mostrarse indecisa, al final asiente. Me fijo en sus ojos, que brillan emocionados. Parece que no soy al único al que le gustan los paseos en moto—. Antes me has dicho que no habías subido nunca.

Niega con la cabeza.

—Digamos que me daban un poco de respeto. Mi padre tuvo un accidente cuando era joven y pasó a tenerle miedo. Supongo que ese miedo nos lo transmitió a mi madre y a mí.

—Pero hoy te has subido conmigo.

—Eso parece.

—Así que es cierto que no soy tan malo —murmuro, en referencia al comentario que me hizo la otra noche. Cuando dijo que no era tan capullo.

Se encoge de hombros y se pinza el labio. ¿He dicho que parece cándida? Digamos que el adjetivo de seductora también le viene como anillo al dedo.

—Ya sabes. O me subía contigo a la moto o me perdía el examen. Ha sido por una fuerza de causa mayor.

—Lo que tú digas.

Ignora mi pulla y se deshace el nudo de la bufanda para ponerse el casco. Como si mi cuerpo tuviera vida propia, acorto la distancia que nos separa y se lo abrocho. ¿Le rozo la piel del cuello al hacerlo? Sí. ¿Aspiro para ver si sigue oliendo a coco? Sí. ¿Huele? Por supuesto. ¿Me gusta? Un poco.

Levanta la cabeza, se me queda mirando y, de repente, sonrío, y a mí se me olvida la de recursos humanos y su lista plastificada.

Quiero... No tengo ni idea de qué quiero. Solo sé que tengo ante mí a una chica que odiaba pero que, de repente, me muero por abrazar para ver si así se le va el temblor que tiene y que tanto se está esforzando por disimular.

Escucho un carraspeo, seguido de otro más.

Violet parpadea y yo también. Sincronizados, volteamos la cabeza, ella hacia la derecha y yo hacia la izquierda. El amigo de Violet sigue ahí, mirándonos. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y por la expresión de su cara diría que está viendo la última comedia del año.

—Vosotros seguid, por mí no os cortéis. —Carraspeo, doy un paso atrás y cojo mi casco. Me lo pongo y me subo a la moto. Lo hago de forma mecánica, y es que el revoltijo del estómago ha vuelto y eso me pone nervioso. Es como si, de pronto, estuviera perdiendo el control y ni siquiera tengo claro sobre qué.

Miro a Violet. Sigue ahí parada, con el casco puesto, mirándome.

—¿Subes? —Parpadea de nuevo, asiente, y vuelve a parpadear. Se quita la bufanda y se la da a su amigo, pero este se la devuelve.

—Llévatela, estás helada. —Le da un beso en cada mejilla y otro en la punta de la nariz. Se acerca a ella y le dice una última cosa al oído. No tengo ni idea de qué es, pero las mejillas de Violet ahora son de un rojo remolacha. Diego se acerca a mí y me da un apretón en el hombro—. Ya nos vemos en otra ocasión. Cuídamela.

Le guiña un ojo a Violet y se marcha. Me estoy preguntando de nuevo qué tipo de amistad tienen, cuando Violet se acerca a la moto y, como esta mañana, se sube detrás de mí con destreza y, también como esta mañana, le cojo ambas manos y se las coloco alrededor de mi cintura. Ladeo la cabeza para mirarla de reojo.

—¿Lento o rápido? —Juro que sus mejillas se vuelven aún más rojas, y eso me gusta, joder. Me gusta mucho. Se pinza el labio y yo se lo miro, porque es hipnótico. Es como esas cosas que

te dicen que están prohibidas y, entonces, tú solo quieres ir a por ellas.

Me encantaría soltárselo, pero me agarro con fuerza al manillar y sonrío antes de poner la moto en marcha.

—La primera vez hay que hacerlo lento, para disfrutar y saborear del momento. —Traga saliva y la miro a los ojos—. Una vez le coges el ritmo, ya es otra cosa.

Suelto el caballete, le doy gas y arranco. Me gusta la velocidad, sentir el aire cortándome la cara y serpentear entre los coches. Me gusta la adrenalina que viajar en moto te produce. Me gusta la sensación de ir subido sobre un vehículo de solo dos ruedas y que la ciudad pase tan rápido que seas incapaz de verlo todo bien. Sin embargo, hoy no me gusta nada de eso. No lo quiero. Lo que quiero es coger el camino largo. pararme en todos los semáforos y que estos tarden en ponerse en verde para poder notar un poco más su pecho subiendo y bajando pegado a mi espalda. Quiero notar sus brazos alrededor de mi cintura. Quiero ir tan lento como pueda.

Cuando llegamos a la puerta de casa, he perdido la noción del tiempo y no tengo ni idea de qué hora es. Por primera vez desde que decidimos montar el gimnasio, no he llegado el primero.

Y ha merecido la pena solo por ver esa sonrisa de nuevo.

Ya van dos en un día.

Violet se quita el casco y se lo apoya en la cadera. Se pasa la mano por el pelo y se toca la punta de la trenza.

—¿Dónde has aprendido a hacerla?

—Hasta hace unos días convivía con tres hermanas, ¿recuerdas?

—Mi padre jamás supo ni hacerme un *pirri*.

—¿Un qué? —Echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Un *pirri*. Ya sabes, como una especie de palmera en lo alto de la cabeza.

La miro serio y tuerzo la boca. Vuelve a tocarse la punta de la trenza.

—Ya te lo enseñaré un día.

Me llevo una mano al pecho.

—¿Te harás un *pirri* por mí?

Violet se encoge de hombros y sonrío de forma divertida.

—Te tendré que compensar por lo de hoy. —Un coche pita, sobresaltándonos. Violet señala la puerta del portal y da un paso atrás. ¿Si le digo de dar otra vuelta me mandaría a la mierda? —. Será mejor que me vaya, ya te he hecho perder bastante el tiempo.

Quiero decirle que no es verdad, que no lo ha hecho, pero me callo, porque no sé bien qué narices me pasa hoy. Es como si, de repente, fuéramos un Lander y una Violet diferentes. Como si la noche del corte en la mano hubiera marcado un antes y un después.

¿Tiene algún sentido?

Se despide de mí y se dirige a la puerta. Mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y da la vuelta con los ojos abiertos de par en par.

—No están. —La miro sin entender. Da una patada en el suelo—. He salido de casa sin llaves. No puedo entrar.

Esta chica es caótica.

Saco mi manojo de llaves y se lo lanzo. Lo coge al vuelo.

—Cógelas, tengo otra copia en el gimnasio.

Me sonrío agradecida. Una vez abierta la puerta del portal, se da la vuelta. Sigue sonriendo, aunque no tanto como antes.

—Hoy me has salvado la vida, te debo una. Gracias. —La sinceridad que impregnan sus palabras me aturden.

—Tú lo dijiste Violet, no soy ningún capullo.

Ladea la cabeza mientras una pequeña sonrisa, minúscula, se le dibuja en los labios.

—Dije que a lo mejor no eres tan capullo. Me cambiaste la sal por azúcar. —Frunzo los labios intentando no reírme y la miro como si no tuviera ni idea de qué está hablando. Me apunta con un dedo, amenazante—. Ni se te ocurra negarlo, Aguirre, o te juro que esparzo polvos picapica por tu ropa interior.

Abro la boca de par en par.

—¡No te atreverías!

Se encoge de hombros, indiferente.

—Ponme a prueba. —Mira hacia abajo. Más concretamente, hacia mi entrepierna, y luego vuelve a mis ojos. Tengo que hacer un esfuerzo titánico por no recolocarme el paquete—. O a lo mejor ya lo he hecho.

No la creo. Es decir, sería incapaz de ponerme polvos picapica en la ropa interior, ¿no? Intento leer sus ojos, pero estos no me dicen nada. O yo no sé leerlos bien, porque ahora solo puedo pensar en rascarme como si me fuera la vida en ello.

Violet mueve las cejas arriba y debajo de forma sugerente y, con un movimiento de cabeza, desaparece en el interior.

—¡No te atreverías! —repito, gritando. Porque no se atrevería, ¿verdad?

«Ya te encogió la ropa interior en la secadora», me recuerda mi subconsciente.

Resoplo, entre frustrado y divertido, y miro la puerta esperando a que se cierre del todo. Cuando llego al trabajo quince minutos después, aún no he conseguido borrar la sonrisa de mi cara. Tampoco las ganas de rascarme. Aunque, claro, tengo la entrepierna lista para el combate, así que no sé muy bien qué clase de picor exactamente es el que siento.

28. No has fastidiado nada

Violet

Miro la hora. Solo han pasado cinco minutos desde la última vez que la miré, pero puedo jurar que han sido como quince años.

Apoyo una mano en la pared y respiro hondo. Me falta el aire y creo que la cabeza me va a explotar. Me froto los ojos y vuelvo a mis tareas. Abro el armario, cojo dos tazas y preparo los cafés que me han pedido. Me quedo mirándolos muy fijamente; ya no me acuerdo si el capuchino era con leche de soja o de almendras y si quería espuma en el cortado. ¿O me ha pedido un solo?

Mierda, quiero irme a mi casa.

Me llevo una mano corriendo a la boca, estornudo, y busco el último trozo de papel que he estado utilizando para sonarme los mocos; está igual de inservible que los veinte mil anteriores. Me sueno despacio, sin hacer mucha fuerza, porque siento la nariz en carne viva.

—Deberías irte a casa. —Andrea ha aparecido tras la barra y me mira como si tuviera cuernos sobresaliéndome de la frente. Aunque, bueno, tal y como me encuentro, tampoco me extrañaría.

Busco a las dos personas que me han pedido los cafés, pero no las veo por ninguna parte. Supongo que habrán bajado a ver algunos de los microteatros. Me apoyo en la cafetera y me llevo una mano a la frente.

Juraría que estoy caliente.

—No puedo —le contesto a Andrea—. Me necesitan aquí.

—Violet, cielo, has estornudado y ha caído un escupitajo dentro de ese café que has preparado. —La miro horrorizada y asqueada. Mi amiga echa la cabeza hacia atrás, riéndose.

—Eso no es verdad —replico—. Y es asqueroso.

—Bueno, vale, no estoy segura cien por cien, pero podría pasar. No has dejado de estornudar y de sonarte los mocos desde que has llegado.

—¿Y qué quieres que haga, que me los coma?

Andrea me quita el capuchino de la mano y le da un trago.

—¿Tienes sacarina? —Le señalo la caja que tiene justo al lado. Coge un sobrecito y se lo echa al café—. Ese café no es tuyo.

—Ni de nadie. —Le da otro sorbo. Me mira por encima de la taza—. Te han pedido un poleo y un té de frutos rojos.

La miro como si la que tuviera cuernos fuera ella.

—No es cierto.

—Sí, lo es, y han sido esas dos chicas de allí. —Señala a dos chicas que están apoyadas en el otro extremo de la barra y que está claro que son gemelas. No me suenan de nada.

Miro a mi amiga y después a las hermanas.

—No es cierto. No he visto a esas dos amigas en mi vida. —Andrea chasquea la lengua contra el paladar, se levanta del taburete y pasa a mi lado al otro lado de la barra—. No puedes estar aquí.

—Esta noche sí que puedo. —Me pone una mano en la frente y suelta un suspiro—. Estás ardiendo, Violet, tienes fiebre. Vete a casa, por favor, yo me ocuparé de la cocina y la barra esta

noche.

Hago un puchero y refunfuño, aunque lo cierto es que me siento como el culo. Me noto los ojos pesados y brillantes, sin contar con que me duele hasta el último pelo de la cabeza.

—¿Y qué pasa con las obras esta noche? Tienes que verlas y subirlas a las redes.

—Ya he visto algunas y, además —me encuentro mal y hoy no coordino muy bien, pero juraría que a Andrea se ha sonrojado—, Alba me va a echar una mano.

No sé si he oído muy bien. ¿Ha dicho Alba?

Echo un vistazo alrededor, pero no veo ninguna cara cocida. Andrea me sujeta por los hombros y me pone cara a ella. Sus ojos están a la misma altura que los míos.

—Sí, no estás alucinando, he dicho Alba. Ha venido esta noche con unos amigos y, después de ver el estado tan lamentable en el que estás, se ha ofrecido a ayudarme, así que deja ya de flipar, sal de detrás de la barra y vete a casa a descansar.

Aunque me cuesta, porque ya he dicho que me duele hasta respirar, consigo formar una sonrisa que espero que sea pícara y no siniestra, aunque tengo mis dudas.

Mi amiga resopla y comienza a empujarme con delicadeza hacia la salida. Coge mi abrigo y mi bolso por el camino y me lo pone. También me pone un gorro que no sé muy bien de dónde ha salido, pero lo agradezco.

Me paro en seco antes de salir a la calle.

—Tengo que despedirme de Pascual y de su mujer.

—Ya saben que te vas, está todo controlado. —Me enseña el móvil, que tiene levantado en alto—. Llama a un Uber y que venga a por ti. Tengo miedo de que cojas el metro que no es y acabes vete tú a saber dónde.

Podría replicarle, pero es tontería hacerlo cuando sabes que la otra persona tiene razón. Además, para eso tendría que hablar y yo lo único que quiero hacer es sonarme los mocos.

Asiento y abro la aplicación del Uber. Suspiro feliz cuando la app me dice que mi chófer, Eusebio, me recogerá en menos de dos minutos. Se la enseño a Andrea.

—Vuelve dentro, estaré bien. —Mi amiga se mueve indecisa un momento, pero al final me da un pequeño abrazo y me obliga a recordar que tengo que avisarla cuando llegue.

Mientras espero al coche, me subo la cremallera hasta taparme el cuello por completo y meto las manos en los bolsillos. Tengo un gripazo de la leche, y todo por el viaje en moto de esta mañana y mi vestimenta.

Pienso en Lander y dejo salir una pequeña sonrisa. La verdad es que el viaje en moto me ha encantado. Los dos. Aunque he disfrutado mucho más la vuelta a casa. El camino se me ha hecho demasiado corto.

El coche llega y me subo. Eusebio resulta ser un conductor de lo más pizpireto, pues se pasa todo el camino hablando de su mujer, sus hijos y sus nietos, a los que adora y teme a partes iguales. En otro momento, estaría encantada de conversar con él, pero ahora mismo toda mi energía está concentrada en no quedarme dormida por culpa del vaivén del coche, la calefacción y la música de fondo.

Una vez entro en el portal, tengo que reprimir las ganas de llorar que me atenazan la garganta; me había olvidado de los cinco pisos. Voy a ser incapaz de subir ni siquiera un peldaño. Apoyo la espalda en la pared, me sueno la nariz otra vez, y cuento hasta diez. Cuando ya estoy más o menos concienciada, empiezo mi ascenso hacia el cielo.

No sé si han pasado minutos, horas o días cuando por fin llego a la puerta de mi casa. Solo sé que las piernas me tiemblan, que tengo unas ligeras ganas de vomitar y que si tuviera una lámpara mágica y un genio me dijera que pidiese un deseo, pediría que me arrancaran la cabeza.

Mi estado de ánimo no mejora cuando abro la puerta y entro en mi casa. Al contrario, empeora muchísimo, pues donde yo esperaba encontrar paz y tranquilidad encuentro un desastre digno de la Tercera Guerra Mundial. No solo hablo de los chillidos que se escuchan, sino de los miles de cachivaches que hay esparcidos por el suelo desde la puerta de entrada hasta el comedor. El cual, por cierto, ha sufrido una ligera remodelación, pero a peor.

—¡Ríndete! —escucho decir a alguien y, por el tono de voz, diría que es un niño. Por culpa de los mocos que tengo acumulados en los oídos y en la cabeza, no sé muy bien de donde viene.

—¡Jamás! Ríndete tú o tendré que matar a tu hermano. —Esta voz sí que la reconozco, es Lander. Está hablando en un tono que no le había escuchado jamás. Es divertido, jovial. Pero no es plan burla o risa, sino en plan: «Soy como un niño y me lo estoy pasando en grande».

—¡Gael, ayúdame, por favor! Este *sordado* está loco —masculla otra voz infantil entre risas.

—Soldado, Nicolás. Se dice soldado —susurra Lander.

—¡Gael, ayúdame, por favor! Este *sordado* está loco. —Escucho la risa de Lander y yo no puedo evitar sonreír también.

Por lo que parece, hay tres personas, pero no las veo por ninguna parte. De repente, un cuerpo minúsculo sale de detrás del sofá de un salto, dándome un susto de muerte y haciendo que pegue un bote. Lleva un sombrero de vaquero y tiene la cara pintada de verde. También una pistola y apunta a una pequeña tienda hecha con cojines y mantas que hay en medio del salón.

—¡Ahhhhhh! —empieza a gritar mientras echa a correr hacia la tienda y se mete dentro. De pronto, todo son más gritos y muchas risas; las infantiles mezcladas con la adulta. La tienda en la que están metidos se mueve tanto que acaba destrozada, engullendo a los tres cuerpos.

Me cruzo de brazos y miro la escena divertida. Hasta se me ha olvidado que quería arrancarme la cabeza.

El primero en conseguir salir es el mismo niño de antes. Lo hace muerto de risa. El segundo es otro niño. Arrugo el entrecejo; es igual al anterior. Ahora ya no sé cuál es el que estaba tras el sofá.

El último es Lander. Sale a gatas, resoplando y murmurando entre dientes algo de que su hermana y su cuñado le deben un favor de los gordos. No lleva sombrero, pero sí lleva la cara pintada, solo que él de blanco, y sobre su pelo, que siempre está perfectamente peinado, debo decir que parece que haya metido los dedos en un enchufe y se haya quedado pegado. Me recuerda a Marv de la película *Solo en casa*.

Suelto una pequeña carcajada, minúscula, pero eso capta la atención de los tres, que se giran para mirarme. Los dos pequeños lo hacen con ojos escrutadores. Lander, que sigue a cuatro patas, lo hace extrañado primero, para después pasar a alarmado.

—¿Violet? ¿Qué haces aquí? Creía que estabas trabajando. —Se pone de pie y se sacude el polvo de los pantalones de chándal que lleva.

He de decir que debería estar penado con la cárcel que Lander lleve pantalones de chándal.

Toso y me sorbo la nariz.

—Me han mandado a casa. —Lander arruga la nariz y ladea ligeramente la cabeza.

—Tienes un aspecto horrible.

Abro la boca, ofendida.

—Y eso me lo dice el mismo tipo que lleva la cara pintada de blanco.

—Porque es un *sordado*. —Miro al niño que ha hablado y sonrío.

—¿Los soldados tienen la cara pintada de blanco?

—Pues claro —contestan los dos pequeños a la vez, serios, como si yo acabase de preguntar una estupidez.

Cuando miro a Lander, este pone los ojos en blanco.

—Mira que no saber que los soldados tienen la cara blanca... —Chasquea la lengua contra el paladar—. La tenemos así porque estamos muertos.

Me muerdo el interior de la mejilla, intentando no reírme, y desvío de nuevo la atención a los niños.

—Es verdad, lo siento. —Los dos me sonríen y, cuando lo hacen, me doy cuenta de que se parecen muchísimo a Lander. Deben ser los hijos de María.

Voy a preguntárselo para que me lo confirme, cuando un nuevo ataque de tos está a punto de terminar conmigo. Me lagrimean los ojos y el pecho me duele por culpa del esfuerzo.

Siento una mano cálida acariciándome la espalda. Si no supiera que es él porque, bueno, somos los dos únicos adultos de la casa, lo hubiera reconocido por su olor a sándalo y por el calor que, de repente, ha experimentado mi cuerpo por culpa de su caricia.

—Estás hecha un desastre, y no lo digo en plan mal, lo digo en plan que me da miedo que te mueras aquí, en el salón, delante de los niños. Les crearías un trauma. —A pesar del ataque, sonrío, y lo hago aún más cuando, al levantar la cabeza, veo su rostro pegado al mío con la preocupación reflejada en sus ojos.

—Creo que no me encuentro muy bien —susurro entre tos y tos.

Lander me lleva una mano a la frente y suelta un largo silbido.

—Violet, estás ardiendo. —La diversión ha dado paso a la preocupación. Asiento y dejo que mi cuerpo se relaje y se pegue al suyo. Estoy muy cansada. Es como si la poca adrenalina que he sentido al entrar en casa hubiese desaparecido de golpe—. Chicos, ayudadme.

Escucho a Lander dándole órdenes a sus sobrinos, pero no puedo entender bien qué dice. Los párpados me pesan mucho y me cuesta mantener los ojos abiertos.

—Sujétate bien a mi cuello. —Estoy intentando procesar las palabras, cuando siento que me elevan en el aire. Abro los ojos lo justo para ser consciente de que Lander me ha cogido en brazos y de que mi cabeza reposa sobre su hombro.

—Mmmm, qué bien hueles —murmuro.

Oigo una risa, o a lo mejor me lo he imaginado.

Me tapo la boca con la mano y vuelvo a toser.

—Nico, Gael, traedme un vaso de agua. Y buscad en la mochila que os habéis traído, seguro que vuestra madre ha metido un termómetro.

Siento mi cuerpo flotar mientras Lander camina hacia lo que creo que es mi habitación conmigo en brazos. Murmura cosa, pero yo estoy demasiado centrada en disfrutar de este pequeño viaje, en su olor y en las ganas que tengo de dormir.

—Ni se te ocurra dormirte.

Siento caer despacio sobre algo blandito. Ronroneo y me remuevo.

—Si no me sueltas no puedo quitarte las zapatillas.

—No me las quites, me gustan mis zapatillas.

La risa de Lander me hace cosquillas en la oreja.

—No querrás manchar el nórdico.

Lo que no quiero es soltarle el cuello, pero, aunque estoy hecha un trapo, mi cabeza está lo suficientemente lúcida como para no decir eso en voz alta.

—Tengo el agua.

—Y yo el termómetro.

Me suelto de Lander y vuelvo a ronronear cuando noto que me quita las zapatillas, el gorro, las gafas, el abrigo y la sudadera. En cuanto me quedo solo con la camiseta y los pantalones,

empiezo a tiritar. Lander me tapa rápidamente con el nórdico, que me sube hasta la barbilla, y me vuelve a poner la mano sobre la frente.

—Gael, pásame el termómetro. Preciosa, abre los ojos. —Sonrío. ¿Me ha llamado preciosa? Me gusta. Hago lo que me pide. Está sentado en la cama, mirándome, y juraría que lo hace con ternura. No llevo las gafas, así que mi visión es bastante dudosa.

Me aparta el pelo de la frente, me acaricia el lóbulo de la oreja y me enseña el termómetro.

—¿Crees que puedes ponértelo?

Niego con la cabeza y me sorbo la nariz.

—Tío, también he traído pañuelos. —Intento sonreír por el detalle del niño, y también darle las gracias, pero no puedo. Solo quiero dormir.

Lander me coge del borde de la camiseta, y me vuelve a mirar a los ojos. Le miro la nuez, ¿acaba de tragar saliva?

—Tengo que ponértelo y, para eso, debo meter la mano por dentro de tu camiseta, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Agita el termómetro, lo enciende y, entonces, noto sus dedos serpenteando por mi cuello y de ahí a mi pecho. Cierro la boca y contengo la respiración. Lander me pone el termómetro bajo la axila y yo sofoco un gemido cuando la saca.

El termómetro no tarda en pitar. Por la cara que pone Lander cuando lo mira, yo diría que no son buenas noticias.

—Tienes treinta y nueve, necesitamos bajar esta fiebre ya. —Vuelvo a tiritar, o a lo mejor nunca he dejado de hacerlo, no lo sé—. Chicos, tenemos que dejar la lucha de soldados para mañana.

—Os he fastidiado la noche —susurro. Lander vuelve a acariciarme la frente.

—No has fastidiado nada. ¿Has cenado algo?

Niego con la cabeza.

—No tengo hambre.

—Tienes que comer algo, aunque sea un yogur. Vuelvo enseguida. Por favor, no te duermas. —Me lo pide con tanta dulzura que, ¿cómo no voy a hacerle caso?

Asiento, o eso creo, y me coloco en posición fetal cuando lo veo levantarse de la cama y desaparecer de mi habitación. Sus sobrinos también se han ido, porque estoy sola. Me llevo las manos a la sien y aprieto con fuerza; vuelvo a sentir el deseo de arrancarme la cabeza.

Busco los pañuelos que me han traído los gemelos y me sueno los mocos. Los ojos vuelven a lagrimearme porque tengo la nariz tan roja que me escuece muchísimo.

—Nuestro tío ha dicho que no puedes dormirte. —Abro los ojos, ni siquiera me había dado cuenta de que los había cerrado. Los niños, que siguen con la cara pintada de verde, me miran fijamente, sin parpadear. Parecen asustados—. Ha bajado corriendo a la calle y nos ha pedido que te vigilemos.

—No te puedes dormir, ¿vale? —añade el otro, con énfasis, por si no lo tengo muy claro.

Ahora que los tengo tan cerca, puedo confirmar que sí, que son iguales que Lander.

—No me habéis dicho vuestros nombres.

—Yo me llamo Nicolás, y él es mi hermano Gael. Somos gemelos.

Sonrío.

—Me he dado cuenta. —Vuelvo a toser, y los dos niños se tapan la boca y abren los ojos de par en par.

—No te mueras, ¿vale? —Intento reírme, pero cada vez que lo hago toso, así que me limito a asentir con la cabeza.

—Trato hecho.

Escuchamos la puerta de casa abrirse y cerrarse y unos pasos apresurados recorrer el pasillo. Lander aparece con dos bolsas blancas en cada mano. No lleva chaqueta, solo la camiseta blanca de manga corta que llevaba cuando he llegado.

Nos sonrío a los tres cuando nos ve.

—Buen trabajo, chicos, ni se ha dormido, ni se ha muerto. —Los dos niños suspiran de forma dramática y dan un paso atrás.

—Casi. Tose un montón —dice el que me ha dicho que se llama Nicolás.

Lander ocupa el lugar de antes en la cama a mi lado y abre una de las bolsas. Un maravilloso olor a pollo inunda mis fosas nasales.

—¿Crees que podrás con un poco de caldo?

Quiero preguntarle de dónde la ha sacado y, encima, tan rápido, pero las náuseas han sido sustituidas por el hambre y, de repente, solo quiero comer. Me agarro a su brazo, para que me ayude a incorporarme, y cojo la cuchara que me da. La primera cucharada me sabe a rayos. No porque esté mala, sino porque tengo el estómago vacío, pero la segunda ya sabe mejor y la tercera es pura gloria. Lander me coloca el pelo detrás de la oreja y cabecea hacia sus sobrinos.

—Voy a ponerles una película en el comedor y vuelvo enseguida.

—¿Se quedan a dormir?

Arruga la nariz y pone cara de circunstancia.

—En teoría, me los quedo todo el fin de semana, pero mañana llamaré a Alba y le pediré que venga a por ellos.

—¡No! —me apresuro a decir. Apoyo el bol sobre mis piernas—. Me gusta que estén aquí, no te los lleves.

—¿Seguro? Pueden ser un poco escandalosos.

—He visto el salón. Lo que me extraña es que no te haya dado un infarto por el desorden.

—Si te mueres tú y también me muero yo, ¿quién se va a hacer cargo de ellos? —susurra, serio. Siento calor recorriéndome el cuerpo y no sé si es por culpa de la fiebre, del caldo o por cómo me está mirando Lander. Me llevo una cuchara a la boca.

—No te los lleves, me gusta que estén aquí.

—¿Seguro?

Me gustan esos niños, y me gusta Lander con esos niños.

—Seguro. —Me guiña un ojo y se levanta.

—Vuelvo enseguida.

Me centro en el caldo, que me está sentando mejor de lo que pensaba, mientras espero a que Lander vuelva. Abro la otra bolsa que ha traído y veo que hay una caja de paracetamol. Me tomo uno y me bebo casi todo el vaso de agua. Cuando mi compañero de piso regresa, vuelvo a estar acostada en la cama y con el edredón hasta la barbilla.

—Tienes mucha fiebre, no puedes arroparte tanto.

—Tengo frío.

Me muevo para dejarle un poco de espacio a Lander en la cama. Me enseña el paño mojado que lleva en la mano.

—Te lo voy a poner sobre la frente, ¿vale?

—Aja. —Cierro los ojos cuando siento cómo me moja la piel. Lander suspira y yo me esfuerzo en ronronear bajito cuando sus dedos vuelven a mi pelo y empieza a acariciármelo.

El sueño empieza a abrazarme. Es imposible no sucumbir a él si Lander me sigue acariciando de esta manera, y es que me encanta sentir sus caricias y también su cercanía. Me gusta ver la

preocupación en sus ojos y que me haya traído sopa. Me gusta que esté sentado aquí conmigo.

29. También creo que eres sexi de la hostia

Violet

Me duele todo el cuerpo. Pero no en plan placentero después de haber pasado una noche de sexo descontrolado, más bien en plan: ¿alguien podría hacerme un trasplante de cuerpo entero? Por favor y gracias. Sin contar con el escozor que tengo debajo de la nariz de las veces que me soné ayer.

Pues, así y todo, no puedo dejar de sonreír, y toda la culpa la tiene mi compañero de piso, ese ser al que odiaba y al que a punto estuve de ponerle polvos picapica en los calzoncillos y que ahora me hace sonreír como una idiota cuando cierro los ojos y recuerdo lo bien que me cuidó anoche, la preocupación que reflejaban sus ojos o el mimo con el que me pasaba el paño por la frente o me ayudaba a beber agua.

¿Cómo se puede pasar de odiar a una persona a todo lo contrario? Porque es pensar en él y sentir un revoltijo en la tripa, y sé que no tiene nada que ver con lo mal que me encontraba anoche y las ganas que tenía de vomitar.

Me desperezco, estirando los brazos por encima de la cabeza, y me incorporo de la cama despacio, pues sigo un poco mareada. Me miro la ropa; sigo con los vaqueros y la camiseta con la que anoche me fui a trabajar. Debería cambiarme, porque los pantalones me aprietan, aunque lo mejor sería darme una ducha, pero solo de pensar en desnudarme y enjabonarme se me hace un mundo. Me levanto tras ponerme las gafas que descansaban en la mesilla de noche, abro la puerta de mi habitación y agudizo el oído. No se escuchan ruidos ni tampoco voces, por lo que no sé si Lander se ha marchado con sus sobrinos para no molestarme o los tiene amordazados en su habitación. Cualquiera de las dos opciones serían válidas.

Salgo descalza, abrazándome el cuerpo, no sé si porque tengo frío o nervios, y camino por la casa buscando algún resto de vida humana. La cama de Lander está sin hacer y la luz del baño apagada. Me asomo al comedor, pero tampoco hay nadie, aunque está claro que han pasado por aquí, porque ayer era un campo de batalla y hoy parece de anuncio. Estoy a punto de asomarme a la cocina cuando lo escucho; un murmullo tan bajo que podría estar inventándomelo, acompañado del ruido de una cuchara.

Me muerdo el labio inferior, indecisa, y entonces me asomo. Un poquito, solo la nariz y parte de un ojo, pero es que no quiero que me vean.

Lander está con un delantal frente a los fogones haciendo lo que creo que son tortitas —o sucedáneo de tortitas—, mientras un niño lo mira con la cara de asco reflejada en su rostro y el otro remueve dos tazones grandes que supongo contendrán leche. En medio de la mesa, hay una bandeja con un jarrón y una flor dentro, un vaso con zumo de naranja recién exprimido y un bol con un montón de fruta recién cortada.

Lander baja la cabeza y, por el gruñido que escucho, estoy segura de que ha visto la cara de su sobrino.

—Deja de mirarlos así, Gael —dice. El niño se pone de puntillas, mirando la sartén, y sacude la cabeza.

—Es que no sé qué es eso.

—Tortitas —le contesta su tío en tono hastiado, como si hubiera contestado a esa pregunta un

millón de veces.

El niño vuelve a poner cara de asco.

—Las de mamá son bonitas, estas son horribles. —Me tapo la boca con la mano porque no quiero que me escuchen. Tampoco quiero que me vean. Al menos, no todavía. Solo he visto una vez a Lander interactuando con sus sobrinos, y estaba medio drogada por culpa de la fiebre y los mocos, pero fue suficiente para darme cuenta de que me gusta mucho esa estampa.

—A veces, lo feo también es bonito.

Lander deja otra tortita medio rota en el plato y echa un poco más de masa en la sartén. Gael, que sigue a su lado, suspira de forma muy melodramática cuando la ve.

Solo veo el perfil de Lander, pero puedo apreciar que está intentando no reírse.

—La leche ya está, y tengo hambre —masculla el otro niño, soltando la cuchara. Alarga el brazo y coge un trozo de fruta del bol que hay encima de la bandeja.

—No robes la fruta, Nico —dice Lander. Debe de tener ojos en la espalda, porque no está mirando a su sobrino. Este se cruza de brazos y frunce el entrecejo.

—Tengo hambre.

—Esto ya casi está, y esa fruta no es para ti.

—Es para su novia —le dice Gael a Nico. Lander sacude la cabeza.

—No es mi novia.

—Sí que lo es —contraataca Nico, que sigue con el ceño fruncido y los brazos cruzados—. Has dormido con ella, y los novios duermen juntos.

Noto que me sonrojo. ¿Lander ha dormido conmigo?

Apaga el fuego y echa la última tortita en el plato. Yo me echo hacia atrás, escondiéndome detrás de la puerta para que no me vean, aunque me aseguro de pegar bien la oreja.

—Mamá y papá duermen juntos.

—Mamá y papá están casados. Violet y yo somos compañeros de piso y he dormido en su habitación porque estaba malita y estaba preocupado por ella.

Vale, ahora sí que se me han puesto rojas hasta las orejas. Me llevo el pulgar a la uña y comienzo a mordérmela.

—Es *mu* guapa —apunta uno de los niños. Sonrío.

—Sí —confirma Lander, sin titubear, consiguiendo que el revoltijo del estómago se haga más grande.

—Pídele una cita. Papá y mamá están ahora en una cita. —Suelto una risita, la cual acallo enseguida tapándome la nariz y la boca.

—Papá y mamá tienen mucho morro y vosotros mucho peligro con solo tres años.

—Casi cuatro —señalan los dos a la vez, enfadados.

Lander se ríe.

—Perdón, casi cuatro. —Se escucha el ruido de las sillas arrastrándose por el suelo—. Nico, saca el chocolate de la bolsa y sentaos a comer, yo voy a llevarle esto a Violet y a ver cómo está, ¿vale? Por favor, por favor, por favor, no toquéis nada.

Tengo dos opciones, o entrar en la cocina y fingir que acabo de levantarme, o irme corriendo a mi habitación, meterme en la cama y hacerme la dormida. La más madura sería la primera opción, pero hace tiempo que quedó demostrado que con veinticuatro años puedo ser más cría que Gael y Nico juntos, así que corro y me meto en mi cama, asegurándome de taparme hasta la nariz, porque nunca se me ha dado bien fingir estar dormida y ahora mucho menos, cuando no puedo dejar de sonreír.

Escucho las pisadas de Lander por el pasillo y cómo la puerta se abre con un suave chirrido.

Me estoy mordiendo tanto la lengua que temo estar haciéndome sangre.

—Sé que estás despierta —susurra Lander entre risas.

Abro los ojos, aunque no me aparto el edredón de la cara.

Lander está de pie con la bandeja en las manos. Sigue llevando el delantal puesto, y le queda de vicio. Eso, sumado al pelo revuelto y la barba incipiente que le está saliendo, es una escultura de arte con la palabra peligro escrita a fuego en todas partes. Me mira alzando una ceja.

—Cuando vuelvas a hacerte la dormida, asegúrate primero de quitarte las gafas. —Me llevo una mano a la cara. Ni me acordaba de que me las había puesto.

Lander me señala la cama con la cabeza y yo me muevo para dejarle espacio.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. —La voz me sale pastosa, así que carraspeo para aclarármela. Lander me coloca una mano en la frente y asiente satisfecho.

—Ya no estás ardiendo.

Si él supiera...

Me aparta la mano de la frente y yo tengo que esforzarme mucho para no renegar. Se coloca la bandeja en el regazo y me enseña el bol de frutas.

—Te he preparado zumo de naranja y un bol con kiwi, uva, plátano y manzana.

—¿No puedo comer un poco de esas tortitas tan feas que has preparado? —Lander me mira y suelta una carcajada. Al hacerlo, echa la cabeza hacia atrás y yo me quedo embobada un segundo viendo cómo su nuez sube y baja.

—A veces, lo feo también es bonito —me dice, repitiendo lo que le ha dicho a su sobrino hace unos minutos.

Me llevo un dedo a la barbilla, pensativa.

—Creo que ya he oído antes esa frase. —Vuelve a reírse, y yo puedo jurar que tengo que cerrar las piernas.

Repto hasta quedarme sentada en la cama con la espalda apoyada en el cabezal. Nos miramos, en silencio, y yo vuelvo a hacerme la pregunta de antes: ¿Cómo se puede pasar de odiar a una persona a todo lo contrario? Porque sí, puedo asegurar, sin miedo a equivocarme, que lo que mi cuerpo siente ahora mismo por Lander es de todo menos odio.

Le robo el bol de fruta y me meto una uva en la boca. Lander sigue todos mis movimientos sin perder detalle, así que sí, saco la punta de la lengua y me relamo los labios, despacio, de forma pausada.

Lander me mira, carraspea y se remueve en su sitio. Yo sonrío para mis adentros y me meto otra uva en la boca.

—¿Qué hora es? —pregunto, porque la verdad es que no tengo ni idea. Ni siquiera he mirado el móvil cuando me he levantado, y eso es algo muy raro en mí.

Lander me roba un trozo de manzana y le da un bocado.

Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no quedarme embobada yo ahora mirando cómo mastica.

—La una y media del mediodía. —Abro los ojos sorprendida.

—¿Tan tarde? ¿Por qué no me has despertado?

Traga y me sonrío.

—Estabas desmayada, Cooper. —Esta vez, me roba un trozo de kiwi—. Además, estabas tan mona ahí dormida, con la boca abierta y la babilla cayendo, que me daba pena despertarte.

Muevo la pierna para darle una patada, pero él me la agarra, inmovilizándola. Me está tocando por encima del edredón, pero puedo jurar que siento el calor de su mano en todo el cuerpo.

—Eres mala persona.

—Soy sincero. —Me limpio la boca con el dorso de la mano, por si es verdad que tengo babilla ahí pegada, y le doy un trago al zumo de naranja. Le ha quitado la pulpa.

Miro la puerta.

—Eres consciente de que les has dado tortitas para comer, ¿verdad? Eso es muy raro viniendo de alguien que se alimenta de tantos batidos de proteínas y que la balda de su nevera da ganas de llorar.

Me mira, ofendido, y me roba el vaso con el zumo de naranja. No sé si lo hace adrede o es casualidad, pero bebe justo por el mismo sitio por el que yo acabo de hacerlo hace unos segundos.

Sí que necesito esa ducha, y por varios motivos.

—Son de plátano —se justifica.

—Llevan chocolate. —Pone los ojos en blanco—. Por cierto, ¿crees que se las comerán? Porque esas tortitas sí que daban pena.

Vuelve a soltar una carcajada, y yo empiezo a pensar que su risa es uno de mis sonidos favoritos.

En serio, la semana pasada lo habría ahogado mientras dormía y ahora... Ahora... Uff, ahora le haría muchas cosas. Qué pena que me sienta tan débil.

Como mi cuerpo me odia, decide que es este el momento para tener un ataque de tos. Lander deja el vaso sobre la bandeja, me quita el bol de las manos y lo deja todo en el suelo. Se inclina hacia mí y comienza a darme golpecitos en la espalda. Lo tengo tan cerca que si saco la lengua puedo lamerle la barbilla. Del uno al diez, ¿cómo de mal estaría si lo hiciera? Porque, encima, huele tan bien que te incita a querer tocarlo. O chuparlo, en este caso. ¿Y esa piel? Nunca creía que me gustaría tanto el color chocolate.

—¿Mejor? —me pregunta. Yo solo puedo asentir. Tengo miedo de abrir la boca y decir algo inapropiado.

O hacer.

Lander deja de darme golpecitos, aunque no se aparta. Al contrario, juraría que está más cerca. Levanto la cabeza y ahí están sus ojos, mirándome, fijos. La piel se me pone de gallina cuando siento sus dedos desplazándose por mi cuerpo. Cuando los siento pasar de mi espalda a mi brazo y de ahí a mi cara. Me quita un mechón de pelo de la frente y me lo coloco detrás de la frente.

—Así que piensas que soy guapa —susurro, de repente, de forma incontrolada. Aprieto tanto los labios que se convierten en una línea finísima. Lander los mira unos segundos antes de regresar a mis ojos.

Me toca la patilla de la gafa.

—Y sexi. —Se acerca un poco más. Tanto, que nuestras narices se acarician—. También creo que eres sexi de la hostia.

Por favor, llamad a un cardiólogo, pues creo que el corazón ha dejado de latirme.

Sus ojos me traspasan, sus caricias me queman y su aliento me hace cosquillas. Yo siempre he odiado las cosquillas. Sin embargo, de estas, quiero una ración doble.

No sé si hacer algún movimiento, como cogerlo de la nuca y estampar mis labios sobre los suyos y saber a qué sabe, si quedarme quieta, como una estatua, o si ponerme a bailar la danza del vientre. Quiero hacerlo todo, pero, a la vez, no quiero hacer nada, así que dejo que sea mi cuerpo el que decida, y decide quedarse quieto. Tanto, que dejo hasta de respirar. Sus ojos no se apartan de los míos y yo me niego a que los míos se aparten de los suyos.

Qué bonitos son, joder. Siempre me lo habían parecido, pero hoy los veo más perfectos que

nunca. Creo que el verde se va a convertir en mi color favorito.

Su mano abandona el lóbulo de mi oreja y pasa a acariciarme la nuca.

El ambiente ha cambiado por completo. Tanto, que no tengo ni idea del día, mes ni año en el que estamos.

El ruido de algo cayendo al suelo y rompiéndose en, estoy segura, mil pedazos, acaba con el bonito silencio que nos envolvía. Lander pestañea y se aparta. Yo rompo a llorar y pataleo, pero solo por dentro. Por fuera sonrío y finjo que no siento frío ahora que no está encima.

—¡Has sido tú! —gritan los otros dos habitantes de la casa. Lander mira de reojo la puerta y suelta un suspiro.

—Voy a ver qué ha pasado antes de que se maten.

—Vale. —Coge de nuevo la bandeja y me la coloca en el regazo.

—Te dejo aquí el desayuno.

—Vale. —Mete la mano en el bolsillo del pantalón y saca un blíster. Me lo tiende.

—Te he traído más paracetamol.

—Vale.

Soy una mujer rica en vocabulario.

Lander se levanta y se me queda mirando unos segundos. Me da la sensación de qué quiere decir algo, pero al final opta por sacudirse las manos en el delantal y desaparece.

Esta vez sí que escucho voces y ruido, pero no presto atención. Estoy demasiado ocupada acariciándome los labios e imaginándome lo que estaba a punto de suceder y no ha sucedido. Porque iba a besarme, ¿verdad? Es decir, no eran imaginaciones mías.

Había deseo en esos ojos entre marrones y verdes.

Miro el bol de frutas y empiezo a comer. Palpo la cama hasta que doy con mi teléfono móvil y miro a ver si tengo llamadas perdidas o mensajes. Lo que sea con tal de distraerme y no pensar en su olor, en su aliento ni en cómo ha reaccionado mi cuerpo cuando ha aparecido en mi habitación.

Miro la pantalla; tengo varios mensajes sin leer y dos llamadas, una de mi padre y otra de mi madre.

Suspiro.

Ahora mismo no me apetece hablar con ninguno de los dos. No estoy enfadada con ellos ni muchísimo menos, pero no se me ha ido de la cabeza el momento que tuvieron la semana pasada y del que yo fui testigo sin que ellos lo supieran.

Un momento que lleva rondándome la cabeza estos últimos seis días y que no termino de ubicar. Sé que lo mejor sería hablar con ellos, pero ¿qué les digo?: «Que sepáis que os escuché tontear en el cumpleaños de Matías», o lo que sea que fuera eso que estaban haciendo. «Mamá, oí como le preguntabas a papá si seguía enamorado de ti. Papá, oí cómo le decías que sí. Ah, por cierto, sabéis que se celebró una boda el mes pasado, ¿verdad? Solo era por si se os había pasado por alto ese pequeñísimo detalle».

Me escucho pensar y, joder, sí que parezco enfadada, pero es para estarlo, ¿no? Mi madre dejó a mi padre porque le fue infiel. Mi padre rompió nuestra familia por un desliz. ¿Y ahora mi madre está haciendo lo mismo con Matías? Eso es de hipócritas, ¿no?

Recuesto la cabeza contra el cabezal y cierro los ojos.

Sea de hipócritas o no, son mis padres, y mentiría si dijera que no he soñado con estar los tres juntos de nuevo infinitas veces.

Ignoro las llamadas y me centro en los mensajes. Más concretamente, en los de Andrea. El WhatsApp de Diego lo he visto por encima y he visto que me ha enviado el emoji de una

berenjena acompañada de unas cuantas gotas de agua; es mejor no preguntar.

Andrea:

¿Estás despierta? Necesito hablar contigo.

Andrea:

Ah, sí, ¿cómo estás? ¿Sigues siendo un despojo humano?

Andrea:

Violet, son las diez y media de la mañana, NECESITO HABLAR CONTIGO DE FORMA URGENTE.

Andrea:

¿Te has muerto? Espero que no, pero, si lo has hecho, ¿me has dejado tus Jimmy Cho en herencia? Soy capaz de revivirte solo para volver a matarte si no lo has hecho.

Andrea:

Sé que no te has muerto porque tu Doctor Macizo me ha cogido el teléfono cuando he llamado. Me ha dicho que estabas durmiendo plácidamente. Le he preguntado si se te caía la baba y se ha echado a reír. Creo que me he corrido solo de oírlo. También ha tenido algo que ver su voz. ¿Cómo es posible que tenga una voz tan sexi por las mañanas?

Andrea:

Como no sé cuándo vas a soltar a Morfeo, te cuento, porque estoy que me subo por las paredes y si no lo hablo con alguien exploto, y ya he explotado bastante esta noche.

Andrea:

Me he acostado con Alba y creo que me he enamorado. Ya sé que siempre me enamoro y bla, bla, bla, pero esta vez es de verdad. En mi vida había tenido un sexo tan dulce y guarro a la vez. Tú sabes que mi récord de orgasmos en una hora son diez, pues ayer tuve esos en media hora. ¡Treinta minutos, Violet!

Andrea:

Ahora viene lo malo. Cuando me he despertado esta mañana se había ido. Ni una nota. Y llevo mirando el móvil desde que me he despertado y nada. Joder, Val, ¿quién se va después de una noche tan bonita y con tantos orgasmos? Porque ella también se corrió, te lo aseguro. Tengo los dedos arrugados como pasas.

Andrea:

Bueno, dime, ¿qué hago? ¿La llamo? ¿Me hago la interesante? No sé dónde vive, así que no puedo presentarme en su casa. Aunque, si lo hiciera, sería un poquito de psicópata, ¿no? Bueno, Chris Evans va a buscar a Ana de Armas a la otra parte del mundo después de una única cita. Yo no he tenido citas con Alba, pero la conozco de varios días, no solo de uno. Eso debería contar, ¿verdad?

Andrea:

Mierda, tendría que haberle pedido una cita primero antes de meterle la lengua hasta la campanilla.

No sé si echarme a reír o pasarle el teléfono a Lander y que él gestione este tema, ya que una de las partes implicadas es su hermana. La opción de escandalizarme queda descartada, porque con Andrea ya estoy curada de todo.

Decido levantarme de la cama y darme esa ducha que me merezco. Cojo la ropa para cambiarme y salgo de la habitación. Me encuentro con Lander y su cara de circunstancia nada más hacerlo.

Aprieto la montaña de ropa contra mi cuerpo y ladeo ligeramente la cabeza.

—¿Va todo bien?

Lander se pasa una mano por el pelo.

—Han roto el plato donde iban las tortitas y los dos vasos de leche. Gael dice que ha sido Nico y Nico, por supuesto, dice que ha sido Gael.

—¿Y tú qué piensas?

—Que has sido tú.

Suelto una carcajada y él me sonrío.

—Me has pillado.

—Tienes la palabra culpable escrita en la frente. —Da un pasito hacia delante y yo aprieto más la montaña de ropa contra mi pecho—. ¿Hoy trabajas?

Asiento, y juro que mi corazón da una voltereta cuando algo parecido a la decepción pasa fugaz por sus ojos. Ojalá me hubiese levantado con tantos mocos como los que tenía ayer.

—¿Os apetece venir? —digo, de pronto. Me mira entrecerrando los ojos. Carraspeo, y paso el peso de un pie a otro—. Hacen proyecciones infantiles. Son muy divertidas, y estoy segura de que a los niños les gustarán. Además, pueden ir a varias, porque son de apenas veinte minutos, y luego pueden comerse un perrito caliente, unos nachos... Si no tenéis otros planes, claro, porque en ese...

—No los tenemos —me corta.

El ambiente vuelve a cargarse como antes, cuando estábamos en la habitación, solo que esta vez no reina el silencio más absoluto, porque los gritos y las pisadas de Gael y Nicolás se escuchan altas y claras.

Levanto el montón de ropa y señalo la puerta.

—Debería ducharme.

Lander da un paso atrás y se hace a un lado para dejarme pasar, aunque los dos sabemos que el paso que ha dado es minúsculo.

Voy a entrar en el cuarto de baño cuando sus dedos se cierran alrededor de mi cadera, deteniéndome. La piel se me pone de gallina cuando lo noto pegarse a mi espalda y a su nariz acariciándome el cuello.

—Quiero que sepas que iba a besarte. En tu habitación, hace un momento, iba a besarte —recalca, por si no me había quedado claro con la primera frase. Cierro los ojos y, qué narices, me recuesto contra su pecho. Su mano se desliza de mi cadera a mi estómago y juro que estoy a punto de gemir—. Así que, si no me dices lo contrario, si no me mandas a la mierda, que estarías en todo tu derecho, te prometo que hoy voy a besarte en algún momento. No tengo ni idea de dónde ni tampoco cuándo, pero me estoy volviendo loco. Tú me estás volviendo loco, Violet, y necesito saber a qué narices sabes a ver si así dejas de ser una obsesión, aunque espero que no.

Me acaricia una última vez el cuello, me suelta y se marcha, sin decir nada más y sin mirarme. Sin asegurarse de si mis piernas me sostienen, que ya puedo asegurar yo que no. Entro a trompicones en el cuarto de baño, sujetándome a la pared y de ahí al lavabo. Me da un poco de vergüenza mirarme en el espejo, porque debo estar roja como un tomate, y es que noto que me

arden hasta las orejas.

«Quiero que sepas que iba a besarte».

«Si no me dices lo contrario, si no me mandas a la mierda, que estarías en todo tu derecho, te prometo que hoy voy a besarte en algún momento».

¿Mandarlo a la mierda? Si lo único que quiero es salir ahí fuera y pedirle que lo haga. Que ese momento del que habla elijo que sea ya, ahora. ¿Mandarlo a la mierda? Lo que quiero es mandarlo directo a mi habitación.

Lo siento por mi amiga, de verdad que sí, pero necesito aliviar el escozor que siento entre las piernas, por lo que mis respuestas a sus mensajes tendrán que esperar. Me desnudo, abro el grifo de la ducha, asegurándome de que salga fría, y me apunto a la entrepierna con la alcachofa. Me muerdo el labio al correrme. Tres veces.

Qué largo se me va a hacer el día.

30. Si juegas con fuego, te quemas

Lander

Qué largo se me está haciendo el día, joder. Y nunca creí que diría estas palabras, pero ahora mismo mis sobrinos no me caen nada bien. A sus padres, directamente, los odio.

Entramos en el vagón y empujo con suavidad a Gael y a Nico hasta dejarlos encajados entre mi cuerpo y la puerta del metro que no se abre. Va atestado de gente y solo falta que se me pierdan. Aunque tengo que admitir que lo he pensado, lo que me convierte en una persona horrible, pero es que necesito estar a solas con Violet para poder besarla como le he prometido que haría y aún no he podido.

Porque no le he mentado; me estoy volviendo loco. Y no solo desde hoy. Sé que llevo volviéndome loco desde que vino a esa clase de pilates y sentí su culo contra mi polla. Así que, si a eso le sumamos que hoy he podido sentir el sabor de sus labios en los míos y eso que ni siquiera nos hemos rozado, es para darme el premio al tío con más paciencia del mundo.

—Lander, te toca. —La voz suave y aterciopelada de Violet me saca de mi ensoñación. La miro. O, qué coño, miro la minifalda negra que se ha puesto con esas medias también negras con el dibujo de un volante de flores justo por encima de la rodilla, y los botines de tacón que me han provocado una erección nada más verla y que aún no se me ha bajado.

Sé que se ha vestido así para provocarme, y lo está consiguiendo. Creo que nunca había necesitado tanto algo como necesito ahora mismo quitarle ese color rojo de los labios a lametazos. ¿Cómo he podido pasar de querer ahogarla con mis propias manos a querer palpar cada centímetro de su cuerpo?

Ladea la cabeza y me sonrío pícara, como si supiera lo que estoy pensando, y señala a mis sobrinos con la cabeza.

—Es tu turno.

¿Mi turno? No tengo ni idea de qué me está hablando.

Se muerde el labio y se lo suelta despacio.

—Estamos diciendo comidas con las letras del abecedario y vamos por la eme. Gael ha dicho macarrones, Nico mandarina y yo merluza. Te toca a ti decir una.

¿Comida? Yo la única comida en la que puedo pensar empieza por uve.

Carraspeo, para aclararme la garganta, y la miro muy fijamente.

—Miel.

El tren da una sacudida cuando llega a su parada y yo aprovecho para estirar el brazo con el que no me estoy cogiendo a la barra y rodear la cintura de Violet. Sonrío para mis adentros cuando la noto tensarse.

Extiendo la palma y la coloco sobre su vientre, tal y como he hecho antes en casa.

—¿Cuál toca ahora? —pregunta Nicolás.

—La ene —contesta Violet con voz ronca.

Nicolás frunce el ceño, pensativo, y su hermano lo imita.

—Yo tengo una. Nocilla.

—¡Esa la iba a decir yo! —protesta Gael. Pone morritos y se cruza de brazos.

—¡Naranja! —exclama Nico, entusiasmado.

—Nata —susurra Violet. Me mira por encima del hombro y me guiña un ojo—. A este juego sabemos jugar los dos.

El que se tensa ahora soy yo.

Tocado y hundido.

El metro frena de nuevo y Violet coge a los gemelos de la mano, separándose de mí.

—Nuestra parada, vamos.

Los sigo fuera del vagón y luego escaleras arriba como un autómata, con una sonrisa enorme en la cara. Esta chica es toda una caja de sorpresas, y es que creo que nadie me ha sorprendido nunca tanto como lo hace ella.

Cuando la conocí, me pareció un pelín frívola y engreída con una mala hostia espectacular, algo que se confirmó cuando me dio con la sartén en la cabeza. Además de tardona, que eso lo sigue siendo. Pero conforme la he ido conociendo, me he dado cuenta de que es inteligente, divertida, y risueña, además de atractiva, seductora y juguetona. Y me gusta que tenga mala hostia, pues le hace ser peleona y luchar por lo que le gusta y lo que cree justo. Me gusta verla interactuar con los gemelos y me encanta su sonrisa, porque es sincera.

Es de esas que atrapan y que serías capaz de mirar sin necesidad de pestañear durante horas.

Seguimos con el juego de los alimentos los casi cuatrocientos metros que nos separa la estación de metro del trabajo de Violet. Mis sobrinos van agarrados a su mano, pasando completamente de mí, y no los puedo culpar. Lo dicho; Violet tiene algo que te atrapa.

Al llegar al microteatro, nos hace pasar dentro con ella y nos presenta a los dueños, que se muestran encantadores con Nico y Gael. Hoy tienen cuatro proyecciones infantiles, y los han invitado a las cuatro, así que ya tenemos la tarde organizada.

—¡Tú! —grita alguien. Me giro a tiempo de ver entrar a Andrea, que solo tiene ojos para Violet y, por cómo la mira, yo diría que no está muy contenta—. Eres una zorra que no has contestado a mis mensajes. ¿Te parece bonito? ¡Que tengo una crisis existencial!

Violet, que estaba limpiando la barra, abre la boca y la cierra de golpe. Me mira, y es entonces cuando Andrea repara en que su amiga no está sola. Andrea me mira un segundo, y luego su atención pasa a los niños, a los que sonrío encantadora. Apoya las manos en sus rodillas y se inclina hasta estar a la misma altura que ellos.

—¿Sois Gael y Nico? —Los dos asientes y ellas les da un abrazo—. Os parecéis mucho a vuestro tío, yo soy Andrea. —Levanta la cabeza hacia mí. Se le borra la sonrisa—. ¿Le has hecho cosas de doctor macizo a mi amiga y por eso no me ha contestado a los mensajes?

—Eh... ¿Qué? —Por el rabillo del ojo veo a Violet soltar el trapo y salir corriendo de detrás de la barra.

—Andrea, cállate —masculla entre dientes. Coge a su amiga del brazo y la arrastra consigo hacia el fondo del local. Me mira antes de desaparecer tras la puerta que pone «almacén».

Está roja como un tomate.

No sé qué significa eso de «hacer cosas de doctor macizo», pero sí sé que me encanta ver a Violet colorada.

Empieza a llegar gente, muchos de ellos niños, así que salgo con los gemelos a la terraza y nos sentamos en una mesa a la espera de que empiece el primer pase.

—¿Qué hacéis aquí? —Una voz familiar se une a nuestra mesa.

—¡Tía! —Gael y Nico se levantan de sus sillas para abrazar a mi hermana Alba. Esta los levanta a los dos del suelo y, entre risas, les llena la cara de besos. Cuando acaba con ellos, se agacha y me da un beso en la mejilla.

—¿Qué hacéis aquí? —repite, extrañada. Le contestaría, pero el chupetón que tiene en el

cuello, y que está claro que se lo intentaba ocultar con la bufanda, me distrae.

Suelto una carcajada y se lo señalo.

—¿Has dormido con Drácula? —Alba se lleva la mano al cuello y me mira molesta.

—Cállate.

—¿Quién es Drácula? —pregunta Gael. Me inclino hacia él.

—Una amiga de la tía. —Mi hermana me da un manotazo en el brazo y ocupa el lugar vacío que queda en la mesa. Se enrolla la bufanda alrededor del cuello.

—Bueno, ¿me vais a decir ya qué estáis haciendo aquí? —Esta vez, la pregunta solo va dirigida a los niños, porque a mí me está dando la espalda de forma deliberada.

Más bien, la pregunta sería que qué hace mi hermana aquí. No es mucho de ir al teatro, y menos aún sola.

—Nos ha invitado Violet. —Nico le indica a Alba que se acerque—. Casi se muere.

—¿Quién? —pregunta Alba.

—Violet. Tenía mucha fiebre y mocos. —La cara del niño es de angustia total. Su hermano, al lado, afirma de forma fehaciente con la cabeza.

—Sí, ayer estaba muy malita —confirma mi hermana—. Se tuvo que ir a casa. ¿La cuidasteis?

—¿La viste ayer? ¿Cómo sabes que se fue a casa? —pregunto.

Conozco a mis hermanas al dedillo. Eso siempre ha sido una ventaja para mí y un hándicap para ellas. Sé cuando están felices, tristes, cuando mienten y, sobre todo, cuando las han pillado con el carrito del helado, y a mi hermana la he pillado con la vajilla entera.

Se endereza, cuadrando los hombros, y se masajea el lóbulo de la oreja. Qué simple.

—Entonces, ¿vais a ver una obra? —dice en tono inocente mientras ignora por completo mi pregunta.

—Las vamos a ver todas —contesta Nico. Carraspeo, pero Alba sigue ignorándome.

—Mi favorita es la del agua.

—Así que también has visto las obras de teatro. Qué interesante...

Solo le veo la coronilla, pero sé que está poniendo los ojos en blanco.

—Y...

—¿Listos para ver *La lluvia y el agua*?! —Andrea aparece de pronto, feliz y sonriente, cortando cualquier cosa que fuera a decir Alba. La sonrisa se le borra de golpe cuando ve a mi hermana.

No es que conozca mucho a Andrea, pues la he visto en contadas ocasiones, pero si alguien me pidiese que la definiese con una única palabra, utilizaría: «alegre». Ahora, puedo jurar que está de todo menos alegre.

—Hola, Andrea —dice Alba, titubeante, mientras se levanta despacio de la silla. Andrea se cruza de brazos y levanta la barbilla. Quiere parecer desafiante, pero parece un cachorro que se ha perdido.

—Hola, Alba. No sabía que ibas a venir.

Mi hermana vuelve a acariciarse el lóbulo de la oreja.

Yo las miro a las dos. Primero a una y después a la otra. Por último, miro la bufanda, justo en el sitio donde tendría que estar el chupetón, y sumo dos más dos.

Ya sabemos quién es Drácula.

Andrea deja de mirar a Alba y se centra en Nico y Gael, por lo que vuelve la sonrisa.

—¿Me acompañáis? Está a punto de empezar.

—¡Sí! —gritan los dos a la vez.

—Andrea, ¿podemos hablar un momento? —pregunta a su vez Alba, dando un paso al frente.

Andrea niega con la cabeza.

—Ahora no puedo, me voy con tus sobrinos abajo.

—¿Puedo bajar yo también? —Andrea se la queda mirando. Después, se encoge de hombros.

—Lo que quieras.

Si mi hermana es lista, que lo es, se habrá dado cuenta de que ese «lo que quieras» era en verdad un «claro».

Andrea coge a cada uno de los gemelos de una mano y desaparecen dentro del microteatro. Alba vacila, pero termina suspirando y siguiéndolos. Yo me quedo solo sin saber muy bien qué hacer, así que me levanto y entro. No me apetece mucho bajar a ver ninguna obra. Lo que me apetece es ver a Violet. Llevo sin hacerlo veinte minutos y tengo el mono.

El local no es grande, así que no tardo más de medio minuto en recorrerlo entero con la mirada. No está por ninguna parte. Detrás de la barra hay un chico sirviendo unas bebidas, en la zona de la venta de entradas está la dueña, de la que no me acuerdo del nombre, y por la ventana que conecta la sala central con la cocina veo al dueño.

¿Dónde se habrá metido? ¿Se habrá bajado con los demás?

Echo un último vistazo, por si acaso, pero nada. Entonces, mis ojos dan con la puerta por la que antes han desaparecido Violet y Andrea; el almacén. Está al lado de los baños, por lo que puedo ir, echar un pequeño vistazo y, si no está, volver sobre mis pasos.

Meto las manos en los bolsillos de la chaqueta y emprendo el camino. Estoy nervioso, joder. Tanto, que siento el corazón latiendo contra mis costillas. Justo cuando estoy a punto de llegar a la puerta, respiro hondo un par de veces y me asomo.

Ahí está.

Violet está de pie, con una libreta en la mano, mordiendo un bolígrafo y repiqueteando el suelo con el pie. Las piernas, enfundadas en esas medias, deberían ser consideradas Patrimonio de la Humanidad. Y si yo creía que la falda negra me iba a volver loco, era porque no había visto la camisa blanca que se escondía bajo el abrigo.

—Así que tu amiga y mi hermana se han liado. —Mi voz la sobresalta. Se quita el boli de la boca y se gira para estar frente a frente.

Sonríe, y yo trago saliva.

—Eso parece.

—Y mi hermana la ha cagado. —No lo estoy preguntando. Violet junta los labios y hace el gesto de cerrárselos con cremallera.

Echo un vistazo a mi espalda. Nadie viene hacia aquí, así que doy un paso al frente y entro en el almacén.

—No deberías estar aquí, es solo para empleados. —El tono de voz de Violet me indica que no soy el único que está nervioso. También que le importa una mierda que no sea empleado.

—¿Cuánto dura una de esas obras? —Cierro la puerta con el pie. Tengo que controlarme por no echar el pestillo.

—Entre quince y veinte minutos.

Miro el reloj. No sé a qué hora se han bajado, pero ya hace rato.

Le echo un vistazo de arriba abajo.

—Lo has hecho adrede, ¿verdad?

—¿El qué?

—Vestirte así. —Aparto la vista de sus piernas y la miro a los ojos. Brillan—. Y no voy en plan machito ni cavernícola ni en plan «las mujeres no pueden vestirse como les dé la gana». Voy en plan: «te ha gustado que te dijera que me vuelves loco y querías ver si podías volverme

más loco todavía». Enhorabuena, Cooper, lo has conseguido.

Violet se ríe.

—Te sigue doliendo lo de cavernícola. —Saco las manos del bolsillo y doy otro paso hacia delante.

—No lo soy —afirmo.

Asiente.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí. —No sé por qué, pero oírlo decir eso me alivia igual que si me hubiesen quitado una losa enorme de los hombros. Violet deja de sonreír y mira el suelo—. Lo dije porque me habías llamado bajita, y odio que me llamen bajita.

Me paro en seco.

—Violet —la llamo—. Mírame, por favor.

Escucho su suspiro justo antes de levantar la cabeza.

Veo vulnerabilidad en esos preciosos ojos marrones.

—Lo siento, te juro que no lo dije como un insulto. —Quiero que note que se lo digo completamente en serio—. Me gusta tu estatura. Me encanta. Es perfecta.

Se muerde el labio.

—Vale.

—¿Me crees?

—Sí.

—¿Puedo seguir acercándome? —Las yemas de los dedos me pican y mis pies gritan por tener vida propia, pero si me dice que me vaya, lo haré.

Sus labios se estiran hacia arriba y sus mejillas se colorean, y juro que estoy a punto de alzar el puño en señal de victoria.

—Si juegas con fuego, te quemas.

Me detengo a un palmo de su cara. Cierro los puños y los dejo quietos dentro de los bolsillos.

—Creo que me quemé el día que me provocaste una contusión.

—Me lo vas a recordar siempre, ¿verdad?

—Por supuesto.

Saco por fin las manos del bolsillo, la agarro de la cintura, la acerco a mí y la beso. Lo hago como le he prometido esta mañana que haría. Como he estado deseando, soñando. La beso con tantas ganas y tantas ansias que juro que estoy temblando.

Y lo mejor de todo es que ella me está besando de la misma manera.

Sus manos dejan de sujetar el bolígrafo y la libreta y se encargan de mi pelo. Sus dedos se enredan en él, lo arañan. Su aliento me hace cosquillas y su lengua me quema.

La sujeto por las mejillas y ladeo su cabeza a mi antojo. Nos acoplo, buscándonos con desesperación.

Besar a Violet es una puta pasada.

La pego más a mí y ella se deja hacer. Gime cuando le muerdo el labio y jadea cuando bajo una mano por su espalda y la empujo hacia mí. Abandono sus labios un momento, solo uno, porque la necesidad de probar otras partes de su cuerpo me supera. Le muerdo el lóbulo de la oreja y dejo un rastro de besos por su cuello y su clavícula.

—Encajas de puta madre entre mis brazos, joder... —gimo, sin aliento. Le recorro la mandíbula con los labios hasta llegar de nuevo a los suyos. Bajo las manos hasta el borde de la falda y gruño. Lo hago tan alto que no me extrañaría que alguien fuera nos escuchara.

De repente, noto su sonrisa en mis labios y siento su risa vibrar contra mi cuerpo.

Me aparto. ¿Se está riendo?

Sí, se está riendo.

—¿Te estás riendo? —pregunto, solo para confirmar lo que ya sé.

Se lleva una mano a la boca y agacha la cabeza, ocultándose, pero el temblor de sus hombros la delata.

—¿Violet?

—Lo siento. —Suelta una carcajada, que enseguida silencia con la mano. En otro momento y con otra persona, esta situación me parecería vergonzosa, además de humillante. Con ella, es todo lo contrario.

—Si me dices que beso mal, te juro que me suicido. —La carcajada se hace más fuerte y esta vez no la oculta. Coloco un dedo bajo su barbilla y le levanto la cabeza.

Sus ojos brillan por culpa de la risa, pero ese brillo va acompañado de excitación. Me fijo en sus labios; no les he quitado el rojo. O es uno muy permanente o es verdad que beso mal y no le he puesto mucho empeño al asunto.

—¿Me vas a decir de qué te ríes?

Eleva los brazos y me rodea el cuello con ellos.

—Se supone que te odio y que me caes mal. —Me río.

—Vaya, gracias.

Se pone de puntillas y pega su pecho al mío.

—¡Es cierto! Sin embargo, ahora mismo, solo tengo ganas de volver a ponerme mala para irme de aquí.

—¿Conmigo?

—Puede.

Agacho la cabeza y le rozo los labios con los míos. Su aliento me hace cosquillas.

—Yo también te odio —le digo. Resopla, haciéndose la ofendida.

—Si soy un trocito de pan.

—Será del duro.

Se pega más a mí. Tanto, que ni una simple hoja de papel cabría entre nosotros. Alza una ceja, pícara. Está claro que está notando que aquí lo único que está duro es mi entrepierna.

—Tengo que volver al trabajo —murmura, compungida. La beso, recreándome un poco más del necesario en sus labios, y me aparto a regañadientes. Es verdad, ella tiene que volver al trabajo y yo a cuidar de dos diablillos.

Apoya la frente en mi pecho.

—Quiero seguir besándote —le confieso. Enreda un dedo en los pelos de mi nuca.

—Y yo espero que lo hagas.

—Violet.

—¿Sí?

—Que sepas que esas medias se han convertido en mi prenda de ropa preferida.

31. Es enorme

Violet

Son las doce de la noche, lo que significa que llevo seis horas seguidas sonriendo, y no sé si voy a ser capaz de dejar de hacerlo, aunque tampoco quiero, porque es pensar en Lander, en el momento que hemos pasado en el almacén, en sus besos, en sus gemidos en mi oído... y la sonrisa aparece sola, provocada por la excitación que siento en todo el cuerpo.

Tenía claro que sabría besar; si solo hay que echarle un vistazo para saber que ese tío es el pecado hecho hombre. Lo que no tenía tan claro es que me fuera a gustar tanto. Que me iba a volver adicta. Porque soy adicta, no me escondo, y las ganas que tengo de salir de aquí y volver a casa son tan grandes que me quema el pecho.

Tiro de la cadena, salgo del cubículo donde estaba haciendo pis y me encuentro a mi amiga Andrea, apoyada en el lavamanos, con los brazos cruzados y cara triste, aunque lo intenta ocultar tras una ligera sonrisa.

Me paro en seco.

No me gusta la Andrea triste.

Andrea es divertida y risueña. Andrea no llora, ella prefiere gastar bromas. Así que, cuando Andrea tiene los ojos brillantes y no tienen nada que ver con las risas, es porque hay un problema. Y de los gordos.

—¿Ya has acabado? —le pregunto. Abro el grifo y me lavo las manos. Andrea corta un trozo de papel del dispensador y me lo pasa.

—Hace un rato, te estaba esperando.

Hoy casi no nos hemos visto. La verdad es que ha sido un sábado de mucho trabajo, pero, además, estaban Lander, los niños, Alba y la tensión entre esta y mi amiga.

Tiro el papel a la basura y me coloco a su lado. Se desliza un pelín hacia abajo y apoya la cabeza en mi hombro.

—¿Alba ya se ha ido?

—Hace un rato. —Apoyo la mejilla en su cabeza—. Me ha pedido perdón por largarse cual ninja esta mañana y no dar señales de vida.

El dolor es patente en su tono de voz.

—Ha venido esta noche —digo, en tono conciliador.

Andrea suelta un suspiro.

—Se marcha a Colombia la semana que viene. —Levanta la cabeza y me mira—. Trabaja en una ONG y les ha surgido un viaje. Por eso se ha largado así esta mañana, porque se marcha y no sabe cuándo va a volver.

Aunque se resiste a llorar, sus ojos brillan más que nunca.

Le paso un brazo por los hombros y la acerco a mí.

Creo que Andrea solo ha tenido una pareja estable en su vida, de esas que le presentas a tus padres y te llevas a la comunión de tu primo, y fue Yuma, un chico al que conoció con diecisiete años en un curso sobre cocina al que se apuntó para aprender a hacer sushi. Era el profesor.

Su lema es: «haz el amor y, si es duro y guarro, mejor». Le encanta gustar y se enamora hasta del árbol en el que se apoya cuando sale de compras y necesita parar en algún sitio a descansar.

Pero no llora, y menos por cosas sentimentales: «Si no me quieren, ellos se lo pierden».

Que esté a punto de llorar porque Alba se marcha a Colombia solo significa que, esta vez, la palabra «enamoramiento» sí que tiene sentido.

—Me siento patética —susurra. Le doy un beso en la cabeza y le acaricio el brazo.

—No deberías.

—Tengo ganas de llorar.

—Hazlo, no sé qué te lo impide.

—Que solo hace unos días que la conozco. No sé por qué me afecta tanto que se vaya.

—Porque las personas que de verdad nos importan aparecen cuando menos nos lo esperamos. Llegan sin avisar y suelen arrollar con todo a su paso. Además —me enrolló un mechón de su pelo en el dedo—, que ella se haya marchado así esta mañana indica que no es solo a ti a la que le afecta el viaje a Colombia.

Se aparta de mi hombro y me sonríe. Sigue teniendo los ojos brillantes, aunque hay algo más en ellos. ¿Esperanza?

—¿Tú crees?

Me encojo de hombros.

—No soy ninguna experta en el amor. No me he enamorado jamás, pues mi único amor son los cerdos y los caballos. No tengo citas porque suelen aburrirme y perdí la virginidad con Drake que, te recuerdo, me dejó por fría al día siguiente, porque quería quitarme ese peso de encima. Sin contar con que tengo unos padres que no son el mejor ejemplo en temas del corazón porque mi padre se los puso a mi madre y ahora ella va a hacer lo mismo con Matías. Con mi padre.

Andrea abre los ojos de par en par.

—¿Qué?!

Hago aspavientos con las manos.

—Ya te lo contaré en otro momento. —Le cojo las suyas y le acaricio el dorso con los pulgares—. Lo que quiero decir es que no soy la persona ideal para dar consejos sobre el amor, pero eso no significa que no sepa identificarlo o que no quiera enamorarme. Y, ojo, no estoy diciendo que Alba esté enamorada, pero sí te puedo asegurar que a esa chica le gustas, y mucho, y que le pesa ese viaje tanto como te está pesando a ti.

Sonríe débilmente.

—Me gusta lo que dices.

—Soy un pozo de sabiduría, nena.

Se ríe más fuerte, y yo la pego a mí para fundirnos en un abrazo.

—Tienes dos opciones, o disfrutar con Alba hasta que se vaya y, bueno, luego ya se verán las cosas cómo van, o no haces nada y te quedas toda tu vida lamentando el no haber podido disfrutar de más orgasmos como los de anoche.

Suelta una carcajada.

Tengo mucha suerte de tener a esta chica en mi vida.

Nos separamos y comenzamos a andar hacia la puerta.

—Creo que voy a escoger la opción número uno.

Le guiño un ojo.

—Buena elección.

Salimos del baño y entramos en el almacén para buscar nuestros abrigo. Se me escapa una sonrisa al recordar a Lander, en este mismo lugar, hace unas horas, comiéndome la boca.

Lo que le he dicho no era mentira. Lo odio, aunque me muero porque me vuelva a besar. Se me ha hecho muy corto.

Al volverme, pillo a Andrea observándome con una ceja arqueada.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué estás tan roja?

Me cubro las mejillas con las manos.

—Tengo calor.

—Y una mierda.

Da una vuelta sobre sí misma, mirando el lugar, inspeccionándolo. Cuando vuelve a mí, lo hace muerte de risa y apuntándome con un dedo.

—¿Has follado con Lander aquí?!

Miro la puerta, horrorizada por si hay alguien, y suspiro, relajada, cuando veo que seguimos solas. Me vuelvo hacia Andrea.

—¿Puedes no gritar? —siseo. Andrea no deja de reírse.

—No lo has negado —me acusa. Suspiro, hastiada, y me pongo la chaqueta.

—No lo he negado porque no me ha dado tiempo. —Cuadro los hombros y me pongo seria, o todo lo seria que puedo, porque la imagen de Lander besándome no se me va de la cabeza y yo sé que mi amiga es capaz de leerme con los ojos cerrados—. No, no he follado con Lander aquí.

—Pero has hecho cochinas.

Mueve las cejas arriba y abajo de forma sugerente.

Le doy la espalda y salgo del almacén. Me despido de Pascual y de su mujer y suspiro aliviada cuando respiro el aire de la calle. O, mejor dicho, cuando respiro la polución de la calle.

Escucho el taconeo de Andrea detrás de mí.

—No puedes huir de mí. Sé dónde vives. Soy tu casera, ¿recuerdas?

—Para olvidarlo. —Me cubro el cuello con el abrigo y meto las manos en los bolsillos. Andrea se coloca a mi lado.

—Somos patéticas. —La miro de reojo—. Las dos enamoradas de dos hermanos.

—¿Yo no estoy enamorada de nadie!

—¿Eso nos convierte en cuñadas? —pregunta, ignorándome y agarrándome del brazo.

—Me gustabas más deprimida y a punto de llorar.

Resopla, divertida, y yo pongo los ojos en blanco.

Caminamos en silencio hasta que llegamos a la parada de metro. Una vez allí, nos soltamos.

—Voy a coger un Uber. Quiero... —carraspea, y me mira con un brillo especial en los ojos—. Voy a enviarle un mensaje a Alba y le voy a pedir que venga a mi casa. Voy a disfrutar de estos pocos días que tenemos y luego ya veremos. Me gusta mucho, ¿sabes?

—Sí que lo sé.

La abrazo tan fuerte que temo hacerle daño.

—Es una mierda que no pueda venir a tu fiesta sorpresa de cumpleaños.

Se ríe y se suelta de mi agarre.

—Estoy segura de que me lo compensará.

Nos damos un último abrazo de despedida y le digo adiós con la mano mientras bajo las escaleras del metro.

—Violet —me llama. Temo lo que me va a decir en cuanto le veo la cara—. Deberías probar lo de tener diez orgasmos en media hora. Esta noche, a poder ser. Y sé el candidato perfecto.

Niego con la cabeza y me marchó sin contestarle. Sus carcajadas me acompañan todo el camino.

Cuando llego a casa, estoy hecha un manojo de nervios. Ahora que solo me separa de Lander una tabla de manera, he empezado a sudar porque... ¿Qué hago cuando lo vea? ¿Le doy un beso?

¿Querrá él dármele? ¿Se habrá arrepentido de lo del almacén? A ver, no me parecía muy arrepentido, la verdad. Ni por su manera de besarme o tocarme, ni por lo dura que tenía la polla.

Un calor abrasador me consume al pensar en ella. Como para no hacerlo. Era enorme, y eso que solo la he palpado por encima y ni siquiera ha sido con la mano.

Me muerdo el labio y doy saltitos, moviendo el cuello de un lado a otro, para entrar en calor y para rebajar los nervios, que no se rebajan una mierda.

«*Quiero seguir besándote*», me ha dicho, y yo quiero seguir besándolo a él, así que, ¿por qué perder el tiempo? Además, lo de los orgasmos que ha dicho Andrea no tiene mala pinta.

Abro la puerta y es el silencio el primero que me recibe. Dejo el abrigo colgado de la percha y me quito las botas. Sin ellas, me siento muy bajita,

«*Me gusta tu estatura. Me encanta. Es perfecta*».

«*Encajas de puta madre entre mis brazos, joder...*».

Hay luz saliendo del comedor, por lo que voy allí directa. Me paro en seco nada más entrar. Lander está tumbado en el sofá con Gael y Nico encima, uno con la cabeza en los pies de su tío y el otro apoyado en su pecho. Los tres están profundamente dormidos. Lander tiene la boca ligeramente abierta, con un brazo arqueado por encima de la cabeza y el otro atrapado entre el sofá y su cuerpo. Los tres hacen un *tetris* tan raro y perfecto que no puedo evitar sacar el móvil y hacerles una foto.

La televisión está encendida con el menú de Netflix abierto.

Me acerco con sigilo y me permito observarlos. A los tres. Me acuerdo de nuestra primera noche en este piso, cuando me acerqué a ver si respiraba y me lanzó una de sus pullas. Quise rematar mi trabajo con la sartén en ese momento.

Ahora... Ahora quiero cosas completamente diferentes.

Me arrodillo en el suelo, justo a la altura de su cara, y le aparto un pelo de la frente. La caricia le hace abrir los ojos. Cuando se da cuenta de que soy yo, me regala una sonrisa tan grande que ese revoltijo que últimamente estoy sintiendo en el vientre se hace enorme.

—Hola —susurro tan bajito que casi no me escucho ni yo.

—Hola —contesta, en el mismo tono. Se mira el pecho—. Me duele todo el cuerpo.

Intenta incorporarse, pero Nico y Gael pesan más de lo que aparentan y Lander está muy dormido.

—¿Quieres que te ayude?

—Te lo agradecería.

Cojo de las axilas al niño que tiene apoyado en su pecho, que creo que es Gael, y lo aúpo. A pesar de estar muy dormido, se agarra a mi cuello tan fuerte que si no fuera tan pequeño me ahogaría. Lander se incorpora, agarra a Nico como puede y lo aúpa también.

Si me dicen que Lander ha metido los dedos en un enchufe, me lo creo. Cada pelo le va en una dirección, y tiene la marca del cojín en la mejilla.

—¿De qué te ríes? —me pregunta.

—De que no estés perfecto.

Sonríe de forma ladina.

—¿Crees que soy perfecto?

Le saco la lengua y enfilo el camino hacia su habitación. Yo delante y él detrás. Lo miro por encima del hombro.

—¿Me estás mirando el culo?

—Por supuesto —me contesta serio, como si acabase de preguntarle una obviedad.

Entramos en su habitación y los acostamos en su cama. Aunque esta es grande, los dos niños

la ocupan casi en su totalidad. ¿Cómo unas cosas tan pequeñas pueden ocupar tanto espacio?

—Oye, ¿sabes qué estoy pensando? —me pregunta Lander. Cuando lo miro, tiene el ceño fruncido—. Que va a ser imposible que yo quepa ahí en medio. Creo que lo mejor sería que durmiese en tu cama.

Está tan serio que cualquiera pensaría que lo dice completamente en serio. Es decir, como si de verdad hubiese un problema.

Me llevo un dedo a la barbilla, pensativa.

—Tienes el sofá.

Lander chasquea la lengua contra el paladar y niega con la cabeza.

—Imposible. No nos llevamos muy bien.

Me coge del brazo y tira de mí. No sé si es él que me levanta o soy yo que he pegado un salto, pero, de repente, está Lander andando hacia atrás con mis piernas rodeándole la cintura.

—Yo creo que, si los empujas un poquito, cabes de sobra entre los dos.

Sale de su habitación. Cojo el pomo y cierro la puerta.

Nos miramos, y ya no necesitamos nada más. Ya solucionaremos el tema de dormir más tarde porque, ahora mismo, lo que yo necesito, es a él, y creo que a él le pasa lo mismo.

Nuestras bocas se buscan, se encuentran y se disfrutan. Vaya si lo hacen. Nos besamos como en el almacén y más, mucho más. Lo hacemos como si lleváramos siglos con las ganas y no hubiésemos podido hacer nada hasta ahora.

Si no estuviera tan perdida en su lengua y en su sabor, me reiría, porque este es el mismo chico al que le tiré una jarra de cerveza a la cara la primera vez que nos vimos.

A lo mejor sí que debería plantearme eso de pedirle perdón en serio. Pero en otro momento, ahora solo puedo pensar en su pecho acariciando el mío y en su polla presionando mi vientre. Si esta tarde me ha parecido que estaba duro, ¿cómo defino a cómo está ahora?

—Violet... —jadea, y ahora sí, a tomar por saco. Me olvido de nuestros problemas pasados, de si nos odiamos y hasta del nombre de mis padres, porque siempre me había parecido sexi como Lander pronunciaba mi nombre, pero que jadee cuando lo hace... Es una experiencia que todo ser humano debería vivir una vez en su vida.

Lo cojo del pelo y me aferro a él.

No tengo ni idea de cómo hemos llegado a mi habitación. Solo sé que, de repente, estoy tumbada en mi cama con él encima. Se aparta y me mira a los ojos. Su pecho, pegado al mío, sube y baja con rapidez. Y sus ojos... Joder, sus ojos me gritan muchas cosas y todas buenas. Me dicen que le gusta lo que estamos haciendo, que quiere más, mucho más, y yo lo quiero todo. Quiero esos quince orgasmos.

Cuelo las manos por el bajo de su camiseta y tiro hacia arriba, lanzándola al aire. Me da igual donde caiga.

En cuanto me encuentro con su torso desnudo, trago saliva. Es perfecto. En mi vida había visto unos pectorales tan bien definidos ni unos abdominales en los que se pudiera rallar queso. Y eso que lo he visto sin camiseta en un par de ocasiones y, bueno, me había quedado mirando más tiempo del que debería considerarse cortés. Pero, ahora que lo tengo tan cerca, tan a mi alcance...

Me apoyo en los codos y lo beso, despacio. Disfrutando del sabor de su piel. Lander cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás. Sonríe. Me gusta provocarle. Me gusta que se rinda de esta manera a mí.

Le muerdo un pezón y después el otro.

—Me cago en la puta... —Abre los ojos y me mira.

Espero que cumpla con todo lo que su mirada me promete.

Lleva sus manos a mi camisa y me la desabrocha. Me roza el borde del sujetador con el pulgar, y me empuja hasta quedar tumbada de nuevo y se levanta de la cama. Le miro la entrepierna; su erección es más que evidente a través de los pantalones de pijama.

Echo un vistazo a la puerta. Está cerrada.

—Mírame, Violet —me pide. Y lo hago, porque creo que ahora mismo le daría hasta un riñón si me lo pidiese.

Se arrodilla a los pies de la cama, me coge de los tobillos y me acerca a él. Estoy temblando, no sé si de excitación, de nervios, de anticipación o de todo un poco.

Me rodea los tobillos con sus manos y comienza un camino ascendente. Cuando llega a los muslos, creo que voy a ponerme a chillar.

—¿Dónde te has comprado estas medias?

¿Qué pregunta es esa?

Dibuja el contorno del volante de flores que tengo encima de la rodilla con una parsimonia que me derrite y yo no puedo hacer otra cosa que morderme el labio. A pesar de la burbuja de locura en la que estoy metida, no me olvido de que hay dos niños en la habitación de al lado.

Me paso la lengua por donde me he mordido bajo su atenta mirada, provocándole. Sus dedos aferrando con fuerza mi piel me dicen que lo he conseguido.

—En *Calzedonia*.

Asiente, como si tuviera clarísimo donde hay un *Calzedonia*, y sigue subiendo hacia arriba. Cuando llega a las ingles me quiero morir. Arqueo la espalda y suplico en silencio. O en voz alta. Yo qué sé.

—Quiero hacerte tantas cosas, Violet... —Me acaricia el vientre por debajo de la falda. Su boca está en mi cintura, la besa—. Pero hoy no podemos hacer mucho ruido, no somos los únicos que estamos en esta casa, y no sabes lo que me jode.

Si no estuviera tan excitada, me reiría.

—Y estas medias... Por mí, no te las quitarías nunca. —Saca las manos de debajo de mi falda y se levanta. Apoya las manos a ambos lados de mi cuerpo y se inclina hacia mí, hasta que su frente toca la mía. Me besa la punta de la nariz y después la comisura de la boca—. Esta noche no haremos ruido, pero en cuanto nos volvamos a quedar solos, te juro que haremos temblar esta casa, y te arrancaré esas medias, y compraré otras, y te las volveré a arrancar, y así hasta que acabe con todas las existencias de *Calzedonia*.

Creo que ya me he corrido.

Y creo que ha llegado la hora de buscar un condón.

Repto hacia atrás lo más rápido que puedo hasta alcanzar la mesilla de noche y coger un preservativo del primer cajón. Se lo lanzo y él lo coge al vuelo. Se coloca de rodillas y se baja los pantalones. Trago saliva, mucha, porque es enorme. No miento. En serio, Lander tiene una polla enorme, y yo temo por un segundo que no entre. Ni siquiera recuerdo la última vez que tuve sexo. Bueno, sí la recuerdo, y no era tan grande. Qué coño, comparándolas, diría que era minúscula.

Se pone el condón a la velocidad de la luz y vuelve a tirar de mis tobillos para acercarme a él. Sonríe y ya está, me tiene. Nos miramos, solo un momento, y volvemos a la acción.

Él me baja las medias.

Yo me quito la camisa.

Él se deshace de mi falda.

Yo me desabrocho el sujetador y lo lanzo lejos.

Él me besa los pechos, los lame y juega con los pezones.

—Lander, por favor. —Yo abro las piernas. Él gruñe, se inclina, me besa, me devora, y se introduce en mi interior.

Menos mal que tenemos las bocas unidas, así no se ha escuchado el grito que ha salido de lo más profundo de mi garganta.

—¿Estás bien?

—Te odio. —Se ríe y su risa me hace cosquillas en los labios.

—No me importa. ¿Estás bien?

Asiento.

—Es enorme.

—Gracias.

—No era un cumplido.

—Ya lo creo que sí.

Cuela una mano bajo mi cuerpo, justo a la altura de mi culo, y me lo pellizca. Después, coge mi pierna y se la enrosca en la cintura. Abro la boca y echo la cabeza hacia atrás.

—¿Estás bien? —repite. Llevo mis manos a su espalda y lo araño. Jadeamos y nos miramos a los ojos.

—Creo que después de esto ya podemos darnos nuestros números de teléfono.

Suelta una carcajada, y a mí me parece un sonido maravilloso.

Volvemos a mirarnos, y asiento, contestando así a su pregunta. Porque sí, estoy bien. Estoy más que bien, de hecho.

Me muevo y él lo hace conmigo. Despacio primero y mucho más rápido después. No aparto mis manos de su espalda y dejo que él marque el ritmo, porque no tengo claro si yo ahora mismo sabría hacerlo. Estoy demasiado perdida en lo que mi cuerpo está sintiendo como para pensar en nada más.

No dejamos de movernos, ni de besarnos, y menos de tocarnos. Nos miramos, nos sonreímos y jadeamos juntos. Me encanta el tacto de su piel y sentir sus manos sobre mi cuerpo.

—Voy a correrme —le aviso, justo antes de volver a lanzarme sobre su boca y buscar su lengua.

Estallo en un orgasmo brutal y él se traga mi grito. Otra vez. Mi visión se oscurece y tengo que cerrar los ojos. Lander esconde la cara en mi cuello y lo beso mientras es él quien se corre. Yo me aferro a sus caderas con las piernas tanto como puedo porque no quiero que se mueva.

Permanecemos en esta posición un buen rato. ¿Abrazados? No lo sé, y tampoco quiero entrar en etiquetas. Solo sé que me gusta que me acaricie el brazo y a mí pasear los dedos por su espalda de abajo arriba, hasta acabar en su nuca y enredarlos en su pelo.

—¿Qué me dices a lo de quedarme a dormir? Creo que me lo he ganado. —Se aparta de mi cuello tras darme un último beso y me mira a la cara. Intenta hacerlo de forma inocente, pero sus ojos demuestran que este chico, de inocente, no tiene nada.

Compongo una mueca.

—Tu hermana le provocó ayer a Andrea quince orgasmos en media hora, tú llevas uno. Estoy un poco decepcionada, la verdad. Me esperaba más de un tío grande como tú.

Su siguiente movimiento no lo veo venir, y es que Lander ataca mi costado de tal forma que esta vez no puedo evitar gritar mucho y muy fuerte.

—¿En serio me acabas de hablar de mi hermana y de cuántos orgasmos provoca? —me pregunta entre divertido y horrorizado.

Me retuerzo entre sus brazos por culpa de las cosquillas. No las aguanto, pues tengo

muchísimas, y él lo está descubriendo ahora mismo y se está aprovechando de ello. Me inmoviliza las piernas con las suyas y los brazos por encima de la cabeza. Me muerde el lóbulo de la oreja y me sopla en el cuello.

—Para, por favor, me voy a terminar haciendo pis encima.

Arruga la nariz.

—¿Lluvia dorada? No sabía que estábamos ya en ese punto, pero déjame decirte que me parece bastante asqueroso.

Me sujeta las dos muñecas con una sola mano y con la que tiene libre me pellizca un pezón.

—Entonces, ¿qué? ¿Me puedo quedar a dormir? —¿A dormir? Se puede quedar a vivir en esta cama.

El pensamiento me hace enrojecer a la vez que enloquecer. Me asusta, pero no dejo que lo note. De repente, tengo la sensación de que está yendo todo demasiado deprisa, pero seguro que es por culpa de la adrenalina y del sexo.

Me centro en sonreír y asiento.

—Si mañana me haces el desayuno. Pero que no lleve nueces, por favor. Las odio. —Me guiña un ojo.

—Hecho. —Me da un beso en la punta de la nariz, en la boca y luego en la barbilla. Después, comienza un camino descendente por mi cuerpo.

—¿Qué haces? —pregunto cuando tiene la boca a la altura de mi vientre. Me mira por encima de las pestañas, jugueteón.

—¿Has dicho quince?

32. Creo que me gusta

Violet

Violet:

No voy a decirte el número de orgasmos porque soy una señorita y hay cosas que no se deben contar, pero solo te diré que nunca había visto una matrícula de honor tan cerca.

Andrea:

Jajajajaajajajaaajajajajajajajajajajaj

Andrea:

Ya era hora de que tuvieras algún orgasmo en condiciones, amiga. Tenías el cutis fatal.

Violet:

Eres idiota, y mi cutis está fenomenal.

Andrea:

El *Satisfyer* no cuenta como proveedor de orgasmos productivo.

Violet:

A veces no sé por qué somos amigas.

Andrea:

Porque me adoras.

Andrea:

Entonces, ¿qué?

Violet:

¿Qué de qué?

Andrea:

¿Estáis saliendo?

¿Tienes novio?

¿Amigo con derecho a meter la cebolleta?

Violet:

Dos personas que acaban de tener un sexo increíble.
¿Te sirve?

Andrea:

¿Te sirve a ti?

Violet:
Sí.

Andrea:
Pues a mí también.

Violet:
Andrea, creo que me gusta.

Andrea:
¿Crees?

Violet:
Puede que tuviera un concepto sobre él un poquito erróneo.

Andrea:
¿Ya no es machista?

Violet:
No, aunque sí que es un capullo.

Andrea:
Siempre te han gustado los capullos.

Violet:
También es verdad.

Violet:
Bueno, ¿y qué hago?

Andrea:
¿Tener más orgasmos?

Violet:
¡Te estoy hablando en serio!

Andrea:
Yo también.

Violet:
Me voy a la cama.

Andrea:
Violet.

Violet:
¿Qué?

Andrea:
Disfrutar. Lo que tienes que hacer ahora es disfrutar. Salir de los exámenes y la universidad de

vez en cuando no es malo, no te hace menos inteligente. Sin embargo, vivir experiencias te hace ser más feliz.

Andrea:

No pongas etiquetas, ¿para qué? Estas siempre vienen con una fecha de caducidad incluida y son una mierda, porque esa fecha termina llegando y eso que estabas viviendo, puff, explota y desaparece. Así que no le pongas etiquetas porque no te van a servir para nada.

Violet:

Hace unas horas era yo la que te decía que vivieras el momento sin preocuparte por el futuro.

Andrea:

Por eso somos las mejores amigas, porque nos complementamos de puta madre.

Violet:

¿Lo sigues viviendo?

Violet:

El momento, digo.

Andrea:

Lo tengo dormido a mi lado.

Violet:

Disfrútalo. Te quiero.

Andrea:

Prueba a hacer la cucharita, he leído que relaja y que es probable que ayude a liberar oxitocina, que es la hormona que está vinculada a la excitación sexual. ¡De nada por el consejo!

33. Las veinte preguntas

Violet

—¿Se han portado bien?

—Fenomenal.

—Qué maravilla. Pues el mes que viene le ha salido a Santi un viaje a Mallorca. ¿Crees que podrías...?

—María, no te pases. Y largo, que dejar el coche en esta zona en segunda fila es multa asegurada.

—¿Por qué quieres deshacerte de nosotros tan rápido?

—Porque no quiero que os multen.

—Santi es policía, quitará la multa.

—María, largo.

—¿Qué ha pasado?

—El tío tiene novia.

—¿Perdona?

—No tengo novia, Nico.

—Sí que la tienes y casi se muere, mamá.

Tener que reírme en silencio está siendo muy complicado. María ha venido a por sus hijos. Ha entrado, nos hemos saludado y, aunque ha hecho el amago de sentarse en el sofá a mi lado, Lander ya tenía las mochilas de sus hijos en la puerta y casi se las ha estampado en el pecho.

Yo me he despedido de los tres en el comedor. No pintaba nada acompañando a Lander al recibidor para decirles adiós, pero, ahora que estoy escuchando la conversación tan maravillosa que están teniendo los cuatro, me arrepiento de no estar ahí. Me encantaría ver sus caras.

Todas.

Escucho el resoplido de Lander, y eso que estoy a unos metros de distancia y son varias las paredes que nos separan.

—María, es hora de duchas y cenas.

—¡Pero si nos hemos duchado esta mañana! —Está claro a quién han salido esos dos.

—Lander, ¿qué me estás ocultando? Acaso... ¡Ahhh! —El grito de María me hace pegar un bote—. ¿Estás liado con Violet?

Esto último lo intenta preguntar bajito. Lo intenta. Porque desde donde estoy he oído la pregunta.

Subo las piernas al sofá y las doblo, guardándolas bajo mi culo y buscando una postura cómoda. Esta conversación se está poniendo interesante.

—Hay dos niños pequeños delante.

—¿Y qué? Ya les he explicado lo de la polinización de las abejas.

Suelto una carcajada, porque esta no la he podido evitar.

—María, en serio, largo.

—Solo dime sí o no.

—Largo.

—¡Lander!

Un resoplido. Me apuesto cincuenta pavos a que proviene de cierto moreno que es un obseso de la limpieza.

—Puede que haya pasado algo, y nos está escuchando. Por favor, ¿te puedes marchar ya?

—Vaaaaaaaale. Pero llámame luego.

—Hasta luego.

Por fin escucho la puerta de casa abrirse. También escucho un «han dormido juntos, mamá», que me hace soltar otra carcajada. Lander aparece poco después de escuchar el ruido que hace la puerta al cerrarse. Aparece serio y con el ceño fruncido, aunque no tarda en soltar una carcajada que, lo juro, me vibra en el cuerpo.

—Me gusta tu hermana.

—Te la regalo.

—¡Vale! Siempre he odiado ser hija única.

Se deja caer a mi lado en el sofá y se tapa los ojos con el antebrazo. Al hacerlo, se le levanta el bajo de la camiseta, y entonces me acuerdo de anoche, de todo lo que pasó, y un calor me recorre el cuerpo.

Un calor que es interrumpido por el rugido de mi tripa.

Lander aparta el brazo de los ojos y me observa divertido.

—¿En serio?

—Hace mucho que no como. —Arquea una ceja y me guiña un ojo.

—Cuando quieras.

Me quiero morir.

Me levanto del sofá, pero Lander me coge de la mano y tira de mí hacia abajo, haciendo que caiga sobre su regazo.

Sigo caliente, roja, y excitada.

Lander me acomoda para quedar a horcadas sobre él, con una pierna a cada lado y cara a cara. Coloca las manos sobre mis muslos. Tengo que hacer fuerza de todo mi autocontrol para no pedirle que las suba hasta donde quiero que de verdad las tenga.

Anoche nos acostamos. Dos veces. Esta mañana también lo hubiésemos hecho si sus sobrinos no se hubiesen despertado tan pronto y Lander hubiese salido de la cama de un salto, como si algo lo hubiese picado.

Pero ahora estamos solos, y esa palabra puede significar tantas cosas. Como él le ha dicho a su hermana, han pasado cosas entre nosotros, cosas que espero que se repitan y él, por el bulto que siento en el vértice de mis piernas, también.

Pero, entonces, ¿qué significa si lo repetimos? Si le damos una continuidad. Porque, ¿le vamos a dar una continuidad o se ha quedado solo en algo de una noche? Algo en plan: «me picaba tanto que tenía que rascarme»?

«No le pongas etiquetas, no sirven para nada». Creo que es lo único sensato que ha dicho Andrea últimamente.

Mis tripas vuelvan a rugir, y no sé si estarles agradecidas o no.

Lander lleva las manos de mis muslos a mi estómago. Me levanta la camiseta del pijama y pasa los dedos por él. Su erección se hace más grande. Creo que eso contesta a la pregunta de si vamos a repetir.

—¿Pedimos comida? —Ha hecho una pregunta normal y corriente, sin doble intención, sin embargo, yo he escuchado la palabra «comida» de una manera que... En fin.

—Puedo cocinar algo.

Arquea una ceja.

—¿Vas a cocinar para mí? Te recuerdo que entre tus condiciones de convivencia estaba que tu comida era tuya y que no pensabas compartirla conmigo.

Sus dedos se han desplazado hacia mis caderas. Como no se esté quieto me voy a poner a gemir.

—Yo creo que las cosas han cambiado desde ese día.

Me mira a los ojos y su sonrisa desaparece. Siento sus dedos clavándose en mi piel.

—¿Qué te parece si jugamos a las veinte preguntas?

Espera, ¿qué? Quiero preguntarle de qué está hablando cuando mueve las caderas y me roza. Lo ha hecho a propósito, y el gemido que ha escapado de mi garganta demuestra cuanto me ha gustado.

—Veinte preguntas —continúa diciendo. Me está costando seguir lo que dice porque estoy más concentrada en el vaivén de sus caderas y en las caricias de sus dedos—. Tú preguntas veinte cosas y yo contesto. Yo pregunto veinte cosas, y tú contestas.

Ahí va la primera. ¿Cómo has dicho que me llamaba?

—¿Alternando?

—Claro, así nos conocemos mejor.

Que Lander quiera conocerme mejor me hace sentir un pellizco en el estómago. Eso, unido a lo que él, por sí solo, me está provocando, tengo un buen festival de hormonas bailando por mi cuerpo.

—Yo empiezo —dice—. ¿Dulce o salado?

¿Qué clase de pregunta es esa? Creía que me iba a preguntar algo más fuerte. Se inclina hacia delante y deja un beso justo en la base de mi garganta.

—Dulce. —Se ríe sobre mi piel, provocándome cosquillas.

Necesito hacerle una pregunta absurda que me enfríe un poco.

La tengo.

—¿Cuál es tu bocadillo favorito?

—Esa es fácil. Beicon, lomo y queso.

Me echo hacia atrás y lo miro.

—¿Beicon?

—Sí.

—¿Dónde está ahí el bocadillo *fitness*?

Nos reímos.

—Que coma sano no significa que no sepa apreciar un buen bocadillo, y el de beicon, lomo y queso es mi favorito. Me toca.

—¿Cuál es tu lugar favorito en el mundo?

—La granja de mis abuelos en Dublín. —Esa respuesta no he tenido ni que pensarla. La tengo tan clara como que el agua es transparente y la leche blanca.

Lander me mira y asiente. Es mi turno de preguntar, y le pregunto que a qué viene esa obsesión por la limpieza, a lo que me contesta que viene de su padre, que era igual. Me arrepiento al instante de haberle hecho esa pregunta, porque me acuerdo de la otra noche, del corte en la mano, de todo lo que me contó, de la pesadilla, y sé que no es buena idea hablar de sus padres. Pero el semblante de Lander no cambia, tampoco su actitud. Al contrario, me parece ver una pequeña sonrisa, y eso es bueno. Supongo que no hablar de ellos no hace que duela menos. Yo, por suerte, no he perdido a nadie lo suficientemente importante en mi vida como para saber qué siente o piensa Lander, pero me lo imagino, y cómo tiene que doler.

Estamos los siguientes minutos haciéndonos preguntas. Ninguna por su parte es subida de

tono. Son preguntas sencillas y normales que le harías a cualquier persona a la que quieres conocer, aunque eso no evita que esté todo el rato rondándome, acariciándome y poniéndome como una moto de carreras.

Cuando mis tripas vuelven a reclamar mi atención, vamos por la pregunta diez por su parte y nueve por la mía.

—Seguiremos con esto en la cocina, estoy empezando a temer por mi vida.

Nunca hubiese dicho que Lander era una persona graciosa y, sin embargo, llevo veinticuatro horas riendo sin parar por su culpa.

Vamos a la cocina, abro la nevera y saco lo necesario para hacer una ensalada de mango, aguacate y langostinos. Llevo todos los ingredientes que necesito a la encimera y me preparo los cuchillos y la tabla de cortar. Lander está apoyado en la misma con los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. No sé si me pone más nerviosa tenerlo tan cerca o la forma en la que me mira.

—Ayúdame —le pido. Necesito que deje de mirarme así.

—Claro. Dime.

Cojo la cebolla y se la paso.

—Córtala en juliana. —Se ríe

—¿En qué? —Lo apunto con el cuchillo.

—¿Eres un obseso de la limpieza, pero no sabes cortar la cebolla en juliana? —Me quita el cuchillo de las manos y lo deja junto a la cebolla.

—María cocinaba y yo limpiaba. Odio la cocina y, encima, se me da fatal. ¿Quieres llamar a alguna de mis hermanas y preguntárselo?

Le doy un empujón juguetón en el hombro y le robo de nuevo el cuchillo. Me centro en enseñarle cómo se corta la cebolla y no en las cosquillas que me hace su respiración en el cuello. Ni en cómo tengo la piel de gallina por su cercanía.

Cuando acabo con la clase de cocina, lo dejo a él terminando y yo voy al resto de ingredientes. Seguimos con el juego de las preguntas y descubro cosas interesantes, como que su color favorito es el blanco, que el lugar que más ilusión le hace visitar es Japón y que odia la impuntualidad, aunque eso ya lo sabía. ¿Recordatorio? Primera, única y desastrosa cita.

Yo también le cuento algunas cosas, como que se me da fatal cualquier deporte porque los odio todos, cosa que le hace llevarse una mano al pecho y fingir que se ha muerto. Aunque le digo que me gustó la clase de pilates. Creo que los dos hemos recordado al mismo tiempo esa clase que compartimos. Esas miradas a través del espejo. ¿Sería ahí donde todo cambió? ¿Dónde algo hizo clic? Porque tenía los polvos picapica en mi cesta de Amazon lista para comprarlos y, después de ese día, me olvidé de las bromas por completo.

También le cuento que mi día perfecto sería montando a caballo por el Parque Nacional de Killarney, en el Condado de Kerry, y que, si es a finales de mayo, mejor, porque el lugar se convierte en un auténtico oasis en tonos verdes y flores que brillan.

También le cuento que el insecto que más miedo me da es la cucaracha, aunque eso él ya lo sabe.

Nos comemos la ensalada entre risas. Unas risas que, cuando lo conocí ese primer día en el bar, nunca creí que tendría con él. Ni cuando nos vimos en ocasiones posteriores.

Siempre me he preguntado si las cosas pueden cambiar así, en un pestañeo. Está claro que sí.

Lander se ofrece a fregar y yo no me opongo. Odio fregar, cosa que ha descubierto porque siempre hay algún vaso o plato mío en el fregadero. Yo le informo que me voy a la ducha. También lo amenazo con cortarlo a cachitos mientras duerme si me vuelve a apagar el

calentador. Él me mira con ojos de corderito.

Ay, Lander, si tú en verdad eres un león.

Me voy al baño y regulo el agua. Sonrío cuando pongo la mano bajo el chorro y lo noto caliente. Me desnudo y me recojo el pelo en un moño alto. Estoy a punto de meterme en la ducha cuando me giro y miro la puerta. Está el pestillo puesto.

Trago saliva.

Voy hasta ella, quito el pestillo y la abro. No del todo, pero sí lo suficiente para que se vea el espejo y, de ahí, la mampara. Me deshago el moño, dejándome el pelo suelto y que este caiga en forma de cascada por mi espalda, y entro en la ducha. Ni siquiera me ha tocado el agua cuando lo veo.

Tiene ganas. Perfecto, porque yo tengo muchísimas.

Se desnuda a la velocidad del rayo, y yo me recreo en su físico porque, aunque he podido sentirlo en muchas partes de mi cuerpo, no he podido admirarlo bien y, joder, todo el mundo debería ir al gimnasio.

Lander entra en la ducha. No se acerca a mí, no me toca, aunque a mí el cuerpo ya me hace cosquillas. Doy un paso atrás, minúsculo, pero suficiente para que mi espalda choque con la pared.

Sí, desde luego, las cosas pueden cambiar en un pestañeo, y pueden ser brutales.

34. Puede que entre Violet y yo hayan pasado cosas

Lander

Tres golpes en la puerta me hacen apartar la vista del ordenador. Edu está apoyado en el quicio de la puerta con los brazos cruzados.

—¿Ha pasado algo? —Suspiro—. Por favor, no me digas que la nueva se ha ido ya.

Niega con la cabeza y entra en el despacho. Aparta la silla que hay frente a mi escritorio y se sienta en ella con parsimonia. Como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—¿Tienes algo que contarme? —suelta, de sopetón. Aparto los dedos del teclado.

—Pensaba hacerlo esta tarde en nuestra reunión de inicio de semana, pero si te hace ilusión que te haga un adelanto, te diré que creo que Arturo ha sido un buen fichaje, que ya he hablado con Irene sobre esa lista plastificada, que se me ha ocurrido un evento para el mes que viene que quería comentar contigo, que el trabajo de tu hermana en las redes sociales es brutal y que paso de organizarte la despedida de soltero.

Me sonrío con complicidad y se inclina hacia delante.

—Prefiero que me cuentes el motivo de la sonrisa con la que has entrado esta mañana. Te aseguro que el viernes, cuando te fuiste, no la tenías.

Hubiese preferido que su visita se debiera a la fuga de la nueva que a un intento de interrogatorio.

Me cruzo de brazos.

—Te he dado cinco motivos, ¿no los ves suficientes?

Me mira de reojo.

—Habla. Y te jodes, pero eres mi mejor amigo, por lo que te corresponde a ti organizarme la despedida de soltero.

—¿Qué pasa con tu hermana? Ella organiza mejores fiestas que yo.

Edu finge tener un escalofrío.

—Si le dejo a Andrea organizarme la despedida, es probable que me despierte en Turquía, calvo, tras haber donado mi pelo a la ciencia y con un *piercing* en un pezón.

Rompo a reír a carcajadas porque tiene razón. Andrea es tan imprevisible que despertarse calvo en Turquía debería ser la menor de sus preocupaciones.

—Ya te dije que no deberías decirle que sí a todo lo que a tu hermana se le pasa por la cabeza.

Me mira escéptico.

—Y eso me lo dice el tío que no sabe decirle que no a ninguna de sus hermanas. Ninguna. Y tiene cuatro.

Abro la boca, la cierro y resoplo.

—No me gusta que tengas razón.

—Y eso es un problema porque la tengo el noventa y nueve coma nueve por ciento de las veces. —Le tiro el lápiz con el que estaba escribiendo y se ríe.

—¿No deberías estar dando una clase de zumba?

Miro la hora en su reloj.

—Me quedan cinco minutos. Sonrisa, ¿por qué? Dispara.

Junto las manos y me llevo los dos dedos índices a los labios.

¿Callarme o contarle lo de Violet? Sin duda, la segunda opción. Edu tiene un don especial que se entera de todo antes de que la persona implicada. Que sepa que me he acostado con Violet es cuestión de segundos.

—Puede que entre Violet y yo hayan pasado cosas.

—Habéis follado.

Pongo los ojos en blanco y resoplo.

—¿Tienes que decirlo así?

—Sí, y no me vengas de santurrón ahora.

—No es santurrón, es que estamos hablando de la mejor amiga de tu hermana.

—Sé quién es, la conozco desde hace más de veinte años, ¿recuerdas? De hecho, es la misma con la que me dijiste que no podías convivir y que le buscara un piso.

—Y no podemos. ¿Tú sabes que metió mi ropa en la secadora y me la encogió? Y quería ponerme polvos picapica en los calzoncillos. —Mi amigo suelta una carcajada y yo lo imito poco después.

—La adoro, te lo dije. Es genial.

Me encojo de hombros. Antes me quito los pelos de las piernas con pinzas que darle la razón a Eduardo en algo.

Mira de nuevo la hora en su teléfono y se pone de pie.

Da una palmada.

—Te dije que era una buena idea eso de la cita a ciegas. Yo nunca me equivoco, pequeño. Recuerda, tengo razón el noventa y nueve coma nueve por ciento de las veces.

Qué pena no tener algo gordo y pesado que poder tirarle a la cabeza.

Pongo los ojos en blanco.

—A Turquía no sé, pero te vas a cagar con la despedida que te voy a montar.

Me enseña el dedo corazón y después le da un beso.

—El noventa y nueve coma nueve por ciento de las veces, pequeño. Recuérдалo.

35. ¿Quieres volver de Colombia?

Lander

—Habla con ella.

—Habla tú.

—Eres su hermano mayor.

—Y tú su hermana mayor.

—A ti te hace caso.

Suelto una carcajada carente de humor.

—A mí Alba no me ha hecho caso en su vida.

La línea se queda en silencio. Después, se oye un resoplido.

—Vale, tienes razón, pero ahora te la hará.

—¿Por qué?

—Porque no se quiere ir, y eso lo sabemos todos, pero si se lo digo yo lo negará. Es más, se pondrá tan a la defensiva que es capaz de irse hoy en vez del viernes solo por tocarme las narices.

—¿Te recuerdo la bronca que me echó cuando contacté con la Embajada porque llevaba cinco días sin saber nada de ella?

—Para olvidarlo. Es uno de los momentos más mágicos que hemos pasado como familia. — Qué suerte tiene de que estemos hablando por teléfono y no la tenga delante.

Cojo aire y sigo hablando, esta vez más tranquilo.

—No quiere hablar conmigo. Me enteré del viaje por Violet, eso debería darte una pista.

—No te lo dijo porque sabe que te preocupas. ¿Y eso que noto en tu voz es resquemor? ¿Por eso no quieres hablar con ella?

—No.

O sí. Tal vez un poco, pero es normal. Me enteré de que Alba se marcha de nuevo a Colombia por Violet, ella no me dijo nada, y eso que estuvimos toda la tarde juntos. Encima, se marcha y no sabe cuándo va a volver. ¿Un mes? ¿Seis? ¿Un año? Me duele el pecho solo de pensarlo porque no quiero que se vaya, joder. ¿Cómo voy a estar trescientos sesenta y cinco días sin verla? Pero, por otra parte, ¿cómo voy a pedirle que no se vaya cuando todos sabemos que ella allí es feliz? No soy egoísta. Nunca lo he sido o, por lo menos, he intentado no serlo, y sé que, si hablo con Alba del tema, lo más probable es que termine suplicándole que se quede, que no cumpla lo que dijo.

«Quiero irme a vivir allí».

Por eso no quiero hablar con ella y mucho menos cara a cara.

Apoyo la espalda en el respaldo de la silla y me paso la mano por el pelo. Acabo de darme una ducha y sigo teniéndolo húmedo.

—Lander, habla con ella, por favor. —No soporto cuando utiliza ese tono maternal conmigo.

—¿Por qué crees que me escuchará?

—Porque necesita una mierda de esas filosóficas que sueltas cuando estás inspirado.

—No son mierdas filosóficas, son... —Cierro el pico. ¿Qué hago justificándome? Los dos sabemos cómo va a terminar esta conversación; María saliéndose con la suya y yo yendo a hablar

con Alba.

Apoyo la frente en el escritorio, derrotado.

—Te odio —mascullo.

—Pues yo a ti te quiero con todo mi corazón. —La odiaría de verdad si no supiera que es cierto.

—Tus hijos son igual de manipuladores que tú.

—¡Lo sé! —dice, entusiasmada.

Nos despedimos, prometiéndole que iré a hablar con Alba, y cuelgo. No me molesto en quitar la cabeza del escritorio, pues necesito un minuto, sobre todo para saber qué le voy a decir a mi hermana cuando la vea.

«*Cuídalas, Lander. Haz por mí lo que yo ya no voy a poder hacer*». Las palabras de mi padre me arrollan como un tsunami. Me llevo una mano al pecho porque de repente duele tanto que temo que se me haya abierto.

No sé muy bien qué le voy a decir a Alba, solo sé que, si tengo que hablar con ella, debo hacerlo ya, antes de que esta presión que siento en el pecho se haga más grande y termine por dejarme sin aire en los pulmones.

Me levanto, cojo las llaves de la moto y el casco, y salgo del despacho. Le mando un mensaje a Arturo, el otro fisioterapeuta que tenemos contratado, y le pido que venga a las once a cubrirme. Cuando llego a la planta baja me despido de Edu, que me mira extrañado, con un movimiento de la mano, y me marchó.

Recorro la distancia hasta casa de Alba en apenas quince minutos.

Aún tengo llaves, pero me prometí al marcharme que solo las utilizaría en caso de vida o muerte, así que llamo al telefonillo y espero. Nadie contesta. Miro la hora. Las gemelas están en clase, pero Alba sí que debería de estar. Vuelvo a llamar y esta vez lo hago de forma insistente.

Por fin, descuelgan.

—Vete. —Sonrío.

—Alba, abre.

—Estoy ocupada.

Meto la mano en el bolsillo, saco mi manojo de llaves y le enseño la que abre la puerta de su casa. Miro a cámara, con la mano en el aire, para que la vea bien, y sonrío enseñando hasta las encías.

Se oye un clic y empujo la puerta.

Aunque estoy hasta las narices de subir escaleras y echo de menos un ascensor más de lo que echo de menos una pizza cuatro quesos, no me molesto en llamarlo. Subo por las escaleras. Cuando llego, mi hermana está en la puerta con los brazos cruzados y cara de que soy su persona menos favorita en el mundo entero ahora mismo.

Me mira de arriba abajo.

—Me podrías haber traído un croissant, por lo menos.

Le doy un beso en la mejilla y entro. Un pequeño sentimiento de añoranza me invade. Siempre me ha gustado este piso. No solo por ser pequeño y acogedor, sino por los recuerdos que en él hemos formado a lo largo de los años, como las líneas que hay en el marco de la puerta del comedor con la estatura y las edades de Amanda y Tamara, la pared del pasillo, en el que los cinco dejamos impresas las palmas de nuestras manos el primer día que nos mudamos, o las pegatinas con motivos navideños que hay en la ventana de la cocina, esas que pegamos hace cinco años y que nunca quitamos porque nos gustaban demasiado.

Sacudo la cabeza, pues no es momento de viajar al pasado, y entro en la cocina. Escucho los

pasos pesados de Alba a mi espalda.

—¿Qué haces aquí?

—Prepararnos un vaso de leche a cada uno. —Cojo dos tazas y les echo Nesquik.

—¿Acabas de echar Nesquik?

—Sí.

—¿Te encuentras bien? —Saco la leche de la nevera, la vierto sobre las tazas y después las meto en el microondas. Lo programo cuarenta y cinco segundos y me giro hacia mi hermana.

Por la cara que tiene, la creería si dijera que está viendo un burro con orejas de elefante y cola de mono.

Pongo los ojos en blanco.

—Sé divertirme de vez en cuando.

—¿Seguro?

El microondas pita, saco las bebidas y salgo de la cocina camino a la habitación de Alba.

—¿Dónde vas ahora? —me pregunta esta, siguiéndome.

Cuando llego a su habitación, no sé si dar media vuelta y salir corriendo, gritar, ponerme de rodillas y suplicar o echarme a llorar; hay montañas de ropa sobre su cama, además de una maleta a medio hacer, libros, zapatillas y esa mochila raída que la acompaña desde que hizo el primer voluntariado con dieciocho años.

La opción de dar media vuelta y echar a correr es tan tentadora que tengo que agarrar con fuerza las tazas por el asa para no hacerlo.

—Vengo a ayudarte con la maleta.

—¿Qué? —La incredulidad es tan palpable en su voz que eso debería alertarme. Darme un toque en plan: «a lo mejor, no eres tan buen hermano como crees si tu hermana flipa tanto porque vayas a ayudarla a hacer la maleta».

Respiro hondo, concentrándome en que mi cara no sea un reflejo de todas las emociones que, en realidad, estoy sintiendo, y me vuelvo hacia ella. Le tiendo su vaso de leche.

—Vengo a ayudarte con la maleta —repito. Alba parpadea un par de veces. Al final, asiente y da un paso al frente.

—Tengo que llevarme muchas cosas. —Se rasca el lóbulo de la oreja y dirige su atención a la cama en vez de a mí—. No... No sé muy bien cuándo voy a volver.

«Respira hondo, que no se te note», me digo.

Le doy un trago a la leche.

—Eso me han dicho.

Alba me mira con ojos tristes.

—Quería habértelo dicho el sábado, pero estaban Gael y Nico y, bueno, yo... —carraspea—. Ya sabes, tenía que hablar con Andrea.

—¿Lo arreglasteis?

Una sonrisa risueña y preciosa se le forma en los labios.

—Sí.

«*Porque no se quiere ir*».

Necesito ponerme manos a la obra porque necesito estar ocupado, así que me termino el vaso de leche, lo dejo sobre la cómoda, y me centro en la mochila.

—Cuéntame de qué va el voluntariado esta vez. ¿Construcción, conservación ambiental, comunitario?

Cojo un suéter cualquiera y comienzo a doblarlo.

Escucho a Alba suspirar cerca de mí.

—Vamos a construir huertos en los patios de las viviendas de las familias más desfavorecidas. Además de dar talleres, cursos de cocina, nutrición y de dietas saludable. También les enseñaremos a reciclar y a cómo aprovechar, de la forma más favorable posible, los pocos recursos de los que disponen.

Trago con fuerza.

—Me parece increíble.

—Lo sé.

Lo que más increíble me parece es la pasión con la que habla Alba de lo que va a hacer allí, a pesar de la congoja que se esconde tras sus palabras y que intenta disimular de alguna manera, y es que adora hacer ese voluntariado como ha adorado todos los que ha hecho. ¿Cómo voy a decirle que no se vaya? Estaría quitándole lo que la hace realmente feliz. Sé que, si no se va, se arrepentirá toda su vida. Aun así...

Dejo el suéter, el cual he doblado y desdoblado, por lo menos, tres veces, en la cama y me siento en ella. Alba sigue parada con su taza en la mano en medio de la habitación. Palpo el sitio que tengo vacío a mi lado y le pido que se siente.

Lo hace.

Le cojo la taza, la dejo en el suelo, y entrelazo nuestros dedos. Tiene la vista fija en el suelo, pero sé que tiene todos sus sentidos puestos en mí. Le doy un apretón fuerte.

—¿Quieres irte? —pregunto con tiento.

Asiente, en silencio. Le doy otro apretón.

—Sí —dice esta vez en voz alta. Y sé que es verdad, como también sé que hay más.

—¿Quieres volver? —Me mira. Tiene los ojos brillantes—. Pronto. ¿Quieres volver pronto?

«Quiero irme a vivir allí». Cuando lo dijo la última vez sé que lo decía totalmente en serio. Ahora, sin embargo, si lo dice, no sé si estaría diciendo la verdad o no.

Suspira y se encoge de hombros.

—No lo sé. —Se está esforzando mucho porque esas lágrimas no salgan.

—¿Por Andrea? —Asiente y niega con la cabeza, todo a la vez.

—Me gusta ser voluntaria —empieza a decir—. Me gusta dar lo mejor de mí, sentirme útil. Que sirvo para algo, ¿entiendes? —Ahora es ella la que me da un apretón—. Cuando ves la cara de esa gente... Cuando ves a los niños corriendo y riendo porque tienen una pelota para cincuenta con la que poder jugar, como si fuera el mayor de los tesoros, te das cuenta de lo poco que valoras lo que tú tienes aquí. De la suerte que tienes. —La primera lágrima se desliza por su mejilla—. Cuando a uno de ellos le duele la cabeza y puedes darle un ibuprofeno... Sé que puede parecer una tontería, pero no lo es. Es... No sé, Lander. Es la sensación más bonita y, a la vez, más triste que puedes experimentar. Es, creo, la sensación que más me llena. Sin embargo... —dice lo último tartamudeando por culpa del temblor que está sufriendo su barbilla.

La acerco a mí, la estrecho entre mis brazos y la dejo llorar, porque ahora ya no es una lágrima, son muchas, y la conozco lo suficiente para saber que alguna es por Andrea, pero no todas. Ni muchísimo menos.

Apoya la mejilla en mi pecho, justo a la altura de mi corazón, y yo me concentro en acariciarle ese pelo que tiene tan parecido al mío mientras dejo que se desahogue todo lo que quiera.

El día que murieron mis padres me prometí no volver a llorar, y mucho menos hacerlo delante de alguna de mis hermanas. Qué duro se me está haciendo cumplir mi palabra.

—¿Sabes por qué me hice voluntaria? —balbucea entre hipidos al cabo de un rato.

—¿Además de por tu necesidad de ayudar a los demás?

—Sí.

Tengo tan clara la respuesta que no titubeo al decirla.

—Porque querías huir de Madrid.

Alba se separa de mi pecho y me mira sorprendida. No se esperaba mi respuesta.

—¿Cómo...? ¿Cómo lo sabes?

Sonrío sin ganas.

—Porque me morí de envidia la primera vez que te acompañé al aeropuerto. Porque te ibas lejos y yo me quedaba aquí.

El labio le tiembla y una nueva lágrima le rueda por la mejilla. Se la quita de un manotazo.

—Odio llorar y odio Madrid. Odio que no estén, Lander. Odio pisar estas calles sin ellos. Los echo tanto de menos. —El nudo que tengo en la garganta es del tamaño de Júpiter.

Nos volvemos a fundir en un abrazo y el pecho me quema de las ganas que tengo de gritar. Del dolor por ver a mi hermana romperse.

No es la primera vez que hablamos de nuestros padres, ni que decimos cuanto los echamos de menos, pero sí que es la primera vez que lo hacemos de esta manera. La primera vez que relacionamos el dolor de que ya no estén con las ganas de Alba de volar lo más lejos posible de aquí.

—El otro día tuve una pesadilla —le confieso. No tenía pensado hacerlo, no me gusta que lo sepan. Me hace sentir vulnerable.

Violet ya me vio vulnerable esa noche, no necesito que también me vean mis hermanas, pero ya lo he dicho, y ahora no puedo echarme atrás.

Esta vez, cuando Alba se suelta de mi abrazo y me mira, lo hace molesta.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —pregunta, frustrado.

—Porque solo fue una pesadilla.

—¿Solo una pesadilla?! —Levanta los brazos—. ¿Qué pensarías si te dijera que Tamara lleva tres noches seguidas gritando en sueños o que Amanda hace un mes que no se sube a ningún coche y que va a todos los sitios andando?

Me enderezo, alarmado.

—¿Lo dices en serio?

Uno de los motivos por los que fuimos a terapia cuando pasó el accidente, fue porque las gemelas empezaron a tener comportamientos alarmantes que ni María ni yo sabíamos manejar. Tamara se levantaba prácticamente todas las noches gritando. Gritaba tanto que llegó a quedarse sin voz y optó por dejar de hablar. Amanda, por su parte, le cogió tanto miedo a los coches que estuvo más de un año sin subirse a uno. En estos casi diez años, ambas consiguieron controlar sus miedos, como yo mis pesadillas, aunque todo vuelve en algún momento.

Alba sacude la cabeza y se levanta de la cama.

—No, Lander, porque si hubiera pasado te lo habríamos contado, ya que hicimos el pacto los cinco de contárnoslo todo, ¿recuerdas? Ese que tú nos hiciste firmar y enmarcar. Está colgado en la que era tu habitación, ¿quieres que te lo traiga?

Enamorarte de Alba es de las cosas más sencillas del mundo. Es dulce, cariñosa y atenta. Le regalaría el mundo a todo aquel que se lo pidiese, pero también es directa y tiene un carácter con el que es mejor no toparse. Como yo ahora.

—No quería preocuparos.

Suelta una carcajada carente de humor.

—¡Somos tus hermanas! ¡Por supuesto que nos vamos a preocupar por ti! ¡Está en nuestro ADN!

Yo también me levanto.

—¡Pero vosotras no tenéis que preocuparos por mí! —Si ella chilla, yo también, aunque sé que no debería—. ¡Yo soy el que se tiene que preocupar por vosotras!

—¿Por qué? ¿Porque lo dijo papá? —Me echo hacia atrás, como si me hubieran dado un puñetazo, y tropiezo con la cama, donde me vuelvo a sentar. Alba dirige la vista hacia mi costado —. Llevas diez años creyéndote que somos idiotas, que no sabemos de dónde han salido esas palabras.

¿Qué?

—Nos conoces como la palma de tu mano, a las cuatro. Pues mira, ¡sorpresa! Nosotras también te conocemos a ti.

Yo no tenía pensado tener esta conversación cuando he llegado aquí hace un rato. Yo venía para hablar con Alba de su viaje a Colombia, para intentar convencerla de... Bueno, no tengo ni idea de qué, pero de algo. No sabía que íbamos a hablar de mí, y no me gusta.

Me vuelvo a poner de pie.

—¿Quieres volver de Colombia? No has llegado a contestarme a la pregunta.

Alba se cruza de brazos.

—No intentes cambiar de tema —me acusa.

—No lo hago, intento cerrar capítulos antes de abrir otros.

Ladea la cabeza y me mira tan seria que pica.

—Prométeme que no vas a volver a mentirnos. Que nos lo contarás todo.

—Pero...

—Prométemelo, Lander, o te juro que dejo de hablarte.

Los dos sabemos que eso no va a pasar jamás, pero, por si acaso, asiento, porque solo la idea de que pueda, mínimamente, ser verdad, me acojona.

—Te lo prometo.

El pecho le sube y le baja tras una bocanada de aire.

—Quiero ir a Colombia. Quiero construir ese huerto y mil más. Quiero volver con un millón de sonrisas guardadas. Quiero seguir sintiendo que la vida vale la pena y que puedo ayudar.

—Pero te da miedo volver porque temes perder. Temes que el tiempo haya pasado y no te espere al regresar. —Y ahí está la razón por la que mi hermana pequeña jamás se ha permitido enamorarse de nadie. Que se fuera y, al regresar, no estuviéramos María, Tamara, Amanda y yo era algo imposible. Algo que no iba a suceder jamás. Pero, que se enamorara de alguien, se fuera y, al regresar, esa persona ya no estuviera, era algo que escapaba a su control. Así que, mejor no amar que intentarlo.

A Alba los hombros se le hunden. Está cansada y se le nota. Parece que no soy el único que no se esperaba una conversación tan intensa de buena mañana.

Me siento en la cama porque las piernas me pesan demasiado. Apoyo los codos en las rodillas y escondo la cabeza. Ya sabía yo que no tendría que haberle cogido el teléfono a María esta mañana.

La cama se hunde a mi lado cuando se sienta Alba.

Suspira.

—Siempre he dicho que me gustaría vivir en Colombia porque nunca he querido vivir aquí —comienza a decir en un susurro, como si estuviera contándome un secreto—. Si hubiera podido, habría quemado Madrid hace años. Pero sabía que nunca vivía en Colombia ni en ningún otro sitio porque había cuatro razones aquí que me lo impedían. Cuatro razones por las que, de alguna u otra manera, más tarde o más temprano, siempre regresaría. Ahora, a esas cuatro razones se le suma otra, y lo odio, porque me prometí a mí misma que nunca me enamoraría de nadie. Y sé

que decir que estoy enamorada de Andrea es una locura porque la conozco de... ¿de hace dos días? Pero sí sé que lo que siento aquí —se lleva una mano al pecho— me hizo tener tanto miedo ayer, que cuando me levanté por la mañana a su lado lo único que se me ocurrió fue salir corriendo y usar el viaje a Colombia como excusa para alejarme de ella.

—¿Y eso se lo has dicho a ella?

Suelta una risita por lo bajo.

—Me da demasiado miedo su respuesta.

—¿Qué es lo que te da miedo, que te diga que ella siente lo mismo o que no?

—Ambas —confiesa.

Giramos la cabeza a la vez y nos miramos unos segundos sin decir nada. Nos acercamos el uno al otro hasta que su brazo toca el mío y volvemos a cogernos de la mano.

—No vuelvas a mentirnos con algo así, Lander. Si tienes pesadillas, nos lo cuentas.

—Rompí un vaso, me corté y Violet me curó —gruñe y le da la vuelta a mi mano, dejando la palma hacia arriba.

—Me gusta esa chica.

—A mí también.

Su carcajada me hace sonreír. Joder, como necesitaba sonreír.

—Habla con Andrea. Una chica que te mira como ella hacía el sábado solo puede significar que le gustas, y mucho.

—Me miraba enfadada.

—Por eso mismo. —Coge el vaso de leche que habíamos dejado olvidado en el suelo antes de ponerse de pie y me señala la maleta.

—Voy a hacer una llamada y puede que tarde un poco, te agradecería mucho que fueras metiendo toda esa ropa en la maleta.

Abro la boca y frunzo el ceño.

—Tengo un trabajo al que regresar, ¿sabes?

—¡Te quiero!

—¡Eh! —protesto, pero mi hermana desaparece y yo... Pues yo me quedo guardándole la ropa en la maleta y sintiéndome un poco más libre. Más relajado, algo que nunca pensé que sucedería después de una conversación como la que hemos tenido. A lo mejor es verdad eso que dicen que ser sincero es la mejor medicina. Suspiro. Necesito desestresarme un poco y rebajar la intensidad vivida, así que cojo el móvil y envío un mensaje.

Lander:

Tú, yo, un sofá, peli, manta y muchas guarradas bajo la manta.

Violet:

Si cenamos comida china y yo elijo la película.

Lander:

¿Has leído lo de «guarradas bajo la manta»? ¿Qué más da el tipo de comida? Y la película, pon la que quieres, dejarás de verla en los créditos iniciales.

Violet:

Estás muy seguro de ti mismo.

Lander:

Me he propuesto que grites mucho mi nombre, así que sí, estoy muy seguro de mí mismo.

Violet:

Me gusta cómo suena.

Ahora solo queda acordar si en tu casa o en la mía. Si es en la mía tengo que asegurarme de que mi compañero de piso no esté. ¿Alguna idea?

Lander:

¿Tú sabes lo que pasa cuando juegas con fuego?

Violet:

¿Que te quemas?

Lander:

Ya me lo dirás esta noche.

Violet:

Qué miedo.

Lander:

Deberías.

36. Soy un amigo de Violet

Violet

Me abrocho el botón del pantalón y me paso la sudadera por la cabeza. Lander, a mi lado, se ríe.

—Cállate —gruño, lo que hace que se ría más fuerte. Le tapo la boca con la mano y señalo la puerta cerrada—. ¡No te rías! Nos van a escuchar.

Lander me da un beso en la palma. En otro momento y en otra circunstancia el gesto me habría derretido por dentro. Ahora, quiero apretarle el cuello hasta ahogarlo.

Escucho un ruido y me tenso. Lander me quita la mano de su boca y la sustituye por sus labios.

Mierda.

—Eso no vale —digo, pegada a él. Siento su sonrisa.

—Si hablas, sí que nos van a escuchar. —La puerta del cubículo pegado al nuestro se abre y Lander aprovecha ese momento para meterme la lengua.

Doble mierda.

Su lengua encuentra la mía, la tienta, la prueba, y yo me olvido de que estamos en un baño público y de que hay alguien meando a nuestro lado.

Creía que me acostumbraría a los besos de Lander. Que, una vez los probase, me quitaría el calentón o lo que fuese que pasaba entre nosotros. Que nos lo quitaría a los dos, de hecho. Pero nada más lejos de la realidad. Creo que el habernos probado solo ha provocado que queramos más. Si no, que se lo digan a todos los muebles de la casa y a mi entrepierna, que nunca había sentido un escozor tan dulce.

Suena una cadena, una puerta, el agua correr y, de nuevo, una puerta abriéndose para después cerrarse. Me separo de Lander y lo apunto con el dedo.

—Tenemos que salir de aquí, en serio. Nos van a pillar.

Asiente, resignado, y, tras recoger nuestros abrigos de la percha, abre la puerta. El corazón se me sube a la garganta por si hay alguien, pero no, estamos solos. Me acerco al espejo y ahogo un grito; tengo el cuello lleno de marcas rojas por culpa de la barba de Lander y no hay ni rastro de la trenza con la que he salido de casa hace solo una hora.

Lo miro. Tiene los labios pintados de rojo y no parece importarle una mierda. Se los señalo.

—¿No te los limpias?

Se mira en el espejo y, como haría yo misma una vez he usado el pintalabios, se pasa el dedo por los labios, perfilándoselos. Se me escapa la risa y lo golpeo en el brazo.

—No puedes salir así.

—¿Por qué? —Me lo pregunta en serio.

Miro la puerta. Por favor, que no se abra.

—Porque si sales así de aquí todo el mundo sabrá lo que hemos hecho.

Lander mete un dedo por la hebilla de mi pantalón y tira de mí hasta tenerme entre sus piernas. Me besa un lado del cuello.

—Todos sabrán lo que hemos hecho aquí por tu cuello, mi cara de idiota y mi erección. Y, ¿sabes qué? Que me importa una mierda.

No debería decir estas cosas. ¡Se supone que es un capullo!

El calor que lleva una semana acompañándome a toda hora me recorre el cuerpo y sonrío sin querer evitarlo. Andrea tenía razón, fuera las etiquetas, no sirven para nada. Me gusta Lander, me gusta tener sexo con Lander y me gusta besar a Lander, así que, ¿por qué no hacerlo?

Le rodeo el cuello con los brazos y ahora soy yo la que se apodera de su boca. No le beso con las ganas que de verdad tengo, sino que le reparto besos por la boca, la comisura, la barbilla y las mejillas, porque no solo importan los besos en la boca. A mí me vale cualquiera.

Como no, la puerta se abre, y una mujer que podría pasar por la mejor amiga de mi abuela pega un grito en cuanto nos ve. Me pongo tan roja que temo no volver jamás a mi color natural, le pido disculpas en español y en inglés, por si acaso, y saco a Lander del baño entre carcajadas que seguro que escuchan en todo el centro comercial.

—Cállate —bramo, aunque también tengo ganas de reírme.

Si tuviera una lista de locuras que hacer antes de cumplir los treinta, tacharía la de tener sexo en un baño público de la lista.

Me ayuda a ponerme mi abrigo y después se pone el suyo.

—Entonces, ¿ya podemos irnos a casa? —Lo miro como si se hubiese vuelto loco.

—¡Aún no hemos comprado el regalo!

—Repíteme por qué no puedes comprarlo tú y yo te doy el dinero.

Hombres...

—Porque cada uno compra su propio regalo, y yo el mío ya se lo compré a Andrea hace tiempo. Y porque es tu cuñada, un poco de respeto.

Lander resopla, pero por lo de tener que comprar él el regalo, no por lo de cuñada. Que Andrea esté con Alba creo que le hace más ilusión que a las implicadas.

Me alegro tanto por mi amiga... Esto demuestra que cuando Cupido dispara su flecha, ninguno estamos a salvo. Me da miedo, como amiga, que Andrea sufra, pues el tema de Alba y su voluntariado es complicado. Se ha ido sin saber cuándo volverá exactamente, pero con la certeza de que lo hará. Además, ¿qué es el amor sin sufrimiento? Y no hablo solo del amor de pareja. En cualquier relación amorosa hay tanto alegría como tristeza. Las madres y las hijas discuten y se quieren en igual medida, al igual que hacen los hermanos o las mejores amigas. Pero todo eso merece la pena, porque es más valiente arriesgar y equivocarte, que no arriesgar y arrepentirte.

—¿Violet? —escucho a alguien decir a mi espalda. Me giro y me encuentro con mi padre. O, más bien, con una versión envejecida de mi padre.

—¿Papá?

—Hola, cariño.

Una sonrisa lenta y llena de cariño le adorna el rostro. Abre los brazos y yo me cuelo en ellos sin dudarlos. Huele como siempre, a él, pero ese hombre que me ha sonreído se parece a mi padre si tuviera diez años más.

—Te he llamado varias veces. —Un aguijonazo de culpabilidad me atraviesa el pecho.

—Lo siento, he estado un poco ocupada.

Lo escucho suspirar.

Se aparta para mirarme, pero no me suelta los brazos.

—¿Te va bien en la universidad?

—Sí. Empiezo las prácticas el siete de febrero, me lo confirmaron el sábado. Estaré hasta junio y, bueno, si les gusto... Pues eso, ya veremos.

—¡Eso es maravilloso! —Su alegría es sincera, y yo vuelvo a sentir un aguijonazo. ¿Por qué no lo llamé en cuanto me lo dijeron? Siempre lo he hecho. Siempre nos lo hemos contado todo,

igual que con mi madre. ¿Por qué no los llamé? ¿Por qué no les devolví la llamada? ¿Por qué estoy molesta con ellos? No tengo motivos. No tiene sentido.

Soy una hija horrible.

De repente, reparo en las dos bolsas que lleva en la mano.

Elevo una ceja.

—¿Qué haces aquí? Odias ir de compras.

Se ríe, pero conozco todas las risas de mi padre y esta carece de humor. Es una risa incómoda, de las que no me gustan nada.

—¿Tienes tiempo para un café? Me vendría bien uno.

Estoy a punto de decir que sí cuando me acuerdo de que no he venido sola. Me giro, buscando a Lander. Lo encuentro a unos pasos de distancia, con las manos metidas en los bolsillos y apoyado en una columna.

No hay ni rastro de pintalabios en su cara.

Se separa de la columna y se acerca cauteloso. Saca la mano del bolsillo y la extiende en dirección a mi padre.

—Hola, soy Lander —dice en español. Mi padre mira la mano y luego a mí. Aunque extrañado, se la estrecha.

—Encantado, yo soy Patrick, el padre de Violet.

—Se parecen mucho.

—Lander es mi... —Entro en pánico. ¿Mi qué? No es mi novio, porque no lo es, y no puedo decirle a mi padre que es el tío que me provoca unos orgasmos de la hostia. Tampoco que es mi compañero de piso porque, bueno, ¡no lo sabe!

Los dos hombres se guardan las manos en los bolsillos.

—Soy un amigo de Violet. Me estaba ayudando a buscar un regalo para Andrea. Mañana es su cumpleaños y soy un desastre con estas cosas. Las odio, vamos.

Mi padre se ríe y yo siento un vacío en el pecho. ¿Amigos?

Es decir, sí que somos amigos, ¿no? Aunque, en realidad, nunca lo hemos sido. Pasamos de odiarnos a acostarnos, y esa es una bonita y correcta forma de definirnos, además de la única. Nada de etiquetas, entonces, ¿por qué me ha molestado que se presentara como mi amigo? No lo entiendo.

Sacudo la cabeza y fuerzo una sonrisa.

—Sí, eso, Lander y yo solo somos amigos. —Lo miro de reojo. Está igual de relajado que cuando hemos salido de ese baño. Está claro que a él la palabra «amigos» no le produce ni frío ni calor—. Mi padre me ha dicho de ir a tomar un café. —Me vuelvo hacia mi progenitor—. ¿Te importa si Lander se viene con nosotros?

—Claro que no... —dice mi padre.

—Tranquilos, yo mejor me voy —dice, a su vez, Lander.

—Aún no hemos comprado el regalo —me apresuro a añadir.

¿Se va? ¿Por qué?

Es cierto que no hemos comprado el regalo, motivo por el que hemos venido hasta aquí, pero no es eso lo que me molesta. Lo que me molesta es que haya dicho que se va. Sé que es mi padre, pero no hace falta que se marche.

Me sonrío con complicidad y me acaricia la espalda.

—Tranquila, me acerco y le miro unos pendientes. He visto que le encantan los de aro. Si tengo dudas, tengo varias chicas a las que recurrir.

Espero que se refiera a sus hermanas.

¿Qué narices me pasa?

Le sonrío de la misma manera y me engancho al brazo de mi padre.

—Perfecto, entonces. Nos vemos, Lander.

Cabecea en dirección a mi padre.

—Encantado, Patrick.

Y así, sin más, nos da la espalda y comienza a andar en dirección contraria. Un sentimiento nuevo y horrible me oprime. En serio, ¿qué narices me pasa?

Me olvido de Lander y me centro en mi padre y en esas ojeras que tiene bajo los ojos.

—¿Nos vamos a por ese café?

—Por favor.

Paseamos entre las calles del centro comercial y aterrizamos en una cafetería que tiene mesas vacías dentro, porque me niego a sentarme fuera por muchas estufas que tengan. Mi padre se dirige a la barra a pedir y yo voy a la caza de una mesa.

Me siento en una que hay apartada y que está junto al ventanal que da a la calle. Faltan apenas unos días para que empiece la Navidad y todo está precioso. Me encanta esta época del año; las luces, los sonidos, la magia.

—Café con leche y un toque de caramelo. —Mi padre deja el café enfrente de mí y ocupa la otra silla vacía—. ¿No te quitas el abrigo?

—La verdad es que aún tengo un pelín de frío. —Cojo el vaso de cartón y suspiro cuando noto el colorcito en los dedos. Le doy un sorbo—. Qué rico.

Mi padre coge también su vaso, pero no bebe. Se queda mirándolo fijamente, absorto en sus pensamientos.

Empiezo a ponerme nerviosa y ni siquiera sé bien por qué.

—Oye, papá, ¿va todo bien?

—Sí. —Nunca una afirmación había sonado tan falsa.

—¿Ha pasado algo en el trabajo?

—Después de Navidad dejo el instituto —lo dice sin titubear, como si no fuera una noticia bomba.

Me quedo inmóvil, como una estatua. Él, en cambio, le da un sorbo al café y se limpia la boca con el dorso de la mano.

—Pero... —empiezo a decir, pero me callo. Estoy intentando buscar las palabras adecuadas—. A ti te encanta enseñar.

—Sí.

Abro la boca, la cierro, y entonces se me enciende la bombilla.

Dublín.

Mi padre se marcha a Dublín.

—Te marchas a Dublín, es definitivo. Ya has tomado una decisión. Te marchas. —Intento que la voz no me salga rota, pero no es fácil. No quiero que mi padre se vaya a Dublín.

No quiero.

Por fin levanta la cabeza y me encuentro con sus ojos. Nunca le había visto a mi padre unos ojos tan tristes.

Un viaje por el país de los recuerdos me dice que eso es mentira. Se los vi así una vez hace muchísimos años. Cuando, agarrado a la cintura de mi madre, con la frente apoyada en su vientre, le suplicó que no lo echara de casa, que no le hiciera coger esa maleta que descansaba en el recibidor. Yo estaba escondida detrás de la puerta y los espiaba a través de una rendija. No veía mucho, pero sí lo suficiente, y pude ver los ojos de mi padre cuando levantó la cabeza y vio

a mi madre asentir.

Sus ojos reflejaban la misma mirada que reflejan ahora.

—Te vas por ella, ¿verdad?

—Violet, cariño, no es fácil.

—Es tan fácil como decir sí o no. Te marchas por mamá, ¿verdad?

Sus hombros se hunden tanto que puedo hasta sentir el peso que carga sobre ellos. Supongo que, a estas alturas, mentir es absurdo.

—No puedo verla casada con otro, lo siento.

—Tú los presentaste. Sois amigos.

—Amigos es una palabra que puede significar muchas cosas, no solo la que dice el diccionario. Y una cosa es querer ser amigo de alguien y otra muy diferente es serlo, y yo no soy amigo de tu madre, Violet, solo he fingido serlo y me ha ido como el culo.

No sé qué decir, me he quedado muda.

Mi padre se frota la nuca.

—Los presenté porque quería que tu madre fuese feliz. Quiero que tu madre sea feliz —rectifica, hablando en presente—, y Matías es un buen hombre. La quiere mucho.

—Y tú también. —Se encoge de hombros—. Es el amor de tu vida. ¿Cómo no vas a seguir enamorado de ella?

Me mira entrecerrando los ojos y ladea la cabeza.

Suelto el aire que ni siquiera sabía que había estado reteniendo.

—Os escuché en la fiesta de cumpleaños de Matías. Yo estaba en mi habitación cuando vosotros subisteis a la de mamá. Os oí hablar de Dublín, de cómo ella te preguntaba si estabas aún enamorado de ella y de cómo tú le decías que sí, pero, con otras palabras. —Sigue mirándome con los ojos entrecerrados—. No sé qué pasó después. Volví a la fiesta.

Nos quedamos en silencio tanto tiempo que no me extrañaría que se hiciese de noche.

Tengo tantas ganas de llorar que me escuece el alma.

Alargo la mano y busco la de mi padre. La sorpresa es su primera reacción. Gracitud, la segunda.

—Te quiero, papá.

—Y yo a ti, cariño. Eres lo que más quiero en el mundo.

—No quiero que te vayas a Dublín.

—Pero... —Levanto la otra mano, silenciándolo.

—No quiero que te vayas porque te voy a echar terriblemente de menos y porque sé cuánto odias la granja. Ese es mi mundo, no el tuyo. El tuyo está rodeado de letras y libros. De conocimiento. Tú no sirves para ordeñar vacas o ayudar a nacer a un potro. —Sonríe—. Aun así, lo entiendo, y te juro que iré a verte tantas veces que te cansarás de mí.

—Nunca podría cansarme de ti.

—Eso lo dices ahora, pero llegará un momento en el que dejarás de cogerme el teléfono por miedo a que te haga una nueva visita.

Se ríe, como si estuviera exagerando, pero nada más lejos de la realidad. Adoro a mi madre, es mi pilar. La persona a la que acudo cuando necesito algo, ya sea bueno o malo. Con la que más me río y también la que más nerviosa me pone. Pero mi padre... Mi padre es mi persona favorita en el mundo entero, incluso cuando estaba enfadada con él. Es a quien más admiro en el mundo y cuando me dicen que nos parecemos, siento que es el mejor cumplido que nadie podría hacerme.

Nos soltamos la mano y centramos la atención en nuestras bebidas, que ya están medio frías.

Volvemos a quedarnos en silencio, pero ya no es denso como el de antes. O no lo es tanto. Es un silencio cargado de palabras no dichas y de pensamientos, dudas y miedos.

Los hijos crecemos con la creencia de que nuestros padres son invencibles, de que jamás les pasará nada y de que pueden con todo. Con el tiempo, nos damos cuenta de que los padres son héroes sin capa que se pasan la vida intentando proteger a sus hijos de todo sin pensar en ellos mismos.

—También te quiere —susurro en un momento dado porque creo que, si no lo digo, reventaré—. Mamá no ha dejado de quererte nunca, pero tampoco ha dejado nunca de estar enfadada contigo por lo que hiciste, y ese sentimiento le gana al primero.

—Supongo que tenemos que aprender a vivir con nuestros errores. Yo creía que había aprendido a vivir con el mío, pero está claro que no.

Quiero decirle que todos nos equivocamos, pero ¿para qué? No serviría de nada. Él no quiero hablar de equivocaciones, él quiere perdones, y eso, por parte de mi madre, no lo va a recibir.

Le doy un último trago al café y pienso en Lander. Supongo que este es un momento tan bueno como otro para sincerarme.

—Oye, papá, ¿te acuerdas de Lander?

—¿El chico con el que estabas? —Ahora sí que me quito el abrigo, que estoy empezando a sudar.

—Sí. ¿Te acuerdas de la casa a la que me he ido a vivir sola porque necesitaba independencia y que con veinticuatro años me merecía vivir sola y bla, bla, bla?

—Violet...

—Verás, pues no vivo exactamente sola. Tengo un compañero de piso y ese es Lander. Nos odiamos. —Recuerdo el cunnilingus de Lander de esta mañana y juro que noto las orejas al rojo vivo—. Bueno, nos odiábamos al principio, ahora hemos empezado a tolerarnos. La cuestión es que no sabía que iba a compartir piso con él, pero Edu le habló del piso de sus padres, a mí me habló de él Andrea y, cuando nos dimos cuenta, estábamos los dos allí y ninguno estaba dispuesto a marcharse, así que acabamos viviendo los dos bajo el mismo techo y... fin. Eso es todo.

Y nos hemos acostado en varias de las superficies verticales y horizontales de la casa, pero ese es un tema que ya trataremos en uno de mis viajes a Dublín. Cuando la vena de la frente no esté a punto de reventarle.

Un camarero se acerca a nuestra mesa para preguntarnos si queremos algo más. A nada estoy de levantarme y darle un beso en los morros en señal de agradecimiento. Mi padre pide otro café y yo también, aunque lo acompaño con un trozo de tarta Lotus.

Cuando se marcha, me preparo para el sermón, la charla o lo que sea que quiera darme. Sin embargo, me pregunta por las prácticas que empezaré en febrero.

Le sonrío agradecida y se lo cuento todo. El segundo café y la tarta terminan en un tercer café y en muchas risas. Aunque sigue teniendo ojeras bajo los ojos, no se parece al hombre con el que me he topado hace unas horas. No puedo decir que haya perdido esos diez años más de golpe, pero cinco sí.

Hablamos de series, películas y, por supuesto, de libros. De esto último él habla mucho más que yo, porque a mí, la lectura, como que me pilla un pelín vaga.

Una vez en el metro, ya de camino a casa, saco el móvil del bolso y escribo el mensaje en el que llevo pensando toda la tarde.

Violet:

Se va a marchar. Si lo quieres, si sigues enamorada de él, no dejes que lo haga. Sé que estás

enfadada, y no te estoy pidiendo que lo perdones, sabes que no lo he hecho nunca, lo que te estoy pidiendo es que seas feliz. Si es al lado de Matías, me parece perfecto, porque es un hombre maravilloso, pero si es al lado de papá, pídele que no se vaya. No quiero que con los años echas la vista atrás y puedas arrepentirte de algo. Te adoro, mamá. No he conocido a nadie más valiente que tú y por eso quiero que sepas que saber perdonar no es de débiles.

37. ¿Estás con alguien?

Lander

Le compro a Andrea los primeros pendientes que encuentro y me marchó a casa. Lo hago con una sensación rara en el estómago a la que no quiero ni puedo ponerle nombre, básicamente porque no tengo ni idea de a qué viene.

«*Lander es mi...*». Violet no ha sabido terminar esa frase. No es solo eso, es que me ha parecido ver pánico en su mirada, y luego he recordado que se supone que su padre no sabe que comparte piso conmigo. Porque, en fin, si lo supiera, cuando le he dicho mi nombre habría reaccionado de alguna manera, y no lo ha hecho, y me jode. Lo de que a estas alturas aún no supiera que compartimos piso y lo de que no supiera cómo presentarme.

Hemos venido en metro, pero decido volver andando, aunque haya un paseo largo hasta casa. Me gusta pasear y creo que me vendrá bien para pensar y aclararme la cabeza, porque es un hervidero de ideas que no sé cómo ordenar. Eso sí, lo hago con la cabeza gacha y sin ver demasiado las luces que iluminan la ciudad. ¿Es necesario ponerle lucecitas hasta a los árboles que hay en la calle?

Qué asco de mes y qué coñazo de gente.

Decido olvidar la Navidad y vuelvo a Violet, aunque no sé bien qué es peor. «*Lander es mi...*». ¿Cómo acaba esa frase?

¿Cómo me gustaría que acabara esa frase?

No tengo ni idea, y ese creo que es el gran problema. Que, en el fondo, no tengo ni idea de cómo quiero que acabe esa frase.

¿Amigos? No somos amigos. Nunca lo hemos sido. Pasamos de odiarnos ¿a qué? ¿A acostarnos juntos? Entonces, ¿qué somos? ¿*Follamigos*? Qué palabra más horrible.

Horrible si la relaciono con Violet.

¿Novios? Toso, porque me ha entrado un ataque de tos y pánico al mismo tiempo, y sacudo la cabeza. Yo no soy novio de nadie. No porque no quiera, sino porque no me gusta pertenecerle a nadie y, si tienes pareja, le perteneces, igual que esa persona te pertenece a ti. No en plan posesión, sino en plan afectivo. En plan: quiero estar contigo noche y día. Quiero comer comida china mientras vemos una película y te caliento los pies con los míos porque los tienes helados. Quiero saber cuarenta cosas tuyas porque veinte me parecen una mierda.

Me froto el pecho y reanudo la marcha cuando el semáforo pasa a ponerse en verde.

Si le perteneces a alguien, tienes que preocuparte por ese alguien.

Si alguien te pertenece, puedes llegar a perderlo.

No puedo evitar pensar en Alba, en cuánto la entendí el miércoles cuando hablamos. En esos miedos que la atenazan, que la hacen pensar en querer quemar una ciudad como Madrid.

Levanto la cabeza del suelo y me doy cuenta de que ya he llegado a mi portal. Se me ha hecho el viaje muy corto. Demasiado.

Subo los cinco pisos y, cuando entro en mi casa, voy directo al cuarto de baño, donde me doy una ducha. Me quedo tanto tiempo que, cuando acabo, tengo los dedos arrugados y la espalda roja por culpa del agua caliente.

¿Puede tu vida cambiar en un pestañeo? Hace casi diez años me di cuenta de que sí. De que

solo basta un pestañeo para que desaparezca aquello que más quieres. Para que tus sueños se rompan igual que hace un vaso de cristal al estrellarse contra el suelo. Hace casi diez años me di cuenta de que tenerlo todo planeado es absurdo, porque solo hace falta un pestañeo para que dé una vuelta de ciento ochenta grados y te toque empezar de cero.

Ahora no estoy, ni de lejos, como hace diez años. El cambio no tiene nada que ver, y lo agradezco. Aun así, es un cambio, y es más grande de lo que en un principio había imaginado, porque ya no odio.

Si tuviera ganas me reiría. ¿Odiar?

Creo que esa chica y yo, en realidad, no nos hemos odiado nunca.

Mi móvil suena en algún lugar de la casa y corro hacia él, desnudo, descalzo y mojado. Está tirado sobre mi cama, bocabajo. Le doy la vuelta, el nombre de Inés parpadea en la pantalla. No lo cojo, así que la llamada se corta. Al segundo, me entra un mensaje.

Inés:

Hace tiempo que no sé nada de ti.

Me siento en la cama y me paso una mano por el pelo, salpicándolo todo. No sé nada de Inés desde la noche de póker en mi casa. Desde que vinieron unos amigos y Mario se trajo a su hermana Inés. Desde que vi aparecer a Violet por casa tras pasar la noche fuera, algo que me puso como loco, y decidí darle celos con ella. Algo estúpido por mi parte, sobre todo sabiendo lo que Inés sentía por mí. O siente.

Ella sí que era una *follamiga* y no tendría que haberla utilizado.

Mi primer impulso es no contestarle, pero eso me haría ser más capullo de lo que ya soy.

«Me pidió que le preparase algo con algún amigo mío y tú ya sabes que son todos unos capullos.

—Yo soy un capullo.

—Ya, bueno, pero eres el menos capullo de todos.

—¿De verdad lo piensas?

—No».

A las pruebas me remito, amigo.

Lander:

¿Cómo te va todo?

Tras casi dos minutos pensando qué poner, solo se me ocurre esto. Fantástico. Su respuesta no tarda en llegar.

Inés:

Hay partida en casa de mi hermano esta noche. ¿Te apuntas?

Ir a una partida de póker esta noche me apetece lo mismo que quitarme los pelos de la nariz uno a uno con pinzas.

Lander:

No puedo.

Inés:

¿Y te apetece que quedemos tú y yo? Podemos ir a cenar y luego a tomar algo.

Capullo. Capullo. Capullo.

Lander:

No creo que sea buena idea.

Inés:

¿Estás con alguien?

Es una de las cosas que más me gustan de Inés, que no se anda por las ramas, que es directa y te dice lo que piensa. Como Violet.

Una estúpida sonrisa se me dibuja en la cara con solo pensar en ella. Soy patético. Por sonreír y por estar en bolas hablando con Inés.

Lander:

No.

Inés:

¿Entonces?

Lander:

Es complicado.

Suplico para que no me diga nada más. Creo que la palabra mágica para parar cualquier conversación es: «complicado».

Veo el «escribiendo...» un buen rato y espero. Espero hasta que desespere, a la vez que temo lo que pueda decirme.

Inés:

Nos vemos, Lander.

Tengo que leer su mensaje por lo menos tres veces. Está claro que ha borrado toda la parrafada que tenía pensado enviarme para quedarme al final con tres únicas palabras: «Nos vemos, Lander».

Le envío el emoji del corazón, porque no se me ocurre qué otra cosa enviarle, y vuelvo al cuarto de baño a secarme y cambiarme de ropa.

Cuando salgo, miro a derecha e izquierda. No tengo muy claro a dónde ir: comedor, mi habitación o cuarto de Violet.

Respiro hondo y al final dejo a mis piernas que decidan. Por supuesto, deciden el cuarto de Violet. Me meto bajo su edredón y, como un puto yonqui, me llevo la almohada a la nariz y aspiro: coco. Podría llegar a convertirse en mi fruta favorita.

Escucho la puerta de entrada abrirse y me tenso. Estoy en su cama, pero ¿qué pasa si no quería que estuviera? ¿Qué pasa si piensa que soy un puñetero degenerado? ¿Qué pasa si me manda a la mierda?

¿Desde cuándo tengo tantas inseguridades y me hago tantas preguntas a la vez?

El corazón se me sube a la garganta y contengo la respiración cuando la veo aparecer por la puerta. Está más guapa que esta mañana. Y que cuando la dejé en el centro comercial. Es que creo que Violet se hace más guapa cada minuto que pasa.

—Hola —murmura. Suelto el aire cuando la veo sonreír—. ¿Has encontrado algo?

—Unos pendientes. ¿Quieres verlo?

—¿No están envueltos?

—Sí, pero le quito el papel y luego los vuelvo a envolver.

Sonríe de nuevo y empiezo a respirar tranquilo: no soy un degenerado. O, por lo menos, no a primera vista.

—Me fio de tu gusto. Creo. —Tuerce el gesto y yo me hago el ofendido.

Se acerca hasta la cama y se sienta en ella.

Qué guapa está. Y tiene la punta de la nariz roja por culpa del frío.

—¿Has cenado?

—No. —Ni siquiera me había dado cuenta de que tenía que cenar.

Sonríe y levanta en alto una bolsa.

—Tarta de galleta Lotus. Sé que eres un loco de la dieta sana y toda esa mierda, pero no te vas a poder resistir a este trozo de tarta. De lo mejorcito que he probado. Querrás tirar a la basura esas tortitas de plátano que haces. Y el batido de nueces. Qué asco.

—¡Eh! Ni se te ocurra meterte con mi batido de nueces.

Me acerco a ella y la beso, y me olvido de todo en lo que he estado pensando desde que nos despedimos. Me centro en ella, solo en ella. Sobre todo, cuando el beso coge velocidad y acaba convirtiéndose en algo agresivo y provocador.

Se escucha un *ploff*, y creo que es la bolsa con el trozo de tarta cayendo al suelo, pero me da igual, y a Violet también, porque empuja su lengua dentro de mi boca al tiempo que apoya las manos en mis hombros y empuja también de mí hasta que queda tumbado en la cama con su delicioso cuerpo encima del mío.

—No hay mejor sensación en el mundo, joder. —Tardo unos segundos en darme cuenta de que lo he dicho en voz alta. Lo hago cuando la escucho jadear al tiempo que siento sus uñas arañándose el abdomen.

Cuelo las manos bajo su suéter y tiro de él hasta que se lo quito por la cabeza junto con la camiseta. Me recrearía en su sujetador, pero las ganas por chuparle las tetas son tan grandes que me va a dar un puñetero síncope. Aparto la boca de sus manos y me centro en su barbilla, su cuello, su clavícula y, por fin, sus pechos. Le bajo las copas del sujetador y los beso como no he podido besarlos en ese cubículo antes.

—Lander... —Si repite más veces mi nombre de esa manera me voy a correr ya y eso me hará quedar muy muy mal.

En un abrir y cerrar de ojos, nos deshacemos de toda nuestra ropa y nos quedamos completamente desnudos, pegados piel con piel.

Qué diferentes son y qué bien quedan juntas.

Han desaparecido hasta sus gafas. Espero que no las hayamos lanzado por ahí y se hayan roto.

Se lame los labios y yo me vuelvo loco. Más loco, porque estoy al borde del colapso mental.

—Mesita. ¡YA!

—Cómo me pone que te pongas mandona.

Le doy un beso y abro el primer cajón de la mesita. Cojo un preservativo y se lo lanzo. Me lo pone con una destreza que me enciende muchísimo. Encima, lo hace mirándome por encima de esas pestañas tan largas y negras que tiene.

Cualquiera en mi situación estaría igual de loco.

La agarro de las caderas, ella se sujeta a mis hombros y, sin perder el contacto visual, entro en ella, despacio. Cuando noto que he llegado al final, jadeamos y volvemos a lanzarnos el uno a la boca del otro.

No sé si es ella la que empieza a moverse o si soy yo, pero nos movemos, y la sensación es deliciosa. Nos besamos, gemimos el uno en la boca del otro, nos apretamos con ganas, temblamos y nos movemos en una sincronización perfecta.

Sonríó sobre sus labios y ella me los lame.

—¿Sigues pensando que es enorme?

—Cállate. No quieras alimentarte el ego.

—Eso es un sí. —Me muerde el labio inferior y el mordisco envía una corriente eléctrica hasta el dedo gordo del pie.

Me agarra la cabeza y la dirige a sus pechos, a los que le doy el mimo que se merece. Llevo una mano a su cabeza para enredarla entre su pelo y la otra la cuelo entre nosotros para tocarle el clítoris. Violet echa la cabeza hacia atrás y lo veo, está a punto de correrse.

La muevo arriba y abajo en un ritmo perfecto mientras el pulgar traza círculos. El sudor me resbala por la espalda y sé que necesito otra ducha, solo que esta vez estaré acompañado.

Violet me mira a los ojos y sé que va a correrse, y lo hace, y es lo puto mejor que he visto en mi vida. Boquea como un pez y no sé si besarla para darle oxígeno o besarla para que ella me lo dé a mí.

Acerca su boca a mi oreja y la muerde. Lleva sus manos a mi espalda y la araño. Y, entonces, me corro. Lo hago susurrando su nombre una y otra vez. Se ha convertido en mi mantra perfecto.

Nos quedamos un rato así, abrazados, con los pechos pegados y buscando que nuestras respiraciones se ralenticen.

—Creo que tu trozo de tarta ha pasado a mejor vida —sisea al cabo de un rato. Aparta la cabeza de mi hombro y nos miramos a la cara. Después, miramos el suelo. Efectivamente, el trozo de tarta ha pasado a una mejor vida.

—Ha valido la pena.

Se aparta de mi regazo. Tengo que controlarme para no suplicarle que vuelva. Recoge la bolsa del suelo y hace un puchero cuando al mirar dentro ve el trozo de tarta. Yo me quito el preservativo, le hago un nudo y me levanto para ir y tirarlo a la basura.

Cuando paso por el lado de Violet, le doy una palmada en el culo.

—¿Se ha podido salvar algo?

—Puedes chupar el celofán.

—Vale.

Voy a la cocina y tiro el preservativo. Cojo dos cucharas, dos vasos de agua, una botella y regreso a la habitación. Violet está metida en la cama. Se ha vestido, porque el nórdico solo le tapa las piernas y el pecho lo lleva cubierto por una de las múltiples camisetas que utiliza para dormir. Me gustaba más cuando iba desnuda. Se ha vuelto a poner las gafas. Suspiro al ver que no se han roto. Levanto la mano y le enseño las cucharas. Busco los calzoncillos y me los pongo. Entro con ella en su cama y comenzamos a comernos el trozo de tarta. Sí que está buena.

Violet se mete la cuchara en la boca y la lame, y yo vuelvo a estar duro.

—Lander.

—¿Sí? —Se queda con la cuchara dentro de la boca, mirándome, por lo menos, veinte segundos que son como sesenta. Al final, niega con la cabeza y esboza una tímida sonrisa—. ¿A que está buena?

—Muchísimo. —Los dos sabemos que eso no era lo que quería decir, pero los dos hacemos como que sí y seguimos comiendo.

38. Me has mentido

Violet

Estoy sentada en la cama vestida, peinada y maquillada. Vamos, lo que viene siendo lista para irme al cumpleaños de Andrea, pero no puedo porque mi madre no me deja, y no me deja porque me está gritando, y cuando mi madre grita no escucha y, si no escucha, no puedo decirle que tengo prisa y que llego tarde y eso está mal no, fatal, porque soy la organizadora, y todo el mundo sabe que los organizadores son los que llegan primero a los sitios para asegurarse de que todo está bien. Y también está el pequeño, minúsculo detalle, de que es una fiesta sorpresa. Vamos, de esas que gritas: ¡¡Sorpresa!! Y el cumpleañosero o cumpleañosera grita emocionado porque no tenía ni idea de la fiesta. Que sí, que Andrea lo sabe, pero gritará igual, y yo quiero estar ahí cuando lo haga, pero repito que mi madre no me deja.

—¡¡Creía que teníamos confianza, Violet!! ¡¡Confianza!! Siempre he presumido delante de mis amigas y mis compañeros de trabajo sobre nuestra relación, ¡y resulta que era todo mentira! ¡¿Cómo no me dices que te has ido a vivir con un chico?!

«*And the Oscar goes to...*»

Me aliso el bajo del vestido y cojo aire un par de veces. A lo mejor, a la sexta va la vencida.

—Mamá, no me he ido a vivir con ningún chico. Estaba aquí cuando llegué. —Más o menos.

Suelta una risotada que le pondría los pelos de punta a cualquiera.

—¿Vives con un chico?

Me aliso la falda de nuevo.

—Sí, pero...

—¿Me lo habías contado?

—No, pero...

—¿Te mudaste ayer?

—No, pero...

—¿Nos hemos visto o hablado desde que te marchaste?

—Sí, pero...

—¿Me lo habías contado tú?

¿Para qué contestar si va a volver a interrumpirme? Miro la hora en el móvil. Tardísimo. ¡Es tardísimo!

De repente, el chico en cuestión, ese con el que estoy viviendo y que tan histérica tiene a mi madre, aparece en mi habitación. Se apoya en la jamba de la puerta, con los brazos y las piernas cruzadas, y me señala el teléfono, que descansa bocarriba a mi lado.

—¿Todo bien? —me pregunta sin mover los labios. Lo miro de reojo. ¿No está escuchando la conversación?

—Ayer le conté a mi padre que vivimos juntos —le digo también moviendo solo los labios—. Él se lo ha contado a mi madre.

Esboza una ligera sonrisa que a mí me hace sonreír.

—¿Violet? ¡Violet! —El grito de mi madre me hace pegar un pequeño bote. Cojo el teléfono, le quito el manos libres y me lo llevo a la oreja.

—Dime.

—¿Piensas contestarme? —Sigue gritando, por lo que tengo que apartarme el teléfono de la oreja. Suspiro.

—Lo intento, pero no me dejas.

—Lo que me faltaba por oír. —Me llevo una mano a la frente y la froto. Esto es absurdo. Todo esto es absurdo.

—Mamá —la llamo, pero mi madre no me contesta, así que aprovecho para hablar yo—. No me he ido a vivir con nadie. Por circunstancias, me ha tocado compartir piso con otra persona que, resulta, es un chico, ya está. Nada más, mamá. Estás haciendo una montaña de esto y te juro que no lo entiendo.

—Si no es nada más, ¿por qué no nos lo habías contado? Ni a mí ni a tu padre.

Ahí tiene un pelín de razón.

Me lleno el pecho de aire y lo suelto poco a poco.

—Porque sabía cómo os ibais a poner y no quería historias. Y porque hacerlo por teléfono no me parecía correcto.

—A mí, que nos mientas, tampoco me parece correcto.

Vale, sí, puedo entender que esté molesta. Siempre nos hemos enorgullecido de la relación que tenemos las dos. No ha mentido al decir que nos lo contábamos todo. Vamos, si mi madre me acompañó al ginecólogo cuando le dije que estaba lista para perder la virginidad, y estuvo a mi lado el día después de mi primera borrachera, cuando pensaba que el mundo era una mierda y que quería morirme. Sí, entiendo que pueda estar molesta, pero ¿a este nivel? No, eso no lo entiendo. Está histérica, y me da que no toda la culpa es mía.

Quiero preguntarle si está bien. Quiero preguntarle que qué opina sobre la marcha de mi padre a Dublín. Quiero decirle que tanta confianza, pero ella no me ha dicho nada de la conversación el día del cumpleaños de Matías. Quiero preguntarle por el mensaje de ayer, ese que le envié, que sé que leyó, pero que no me contestó, pero opto por no abrir la boca.

Hablar de todo eso con mi madre ahora mismo es como abrir la caja de Pandora, y todo el mundo sabe lo que pasó cuando Pandora abrió esa maravillosa caja.

Me quedo en silencio y ella también. Parece que el nivel de gritos ha disminuido de forma considerable y nadie se hace una idea de cuánto lo agradezco. Miro al frente, en concreto, a Lander, que sigue en la misma posición, con sus ojos fijos en mí.

Qué guapo está con los vaqueros y ese suéter negro en forma de pico.

—Violet. —Esta vez, cuando mi madre dice mi nombre, lo hace en un tono bajo y calmado—. Me has mentido, y ni se te ocurra suspirar, resoplar o poner los ojos en blanco. Ocultar información importante es mentir. Porque sí, me has ocultado información, y eso me molesta. Déjame recordarte que soy tu madre y que me da igual la edad que tengas, siempre me voy a preocupar por ti, y querer saber con quién vive mi hija forma parte del papel de madre aquí y en la China. Y no estoy enfadada porque compartas piso con un chico. Por mí, como si lo compartes con veinte personas, o con un chimpancé. Estoy enfadada porque no has tenido la suficiente confianza conmigo para contármelo.

Escuchar el tono de decepción en la voz de mi madre hace que me sienta como el culo, porque sé que tiene razón, como también sé que es lo último que necesita. Supongo que yo no termino de verlo como ella porque no soy madre, pero sé que tiene razón en que estas se preocupan por sus hijos, aunque estos tengan sesenta años y les falte siete para jubilarse.

—Lo siento, mamá.

—Gracias, Violet.

Volvemos a quedarnos en silencio y esta vez no es tenso, aunque sí que hay una pregunta

silenciosa flotando entre nosotras. Una que me muero por sacar a colación, aunque tendrá que ser otro día.

—Tengo que irme, es el cumpleaños de Andrea.

—Claro. Felicítala de mi parte.

—Lo haré.

—Te quiero. Mucho. Y... Lo sé, ¿vale?

Cierro los ojos y sonrío. Con ese «lo sé» está diciendo que leyó mi mensaje y que entiende lo que le decía. Que me ha escuchado.

Colgamos y yo suelto el aire que he estado un buen rato reteniendo en los pulmones. Abro los ojos y busco a Lander. Sigue en la misma posición.

Me levanto y guardo el móvil en el bolso. Me lo cuelgo al hombro y me planto justo delante de él.

—¿Todo bien? —me pregunta. Asiento—. ¿Nos vamos?

—Claro. ¡Espera! Se me olvida la chaqueta.

Vuelvo al armario y descuelgo la chaqueta de Lander. Esa que me dejó ese fatídico día y que me he agenciado porque... Bueno, porque me gusta y porque me gusta ver la cara que pone cuando me ve con ella puesta. Como ahora.

Sus ojos se iluminan y suelta una carcajada. Una que recorre cada fibra de mi cuerpo y que me hace estremecer.

Me la pongo y lo miro como si no tuviera ni idea de por qué se está riendo. Me agarra de la cintura y me atrae hacia él. Lleva su mano hasta mi culo y le da un pellizco mientras junta sus labios con los míos y me mete la lengua.

Sonrío sobre su boca cuando nos apartamos.

—Sí que te gusta mi ropa.

—Eres un peligro. Lo sabes, ¿verdad?

—Tú, que eres demasiado impresionable.

Otro pellizco, otro beso, y yo me pregunto durante unos segundos si es tan importante estar presente para gritar: ¡¡Sorpresa!!

Cogemos los cascos de la moto y salimos a la calle. Me he puesto un suéter gordo a conciencia porque sabía que hoy la noche era fría y, bueno, la chaqueta no es que sea la prenda de más abrigo del mundo, pero ahora que estamos en la calle y que estoy empezando a quedarme un pelín congelada me pregunto si esto de estar sexi es para mí.

Lander me ayuda a abrocharme el casco grande y él se pone el que parece de juguete. Enarca una ceja cuando ve que estoy apretando los labios porque no quiero ponerme a tiritar.

—¿Quieres subir a cambiarte?

—No.

Si las actrices de los premios Goya pueden desfilan por la alfombra azul en tirantes en pleno mes de febrero, yo puedo con esto.

—Pues vamos.

Se monta primero en la moto y yo lo hago después. Esta vez, no espero a que me coja de las manos y las pase por su cintura, lo hago yo solita. Nunca me cansaré de rodearle a Lander la cintura. Ni de tocarle los abdominales.

Me echa un último vistazo por encima del hombro, asiento, y arranca. Como la última vez, disfruto del aire y la adrenalina que este vehículo de dos ruedas me provoca. También de lo que el cuerpo de Lander le provoca al mío. Es la ventaja de ser mujer, que sabemos hacer varias cosas a la vez y todas buenas.

Y, como la última vez, Lander serpentea entre los coches y, cuando se para en los semáforos, posa sus manos en las mías y las frota. Incluso, en una ocasión, se lleva una de las manos a los labios y me besa los nudillos. También me acaricia los muslos, y entonces yo pienso en el baño de ayer del centro comercial, en lo que hicimos, y me pregunto si podremos hacer lo mismo en el pub donde se celebra el cumpleaños de Andrea.

Aunque llevo un casco enorme en la cabeza que me hace parecer un *mandaloriano*, apoyo como puedo la mejilla en la espalda de Lander y cierro los ojos para disfrutar del viaje por completo.

Por eso no veo el coche que se cruza en nuestro camino. Por eso no veo los nudillos de Lander volverse blancos de la fuerza que está haciendo por apretar los manillares. Por eso no veo el impacto, solo lo siento. Y lo escucho. Vaya si lo escucho.

También oigo el grito de Lander al decir mi nombre, solo que lo oigo muy muy lejos. Probablemente, porque ya no estoy sentada en la moto, sino que estoy volando por los aires. No abro los ojos. No sé si porque no puedo o porque no me da tiempo. Solo sé que no los abro ni siquiera cuando mi cuerpo impacta contra el suelo. Primero el hombro, luego la cadera, después las piernas y, por último, la cabeza.

El dolor es inhumano. Tanto, que me quedo sorda. Lo único que escucho es un pitido largo y constante que me perfora el tímpano.

No abro los ojos, y esta vez es porque no puedo. Mis párpados me pesan demasiado y mi cerebro no responde.

—¡¡¡Violet!!! ¡¡¡Violet!!! —juraría que es Lander el que grita, pero no estoy segura porque el pitido sigue ahí. De todas formas, es lo último que escucho, porque pierdo la conciencia y ya no siento nada.

39. ¡¡Violet!!

Lander

Lo primero que hago es vomitar. Giro la cabeza y lo echo todo. Mi cuerpo convulsiona con cada arcada y, cuando creo que ya he parado, empiezo de nuevo. Lo segundo que hago es intentar moverme, pero no puedo, así que lo tercero que hago es intentar quitar la moto que tengo encima. Lo intento una vez, dos, tres veces incluso, pero pesa demasiado y a mí me duelen los brazos.

—¡Joder, joder, joder! —escucho decir a alguien sin parar, pero yo solo quiero quitarme la puta moto de encima e ir a buscar a Violet.

Violet...

—¡¡¡Violet!!! ¡¡¡Violet!!! —Me duele la garganta al chillar, pero me da igual. Quiero a Violet. Quiero que Violet me escuche y me grite ella también.

Veo una sombra sobre mí y después siento una mano sobre mi hombro. No quiero que me toquen, joder.

—¡¡¡Violet!!! ¡¡¡Violet!!!

La moto por fin deja de aplastarme las piernas, y entonces llega el pánico. ¿Las puedo mover? Me miro la mano y veo que estoy temblando. La cierro en un puño y me concentro en las piernas. Tengo que moverme, tengo que ir a buscar a Violet.

—¡¡Violet!! ¡¡Violet!! —sigo gritando, aunque el volumen es cada vez más bajo. Me duele muchísimo la garganta.

—¿Alguien ha cogido la matrícula?

—¡Se ha largado!

—Hay que llamar a la policía.

—Y a los bomberos.

—Chaval, ¿estás bien? ¿Te puedes mover?

—La chica. La chica está allí, pero no se mueve.

Varias voces hablan a mi alrededor, pero yo no le presto atención a ninguna, salvo a la última. La que ha dicho: «La chica está allí, pero no se mueve».

Me miro los pies y los muevo. Puedo hacerlo, puedo moverlos. Paso a las rodillas y también las muevo, así que ya muevo todo el cuerpo. Me duele horrores, pero lo hago, porque tengo que llegar hasta esa chica de allí que no se mueve.

Doy un paso. Alguien me toca el brazo.

—No deberías moverte, la ambulancia está de camino.

Me suelto de una sacudida y doy otro paso.

Necesito llegar hasta esa chica de allí que no se mueve, pero no la veo, joder. ¡No la veo!

—¡Violet! ¡Violet! —Mi voz se está apagando, pero no puede apagarse porque necesito encontrarla. Necesito encontrar a Violet.

Y, entonces, la veo. Está a varios metros de distancia. Muchos. Demasiado. Ha salido volando. Me ha soltado la cintura y ha salido volando.

Mis piernas se mueven muy rápido. Llego hasta ella y me dejo caer al suelo. Está tumbada en posición fetal y... no se mueve. La mujer tenía razón, hasta esa chica de allí que no se mueve.

Lleva el casco puesto, lo cual es bueno, ¿no? Pero tiene los ojos cerrados y no se mueve. No se mueve, joder.

—Violet. Violet —Esta vez mi voz es apenas un mero susurro.

Quiero tocarla, pero sé que no puedo. Tienen que hacerlo los médicos, pero quiero tocarla. Necesito tocarle el pecho para ver si respira. Necesito buscar su corazón para ver si late.

—No, por favor, tú no. Otra vez no... —dice alguien, y tardo unos segundos en darme cuenta de que he sido yo.

La ambulancia llega. Lo sé porque la escucho, no porque la vea, pues yo no veo a nada ni a nadie más que no sea Violet.

No se mueve, joder, ¡no se mueve!

Unos brazos tiran de mí, me zafo de ellos, pero vuelven a cogerme, y esta vez consiguen levantarme del suelo. Una chica se pone delante de mí. Soy más alto que ella, pero, no sé cómo lo hace que, de repente, consigue que mi cabeza quede a la altura de su estómago.

¿Estoy sentado?

Quiero ver a Violet. Necesito ver a Violet, pero no me dejan, porque, no sé cómo, en un solo pestañeo, lo único que veo son un montón de gente a mi alrededor y al de ella. Y todo sucede a cámara rápida. O lenta, no lo sé. Pero ya no estoy en la calle, estoy en una especie de coche, y oigo gente hablando, pero no los escucho. Y otros me miran, pero yo no veo nada. Y ya no estoy en el coche, estoy en un pasillo muy largo y blanco, y hay luces, muchísimas, y huele mal. No, no huele mal, huele a desinfectante, y yo no soporto el desinfectante.

Solo huele así en los hospitales, y yo odio los putos hospitales.

María y yo llegando cogidos de la mano.

Mi madre. Coma. Tumbada en la cama.

Mi padre. Tubos. Un ojo vendado.

«Cuídalas, Lander. Haz por mí lo que yo ya no voy a poder hacer».

Un pitido, largo, que no paraba nunca, hasta que alguien vino y le dio a un botón.

Silencio, mucho silencio.

«Cuídalas, Lander. Haz por mí lo que yo ya no voy a poder hacer».

—iiiiVIOLET!!!!

40. Otra vez no

Lander

Me encanta sentirla sobre mi regazo. Me encanta que sea ella la que marque el ritmo. Me encanta que sea ella la que dirija, la que me diga dónde poner las manos, los labios...

Así que eso hago. Nos doy la vuelta y me tumbo de espaldas. Violet se sienta sobre mi estómago y me dedica una sonrisa. Una de esas que hace tiempo le dirigía a todo el mundo menos a mí. Pero ahora me las dirige a mí, y me encanta.

Sí, eso también me encanta.

Se inclina hacia delante y me besa el pecho. Yo cierro los ojos y disfruto. Me encanta cuando saca la punta de la lengua y la pasea por mi piel. Me encanta cuando me araña y me deja marcas rojas.

—Lander. —Abro los ojos y la miro extrañado. He escuchado a alguien llamándome, pero no era Violet. No era su voz.

—¿Me has llamado? —le pregunto, pero no me contesta. Ni siquiera levanta la cabeza. Sigue besándome el pecho y me encanta, pero no puedo evitar fruncir el ceño porque hay algo que no entiendo.

—Lander. —Otra vez.

Intento incorporarme, pero las manos de Violet me lo impiden. Me empujan y yo caigo de nuevo sobre el colchón. Creo que ya he dicho que me encanta tenerla sobre mi regazo, pero ahora no.

Ahora no porque algo pasa.

—Lander, despierta.

Abro los ojos de golpe, sobresaltado, y me incorporo. Lo que puedo, porque algo tira de mí. Un tubo que tengo metido por la nariz.

Parpadeo, porque hay una luz blanca que me está dejando ciego, y la escucho. La misma voz de antes, la que decía mi nombre.

—Lander. —Volteo la cabeza y lo veo. Es Edu. Edu es la voz, y me está mirando, aunque me mira raro. Preocupado. Horrorizado.

—¿Edu? —Siento cuchillas en la garganta.

—Toma, bebe —me dice mi amigo, que de la nada saca un vaso con agua. Me coge de la cabeza y me ayuda a beber, pero a mí los tubos de la nariz me molestan muchísimo.

Cuelo una mano entre nosotros e intento quitármelos, pero Edu no me deja. ¿Por qué? Y entonces lo huelo; el olor a desinfectante.

¿Estoy en un hospital?

Imágenes, una detrás de otra, comienzan a sucederse en una rueda sin fin: Violet y yo saliendo de casa, subiéndonos a la moto, sus manos sobre mi cintura, los dos serpenteando entre los coches. El coche. El maldito coche que sale de la nada y nos da. Violet saliendo disparada.

«La chica está allí, pero no se mueve».

Violet no se movía.

Escupo el agua y dejo de beber.

—Vio... —intento hablar, pero tengo la garganta que parece lija. Carraspeo, aunque eso solo

hace que me duele más. Busco los ojos de mi amigo. Él sabrá lo que quiero.

—Lander, ¿puedes escucharme? —me pregunta, y yo asiento, porque no quiero volver a intentar hablar. Duele.

Apoya su frente en la mía y rompe a llorar. Los hombros le tiemblan y escucho los sollozos.

—Joder, Lander —murmura sobre mi oído. Se agarra a mis hombros y sigue llorando. No sé cuánto tiempo estamos así, frente con frente, él llorando y yo escuchando cómo lo hace.

Oh, Eduardo...

El corazón me duele muchísimo. ¿Me lo habré roto?

Edu se aparta y se saca un pañuelo no sé de dónde. Es como con el vaso de agua, aparece por arte de magia. Se pasa el dorso de la mano por los ojos y se seca las lágrimas. Cuando vuelve a mirarme, los tiene rojos e hinchados. Y hundidos. Pero ya no llora.

—Hola —murmura con una sonrisa bonita.

—Hola —respondo, y aunque sigo teniendo cuchillas en la garganta, ya no duele tanto como antes.

Se sienta en el borde de la cama y me coge de la mano.

Me duele absolutamente todo, pero necesito saber. Necesito saberlo.

—Edu, Violet... Ella...

—Está bien. —Dos palabras. Dos únicas palabras que me hacen romperme en tantos pedazos que no tengo ni idea de si voy a ser capaz de unirlos alguna vez. Cierro los ojos y las siento; las lágrimas.

Lágrimas que me resbalan por las mejillas; calientes, frías, dulces y saladas.

Me tapo la cara con las manos y lloro. Lloro sin saber si voy a poder parar. Necesito hablar, preguntarle un millón de cosas, pero lloro, solo lloro. Siento los brazos de mi amigo sobre mis hombros y vuelvo a sollozar. Me rompo. El corazón se me rompe en más pedazos, si es que eso es posible.

—Está bien, Lander. Violet está bien —me dice Edu. Me conoce, sabe que necesito que me lo diga no una, sino mil veces—. Le han hecho un tac y un millón de pruebas, y tiene el hombro fracturado, pero está bien. Se desmayó por culpa del impacto, pero despertó al llegar aquí y no tiene ninguna contusión, Lander. Violet está bien.

Tres palabras. Cómo me gustan esas tres palabras.

—¡Lander!

—¡Lander!

—¡Lander!

María, Amanda y Tamara. Tres voces, tres mujeres, seis brazos rodeándome. Bueno, ocho, porque Edu aún no me ha soltado.

Mis hermanas se lanzan sobre mí y se unen a mis lloros, aunque ellas ya venían entrenadas de fuera. Me aplastan y me hacen daño en la pierna y las costillas, pero no me quejo, porque me gusta que me hagan daño con sus abrazos.

—¿Estás bien? —me pregunta Amanda.

—¿Te has roto algo? —pregunta a su vez Tamara.

—No vuelvas a darme un susto así en tu vida, gilipollas. —Por supuesto, es María la que me hace soltar una carcajada.

A Edu también.

Mi amigo decide levantarse de la cama para dejarle espacio a mis hermanas, aunque no se marcha. Se sienta en la silla que hay justo al lado y me coge de la mano. Sigue teniendo los ojos rojos e hinchados.

Entra un médico acompañado de una enfermera. Mis hermanas hacen un corro a mi alrededor para dejarles espacio y así puedan ver cómo estoy, aunque no se van muy lejos, pues las sigo teniendo pegadas a mí como lapas. El médico y la doctora me palpan, me inspeccionan y me observan detenidamente. Me hacen mil preguntas y las respondo todas sin cometer errores. A mí también me han hecho un tac, una resonancia y mil pruebas más. Tengo todo el cuerpo magullado, aunque nada roto, y es una suerte, porque la moto se me ha caído encima. Me dicen que me puedo ir a casa si quiero, y vaya si quiero, porque ya he dicho que odio los hospitales, aunque alguien me tiene que controlar por la noche, y las cuatro personas que hay en esa habitación se ofrecen a hacerlo.

Cuando el médico y la enfermera se van, Amanda y Tamara, tumbadas cada una a un lado de mi cama y con sus cabezas apoyadas en mis hombros, empiezan un interrogatorio que ni el KGB. Quieren asegurarse de que no tengo amnesia. María, por su parte, me cuenta que han cogido al chico que se saltó el *stop* y nos atropelló. Por lo visto, él solo se ha presentado en comisaría. No me importa, no ahora mismo, porque yo los escucho a todos hablar, pero tengo la mente en otra parte, y es que solo puedo pensar en Violet.

Necesito ver a Violet.

—Necesito ver a Violet —suelto en voz alta, interrumpiendo a María en no sé qué cosa que estaba contando. Mi hermana me sonríe y me pasa un dedo por las cejas, acariciándolas. Sigo teniendo el puñetero cable metido por la nariz. ¿No me iban a dar el alta? Pues que vengan y me lo quiten ya.

—Está bien —me dice, repitiendo las palabras de Edu.

Asiento.

—Lo sé, pero necesito verla.

A mi hermana se le humedecen los ojos y asiente. Me coge una de las manos y me da un suave apretón. Sé lo que está pensando. Sé lo que está recordando.

—No vuelvas a darme un susto así en tu vida —repite la misma frase que me ha dicho hace un momento, solo que esta vez se ha ahorrado el gilipollas. Me llevo su mano a los labios y le beso la palma.

—Vale.

También beso las cabezas de las gemelas.

La puerta se abre de nuevo y esta vez entra solo una enfermera. Una que no tiene nada que ver con la que ha venido antes. Me quita todos los tubitos y suspiro agradecido cuando me quita el de la nariz. Edu me ayuda a levantarme y también a vestirme.

—¿Tienes que ir al baño? ¿Quieres que te ayude a sacudírtela? —Amanda y Tamara rompen a reír mientras miro a mi amigo como si quisiera matarlo. Me mira de forma inocente, aunque es difícil mirar a alguien de forma inocente con los ojos rojos e hinchados.

Me apoyo en las gemelas y salimos de la habitación a paso de tortuga. ¿Seguro que no tengo nada roto? Porque me duele hasta respirar, pero tengo tantas ganas de ver a Violet que no me quejo.

Por suerte, la habitación no está lejos.

El corazón me va a toda velocidad cuando nos paramos frente a su puerta. Me doy cuenta de que estoy temblando cuando mis hermanas ponen sus manos sobre la mía para detener el tembleque. Las miro. Como Edu, tienen los ojos rojos e hinchados.

—Te quiero —me dice Tamara.

—Yo también te quiero —dice Amanda.

Asiento en dirección a Edu y este da un par de toques a la puerta. Después, la abre. Quiero

vomitara, quiero entrar, quiero salir corriendo, quiero...

Violet está tumbada en la cama. A su alrededor hay muchísimos cables, más de los que yo tenía. Tiene la cabeza vendada, un parche en el ojo y el brazo en cabestrillo. Por un segundo creo que está dormida, pero entonces gira la cabeza, me mira y me sonríe, y yo me quiero morir.

Me quiero morir porque está así por mi culpa.

Le daban miedo las motos. Su padre tuvo un accidente y por eso no se subía en ellas. Solo se ha subido conmigo. Conmigo. Y ha tenido un accidente. Salió volando y no se movía. Estuve a su lado y no se movía. Y ahora se mueve, sonríe, pero está herida, muy herida, y es todo por mi culpa. Yo conducía esa moto. Tendría que haber visto el coche. Tendría que haber ido más despacio.

—Hola... —Su voz. Joder, su voz.

No tengo ni idea de si hay más personas en la habitación. Supongo que sí, porque escucho muchos murmullos, aunque yo solo puedo verla a ella. Está tumbada en la cama, tiene la cabeza vendada, un parche en el ojo y el brazo en cabestrillo.

Está así por mi culpa.

Veo que frunce el ceño del ojo bueno y que intenta levantarse, pero tiene un millón de cables alrededor que se lo impiden. Y manos, también tiene manos alrededor que se lo impiden. ¿De quiénes son? ¿De dónde han salido?

No puedo respirar.

Estoy temblando otra vez. Mis hermanas ya no solo me sostienen la mano, me sostienen el cuerpo entero, porque me tiemblan las manos y también las piernas.

No puedo respirar.

—Está sufriendo un ataque de pánico —dice alguien, alarmado. ¿Violet está sufriendo un ataque de pánico?

—Lander, mírame. —Alguien me sujeta por las mejillas y me gira la cara. María. Es María—. Está bien, ¿me oyes? Ella está bien y tú también. Céntrate solo en mí, Lander. Mírame solo a mí.

Noto algo salado en los labios. Me paso la lengua por ellos. ¿Estoy llorando? Estoy llorando.

Yo no lloro, dejé de hacerlo cuando mis padres murieron. No he vuelto a llorar en diez años.

Miro por encima del hombro de María. Violet sigue mirándome. También está llorando.

—Lo siento —le digo. A ella, a todos—. Lo siento, lo siento, lo siento, lo siento...

María vuelve a ponerse delante de mí.

—No es tu culpa. Lander, joder, no es tu culpa.

Yo conducía, claro que es mi culpa.

Hielo, el suelo resbala, el coche pierde el control y se estampa contra un árbol. Mi madre está en coma, mi padre sigue vivo. Me mira, llora, pero yo no. No puedo llorar delante de él. Me necesita. Yo lo necesito. Su cuerpo se apaga cogido de mi mano, el de mi madre lo hace a la vez, en otra habitación, cogido al de María.

Alguien me mete algo en la boca y me obliga a tragar.

Vuelvo a buscar a Violet.

No, ella no. Otra vez no. No puedo querer a nadie porque no puedo perder a nadie más. Tenía cuatro personas a las que cuidar y después mi hermana María añadió dos más. No puedo añadir a otra, mi cupo está lleno. No puedo perder a nadie más.

No puedo perder a Violet, y el accidente fue culpa mía.

—Lo siento —repito, roto. Violet niega con la cabeza—. Lo siento.

41. Quiero irme contigo

Violet

El tiempo puede pasar de dos formas, o lento o rápido. Siempre han dicho que, cuando te lo estás pasando bien, para muy rápido, lo que es una mierda, porque se supone que no quieres que se acabe porque necesitas seguir disfrutando de lo que estás haciendo.

Por el contrario, cuando todo es un horror y solo quieres que se acabe el día, la semana, el mes y, hasta el año, el tiempo pasa lentísimo.

Como ahora.

Solo quiero que se termine este puñetero mes y no hay manera.

Me quito la almohada de debajo de la cabeza y me tapo la cara con esta. Grito. Últimamente lo hago mucho. Lo de gritar. Me relaja bastante, la verdad.

La puerta se abre y no necesito quitarme la almohada de la cara para saber quién es.

—Te he preparado el desayuno. —Decirle que no tengo hambre es una grosería, y sé que le haría daño, así que me aparto la almohada y me incorporo hasta quedar sentada. Le sonrío con esa sonrisa falsa que empecé a adoptar desde que salí del hospital y ella me la devuelve. También es falsa.

—Qué bien huele. —Eso no es mentira. Huele a huevos revueltos, a beicon, a pan recién hecho y, sobre todo, huele a hogar. Y eso es bueno, ¿no? Es muy muy bueno.

Mi madre me deja la bandeja sobre las piernas y me da un beso en la frente. No soporto verla triste, ni preocupada. No soporto ver esos dos moratones que tiene bajo los ojos ni la sonrisa falsa de antes.

Las mías pueden ser falsas. Las tuyas, no.

—Ha venido alguien a verte.

Por un momento. Uno. Espero que sea él, por eso cierro los ojos en vez de mirar hacia la puerta. Estoy enfadada con él, lo odio. Pero... Ojalá fuera él.

—Hola, preciosa. —Por supuesto, no es él.

Los abro y vuelvo a sacar a pasear la sonrisa falsa.

—Hola, Diego.

—¡Sorpresa! —grita otra cabeza que aparece tras la espalda de Diego.

Vuelvo a sonreír.

Andrea lleva en la mano un globo enorme con forma de dinosaurio. Me pilla mirándolo y suspira.

—No tenían otro. Era esto o una tortuga. Los dinosaurios son más feroces. —Y esa es toda la explicación.

Mi madre me vuelve a dar otro beso en la frente. Esta vez, cuando sonrío, su sonrisa no es tan falsa. Le gusta que venga gente a verme. Siempre sonrío cuando viene gente a verme.

—¿Hoy vendrá papá? —No me pasa desapercibido el pequeño tic de su mejilla.

Mi padre sigue con la idea de irse a Dublín.

Mi madre no ha hablado con él.

Yo no he hablado del tema con mi madre.

Mi padre no me comenta nada al respecto cuando viene a verme, que es todos los días desde

que salí del hospital. Incluso las dos primeras noches se quedó a dormir a los pies de mi casa hasta que le juré que estaba bien y que podía irse a casa a descansar como una persona normal.

Pero sigue con la idea de marcharse, y a mí me pesa todo mucho, y no solo hablo del dolor de hombro.

Mi madre asiente y me revuelve el pelo.

—Cualquiera le dice que no hace falta que venga todos los días, o que me llame o escriba cada media hora para ver cómo te encuentras. —Pone los ojos en blanco—. Es bastante desesperante.

Diego y Andrea se ríen, yo sigo mirando a mi madre.

Quiere a mi padre, sé que ella quiere estar con él como él con ella. Entonces, ¿por qué no le dice nada?

—Si necesitáis algo me lo decís.

—Gracias, Cara —dicen Andrea y Diego al unísono.

Cuando mi madre se marcha, ambos se sientan en la cama. Diego medio tumbado a mis pies y Andrea a mi lado. Lo hace después de dejar el globo del dinosaurio atado al respaldo de la silla de mi escritorio.

—Te he traído lo de esta semana. —Diego abre la mochila y saco un montón de libros. Me miro el brazo derecho. Sigo sin poder escribir—. Tranquila, te he fotocopiado los apuntes. Por cierto, toma. —Me pasa una rosa roja—. Es de Max. ¿Te acuerdas de Max?

Me acuerdo de Lander. De que no he sabido nada de él desde que salí del hospital, aunque sé que ha leído mis mensajes porque me aparecen como leídos. De que recogió todas sus cosas de la casa más rápido de lo que las desembaló. De que yo no tenía razón, no somos nada, ni siquiera amigos.

Parto el beicon con los dedos y me meto un trozo en la boca. Le doy un trago al zumo de piña.

—Sí. ¿Te la ha dado él?

—La rosa, y sus apuntes de cirugía. ¿Qué te parece?

Que estoy enfadada con Lander, pero quiero que me llame. Quiero que me envíe un mensaje, aunque sea un emoji de la tía bailando sevillanas.

—Que es muy amable por su parte.

Ataco los huevos revueltos y me los llevo a la boca. Odio no poder disponer libremente de mi brazo derecho. Soy diestra, por favor. Necesito mi brazo derecho.

—¿Y tú? ¿Has sabido algo de Alba?

Me duele decir el nombre de Alba en voz alta porque Alba es la hermana de Lander y todo lo que tenga que ver con Lander me duele. Una estupidez, lo sé, pero es que yo soy bastante estúpida.

Andrea se pone colorada y esquivo mi mirada.

—Sí. Ella... Está aquí. En Madrid, quiero decir. No aquí en tu casa.

Mis alarmas se disparan, aunque no deberían dispararse. Me meto otro trozo de beicon en la boca.

—Ha venido a... bueno... ya sabes... —Trago, y juro que siento que el beicon es un trozo de masa dura en vez de una loncha de cerdo finísima.

—A ver a su hermano —termino de decir yo por ella. Andrea asiente.

¿Y cómo está? Su hermano. ¿Sigue igual de capullo que siempre? Por supuesto que sí. Los capullos siempre serán capullos.

—Y en clase, ¿cómo va todo? El lunes ya quiero volver.

Los médicos me dieron el alta hace quince días. He guardado reposo porque, bueno, he tenido un accidente y me dolía todo, pero necesito salir de esta cama o me voy a terminar volviendo

loca. Necesito un poco de rutina en mi vida.

Diego empieza a parlotear como un papagayo, como es él, de todo lo que me he perdido estos días. También me explica cosas que han visto y me enseña apuntes. Andrea interviene de vez en cuando, sobre todo para robarle los apuntes a Diego y pasarlos a limpio.

Y así pasamos la mañana y parte de la tarde, hasta que mis amigos son reemplazados por mi padre.

Diego me da un beso en la mejilla y Andrea un abrazo.

—No está bien, Violet —me susurra al oído. Quiero apartarme, pero no lo hago. Andrea me acaricia el pelo—. Finge que sí, pero no es así.

—No quiero saberlo. —Mentira, claro que quiero, pero no debo.

Me escabullo para darme una ducha después de ver por la ventana de mi habitación como mis dos amigos se suben al coche y se marchan. Necesito no escuchar nada más que el agua cayendo mientras me resbala por la cara y el cuerpo.

Apoyo la mano sana en la pared y rememoro el día del hospital. Rememoro la cara de Lander cuando entró en la habitación y me vio tumbada en la cama. Rememoro sus lo siento tan seguidos, sus ojos, rodeados por el miedo, o su ataque de pánico. Lo rememoro todo y lloro. Lloro porque lo entiendo. Porque entiendo su dolor, pero no entiendo su silencio. No entiendo por qué me aparta de él de esa manera.

¿Amigos? Nosotros no fuimos ni siquiera amigos, porque a los amigos no se les da la espalda como él me la ha dado a mí.

Llevo quince días en esta casa. Quince. Le escribí cuando salí del hospital. Le estuve escribiendo todos los días durante la primera semana. Después, pensé que podía necesitar espacio, pero ¿tanto? No, porque a los amigos se les quiere cerca, y tú no me quieres cerca, Lander. Tú me quieres tan lejos como sea posible y, Dios, cómo duele. Porque me enamoré de ti sin remedio y tú me estás alejando.

Me enamoré de tu locura por la limpieza, de tus bromas y de tus piques. Me enamoré de tu sonrisa, del brillo de tus ojos y de tu punto rebelde. Me enamoré de tu casa pintada de blanco para hacer feliz a tus sobrinos. Me enamoré de lo capullo que eres. Me enamoré de lo atento y cariñoso que eres.

Y es una locura, porque nadie se enamora tan rápido, pero a mí me ha pasado, y por eso me duele. Me duele el muro que has levantado.

—Cariño, ¿estás bien? —La voz preocupada de mi padre se cuela por la rendija de la puerta. Apago el grifo y me enrolló en mi albornoz.

—Sí, ya salgo.

—¿Necesitas ayuda?

—No, estoy bien.

Mi padre se marcha a Dublín, y yo siempre he querido terminar mis días en Dublín. En esa granja que mi padre tanto odia y yo tanto amo.

—Vale. Te espero abajo, ¿de acuerdo?

Mi padre se marcha a Dublín, ¿y si yo me fuera con él?

Puedo convalidar las prácticas con algún centro veterinario de allí, incluso con la propia granja. Puedo cambiar las clases que me quedan de presenciales a *online*.

Me miro el hombro.

Siento una chispa recorriéndome el cuerpo. ¿Excitación?, ¿emoción?, ¿ansiedad? De todo un poco.

Me cambio rápido, o todo lo rápido que puedo, y bajo las escaleras. Mis padres están en la

cocina, sentados en la mesa, serios. Entro como un torbellino y los dos se ponen de pie a la vez.

—Violet, ¿estás...?

—Quiero irme contigo a Dublín, papá —suelto, interrumpiendo a mi madre. No la miro, porque sé que solo le estoy añadiendo preocupación a la que ya tiene. Malestar. Y eso me frena a irme, pero... Quiero irme.

—¿Quieres venirte conmigo a Dublín?

Asiento y, sonrío, y esta sonrisa no es falsa. Es la primera sonrisa sincera que me sale desde que Lander salió por la puerta de mi habitación en el hospital seguido de sus tres hermanas.

No me dijo ni siquiera adiós, o hasta luego. Ni se acercó a la cama. Me dijo lo siento, se dio media vuelta y se marchó.

—¿Estás segura? —La pregunta de mi padre me hace regresar a la cocina. También está sonriendo.

—Muy segura. Siempre he querido vivir allí, ya lo sabes. Solo estoy adelantando un poco el viaje.

—Yo... Es decir, si te quieres venir no tengo ningún problema, yo encantado, ya lo sabes, pero tienes tu vida aquí. Tus estudios, las prácticas en esa clínica...

—Los haré *online* y buscaré allí una clínica. Quiero hacerlo, papá.

Se pone serio un momento.

—¿Tiene algo que ver con ese chico?

No. Sí. Un poco.

Me encojo de hombros.

—Puede que algo, pero la verdad es que quiero esto. Cuando he entrado aquí y lo he dicho en voz alta, me he dado cuenta de cuánto lo quiero en realidad. Quiero irme, papá. Por favor.

Vuelve a sonreír y, esta vez, lo hace abriendo los brazos.

—Nos vamos a Dublín.

Me tiro a sus brazos y dejo que me envuelva en ellos. Me siento caliente entre ellos, protegidos, como si significaran hogar.

—No puedes irte. —Las palabras de mi madre cortan el ambiente como si de un cuchillo afilado se tratase. Trago saliva y me separo del pecho de mi padre.

—Mamá...

—Tú no —me está mirando, pero se vuelve hacia mi padre—. No puedes irte a Dublín, Patrick.

Mi padre y yo seguimos abrazados, por lo que puedo sentir la tensión de su cuerpo. También veo su nuez subiendo y bajando.

—Cara, yo... —Mi madre levanta la mano, silenciándolo.

—Me hiciste tanto daño —empieza a decir, con el labio temblándole. Mis ojos se humedecen—. Te quería tanto. Rompiste nuestra familia. Rompiste mi confianza.

Oh, mamá.

Mi padre me suelta y da un paso al frente, pero mi madre niega con la cabeza, impidiéndoselo.

—Estaba Violet, por eso me prometí no echarte de mi vida y odiarte en silencio. Y te juro que lo hice durante un tiempo, hasta que ya no pude más y me di cuenta... —Traga saliva—. Me di cuenta de que te quería. De cuanto te quiero.

Mi padre va a dar otro paso, pero esta vez soy yo la que se lo impide. Mi madre no ha terminado de hablar y lo necesita.

—¿Sabes lo hipócrita que soy? ¿Sabes que me has convertido en una hipócrita? —Se limpia las lágrimas con rabia—. Porque le estoy haciendo lo mismo a Matías. Y es un buen hombre.

¡Me quiere! ¡Me quiere muchísimo! Pero... Pero él no eres tú, Patrick, nunca ha sido tú, y eso me duele, porque quiero odiarte, pero no puedo, porque la verdad es que jamás he dejado de quererte, y no puedes irte a Dublín. No puedes irte si no tienes pensado llevarme contigo.

—No te gusta Dublín —susurra mi padre en un tono meloso y diría que hasta divertido.

Mi madre relaja los hombros.

—Supongo que odio Dublín, pero te quiero más a ti.

Esta vez no detengo a mi padre cuando avanza los pocos metros que le separan de mi madre y se lanza a por ella. Porque mi padre se lanza a por ella como un jugador de rugby se lanzaría hacia su pelota. Y mi madre lo recibe encantada mientras ríe y llora a la vez.

Se abrazan, se besan y se vuelven a abrazar. Se sonríen y se miran embobados. Están así tanto rato que empieza a resultar un poquitín incómodo.

—No hace falta que nos vayamos si no quieres. Es decir, yo...

—Sé que te ibas por Matías y... —Escucho a mi madre tragar saliva. Está feliz, se lo noto en la voz, pero, aun así, es duro. Y complicado. ¿Por qué la vida no puede ser sencilla? —. También es cierto que tus padres están mayores y que el tema de la granja es complicado y... Bueno, Violet, por lo visto, se va a Dublín. Y yo creo que estaría bien irnos de aquí una temporada. Siempre podemos volver, ¿no?

—Siempre podemos hacer lo que tú quieras. Lo siento mucho, Cara. Por todo. Siento haberme cargado nuestra familia y siento haber roto tu confianza, pero te juro que la recuperaré. Te lo juro.

Creo que ha llegado el momento de dejarlos solos.

Abandono la cocina y, en vez de subir a mi habitación, cojo el abrigo y salgo a la calle. Quiero darles intimidad, y también me vendrá bien pasear. Lo hago sonriendo, porque me voy a Dublín. Nos vamos los tres a Dublín. Trago, y sigo andando.

Nos vamos los tres a Dublín.

42. Todo el mundo le tiene miedo a algo

Lander

Tengo que reprimirme mucho para no lanzar el móvil y estrellarlo contra la pared cuando cuelgo la llamada. Se supone que los gestores son las personas que se encargan de la parte administrativa, fiscal y laboral de una empresa. Yo les digo lo que quiero y ellos lo hacen. O me dicen si puedo o no puedo hacerlo. Pero yo no tengo que redactar un contrato, tengo que revisarlo. Si tengo que redactarlo, ¿para qué coño los quiero?

Me paso la mano por el pelo y reprimo el impulso de estirarla de él hasta quedarme calvo.

—¿Otra mala mañana? —cierro los ojos un momento antes de levantar la cabeza y enfrentarme a mi socio.

—Hoy no tengo ganas de que nadie me toque los cojones, Eduardo. ¿Necesitas algo de vida o muerte? —Mi amigo silba y chasquea la lengua contra el paladar mientras meneaba la cabeza y entra en mi despacho.

Bueno, nuestro despacho, pero hoy es mío.

Aparta la silla que tengo frente al escritorio con toda la parsimonia del mundo y se sienta. Espero a que abra la boca, porque Edu siempre tiene algo que decir, pero los segundos pasan y aquí nadie dice ni mu.

Lo miro con fuego en los ojos.

—¿Ha pasado algo?

Se señala el pecho y sonríe cual anuncio de Profident.

—¿A mí? No, para nada. ¿A ti te ha pasado algo?

Cómo odio a mi mejor amigo en estos momentos.

—Así que sí que has venido para tocarme los huevos.

—Los cojones —rectifica—. Según tú, he venido a tocarte los cojones.

Lanzo el bolígrafo que llevaba en la mano sobre la mesa y me echo hacia atrás en la silla.

—Eduardo, por favor, ¿qué quieres?

Mi cruza las piernas y apoya las manos en las rodillas.

—Venía a ver si ya te habías sacado el palo del culo, pero estoy viendo que no. Una lástima, eh, porque cuantos más días lo tengas ahí, más te dolerá.

En serio, cómo odio a mi mejor amigo en estos momentos.

Volvemos a quedarnos en silencio, mirándonos, y juro que la vena del cuello me va a explotar. El móvil suena y lo apago. Ni me molesto en mirar quién es. Si es algo relacionado con la empresa, paso. Si es alguna de mis hermanas, paso al cuadrado.

Ojalá pudiera apagar también a Edu.

Me pinzo el labio. Está empezando a entrarme dolor de cabeza.

—Te agradezco que te preocupes por mí, pero...

—Oh, no, no —me interrumpe—. No me preocupo por ti. Antes sí. Ahora, simplemente, creo que eres idiota.

¿Idiota? No está mal.

Se pone serio de repente y descruza las piernas. Se inclina hacia delante, hasta que su pecho toca el escritorio.

—¿Sabes por qué te pedí que fueras mi socio? —Es una pregunta con trampa. No quiere que conteste, así que no lo hago—. Te lo pedí porque me pareciste un tío currante con las ideas claras y una ética por grande por la vida y el trabajo. Sabía que te implicarías en este proyecto igual que yo y que no me dejarías tirado, pero también lo hice porque me pareciste un tío leal, fiel. Alguien en el que se podía confiar. Un tío al que no le daba miedo arriesgar por conseguir lo que quería.

Algo me dice que esa frase no tiene nada que ver con el trabajo.

—Todo el mundo le tiene miedo a algo.

—Y así es como debe de ser. El cementerio está lleno de valientes. Pero una cosa es tenerles miedo a las cosas, y otra muy distinta es darles la espalda y olvidarte de ellas.

¿Olvidarte? Me reiría en su cara si pudiera.

Yo no me olvido de nada. De nada.

—El miedo hace que nos protejamos de las cosas para no sufrir más.

Suelta una carcajada.

—¿De verdad me estás diciendo que estás protegido? ¿De verdad me estás diciendo que no sufres? —Me señala de arriba abajo—. ¿Acaso te has echado un vistazo en el espejo últimamente?

Ya está bien. No quiero hablar más del tema.

Me levanto de la silla, cabreado. Edu ni se inmuta.

—No tienes ni puta idea de nada, ¿me oyes? ¡¡De nada!!

—Él puede que no, pero nosotras sí.

Giro la cabeza tan rápido que me hago daño en el cuello. María y Alba están en la puerta. La primera parece que vive aquí, siempre está en la puerta. La segunda se supone que estaba en Colombia.

—Se supone que estás en Colombia. —Da un paso al frente y entra en la habitación.

—Y tú se supone que eres el hermano inteligente.

—Pero eres gilipollas. —¿Ya he dicho que María siempre está en la puerta? Pues, encima, lo único que hace es darme por saco.

—Yo lo he llamado idiota. —Edu se apunta a la conversación. María le sonríe.

—También me sirve.

Alba sigue andando y llega hasta a mí. Se lanza a mi cuello y me abraza tan fuerte que está a punto de robarme todo el oxígeno. Rodeo su cuerpo con mis brazos y la pego a mí. Escondo la cabeza en su cuello y respiro. Por primera vez en días, respiro.

Alba y yo nos quedamos abrazados tanto rato que parecen horas. Ninguno habla, ni nosotros, ni Edu, ni María. Incluso llego a preguntarme si se habrán ido, pero no tendré esa suerte.

—No vuelvas a darme un susto así —susurra Alba contra mi pecho.

—Vale.

Se aparta y me mira. Me aparta un mechón de pelo de la frente y me pasa el dedo por el entrecejo. Después, me pone una mano en el costado.

—Enséñamelas. —¿Qué? Lo miro con pánico. Alba da un paso atrás—. Enséñamelas.

Mierda, las manos me están temblando.

Me levanto la camiseta y le enseño el tatuaje que tengo ahí: «*Cuídalas, Lander. Haz por mí lo que yo ya no voy a poder hacer*».

Alba se queda mirándolo durante tanto tiempo que llego a dudar de que pueda volver a pestañear.

—Lo has hecho —dice por fin. Me baja la camiseta—. Nos has cuidado, Lander. A las cuatro. Has cumplido la petición de papá.

Una bola enorme me oprime el pecho y la garganta.

—Yo tengo miedo todos los días de mi vida —dice de repente María. Aunque sonrío, no hay diversión ni en su rostro ni en su voz—. Tengo miedo todos los días. Por mí, por vosotros, por Santi, por los niños... —Le da vueltas al anillo que lleva en el dedo anular de la mano derecha—. Cuando me dijo por primera vez que me quería, di media vuelta y salí corriendo. Corrí tanto que, cuando paré, solo tenía ganas de vomitar. ¿Quererme? Eso era una locura. No podía quererme porque yo no podía quererlo a él. Tenía bastante con vosotros cuatro, pero la verdad es que lo quería. Me había enamorado de él. Así que lloré. En realidad, pasé toda la noche llorando. Mientras lloraba, me quedé dormida. Ni siquiera supe cómo lo conseguí. Pero me quedé dormida y soñé. Soñé con mamá, con papá, con los siete cuando nos íbamos de pícnic un domingo por la mañana, o cuando nos llevaban a esquiar. ¿Os acordáis?

El nudo de la garganta me oprime tanto que no puedo ni asentar.

—Mientras soñaba, recordé una cosa. El miedo que sentí cuando me llamaron del hospital. Cuando entramos y fuimos a ver a mamá. El miedo que sentí al quedarnos los cinco solos. —Tengo que cerrar los puños porque no dejan de temblarme—. Estaba aterrada, pero viva. Me di cuenta de que estaba viva, Lander. De que podía ir de pícnic los domingos, o a esquiar. De que podía respirar y de que mi corazón latía. Salí de casa, fui a buscar a Santi y le dije que yo también lo quería. Que estaba loca por él. ¿Tenía miedo? Por supuesto. Ya te he dicho que lo tengo todos los días de mi vida. Pero el miedo forma parte de la vida. Nos define y nos protege. Hay que tener miedo a ciertas cosas para aprender a superarlas y así darnos cuenta de lo fuertes que podemos llegar a ser.

—Estar solo es una mierda —añade Alba. Está llorando—. Meter los miedos bajo la cama no hace que desaparezcan. Darle la espalda a Violet, no hace que dejes de preocuparte por ella.

Sacudo la cabeza al escuchar su nombre. Llevo quince días huyendo de él. No quiero oírlo. No quiero porque, si lo hago, si lo hago...

—Lander, mírame —Me pide Alba tocándome el brazo con cariño. Niego con la cabeza, pero insiste—. No me he recorrido miles de kilómetros para que no me mires.

Al final, claudico y la miro.

—Contéstame una cosa, solo una, y te dejaré en paz. ¿Has pensado en ella en algún momento en estos últimos quince días?

—No es tan sencillo.

—No es eso lo que te estoy preguntando. ¿Has pensado en ella?

A toda hora.

—Sí. —Alba sonrío, como si supiera qué iba a contestar.

—¿Y no crees que es mejor arriesgar con ella que estar así como estás ahora? ¿De verdad por no verla, no estás preocupado?

¿Preocupado? Estoy que me subo por las paredes. Me paso el día viendo su foto de perfil con los dedos sobre las teclas, muriéndome de ganas por escribirla. Leyendo todos los mensajes que me ha escrito. Rememorando todos los momentos que hemos pasado juntos. Lamentando que no me pusiera polvos picapica en los calzoncillos. Si lo hubiera hecho, tendría más recuerdos con ella.

¿Preocupado? Tengo que morderme la lengua todos los días para no preguntarle a Edu por ella.

—El accidente...

—Como digas que fue culpa tuya, te juro que te lanzo la silla a la cabeza. —Ya me extrañaba que Edu estuviera tanto tiempo callado, no le pega nada.

—Sé que la culpa fue del coche, pero yo conducía. Tendría que haberlo visto venir.

—Papá también conducía. ¿Fue culpa suya que mamá esté muerta?

Me llevo una mano al pecho y me echo hacia atrás del impacto por las palabras de María. Boqueo como un pez y la miro con rabia.

—No puedes decir eso.

—¿Lo fue? —insiste.

—¡Pues claro que no!

—Pues esto tampoco fue culpa tuya —apostilla Alba. Sacude la cabeza—. Los accidentes son una mierda, ¿vale? Pero existen. Como el miedo, forman parte de la vida, así que tienes dos opciones para no sufrirlos. O vivir en una burbuja, aislado de todo, o no vivir.

Tengo la cabeza que me da vueltas. Tienen razón, los tres, pero, joder, tengo tanto miedo... Pasé muchísimo miedo cuando la vi tumbada en esa cama con todo eso alrededor. Con el ojo tapado. La historia se sucedía en mi cabeza y me aterrorizó. Ya había perdido a dos personas, no podía perder a nadie más. A nadie.

Me siento mareado y necesito sentarme, pero también necesito correr. Salir de este despacho y correr hasta que me quemen las piernas y me arda el pecho.

—Me odia. —Por primera vez desde que mis hermanas han entrado, se ríen. Los tres.

—A esa chica le gustas, Aguirre. No sé por qué, porque eres un capullo, pero le gustas mucho. —Le enseño el dedo corazón a Edu, que se ríe aún más fuerte.

—Lander, préstame atención un momento. —Alba me coge por los hombros—. Se marcha a Dublín.

La miro un momento sin comprender, hasta que caigo.

—¿Qué?

—Me ha llamado Andrea y me lo ha dicho. Violet la ha llamado para contárselo. Se marcha a Dublín.

—¿Ahora? —El pánico me atenaza.

Alba niega con la cabeza.

—Ahora no, cuando acaben las Navidades, pero se marcha.

—No puede irse. Es decir, claro que puede, pero no puede irse.

Si se va ya no la veré. Si se va...

—¿Me prestas el coche?

43. Vuelve, por favor

Lander

Violet:

Vuelve, por favor.

Violet:

Me han quitado el vendaje de la cabeza y el parche del ojo. Aunque este último me gustaba. Me hacía parecer Garfio. ¿Llevaba un parche en el ojo? Ahora no me acuerdo.

Violet:

Quiero a Andrea, te lo juro, pero me pone un poco nerviosa. ¿Se enfadará si se lo digo?

Violet:

Hoy ha venido María a verme. ¿Lo sabías? Me ha traído un táper con gofres y un montón de chocolate. Me los he comido a escondidas. Es nuestro secreto, ¿vale?

Violet:

Hoy me dan el alta. Le he pedido a mi padre que me lleve a mi casa. Esa que comparto contigo. Estarás allí cuando llegue, ¿verdad?

Violet:

Lo has recogido todo. ¿Lo ves normal? ¿Eso es que no piensas volver? Claro que no piensas volver. Te estoy dando tiempo, pero estoy empezando a cansarme.

Violet:

Vuelve, por favor. Tenemos que hablar.

Violet:

Estoy en casa de mi madre. Te adjunto la dirección por si te quieres pasar. Pásate, ¿vale?

Violet:

Entiendo que puedes necesitar tu espacio, así que te lo voy a dar, pero sigo aquí.

Violet:

Ha pasado una semana, Lander. ¡Una semana! ¿En serio?

Violet:

Capullo.

44. Cuando te vi en esa cama

Violet

Estoy agotada física y emocionalmente. Ha sido un día de muchas emociones y solo quiero descansar. El hombro me duele horrores y creo que es por toda la tensión acumulada.

Me despido de mis padres y subo a mi habitación. Hace frío fuera, pero necesito un poco de aire fresco. El aire de esta habitación me está asfixiando cada día un poquito más.

Dublín. Me marchó a Dublín.

Es una locura, Andrea lo ha dicho, pero es una locura de las buenas. Siempre me ha gustado mucho más esa ciudad que esta. Allí el aire es limpio y puedes ver las estrellas. Aquí, si miras al cielo, no ves nada.

Apago la luz, enciendo la de la mesita de noche y conecto la música. Le doy a la lista de reproducción variada y dejo que las canciones se sucedan una tras otra. La primera en aparecer es *Tell me you love me*, de Demi Lovato. Inevitablemente, eso me hace pensar en Lander.

Qué narices, todo me hace pensar en Lander, y es una mierda, porque no quiero pensar en él. No se merece que piense en él. Ya no. Así que me concentro en la música y me olvido de todo lo demás. Muevo los dedos de los pies y tarareo al ritmo de la música. Tarareo todas las canciones que salen, una a una, hasta que un ruido me hace parar.

Me incorporo en la cama y miro a mi alrededor. Agudizo el oído para ver si son mis padres, pero no son ellos, aunque viene del piso de abajo. Escucho murmullos y unos pasos apresurados subiendo las escaleras.

Aguanto la respiración. Tengo el corazón acelerado.

No respiro, cuento hasta tres en silencio y, entonces, la puerta de mi habitación se abre y aparece.

Él aparece.

—Lander...

—¿Te marchas a Dublín? —Parpadeo, porque no me esperaba esa pregunta. Me levanto de la cama y siento que las piernas me fallan.

—¿Qué?

—¿Te marchas a Dublín? —Mis padres aparecen detrás de Lander. Me miran, yo los miro a ellos y asiento. No pasa nada—. ¿Te marchas a Dublín, Violet?

Me cruzo de brazos y miro a Lander.

—No tienes ningún derecho a preguntarme eso.

—Lo sé, pero ¿te marchas?

—¿Estás de coña? Has pasado de mí, me has ignorado, ¿y ahora me preguntas si me marchó?

Me fijo en sus ojos. Parecen cansados, y no solo por el poco brillo que desprenden, sino por el surco morado que los rodea.

«No está bien, Violet. Finge que sí, pero no es así».

Por un momento, quiero ir y abrazarlo, pero me mantengo firme en mi sitio con la cabeza en alto y los hombros cuadrados.

—Sí, me voy a Dublín. ¿Algo más?

Lander suspira y se pasa la mano por el pelo.

—Sí, que te quiero.

Abro los ojos, sorprendida.

—Perdona, ¿qué has dicho?

Da un paso hacia delante. Es minúsculo, pero lo suficientemente grande como para que su olor me maree más de lo que ya estoy.

Lo veo tragar saliva.

—El día que murieron mis padres mi vida cambió, porque una parte de mí murió con ellos. — Yo también tengo que tragar saliva, porque me acuerdo del día que se cortó la mano con el vaso de cristal, de todo lo que me contó. Vi el dolor en sus ojos, y ahora estoy viendo ese mismo dolor, por lo que quiero decirle que pare, que no hace falta que me diga nada más, pero estoy tan paralizada que las palabras no me salen.

—Solo me quedaban mis hermanas —continúa diciendo—, y me juré protegerlas y cuidarlas. No solo porque mi padre me lo había pedido, sino porque eran lo único que tenía y lo que más quería en el mundo. También me juré no querer nunca a nadie más porque... Porque no soportaría perder a nadie más, Violet. No soportaría que algo pasara y tener que pasar por lo mismo otra vez, y cuando te vi en esa cama...

Estoy llorando. Lo sé por el sabor salado de mis labios.

Y él también está llorando. Lander está llorando.

—Estás llorando...

Sonríe sin emoción alguna en el rostro.

—Ya lo he hecho un par de veces. Me da miedo cogerle el gustillo.

Me llevo una mano a la boca y me trago un gemido. Me encanta oírlo ser un capullo, sus pullas. Las había echado de menos.

Vuelve a dar un paso hacia delante, titubeante.

—Cuando te vi en esa cama, todos los miedos regresaron, uno a uno, porque me di cuenta en ese momento de cuánto te quería. De que me había enamorado de la chica más insoportable e insolente que había conocido en mi vida. —Me río, aunque no quito la mano de la boca. Lander da otro paso hacia delante—. Me dio muchísimo miedo perderte. Quererte y luego perderte. Así que me marché. Me alejé porque pensé que si dejaba de quererte dejaría de tener miedo. Si ya no me preocupaba por ti, no tendría miedo, pero la verdad es que sigo aterrado porque estés cerca o lejos, siempre tendré miedo a que algo pueda pasarte. Aunque estés lejos, aunque no estés conmigo, aunque no te vea, me preocuparía por ti igualmente.

Ahora sí que ya no puedo dejar de llorar. Ahora sí que ya tengo los ojos tan rojos e hinchados que no puedo ni ver a Lander porque las lágrimas y tener las gafas tan empañadas me lo impiden.

Me las quito y lo miro a los ojos, esos que tanto me gustan, esos que tan embobada me he quedado mirando tantas veces, y asiento, porque sé lo que me está pidiendo, y quiero dárselo.

Porque perdonar no es de débiles y, joder, porque me muero por besarlo.

Lander me rodea con sus brazos y no duda en pegar su boca a la mía, en mezclar sus lágrimas con las mías. No duda en tragarse mi aliento y en darme el aire que necesito para seguir respirando.

Me besa como si hubiera estado siglos sin hacerlo, y puede que sea verdad. Al menos, a mí me lo ha parecido.

Me besa como si me quisiera, y yo lo beso a él de igual manera.

Sonríe sobre mis labios y yo le devuelvo la sonrisa. Qué bien sienta.

—¿Te marchas a Dublín? —me pregunta entre beso y beso. Mierda, me había olvidado de Dublín.

Asiento.

—Sí. —Sonríe y vuelve a besarle.

—Perfecto.

—¿Perfecto? ¿Has oído la parte en la que te he dicho que sí?

—¿Y yo en la que te he dicho que te quiero?

Lo beso y me aseguro de que no se escape. Hundo los dedos en su pelo y ronroneo. No solo he echado de menos sus ojos.

—¿Funcionará?

—¿Nosotros?

—Sí.

—Por supuesto que funcionará. ¿Dónde crees que vas a conseguir a un mejor compañero de piso que yo?

—Tu ego es enorme.

—No es lo único que tengo enorme, ¿recuerdas?

Epílogo

Agarro con fuerza las cuerdas, le doy un toque con suavidad en el lomo al caballo y sonrío cuando coge velocidad, haciendo que la melena me ondee al viento. Feliz.

—Dale un poco más, pequeño, que tú sabes cómo —le susurro mientras lo acaricio y suelto una carcajada cuando me hace caso.

Miles es especial. Me enamoré de él en cuanto lo vi y, bueno, él se enamoró de mí. Lo primero que me llamó la atención fue su color; marrón. Me encanta el color marrón, y combinado con el verde de la hierba, hacen un dúo perfecto.

Inclino el cuerpo hacia delante, levantando cuanto apenas el trasero, y vuelvo a darle a Miles en un costado. Coge un poco más de velocidad y galopa como si le fuera la vida en ello. Como si a los dos nos fuera.

Recorremos el Parque Nacional de Killarney durante horas. Como si no tuviéramos nada mejor que hacer, y puede que así sea. Mi jornada en la clínica ha terminado y a los pocos días de llegar aquí me di cuenta de que lo único que me relajaba al terminar de trabajar era montar a caballo.

Lo he hecho desde entonces casi todos los días, y ya he cumplido un año aquí. Miro el cielo y veo que está a punto de llover. Tiro de las cuerdas hacia mí y Miles comienza a aminorar la marcha. Reconduzco el camino y lo guío hacia casa. Hacia esa pequeña casita de solo una planta que mis padres me construyeron al lado de la suya. Porque sí, mis padres siguen viviendo en Dublín conmigo. ¿Qué a mi madre no le gustaba la ciudad? Me río yo en su cara. Creo que está más enamorada de estos campos y estos paisajes que yo, y eso es difícil.

Frunzo el ceño cuando, al acercarme a mi casa, veo que sale humo de la chimenea. Yo no he dejado la chimenea encendida, y no han podido ser mis padres porque no están. Se han ido a pasar el fin de semana a Londres.

Mi instinto me dice que dé media vuelta y vaya a buscar a mis tíos o a cualquier vecino, pero también me dice que un ladrón o asesino en serio no encendería la chimenea.

—Así, muy bien —le digo a Miles en cuanto llegamos a la puerta. Me bajo de un salto y lo ato al poste.

Aunque un ladrón o un asesino no encendería la chimenea antes de matarme o violarme, busco algo con lo que poder defenderme. Solo por si acaso.

Veo un tronco de leña, lo agarro con fuerza, levantándolo por encima de mi cabeza, y me acerco a la puerta. La abro con mucho cuidado de no hacer ruido y lo primero que me recibe es el olor a leña mojada. Después, una melodía que sale de algún sitio. Busco y lo veo. ¿Un tocadiscos?

¿Desde cuándo tengo yo un tocadiscos?

Miedo, excitación y nervios se me acumulan en el vientre.

La casa no es muy grande, así que quien sea que haya irrumpido en mi humilde morada no puede andar muy lejos.

Trago saliva y miro la cocina. Está vacía. También el comedor, que es la primera estancia en la que he estado. Le echo un vistazo al cuarto de baño, pero está la luz apagada. Solo me queda mi habitación. Ando casi de puntillas con el corazón subiéndome a la garganta.

La puerta está entornada. La empujo y...

—Oh, Dios, mío. —No sé si reír, llorar o chillar.

Lander está tumbado sobre mi cama, con los brazos bajo la cabeza y en actitud chulesca. Pero eso no es lo mejor. Lo mejor es que está desnudo. No hay ni una prenda de ropa sobre su cuerpo.

—Oh, Dios, mío —repito, y esta vez acompaño mi incredulidad con un ataque de risa.

—No sé si me da más miedo que te estés meando de risa o el pedazo de tronco de madera que llevas en la mano. ¿Piensas volver a noquearme?

Suelto el tronco, que hace un sonido horroroso cuando cae al suelo, y me lanzo a la cama. Más concretamente, me lanzo sobre el chico desnudo que hay en ella.

Lander, como siempre, me coge al vuelo, es un experto.

Lo beso en cualquier parte del cuerpo que pillo sin dejar de reír a carcajadas.

—Sí que me echas de menos... Eso da un poquito de miedo, eh.

Le pellizco un pezón y se queja, pero también se ríe.

—¿Qué haces aquí? —Lo beso en los labios—. No te esperaba hasta el mes que viene. —Otro beso, y otro, y otro más.

—¿Te estás quejando, Cooper? —Ahora es él quien me besa y el que acompaña el beso con un pellizco en el culo.

Lo miro con fingida inocencia.

—Tú imagínate que me pillas con el otro. ¡Qué situación más incómoda!

Me da un mordisco en el cuello y da vueltas conmigo hasta que él queda debajo y yo encima. Chillo, sobre todo cuando ataca mis costados y comienza a hacerme cosquillas.

—Así que hay otro, eh... Qué feo. ¡Qué feo!

Chillo, me retuerzo y me rio, todo a la vez.

Lander me coge de los brazos y me los pasa por encima de la cabeza, inmovilizándome, y yo lo dejo hacer, porque me flipa que me inmovilice, para qué voy a mentir.

Lleva la nariz a mi cuello y aspira.

—Cómo echaba de menos tu olor, joder.

Yo lo echaba de menos a él. Entero.

Levanto las caderas y un gemido se me escapa cuando noto su erección. Se ríe sobre mi piel y a mí esta se me pone de gallina.

—Vas a... —Mierda, ahora ha sido él el que ha movido las caderas y me ha desconcentrado. Carraspeo—. Vas a decirme qué haces aquí.

Que no me quejo, ¡ni un poco!, pero lo esperaba el mes que viene.

—Es febrero. —Lo sé. Sé que estamos a febrero, como también sé que es el peor mes para Lander. Hace once años que murieron sus padres y es un mes que odia.

Me da un beso en la clavícula, en la barbilla y en la punta de la nariz.

—Hemos decidido que es hora de que tiremos sus cenizas. —Habla sereno, o lo intenta. Lo conozco lo suficiente como para saber que tiene un nudo en la garganta, así que se la beso—. Quiero tirarlas aquí. Se lo he propuesto a mis hermanas y han dicho que sí.

Aparto los labios de la base de su garganta y lo miro. Las comisuras de mis labios se extienden hasta formar la mayor de las sonrisas.

—¿Aquí? ¿En Dublín?

—Aquí. En tu casa... En la nuestra. —Abro la boca y la cierro tantas veces que pierdo la cuenta.

—¿Nuestra? ¿Has dicho nuestra?

Me suelta las muñecas y señala un rincón. Hay tres maletas. No las había visto al llegar.

—¿Qué es...? ¿Qué es esto, Lander? —Me vuelvo hacia él—. Quiero decir... ¿Es lo que creo

que es?

—Si lo que crees es que he dejado Madrid y me he venido a Dublín a vivir contigo, la respuesta es sí, es lo que crees que es.

—Pero... pero... Tus hermanas. El gimnasio, yo...

Cuando me vine a vivir a Dublín, no le pedí que se viniese conmigo, aunque la pregunta me quemase en la punta de la lengua. No lo hice el día que nos despedimos en el aeropuerto ni ningún otro día en todo este tiempo. Me prometió que lograríamos que funcionase y eso hemos hecho. Hemos viajado tanto que estoy segura de que somos clientes vips en Iberia. Y aunque nos ha ido muy bien, yo siempre lo he echado de menos. Terriblemente de menos. Pero nunca le he pedido que viniese, como él nunca me ha pedido que regresase.

Miro las maletas de nuevo y parpadeo. Son reales, no me las estoy imaginando. Son reales.

—Tus hermanas. Ellas...

—Ellas son un enorme grano en el culo que no me voy a quitar ni con agua caliente —lo dice molesto, pero es todo fachada, porque está encantado de que sus hermanas sean un coñazo.

Suelto una carcajada y lo beso.

Lo beso hasta que siento que me falta el aire y que tengo que apartarme si quiero seguir respirando.

—¿Y el gimnasio?

—Lo llevaré desde aquí.

—¿Puedes?

—La parte de dar pilates no, pero toda la demás sí. Tendré que ir de vez en cuando, pero tú me acompañarás.

—¿Y por qué tendría que hacer eso?

Se inclina y me roza los labios. Solo un roce.

—Porque no puedes vivir sin mí. —Cuánta razón tiene—. Y porque Andrea y Alba te harán picadillo como vaya a Madrid sin ti. Y Amanda y Tamara. No me puedo creer que te prefieran más a ti que mí.

—Soy irresistible, pequeño.

Cuela la mano por mi muslo hasta el culo y me da otro pellizco.

Creo que es hora de que yo también esté desnuda.

Lander intuye mis intenciones, porque me ayuda a deshacerme de las botas de montar, los pantalones y el suéter en un abrir y cerrar de ojos.

Le toco el pelo y me recreo en él. Se viene a vivir a Dublín. ¡Se viene a vivir a Dublín!

—¿De verdad te vas a venir a vivir aquí? —No es que no lo crea, es solo que necesito estar segura.

Lander me besa la boca y comienza un camino descendente por mi cuerpo. Uno en el que me hace abrir las piernas y mordirme el labio.

—Ya te lo dije, ¿a quién mejor compañero de piso podrías tener que a mí?

Lander me acaricia con el pulgar.

—Aunque tendrás que decirle al otro que deje de venir. ¿Podrás?

Echo la cabeza hacia atrás y abro la boca cuando su dedo índice se introduce en mi interior y me acaricia las paredes.

—Lo intentaré.

Noto su risa entre mis piernas, después su lengua y a mí se me olvida absolutamente todo.

—Haremos esto todas las mañanas, ¿qué te parece?

—Que no me pienso quejar. —Noto su risa sobre mis labios, me dejo hacer, dejo de pensar,

solo siento y sonrío. Sonrío muchísimo, porque Lander tiene miedo, lo sé, pero está aquí, conmigo, y yo estoy con él, y no necesitamos nada más. Bueno, sí, creo que le pediré una cita a ciegas. No siempre salen mal.

FIN

Agradecimientos

Tenía muchas ganas de escribir una comedia, una historia que me hiciera sonreír como una boba y con la que soltar más de una carcajada, y con Lander y Violet lo he conseguido. Espero que vosotras también.

Por supuesto, mi primer gracias es para ellos. Tenía su historia escrita en una libreta y esta estaba guardada en un cajón, olvidada, hasta que un día, haciendo limpieza, aterrizó en mis manos y supe que tenía que escribirla. Que tenía que escribirlos a ellos, y no me equivocaba. Gracias por ponérmelo tan fácil.

Mil gracias a Nerea. No podía no dedicarte este libro porque tú, junto con Lander y Violet, habéis sido los pilares que han hecho posible que hoy otras personas que no sean yo los estén leyendo. Gracias por animarme, por apoyarme y, por supuesto, por esta pedazo de cubierta. ¡Me tiene enamorada!

Gracias a mi querida Vilmont por ser una lectora cero estupenda además de una amiga maravillosa. Qué bonito el club de lectura y qué bonito es poder llamarte amiga.

A las chicas del club de lectura de Valencia por no salir corriendo, por esas charlas y por esos ánimos. No sé qué haría sin vosotras y espero que vosotras tampoco sepáis lo que haríais sin mí.

A las Divas y los más uno. No sé si os lo he dicho, pero sois la hostia. Gracias por dejarme formar parte de vuestra locura.

A Helena, Adri, Emma, Pilar, Cami, Myriam y Laure. Gracias por seguir apostando por mis locuras y por reiros de mí y conmigo. Ojalá podamos estar todas juntas pronto otra vez, aunque sea en un piso en la quinta planta sin ascensor.

A mi hermana Laura, por ser siempre la pieza que le falta al puzle que es mi vida. Por leerse todo lo que escribo y por estar al otro lado del teléfono cuando la necesito, aunque sea para lloriquearle. Gracias por no dejar que me caiga.

A mis padres y mi hermana Mariluz por no rendirse nunca conmigo, por seguir apostando por mí y por animarme tanto. Y, por supuesto, por quedaros con mis hijos para que yo pueda seguir cumpliendo mi sueño.

A mi marido, mi media naranja, por aguantarme, por decirme que yo puedo con todo y por ayudarme a que así sea. Por la familia tan bonita que tenemos y por ser el mejor más uno del mundo mundial.

Por supuesto, a mis dos pilares, los que me obligan a trabajar tanto porque tienen la manía de querer comer todos los días, además de unos caprichos muy caros. Gracias por entender mi trabajo. Tengo los mejores hijos del mundo mundial, ¿os lo había dicho?

Y, por último, a ti, que has llegado a mi novela número catorce y no has salido corriendo en dirección contraria. No dejes que nadie te diga que los sueños no se cumplen. Si alguien te dice eso, enséñale este libro y dile que mi profesora de lengua me animó a no estudiar una carrera y a trabajar directamente porque, según ella, no servía para otra cosa. Algún día le llevaré una caja de regalo con todos mis libros.

Ojalá hayáis disfrutado de esta Cita a ciegas. Si se os ocurren más bromas que hacerle a tu comapañer@ de piso, estaré encantada de escucharlas. ¿Quién sabe si podría incluirlas en un próximo libro?